

Barcelona

ME TRO PO LIS

Revista de información
y pensamiento urbanos
Núm. 78
Primavera 2010
Precio 3€

Cuaderno central

Fútbol: la metáfora perfecta de nuestro tiempo

Con artículos de Jordi Argenter,
David Barba, Miquel Caminal, Antonio
Campillo, David Castillo, Juan Cruz,
Sergi Doria, Antonio Franco, Gonçal
Mayos, Miquel Porta Perales, Jordi Puntí,
Rosa Regàs, Josep M. Salrach, Daniel
Vázquez Sallés.

Entrevistas con Tzvetan Todorov y
Axel Honneth

El hambre, todavía

Baudrillard y la sociedad simulacro

Biopolítica, totalitarismo
y globalización

Historias de vida:

“De la dura vida real, nada sé”



Editorial

Ecologismo y nuevos valores

Manuel Cruz

Fotos Antonio Lajusticia

Continuemos hablando del ecologismo, y de la aparente paradoja según la cual la izquierda, tradicionalmente materialista, se habría reconvertido a la austeridad, en tanto que la derecha, espiritualista de siempre, andaba ahora lanzada al goce y la búsqueda de la felicidad más opulenta. Acaso la paradoja, así planteada, no agote la correcta descripción de la realidad. Hay que admitir que, mal que le pese a algunas fuerzas de izquierda, que lo quisieran en exclusiva, el ecologismo también ha alcanzado una cierta transversalidad ideológico-social, expresada en el hecho de que determinadas actitudes (respetuosas con el entorno, cuidadosas con el carácter natural de los alimentos, etc.) ha llegado un momento en que también son consideradas un *toque de distinción* entre las clases altas.

Y lo que vale para las clases altas, vale también para los países ricos, que a menudo se postulan como adalides del ecologismo –con antiguos vicepresidentes del imperio reconvertidos en líderes carismáticos de la nueva causa– porque previamente han llevado a cabo lo que podríamos llamar una *externalización* de la contaminación, desviando hacia los países pobres las industrias que envenenan (no sólo el aire), o sus productos más tóxicos –como fue en su momento el caso del tabaco con determinado grado de nicotina–. El matiz no es menor, ni constituye una mera precisión escrupulosa de los términos. Cabe la posibilidad de que tras él lata la inquietante paradoja (¡otra más!) de que determinados discursos en el fondo sólo pueden ser asumidos por sectores y clases sociales con recursos, en la medida en que, por decirlo en pocas palabras, lo ecológico sale caro.

Acaso la clave para escapar a tanta presunta paradoja pase por introducir nuevos elementos teóricos en el esquema heredado. Como, por ejemplo, los planteados en los años setenta por Ronald Inglehart (*The Silent Revolution*) al proponer hablar de valores postmaterialistas para referirse a la generalización en esta etapa del capitalismo de un tipo de valores distintos,

situados más allá de la mera avidez por el consumo o por la ostentación del mismo. La introducción de nuevos signos de distinción como es, por ejemplo, lo que se suele llamar genéricamente *calidad de vida* transcurriría en esa dirección. De dicha calidad de vida formaría parte un trato adecuado, respetuoso, de la naturaleza, en idéntico plano que la protección de la libertad de expresión, la humanización de nuestra sociedad, o una esfera política mucho más participativa.

Pues bien, como demuestran los trabajos de Juan Díez Nicolás, el cambio de orientación hacia valores postmaterialistas se encuentra en relación directa con la clase social: cuanto más alta sea ésta, y más haya estado expuesta a la información, más proclive será a los mismos. El dato resulta significativo, pero en modo alguno debe ser malinterpretado. Porque el hecho de que tales sectores puedan haberse apropiado de los nuevos valores no puede considerarse como prueba de alguna deficiencia por parte de los mismos que pudiera convertirlos en *sospechosos* de nada. Quizá el debate debiera abandonar su rancia condición esencialista (del tipo: a quién *pertenecen* determinadas ideas, si a *los nuestros* o a *los otros*) para pasar a adoptar una naturaleza mucho más práctico-política. Finalmente, de lo que se trata, lo nuevo de esta etapa histórica, así como el lugar donde parece jugarse todo (nuestra supervivencia incluida), es el hecho de que venimos obligados a pensar el medio ambiente como un bien común, algo no susceptible de ser abandonado a las lógicas del mercado. Algo, si se prefiere enunciarlo así, que debe abordarse en términos de políticas públicas. Dejar esto bien sentado probablemente sea el primer paso para enfocar adecuadamente los términos del debate. Porque, a partir de esta premisa, discusiones como, por ejemplo, la relación entre bien público y consumo, en ningún caso podrán ser ya planteadas en términos de “si lo pago, es mío”, tan característico de la cultura norteamericana, o “el que venga detrás que arree”, tan característico de lo mejor de nuestra sabiduría mostrenca.



Barcelona METRÓPOLIS
número 78, primavera 2010

Editor

Ajuntament de Barcelona.

Consell d'edicions i publicacions

Carles Martí, Enric Casas, Eduard Vicente, Jordi Martí, Jordi Campillo, Glòria Figuerola, Víctor Gimeno, Màrius Rubert, Joan A. Dalmau, Carme Gibert, José Pérez Freijo.

Edición y producción

Direcció de Comunicació Corporativa i Qualitat.
Director: Enric Casas.

Direcció d'Imatge i Serveis Editorials.

Director: José Pérez Freijo.

Passeig de la Zona Franca, 66. 08038 Barcelona.

Tel. 93 402 30 99

Dirección

Manuel Cruz.

Dirección editorial

Carme Anfosso. Tel. 93 402 31 11.

Edición de textos

Jordi Casanovas. Tel. 93 402 31 08.

Redacción

Marga Pont. Tel. 93 402 30 87.

Gestión editorial

Jeffrey Swartz.

Coordinación Cuaderno central

Daniel Vázquez Sallés.

Colaboradores habituales

Sergi Doria, Daniel Gamper, Gregorio Luri, Lilian Neuman.

Colaboradores en este número

Jordi Argenter, David Barba, Valeria Bergalli, Miquel Caminal, Antonio Campillo, Josep Casals, David Castillo, Oriol Comas i Coma, Juan Cruz, Antonio Franco, Jordi Lorente i Servitja, Gonçal Mayos Solsona, Pere Antoni Pons, Miquel Porta Perales, Jordi Puntí, Bernat Riutort Serra, Josep M. Salrach, Rima Sheermohammadi.

Diseño original

Enric Jardí, Mariona Maresma.

Diseño y maquetación

Santi Ferrando, Olga Toutain.

Fotografía

Albert Armengol, Vicens Giménez, Eva Guillamet, Antonio Lajusticia, Christian Maury, Pere Virgili.

Asesoramiento fotografía Cuaderno central

Àlex Boix.

Archivos

Arxiu Fotogràfic de Barcelona, As, Contacto / Gamma, Cordon Press / Corbis, Getty Images, Mundo Deportivo.

Ilustraciones

Guillem Cifré, Francesc Punsola, Eva Vázquez.

Corrección y traducción

Tau Traductors, L'Apòstrof SCCL, Daniel Alcoba.

Edición de web

Miquel Navarro.

Manfatta SL.

Administración general

Ascensió García. Tel. 93 402 31 10

Gestión administrativa BM

Jaume Novell. Tel. 93 402 30 91. jnovell@bcn.cat

Distribución

M. Àngels Alonso.

Tel. 93 402 31 30 · Passeig de la Zona Franca, 66.

Comercialización

Agora Solucions Logístiques, SL. Tel. 902 109 431

info@agorallibres.cat

Depósito legal

B. 37.375/85 ISSN: 0214-6215.

Direcciones electrónicas

bcnrevistes@bcn.cat

www.bcn.cat/publicacions

www.barcelonametropolis.cat

Los artículos de colaboración que publica Barcelona METRÓPOLIS expresan la opinión de sus autores, que no ha de ser necesariamente compartida por los responsables de la revista.

Los contenidos de Barcelona METRÓPOLIS se encuentran disponibles en catalán, castellano e inglés en la página web de la revista bajo una licencia Creative Commons de Reconocimiento-No Comercial-Compartir Igual 2.5 España. Más información en www.barcelonametropolis.cat

Consejo de redacción

Carme Anfosso, Jaume Badia, Mireia Belil, Fina Birulés, Judit Carrera, Enric Casas, Carme Castells, Manuel Cruz, Daniel Inglada, Jordi Martí, Francesc Muñoz, Ramon Prat, Héctor Santcovsky, Jeffrey Swartz.

Comité asesor

Marc Augé, Jordi Borja, Ulrich Beck, Seyla Benhabib, Massimo Cacciari, Victòria Camps, Horacio Capel, Manuel Castells, Paolo Flores d'Arcais, Nancy Fraser, Néstor García Canclini, Salvador Giner, Ernesto Laclau, Carlos Monsiváis, Sami Naïr, Josep Ramoneda, Beatriz Sarlo, Fernando Vallespín.

Agradecimientos

Archivo Mundo Deportivo.



1 Editorial

Manuel Cruz

Plaza pública

4 Desde la otra orilla

La ciudad es el escaparate de la ideología
Miquel Porta Perales

6 El dedo en el ojo

Ruido y delirio
Josep Casals

8 La mirada del otro

De Barcino hombre a Barcelona mujer
Rima Sheermohammadi

10 Metropolitica

El hambre, todavía
Josep M. Salrach

16 Masa crítica

Tzvetan Todorov: "Sorprende ver tantos muros levantados en plena globalización"
Entrevista de Sergi Doria

25 De dónde venimos / A dónde vamos

Haciendo un hueco al "Juego"
Jordi Lorente i Servitja
El futuro será juego o no será
Oriol Comas i Coma

31 Historias de vida

"De la dura vida real nada sé"
Lilian Neuman

36 Fronteras

Baudrillard y la sociedad simulacro
Gonçal Mayos Solsona

40 Voz invitada

Biopolítica, totalitarismo y globalización
Antonio Campillo

Cuaderno central

Fútbol: la metáfora perfecta de nuestro tiempo

50 ¿Un planeta sin fútbol?

Daniel Vázquez Sallés

52 Una indiscutida hegemonía mediática

Antonio Franco

62 Deporte y poder: cada club es una historia/histeria

David Castillo

70 Males del fútbol, males del alma

David Barba

78 El futbolista como producto estrella

Jordi Argenter

84 Correr como negros para vivir como blancos

Juan Cruz

90 Propuestas / respuestas

Y decían que era sólo un juego, por Antonio Gómez Rufo. *Inamovible afición*, por Rosa Regàs. *Fútbol y justicia*, por Juan Villoro

Ciudad y poesía

96 El adiós

Josep Carner

Observatorio

98 Palabra previa

Se busca "Esto es Barcelona"

Valeria Bergalli

101 Zona de obras

Narrar el mal. Una teoría posmetafísica del juicio reflexionante, por Bernat Riutort Serra. *Por una universidad democrática*, por Miquel Caminal. *Decidir la ciudad futura. Barcelona 1859*, por Pere Antoni Pons.

106 Rincones vivos

Cincómonos. De bazar a espacio de arte en libertad
Gregorio Luri

108 En tránsito

Entrevista con Axel Honneth
Daniel Gamper

112 Nueva memoria

El desierto comienza aquí
Jordi Puntí

Portada y contraportada

Final de la Copa de la Liga 1982-83 entre el Barcelona y el Real Madrid (2-1). Gol de Maradona.

Foto: Rafael Seguí.



El Fórum 2004 es la penúltima expresión de la ciudad como exteriorización del bonismo pacifista, ecologista y multiculturalista que en el presente impone su discurso en todas partes.

La ciudad es el escaparate de la ideología

Texto **Miquel Porta Perales** Crítico y articulista

La ciudad –una de las mayores creaciones del ser humano– siempre ha sido objeto de deseo de la ideología. Toda ciudad conserva o manifiesta las huellas de las ideologías que, literalmente hablando, le han pasado por encima. En este sentido se puede afirmar que la ideología –para entendernos, una determinada concepción del mundo o un conjunto de ideas, representaciones y actitudes más o menos coherentes– otorga identidad a la ciudad. Se podría decir que la ciudad, en un proceso de impregnación dialéctica, vive en la ideología y que la ideología vive en la ciudad. Una experiencia vivida que se percibe, por ejemplo, en uno de los elementos fundamentales de la ciudad como es en el presente la arquitectura.

Si a través de uno de los agujeros de gusano que contempla la física relativista posteinsteiniana viajáramos a Egipto y a la Grecia clásica, encontraríamos que estos lugares son portadores de una determinada ideología –manera de comprender el mundo, ideas, representaciones y actitudes, decíamos– que se manifiestan en la pirámide y el templo. La pirámide o la grandiosidad y la inmortalidad del poder omnímodo egipcio. El templo o el equilibrio y la proporción de la civilización griega. Un ejercicio parecido podríamos hacer con la basílica de San

Pedro del Vaticano, la Torre Eiffel de París, los rascacielos neoyorquinos o el llamado nido de Pequín, donde se celebraron los Juegos Olímpicos de 2008. San Pedro o el poder supraterrrenal, la Torre Eiffel o la industrialización, los rascacielos o la pujanza norteamericana, el nido o la emergencia de una nueva potencia que combina la tradición milenaria con la modernidad avanzada.

Llegados a este punto –si tenemos en cuenta que las primeras líneas de este artículo observan la ciudad desde una perspectiva unireferencial–, se nos plantea el tema de cómo aproximarse a la ciudad, de cómo mirar la ciudad. De acuerdo con los clásicos contemporáneos, podríamos abordar el asunto a la manera de los filósofos, los historiadores, los geógrafos, los economistas, los sociólogos o los literatos. Así podríamos hablar de la ciudad como el espacio de la conversación y el pacto político (José Ortega y Gasset), el lugar donde se encontraría el “alma” de una civilización (Oswald Spengler), la condición de posibilidad de realización de las necesidades humanas (Pau Vidal de la Blache), el ámbito del comercio y la industria (Henri Perenne), el punto o momento histórico donde recuperarse de la deshumanización propiciada por la tecnología consiguiendo una relación integradora (Lewis Mumford), el escenario en que el conflicto permite el conocimiento mutuo y la consecución de la edad adulta del hombre (Richard Sennett) o el sitio donde se percibe la lucha entre tradición y progreso (Benito Pérez Galdós). Sin duda que estas maneras de acercarse a la ciudad son, en mayor o menor medida, necesarias y complementarias. Sin duda que todas ellas ponen a nuestro alcance, en mayor o menor medida, la “verdad” de lo que la ciudad es. Pero, en todo caso, nosotros nos decidimos por señalar otra “verdad” de la ciudad que no suele valorarse bastante. Esta es nuestra hipótesis: la ciudad, tal como sugeríamos en el primer párrafo, es el escaparate donde se exhibe la ideología. Hablamos, por ejemplo, de la Barcelona de los siglos XX y XXI.

El *Noucentisme* –progresismo, reformismo, cosmopolitismo y catalanismo aderezados con la ilustración de la época, instalada en Viena y Berlín– se manifiesta en Barcelona a través de la educación, la modernización, el elitismo intelectual, la urbanización del territorio o la normativización de la lengua catalana. Y se exhibe en una arquitectura (Josep Goday, Rafael Masó, Josep Puig i Cadafalch o Josep Maria Pericas) que quiere expresar un nuevo orden social y nacional. Que quiere hacer país. Que quiere modernizar el país. De ahí, las escuelas, los museos y las bibliotecas cortadas por un mismo patrón, la apertura de la Vía Laietana a la manera del París de Haussmann, la electrificación, el alcantarillado, el transporte subterráneo, las oficinas, la división comarcal, el cultivo del monumento y la recuperación del patrimonio. Sin olvidar un Art Déco que celebra la industrialización, que muestra líneas definidas y colores brillantes, que ofrece una nueva concepción del espacio, la luz y el confort. En suma, la metáfora de un *Noucentisme* que encuentra en la ciudad su escaparate. Un Art Déco –detalle muy importante en la época de la segunda Revolución Industrial catalana, justo cuando la burguesía

industrial se consolida– que es susceptible de ser reproducido y de llegar –comercial e ideológicamente hablando– a las clases populares.

La Primera Guerra Mundial, la crisis de la Liga, los conflictos sociales y la dictadura de Primo de Rivera –el dictador muestra también su particular monumentalismo arquitectónico: la ciudad continúa siendo el escaparate de la ideología– suponen la defunción práctica del *Noucentisme*. Llegan la República y la Generalitat republicana. Barcelona se vuelve el escaparate de la vanguardia europea de la mano del GATCPAC (Grupo de Artistas y Técnicos Catalanes para el progreso de la Arquitectura Contemporánea). El racionalismo constructivo y el funcionalismo compositivo (Sert, Torres Clavé, Subirana, Rodríguez Arias o Illescas), así como la utopía propia de la época, a la manera de *la Ville Radieuse* de Le Corbusier, se van a mostrar en el Pla Regulador, el Dispensari Central Antituberculós o la Casa Bloc de Sant Andreu.

Y no sólo eso, porque Barcelona también fue el escaparate de las ideas revolucionarias de aquellos tiempos. Acerca de ello resulta significativa una cita de la revista *Nova Ibèria* (editada, todo un detalle, por el Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya, en febrero de 1937) sobre la Casa Bloc: “Deseamos creer en esta nueva sociedad, la tendencia actual de municipalizar la vivienda desposeyendo a los propietarios particulares de sus derechos sobre estas viviendas y el terreno, habrá encontrado el camino para desembarazarse de todos aquellos prejuicios que en la anterior sociedad impedían la realización de la única solución racional del problema, y nosotros los técnicos, que no habíamos tenido miedo de llegar a conclusiones lógicas, sabíamos, por los estudios realizados sobre la materia, que no había otro camino”. En definitiva, arquitectura, política de vivienda e ideología se dan la mano en la ciudad de Barcelona.

Después de la dictadura del general Franco –el monumentalismo vuelve a exhibirse–, después del grupo “R” (Bohigas, Coderch, Martorell, Moragas y Sostres, entre otros), que critica el conformismo y reivindica la herencia del GATCPAC, el Fórum Universal de les Culturas Barcelona 2004 es la penúltima expresión de la ciudad como escaparate de la ideología. El Fórum es la exteriorización del *bonismo* –este pensamiento flácido altamente gratificante que toma partido por las causas previamente ganadas– pacifista, ecologista y multiculturalista que hoy impone su discurso en todas partes.

El Fórum hizo de Barcelona la ciudad del bien. Conviene agregar que al abrigo del Fórum, Barcelona recuperó una parte importante de la costa marítima, construyó un centro de convenciones multiuso y un parque, edificó nuevos hoteles, dignificó el Poblenou, convirtió los márgenes del río Besòs en un jardín. Y todo eso –ideología progresista– es un espacio que mayoritariamente continúa siendo público. La ciudad siempre ha sido el objeto de deseo de la ideología, decíamos al principio. El pragmatismo de Jordi Hereu –adiós al eslogan *bonista* “Barcelona, la mejor ciudad del mundo”, que amenazaba acabar en divorcio entre ciudadanía y ayuntamiento– podría ser el inicio de una nueva etapa. Lo veremos. **M**

En Barcelona es fácil acostarse oyendo el ruido de un camión de riego, despertarse con una sirena, comer con la música de una barredora... Parece inconcebible tener que insistir en el hecho de que emprender una actividad intelectual sostenida es incompatible con un ambiente aturdidor.

Ruido y delirio

Texto **Josep Casals** Licenciado en filosofía.
Profesor de estética y teoría del arte de la UB

Decía Argan que la sociedad pone a prueba sus posibilidades configuradoras en la ciudad. Por ello, añadía, esta no puede ser reducida a un sistema de circuitos de comunicación o de consumo: cuando una política urbana da prioridad a estos modelos estereotipados y orientados a la ganancia, el resultado es una ciudad isotópica. Entonces los teatros urbanos modelados por el tiempo y que a su vez pueden modelar lo más amorfo, la multitud, ven sus valores identificativos tragados por este amorfismo. Y la entropía se impone a la configuración. Una pancarta que aparecía en el documental *La marca Barcelona* –“Estamos enfermos de ruido”– resumía un ejemplo de entropía. Aquí debe entenderse “enfermos” en sentido literal, según se desprende de un congreso que en 2003 se celebró en París y que presentó el ruido como una epidemia: “cuando es excesivo y no deseado, el ruido no es sinónimo de vida sino de malestar”, y por tanto deben tenerse en cuenta las manifestaciones de dicho malestar “antes que los índices de los ruidos emitidos o calculados”.

He aquí una historia ejemplar. En 1999 se creó en París un *Observatoire du bruit* con diversas instituciones y un primer actor: un alcalde decidido a luchar contra la contaminación acústica, por ejemplo, limitando el uso de las sirenas de bomberos y ambulancias, y en 2006 se puso en marcha un plan de acción con medidas que alcanzan al conjunto de servicios y actividades del municipio. En cambio en Barcelona es fácil irse a dormir con el ruido de un camión de riego, levantarse sobresaltado por una sirena, comer con la música de una máquina barredora o podadora, cenar con el rugido de un alboroto impuesto...

Y es todavía peor si alguien se atreve a emprender una actividad intelectual sostenida. ¿Debe insistirse en el hecho de que esto es algo incompatible con un ambiente que aturde? Quizá basten algunos casos ilustres: Kafka prefería vivir en una casa húmeda (y fatal para la tuberculosis) que allí donde el ruido le impedía escribir; Celan expresaba en sus últimas cartas la desazón que le producía el hecho de habitar en un apartamento “atrozmente ruidoso”; Cézanne dejaba de pintar cuando los ladridos le impedían alcanzar la conexión entre una pincelada y la siguiente...

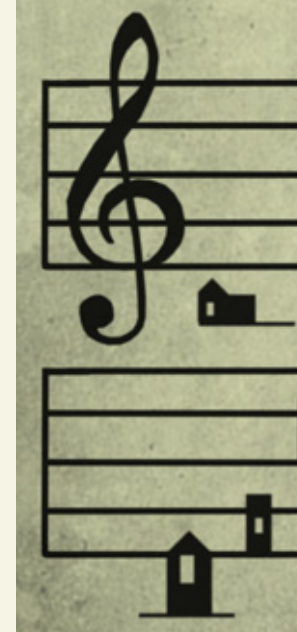
Lo que potencia la creación cultural es un tejido de condiciones y relaciones con un cierto carácter estimulador. Y

Barcelona ha perdido este carácter, por mucho que el Ayuntamiento siga hablando de “atraer el talento”... creando espacios llenos de aire. Estas infraestructuras pueden ser necesarias pero nunca suficientes. Del mismo modo, cuando se habla de “innovación” se piensa más en el agua de borrajas de la “comunicación” que en el trabajo paciente y silencioso de escritores, músicos, etcétera, muchos de los cuales, sobre todo aquellos que vivían cerca de la Rambla, del Palau de la Música, de la Sagrada Família..., han abandonado la ciudad (“Barcelona marea”, me decía un poeta que ya no vive aquí).

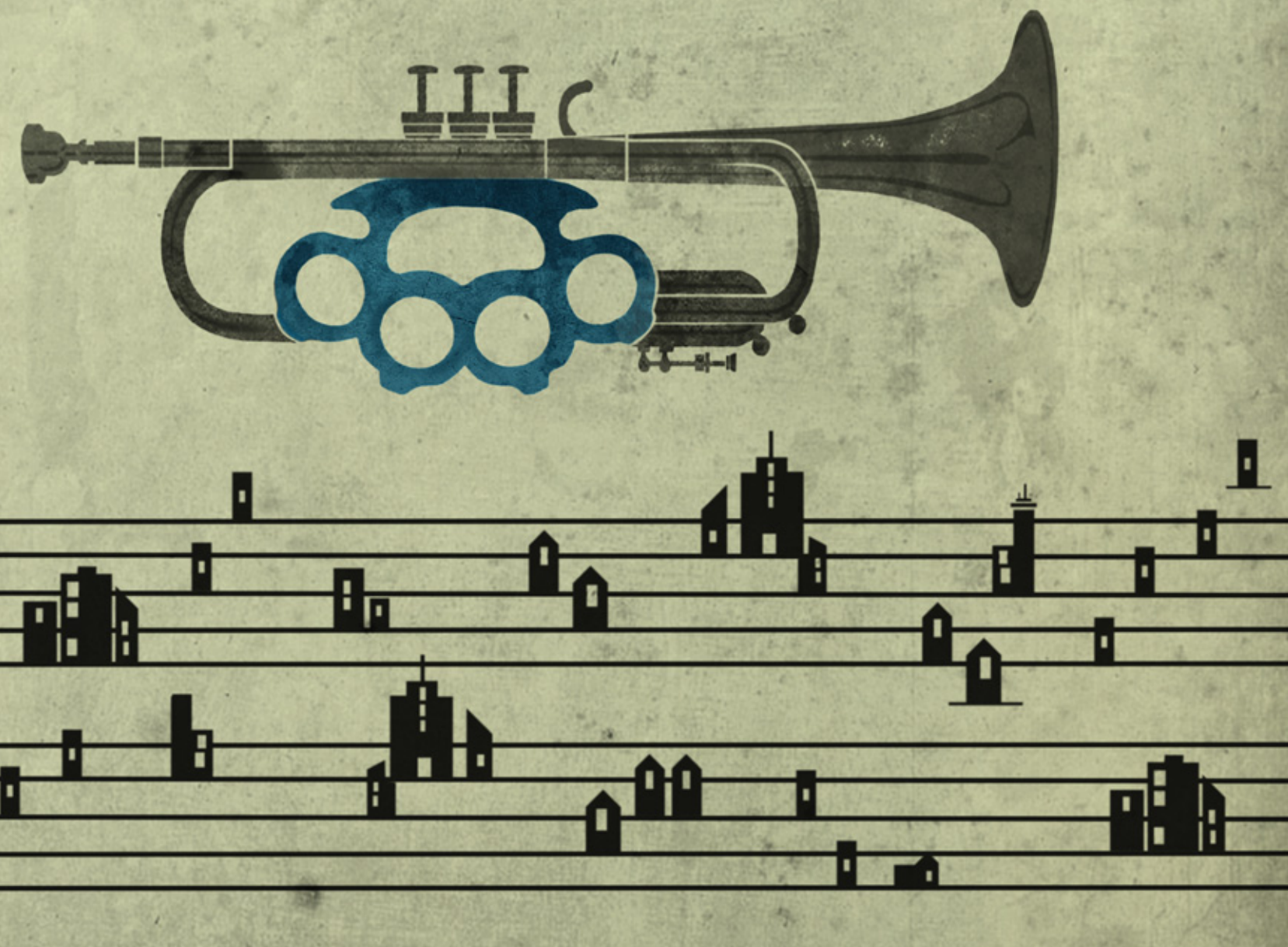
El problema del Palau ilustra la enorme distancia entre los agentes de decisión y los que invierten en un trabajo intelectual el tiempo que este exige: hacía años que músicos y cantantes padecían las irregularidades en la gestión, y sin embargo en el pasado julio Fèlix Millet fue honrado con la medalla de la ciudad al mérito cultural (honor suspendido poco después) “por haber convertido el Palau de la Música en un emblema artístico y cultural reconocido en todo el mundo”. Aquí, “artístico” y “cultural” son palabras retóricas; el vocablo decisivo es “emblema”, término al cual la prensa ha llevado su propio sentido y ha convertido en un elogio que revela los valores de una sociedad orientada a la exhibición y a lo “impactante”. Pero decir “valores” ya es decir demasiado. De hecho son tropismos que remiten a lo contrario: al kitsch –cuyas cacofonías son fenómenos equivalentes al ruido.

Hoy ya no se puede utilizar, como hacía Walter Benjamin, el carnaval como metáfora de un tiempo opuesto a la inercia, porque todo se ha convertido en carnaval, de modo que la inercia se expresa en términos que antes remitían al tiempo alternativo: “lúdico”, “festivo”..., “siempre es fiesta en Sant Antoni”. Y así, en este barrio, una fiesta sobredimensionada (tres semanas con atracciones de grandes dimensiones y ruidos martilleantes...) ha motivado caceroladas y peticiones de firmas que ni siquiera han obtenido respuesta de la concejalía –mientras el Ayuntamiento sigue invocando a sus ídolos: “participación”, “proximidad”, “cohesión”...

En los años setenta Barcelona atrajo la atención por su movimiento vecinal (desde las comisiones de barrio hasta la eclosión de las asociaciones y la reanimación de los ateneos); después, ese tejido dejó su lugar a los centros cívicos regidos por funcionarios y a asociaciones que en algunos casos pare-



© Eva Vázquez




cen apéndices de la administración y de la ideología del entretenimiento. Tal vez en las próximas elecciones locales Barcelona volverá a reclamar la atención por el hecho de ser la ciudad con más votos en blanco –en las últimas hubo más de 30 000, dato que la mayoría de los medios silenció–. En justa reciprocidad, los políticos municipales se mueven en función de lo que dice o dirá la prensa, lo que invita a pensar en lo que escribía Paul Valéry respecto al poder periodístico, cuando lo oponía a lo que “puede crecer en la calma” y deseaba unos políticos capaces de ignorar los titulares del día.

También decía Valéry que una máquina no es buena si no es silenciosa; pero las nuevas máquinas de limpieza son más o menos tan ruidosas como las antiguas. Y es que Barcelona se ha convertido en la capital del simulacro. Análogamente, se anuncia un protocolo para reducir la sirena de las ambulancias, pero no hay control para que se cumpla. Lo importante no es resolver el problema sino que parezca que se hace algo. Y como suele pasar, las actividades sonámbulas se acompañan de delirios, como el de ser una “ciudad del conocimiento”.

El complemento del amorfismo es el efectismo. El predominio del formulario se oculta detrás de la falsa apariencia. Y, no obstante, después de las elecciones del 2007 un destacado miembro de Iniciativa-Verds dijo: “La Barcelona de postal se

acabó”. Pero eso también eran sólo buenas palabras. Muchos nos preguntamos entonces: ¿hasta cuándo durará el seguidismo de Iniciativa respecto a unos políticas ofensivas de toda sensibilidad social? (La última ha sido la privatización de los Servicios Fúnebres.) ¿Hasta cuando Jordi Hereu se mantendrá pasivo ante paquidermos a los cuales los árboles (sus intereses y los de los suyos: hoteleros...) no dejan ver el bosque (los intereses de los habitantes, de quienes desean una ciudad no para ser enseñada, sino para vivir y trabajar en ella)? ¿Por qué el alcalde dice que las prostitutas monopolizan el espacio público y no quiere ver que hordas gritonas y con toallas playeras han expulsado a los barceloneses de la Rambla?

Y no sólo de la Rambla, aunque sea el caso más paradigmático. En Montjuic, los ciudadanos han sido expropiados de unos jardines ocupados por un hotel que quebró, y ya no es posible sentarse y charlar junto a La Pedrera, donde los autocares y buses turísticos permanecen con los motores encendidos mientras de las farolas cuelgan carteles que exhortan a “una conducción ecológica”: “parad el motor...”

Quizá es por una perversa correlación de tiempo –el peso del pasado enquistado y la inconsistencia de una agenda reducida al presente perpetuo–, pero se diría que también el sueño de la democracia produce monstruos. 

La ciudad parece incapaz de contener nuevas vidas. Indiferente, maquillada, desconfiada, individualista, es como una mujer madura que no ha digerido los cambios por los que ha pasado, que no acepta su condición y que a menudo contempla a los otros con desconfianza.

De Barcino hombre a Barcelona mujer

Texto **Rima Sheermohammadi** Traductora e intérprete

Quizá la experiencia de vivir en un entorno en el que los derechos de la mujer no son respetados te lleva a buscar el género en los objetos o las ciudades en un intento por hallar algunas de sus señas de identidad, quizás un gesto instintivo de los que tenemos las nuestras repartidas por el mundo. Mi lengua natal, el persa, me enseñó que los objetos carecen de género, pero en la medida en que me fui acercando al Mediterráneo fui descubriendo que en las lenguas bañadas por él cada cosa, cada idea, cada concepto era, necesariamente, mujer u hombre. A partir de ese descubrimiento uno se plantea qué hace que una plaza sea una mujer, que un árbol sea un hombre, y se sorprende de que otras lenguas inviértan el género. Es una de las muchas preguntas que se le plantean al que se ve obligado a trasladarse, desenraizarse e injertarse en una nueva ciudad. Y ahí, el enigma se mantiene: ¿por qué Génova y Casablanca son mujeres, y en cambio Teherán y Londres hombres? Y es que el género de las ciudades se decide en una operación genético-lingüística de imposición de un nombre a una zona acotada de la naturaleza. En la cultura islámica clásica, nacida del clima extremo del desierto, existe una antigua idea que relaciona la fundación de una ciudad con la fertilización del lugar, luego con una *feminización* del espacio preexistente que, como caótico que era, carecía de género. Así, Mohammedia, Al-Qahira, Alhambra son feminizaciones de una palabra masculina... Pasados los siglos, las ciudades se alejan o se acercan a su género fundacional, envejecen, florecen o, incluso, cambian de género: Barcino – Barcelona.

¿Cómo afecta esa identidad toponímica a nuestra vivencia del lugar? ¿Intentamos participar en una experiencia materno-filial o paterno-filial al ser acogidos en una ciudad? Me planteo, como lo hacía en mi infancia con los objetos, el reto de saber si Barcelona es una mujer y, si lo es, cuál es su historia.

La visión del inmigrante está condicionada por las circunstancias de su vida, la situación sociopolítica que le ha llevado a dejar atrás su país y, en general, los condicionantes que le han llevado al movimiento. En ese momento, con el vacío dejado atrás, la ciudad podía ser para mí cualquier cosa. Y descubrí que lo era para mucha gente: era diferente, inclusiva, interesante, sensual, abarcadora, bella y con una mirada que

invitaba a todo aquel que no la conocía a acercarse y muchas veces a decidir quedarse a su lado para siempre.

Era, más tarde, el canto de cisne de una ciudad que no podía seguir creciendo. En la ruptura del espacio amurallado de la antigüedad, la ciudad se fertiliza, vive su momento *pregnante*, se reproduce y multiplica en el ensanche que forjó una de las caras de su ambigua personalidad. Se ensanchó su piel como la de una mujer embarazada. El asexuado Barcino se convirtió en la voluptuosa Barcelona.

Hoy, estriada esa piel y perdida su tersura, parece ya incapaz de contener nuevas vidas. Indiferente, incisiva, maquillada, desconfiada, individualista; una mujer que no ha digerido los cambios por los que ha pasado, no acepta su condición y muchas veces mira a los demás con la desconfianza de un ser herido por amor. Ahora es exclusiva, ya no te abraza, sino que conversa contigo para ver si eres capaz de darle algo; no te mira ni se mira ya con curiosidad. Autosuficiente, industrial, eficaz mujer madura.

Esta Barcelona ha encontrado su razón de ser en una loable y necesaria recuperación de la identidad oprimida, en luchar por el respeto del pueblo que representa. Pero no se puede vivir a costa del sufrimiento de los antepasados, condenados a arrastrar las culpas de nuestros padres. Así, llevo dos décadas viendo la ecuación irresuelta en la que se intenta casar un pretendido cosmopolitismo (al que cada inmigrante aporta su cuota) con un sentimiento de defensa de lo propio, de lo local.

El victimismo actual de la sociedad que nos acoge es una postura que a los que proceden de totalitarismos en activo nunca dejará de sorprender. Esa herida de la historia parece justificar una actitud paradójica de participación superficial en el Otro y de exclusividad, hermetismo. Incluso, de simpatía por lo lejano, y de odio por lo colindante.

El multiculturalismo entendido como la convivencia de distintas culturas en un solo lugar no es algo nuevo para ninguna sociedad, pero sí lo son la calidad de esta condición, los retos que comporta y la manera en la que se abordan los conflictos, como por ejemplo su relación con el relativismo cultural, la compatibilidad entre las complejidades de las culturas y los ideales de la igualdad. Mientras Barcelona usa el multicult-



© Eva Vázquez



turalismo en su discurso oficial y mediático y es objeto de consumo, el interés por lo ajeno no suele atravesar un primer barniz superficial. Si bien el cine chino, la comida marroquí, los bailes latinos, la danza *bangra* y las tiendas regentadas por pakistaníes han permitido a muchos integrar a esta metrópoli en el tópico de Babel que nunca duerme (con el consiguiente efecto positivo para el turismo de masas), la realidad de un acercamiento y comprensión del Otro no es ya asignatura pendiente, sino extracurricular.

Por otro lado, ese cuerpo busca a golpe de bisturí urbano una juventud remozada que revitalice un organismo invertebrado por proyectos que no cuajaron (como el Fórum), de experiencias que, a modo de prótesis, la insertan en el confortable e indefinido terreno “de lo global”.

Hasta qué punto el entorno de Barcelona, habiendo bebido del frasco que decía “bébeme” y probado el pastel del “cómeme”, se encuentra ya, como Alicia en el país de las maravillas, en situación de “desubicación”; en su experiencia la idea de sí misma no coincide con su entorno. La desubicación de muchos respecto a unas estructuras (como el Estado español) y la de otros tantos respecto de otras (como el componente inmigrante). Confío en que, al igual que Alicia y su despertar de un sueño que la llevó a varias experiencias, la ciudad de

Barcelona regrese a su estado más humano y menos pretencioso, como el que tenía hace dos décadas, pero con el bagaje de todo lo valioso que nos da la historia.

Barcelona puede ser una ciudad que simbolice el principio de “unidad en diversidad”. Una unidad que no depende de la integración en una cultura, sino en la interdependencia entre todas las culturas. No cabe duda de que esta etapa de adolescencia en la vida de nuestra sociedad pasará y dará lugar a una etapa de adultez social con cualidades como la calma y la sabiduría. La valentía de extender la mano hacia el otro no será un gesto tímido de miedo a perder lo propio, sino desde la concienciación de que la madurez implica proporcionar un entorno favorable para el sano crecimiento y desarrollo de todos los grupos que componen nuestra sociedad. El fenómeno de la unidad con toda la complejidad que entraña nace de la certeza de que todas y cada una de las razas, nacionalidades y pueblos que existen tienen las mismas capacidades básicas para crecer y ofrecer grandes aportaciones al conjunto. “Barcelona, posa’t guapa” ya no será para embellecer las fachadas, sino para descubrir a los que viven detrás de las mismas. En esto todos somos responsables, los que son de aquí y los que hemos encontrado aquí y ahora una casa. **M**



La pobreza, el hambre y la mortalidad crecen en los países en desarrollo. La situación afecta a más de mil millones de personas en todo el mundo y reviste especial gravedad en el África subsahariana. Mientras haya hambre, los hambrientos seguirán emigrando hacia los países desarrollados. La democracia no es tan virtuosa.

El hambre, todavía

Texto **Josep M. Salrach** Universitat Pompeu Fabra

El pasado otoño, la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación) hacía público el informe anual sobre el estado de la inseguridad alimentaria en el mundo.¹ Las cifras y el análisis que aporta sobre el problema del hambre en el mundo invitan al pesimismo. Los objetivos que se fijaron en la Cumbre Mundial sobre la Alimentación (CMA), celebrada en Roma en 1996, no se cumplen y resulta fácil pronosticar que no se cumplirán. Recordémoslo: partiendo de los datos disponibles en los años 1990-92 (845,3 millones de hambrientos), la CMA se propuso reducir a la mitad (420 millones) en veinte años (2015) el número de personas desnutridas. Desde entonces hasta ahora, han aparecido una decena de informes con la finalidad de mostrar la marcha hacia la consecución de ese objetivo. Los informes muestran avances y retrocesos y, en definitiva, indican que se pierde más de lo que se gana. Aun admitiendo un margen de error, las cifras muestran el fracaso: el número de hambrientos del período 1990-92 descendió a 824,9 millones entre 1995 y 1997. Parecía un buen inicio pero, desde entonces, todo se ha trastocado hasta llegar a 1.020 millones (cifra estimada actualmente).

Quizás fuera el presentimiento de que se avanzaba hacia el fracaso y la fuerza de los argumentos malthusianos lo que inclinó a la comunidad internacional a adoptar en el año 2000 como primer paso hacia los Objetivos de Desarrollo del Milenio (cumbre de Nueva York) una meta más asequible: reducir a la mitad el porcentaje de hambrientos entre 1990 y 2015. Sin embargo, de momento, sólo se ha pasado del 16% en el período 1990-92 al 15% en 2009, un progreso insuficiente.

Las coyunturas y el hambre

La FAO busca explicaciones a este fenómeno y navega entre las causas estructurales, que anuncia y no precisa, y las coyunturales, menos comprometidas, que sí explicita. Aunque admite que las cosas van mal desde hace una década, centra su análisis en los últimos cuatro años y mantiene que el fuerte incremento del hambre se debe al encabalgamiento y suma de la crisis alimentaria de 2006-08 y la económica actual, iniciada en 2008.

En su opinión, la crisis alimentaria de 2006-08 se produjo por un incremento de los precios de los alimentos, que se

debió a diversos factores: fundamentalmente al aumento de los costos de producción por la subida del precio del petróleo, a la caída de la producción de cereal en grandes países exportadores a causa de alteraciones climáticas, a los efectos de una mayor demanda y a una situación accidental de bajas reservas en el mercado mundial. Así pues, habría sido una crisis originada, en buena medida, en la oferta (crisis de disponibilidad) por disminución en la producción, bajas reservas e incremento de los costes de producción frente a una demanda acrecentada; pero la FAO centra la atención en la demanda y afirma que el panorama se vio alterado por la demanda creciente de las industrias dedicadas a la producción de biocombustibles líquidos, y por el hecho de que, en países en acelerado crecimiento económico (China), el incremento de los ingresos ha generado una mayor demanda alimentaria.²

De estos factores, los biocombustibles no han dejado de generar polémica por la incidencia que muchos les atribuyen en el aumento de los precios de los productos alimentarios con los que se elabora y, en consecuencia, en el hambre, y porque favorecen la expansión del monocultivo, lo que vincula la suficiencia alimentaria de los países productores con la volátil marcha de los precios en el mercado mundial. Los defensores argumentan, sin embargo, que los biocombustibles diversifican y amplían los ingresos del sector agrícola y ayudan a ahorrar combustibles fósiles, los cuales, debido a las emisiones de gases, son los principales responsables del efecto invernadero. La FAO muestra una actitud prudente en este debate: cree que a largo plazo el incremento de la demanda y de los precios de los productos agrícolas para biocombustibles puede crear oportunidades de desarrollo en el mundo rural, pero objeta que no todos los países están preparados para los cambios técnicos que esta orientación productiva supone y, sobre todo, que, a corto plazo, optar por los biocombustibles parece más perjudicial que beneficioso.

Los problemas que apunta son evidentes: seguirá empujando los precios al alza, impulsando las deforestaciones y el agotamiento de los recursos hídricos y asfixiando la biodiversidad. Y eso sin tener en cuenta que, para reducir de manera sensible el consumo de combustibles fósiles, se necesitaría una producción de biocombustibles tan grande que no habría tierras suficientes para obtenerla.

En la página anterior, arroz importado por el gobierno filipino con destino a las comunidades pobres de Manila, abril de 2008. En la página siguiente, de arriba abajo, habitantes del pueblo de Tolkobeye, en el sur del Níger, una zona castigada duramente por la sequía, cargan provisiones del Programa Mundial de Alimentos, en agosto de 2005. En el centro, el mercado central de la capital nigerina, Niamey.

“No es criticable que la FAO proponga remedios coyunturales, porque los hambrientos precisan soluciones a corto plazo. Pero sí lo es la falta de un diagnóstico estructural, que comportaría afrontar cambios en profundidad”.

La crisis alimentaria por la subida de precios se fue incubando desde 2002, que es cuando empezaron a fluctuar al alza después de unos cuarenta años de tendencia a la baja, pero hasta 2006-2007 no se aceleró la subida hasta situarse a mediados de 2008 en un 64% por encima del nivel de 2002. Si para las familias pobres cualquier subida resulta perjudicial, ésta fue trágica. Y el descenso, desde finales de 2008, no les ha permitido rehacerse, porque no ha sido tan grande como se esperaba y porque a la crisis alimentaria le ha seguido la económica.

Para la FAO, esta crisis lleva más hambre a los países en desarrollo porque disminuye la capacidad de acceder al alimento. Es una crisis de accesibilidad. La responsabilidad inmediata recae, dice, en la disminución de las remesas familiares, de los beneficios de las exportaciones, de la inversión extranjera directa (IED) y de la ayuda oficial externa (AOE). En lo que respecta a las remesas, la cuestión está vinculada a la situación de los emigrantes que envían dinero a sus familias. En muchos países pobres las remesas representan una gran parte del PIB, son la base de supervivencia de muchas economías familiares y tienen efecto multiplicador en las economías locales. Ahora, sin embargo, a causa de la crisis, muchos emigrantes han perdido su trabajo o han sufrido reducciones en sus ingresos, las cuales se han trasladado a las remesas. E incluso muchos de ellos han vuelto a sus países de origen y al campo, donde se han convertido más en un lastre que en una ayuda.

Por supuesto, los beneficios de las exportaciones también han caído porque las dificultades del crédito, el cierre de fábricas y el incremento del paro en los países ricos han disminuido la demanda externa. La situación es difícil para muchos países en desarrollo, cuya alimentación depende de las compras al exterior que normalmente financian con exportaciones de productos de monocultivo (la banana en Nicaragua, la soja en Argentina, el café en Guatemala).³ Los que más sufren son los países con déficit comercial y pocas reservas, que tradicionalmente corrigen el desequilibrio con entradas de capital, hoy reducidas.

Los inversores extranjeros, en las crisis, no se arriesgan a invertir y retiran capitales, lo que se traduce en cierre de fábricas, empresas y explotaciones, paro y más precariedad. También disminuyen las partidas de ayuda a los países pobres en los presupuestos de los gobiernos de los países industrializados, en los que las finanzas se están viendo asaltadas por la crisis.

Los resultados saltan a la vista. Da igual que los precios de los alimentos básicos hayan bajado, porque todavía siguen siendo demasiado altos en los mercados locales de los países

pobres, y, sobre todo, no son accesibles o no lo son en la medida necesaria para abastecer a un número creciente de familias afectadas por la reducción de ingresos y el paro. Tampoco los gobiernos de los países en desarrollo, con graves problemas financieros (deuda externa, desequilibrio de la balanza comercial, fraude fiscal), están en situación de ayudar a su gente en la medida que sería necesaria.

En estas condiciones, la pobreza, el hambre y la mortalidad aumentan. Las familias intentan sobrevivir como pueden. Venden, dice la FAO, sus activos (cabezas de ganado, herramientas, tierras), lo que hará más difícil la recuperación en el futuro. Disminuyen los gastos de educación y sanidad, lo que pone en peligro la salud de los miembros de la familia y las esperanzas de un mañana mejor. Comen menos y consumen productos más baratos y de peor calidad, estrategia que también supone más enfermedades e incrementa la mortalidad, sobre todo infantil. Y procuran trabajar en lo que sea por el precio que sea: las mujeres son las que van a la ciudad en busca de trabajo, sobre todo doméstico, aunque eso signifique abandonar el cuidado de los recién nacidos.

La situación descrita, que en 2004-2006 afectaba a 857,7 millones de personas en Asia, África subsahariana, América Latina, el Caribe, el Próximo Oriente y África del Norte, y hoy en día a más de mil millones, reviste una gravedad excepcional en el África subsahariana. Si se sitúa el umbral de la pobreza en un poder adquisitivo inferior a un dólar al día, los países más pobres se encuentran ahí. Si, de acuerdo con la FAO, consideramos que 2.100 kcal/día es lo mínimo que una persona debe ingerir, también resultan ser los países del África subsahariana los peor alimentados: la mitad no llega a esa cifra. Por último, si aceptamos que la mortalidad infantil superior al 50% marca la entrada en el subdesarrollo, tenemos que convenir que todos los países del África subsahariana están en él.

Navegar en superficie

A un análisis coyuntural como el que la FAO propone es lógico que la institución responda con remedios también coyunturales. Y no es que eso sea criticable, porque los hambrientos necesitan soluciones a corto plazo. Lo que no parece aceptable es lo que calla: el diagnóstico estructural, que comportaría afrontar cambios en profundidad. Observemos, de momento, las propuestas de la FAO, empezando por las que descarta.

La dimensión mundial de la crisis limita la posibilidad empleada tradicionalmente, cuando las crisis eran regionales o de algunos países, de recurrir a la depreciación del tipo de cambio, que en otras circunstancias facilitaría el ajuste al favo-





© Issouf Sanogo / AFP / Getty Images



© Daniel Berehulak / Getty Images

recer las exportaciones y fomentar la reducción de las importaciones. Tampoco parece posible que los países más pobres, ya bastante endeudados, recurran al crédito internacional, ahora más caro y difícil de conseguir. En el interior de los países, por otra parte, las instituciones de microfinanzas, que tradicionalmente ayudan con créditos a las clases populares, también atraviesan dificultades de liquidez porque los inversores retiran capitales y crece la morosidad.

Descartadas, pues, las soluciones monetarias y observadas las limitaciones del crédito, la FAO examina las relaciones comerciales y constata que los países donde la inseguridad alimentaria y la vulnerabilidad son mayores también son los países en los que el grado de dependencia del mercado internacional es más elevado: importan una gran parte del alimento que consumen. La vulnerabilidad radica en el hecho de que la importación de alimentos depende del capital externo que captan (remesas, IED, AOD), que, como sabemos, se hundirá con la crisis, y de la relación de intercambio (precio de las exportaciones/precio de las importaciones), que es cambiante. Así, por ejemplo, durante la crisis actual, el algodón ha bajado más que los alimentos, en perjuicio de un país como Burkina Faso, exportador de algodón e importador de alimentos. Es peor, sin embargo, la situación de los países que son importadores netos de alimentos. ¿Qué se puede hacer?

La FAO sale al paso de la tentación aislacionista, que estima imposible e inadecuada. Lo mejor, dice, es la consecución de un relativo equilibrio entre un volumen moderado de alimentos importados, que ayude a contener los precios internos en beneficio de los consumidores, y un incremento de la producción agrícola interna, que reduzca el peso de las importaciones.

Llegados a este punto, las recomendaciones para combatir el hambre se concretan en atacar las causas, aumentando las inversiones en el sector agrícola, y combatir los efectos, extendiendo las redes de seguridad y los sistemas de protección social. En cuanto a las inversiones, su propuesta es una llamada a los estados y a las instituciones internacionales para que incrementen la ayuda. Pero no precisa cómo, y es difícil que lo haga después de haber explicado los problemas financieros que la crisis comporta y la situación catastrófica en que se encuentran las agriculturas como las de los países del África subsahariana. Sin embargo, con optimismo, deposita sus esperanzas en la agricultura, a la que considera motor de crecimiento y el sector que más puede ayudar a combatir la pobreza y el hambre. Por eso reclama atención prioritaria y recuerda que en el pasado (en las décadas de los años setenta y ochenta) fue un sector clave en la reducción del hambre.

En cuanto a las redes de seguridad y sistemas de protección social, la FAO propugna la extensión e integración en los países en desarrollo a fin de cumplir con la máxima eficacia la función de asistencia. Las fórmulas son diversas: en Brasil, por ejemplo, se concreta en la ayuda a las familias más pobres con pagos mensuales en efectivo, la ampliación de la cobertura temporal del seguro de desempleo, el incremento del salario mínimo, la ampliación de la garantía de precios para la agricultura familiar, la ayuda a las familias para construir casas nuevas, etc. En muchos países, también, la dieta alimentaria de los niños pobres se complementa con programas de



© Nicolas Asfour / AFP / Getty Images

alimentación en la escuela. Sin embargo, los expertos advierten que en muchos países estos sistemas de protección no existen, por lo que hay millones de personas que no se benefician de ellos, y la crisis, que disminuye el gasto público, amenaza con hacerlos desaparecer. En cualquier caso, el recurso a la asistencia social se debe entender como una solución a corto y medio plazo, porque las redes de seguridad tendrían que proporcionar a los beneficiarios soluciones a los problemas subyacentes facilitándoles el acceso al crédito, los inputs y las nuevas tecnologías, lo que a la larga les permitiría elevar la producción y dejar de depender de la asistencia social.

El informe no olvida, sin embargo, que en el grupo de personas afectadas, las más numerosas son las del medio urbano, hacia las cuales hay que dirigir especialmente la atención. Dicho esto, del futuro de estas personas de las barriadas de miseria, de cómo podrán dejar de depender de la asistencia, el informe no dice nada. Aun así, parece que las esperanzas de la FAO a largo plazo se depositen hoy en las políticas anticíclicas de previsión de riesgo aplicadas por las redes de seguridad, que tendrían que permitir gestionar el riesgo y las crisis previsibles, y depender menos de la asistencia internacional y más de los recursos de los propios países.

Es evidente que la FAO no puede dejar de reconocer el fracaso: el hambre ya aumentaba antes de la crisis alimentaria de 2006-2008 y de la crisis económica actual, por tanto, las soluciones aplicables han resultado, dicen, insuficientes. Calificativo dulce, en consonancia con el diagnóstico coyuntural que le evita analizar en profundidad las causas estructurales del problema y comprometerse en los debates y conflictos que, no obstante, están planteados. Sobre eso, se limita a pronosticar que la adopción de un enfoque basado en el derecho a la alimentación será importante para erradicar la inseguridad alimentaria, olvidando, por comparación, que la incorporación del derecho al trabajo en las constituciones tampoco no es garantía contra el paro.

El hambre en el núcleo del sistema

Quien desee entender el problema del hambre no puede darse por satisfecho con los informes de la FAO. En ellos no encontrará, por ejemplo, ninguna explicación sobre el hecho de que una de las más potentes economías emergentes, India, presentada como ejemplo de democracia modelo occidental, exporte cada año millones de toneladas de cereales (Jean Ziegler recordaba no hace mucho que el pan que se come en

Suiza está hecho con trigo de la India) mientras el 22% de su enorme población (1.134,4 millones de habitantes) pasa hambre y la cifra de desnutridos va en aumento.⁴ De hecho, esto no es tan difícil de entender desde una perspectiva sistémica: en el capitalismo rampante de la mundialización, los intereses de las clases populares se sacrifican en aras del interés particular del capital y de la lógica del mercado que lo alimenta. De este modo, el alimento, sin políticas correctoras, no va hacia quien más lo necesita sino hacia quien más paga.

Como el mercado no se toca, el único remedio propuesto por la FAO es la inversión en agricultura. Convergamos en que es necesaria y en que puede reducir el hambre a corto plazo, pero no es una solución para los hambrientos de las ciudades. Y tampoco es una medida que garantice la erradicación del hambre a largo plazo, porque, sin los progresos técnicos que la industria proporciona, la agricultura, afectada por rendimientos decrecientes, no podría sostener el incremento de la población, y porque la especialización en agricultura, siguiendo la consigna de las ventajas competitivas, acaba siendo una especialización en la pobreza porque empuja al intercambio desigual (productos agrícolas por productos industriales) y a la dependencia exterior. Así pues, se tiene que activar la industrialización de los países en vías de desarrollo y hacerlo, como lo hicieron los países occidentales cuando se industrializaban, protegiendo la industria incipiente de la competencia. Sólo los sectores industrial y de servicios, que en circunstancias normales son los que más contribuyen al PIB, pueden absorber a los parados de las ciudades del Tercer Mundo y desplegar una sinergia que impulse el crecimiento.⁵ Es evidente que aquí hay debates que se entrecruzan: sobre el modelo de desarrollo, las fuentes de energía, la consecución de una industria no contaminante, el necesario crecimiento de las economías de los países en desarrollo en paralelo al quizá inevitable decrecimiento de las economías de los países desarrollados, la influencia del cambio climático en las cosechas, etc.

¿De qué agricultura estamos hablando? La FAO defiende la agricultura industrializada, pero lo hace sin explicitar el riesgo y los límites. Los críticos reconocen el progreso de los rendimientos pero formulan objeciones: la dependencia de las multinacionales, que proporcionan el paquete tecnológico (semillas, fertilizantes, herbicidas, insecticidas) y se llevan el grueso de los beneficios, la pulsión por la consecución del máximo beneficio que lleva a la expansión del monocultivo, la reducción de la biodiversidad, la deforestación, el agotamiento del suelo, la tendencia a la desertización, etc. Este proceso, del que es un ejemplo la extensión del cultivo de soja en Patagonia,⁶ enriquece a unos pocos y condena a muchos a la pobreza, porque la pequeña agricultura no puede sobrevivir junto a los gigantes que sustituyen la mano de obra tradicional por enormes máquinas. Estos expulsados del campo son los que se amontonan en barrios periféricos de las ciudades en los que los gobiernos y los nuevos ricos a veces los alimentan (¡mal alimentan!) con las migajas del presupuesto y de sus negocios, no fuera a ser que se sublevaran.

Frente a eso, campesinos de todo el mundo, reunidos en la organización Vía Campesina, dejan paso a la esperanza de un retorno a la agricultura familiar y sostenible, dirigen la mirada

al mercado local y nacional, y defienden la autogestión de los recursos y la soberanía alimentaria contra la globalización.⁷ ¿Cuál es la alternativa, si incluso en los países industrializados los campesinos se quejan del deterioro de su nivel de vida por las condiciones que les imponen las grandes compañías agroalimentarias? Y nuestros campesinos más conscientes admiten que no saben hacia dónde va este modelo de agricultura que agota la tierra y los recursos hídricos y, al final, consume más energía de la que produce. Así pues, aquí también se impone la limitación, lo que los partidarios de la economía ecológica quizás llamaran decrecimiento.

De eso que nos preocupa, la FAO no dice nada. Tampoco se manifiesta sobre la expansión de los monocultivos, a la que se oponen los movimientos campesinos que reivindican la ruptura de las dependencias exteriores y la revisión de las normas de intercambio en pro de un comercio justo. Y menos aún opina sobre el uso social de la tierra y sobre la necesidad, en muchos países, de emprender una reforma agraria. Ésta es una expresión que no forma parte de su vocabulario, de manera que un movimiento como el de Campesinos Sin Tierra, que desde hace años impulsa en Brasil la reforma agraria desde abajo, no llame su atención.⁸

Mientras haya hambre, los hambrientos que puedan seguirán emigrando legal o clandestinamente hacia los países desarrollados, aunque ahora, con la crisis, sean más rechazados o incluso se los maltrate. Y es que la democracia, que para Amartya Sen es un muro de contención contra el hambre, no resulta tan virtuosa como parece.⁹ No hablemos ya de los gobernantes tiránicos que hacen pasar hambre, que los hay, y que deberían ser perseguidos por la justicia; hablemos de regímenes democráticos, o formalmente democráticos, de países en desarrollo que no hacen lo que tendrían que hacer para combatir el hambre en casa, y de gobiernos de países desarrollados, elegidos democráticamente, que no hacen lo que deberían hacer para evitar que surja la xenofobia y el fascismo contra los emigrantes.¹⁰

Así es como sigue persistiendo el hambre.¹¹ M

Notas

- ¹ *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo. Crisis económicas: repercusiones y enseñanzas extraídas*. Organización de las NU para la Agricultura y la Alimentación, Roma, 2009.
- ² *El estado mundial de la agricultura y la alimentación*, Organización de las NU para la Agricultura y la Alimentación, Roma, 2008.
- ³ *Collites amargos. Els monocultius de la fam*, Nicaragua, 2005. Documental de Félix Zurita y Joaquín Zúñiga.
- ⁴ Las declaraciones de J. Ziegler en *Nosotros alimentamos al mundo*, Austria, 2005. Documental de Erwin Wagenhofer.
- ⁵ Eric S. Reinert, *La globalización de la pobreza. Cómo se enriquecieron los países ricos... y por qué los países pobres siguen siendo pobres*, Barcelona, Crítica, 2007.
- ⁶ *Hambre de soja*, Argentina, 2007. Documental de Marcelo Viñas.
- ⁷ Annette Aurélie Desmarais, *La vía campesina: la globalización y el poder del campesinado*, Madrid, Popular, 2007.
- ⁸ *Valor Humano: los Sin Tierra. Por los caminos de América*, Brasil, 2004. Documental de Miguel Barros.
- ⁹ Arundhati Roy, "La endeble luz de la democracia", *El Malpensante*, Bogotá, 2009. Artículo consultado el 14/01/2010 en http://www.elmalpensante.com/print_contenido.php?id=1487.
- ¹⁰ Samir Nair, "L'ascens del racisme a Itàlia", *El Periódico de Catalunya*, 18/01/2010, p. 7.
- ¹¹ Josep M. Salrach, *La fam al món. Passat i present*, Vic, Eumo, 2009.



La FAO reconoce que de entre las personas afectadas por el hambre son legión las del medio urbano, pero no dice nada sobre cómo podrán dejar de depender de la asistencia. En la imagen, una pareja recoge botellas de plástico y latas frente a su chabola, levantada junto a una vía de tren en el barrio pobre de Klongtoey, Bangkok, en julio de 2008.

A portrait of Tzvetan Todorov, an elderly man with white curly hair and glasses, wearing a dark pinstriped suit jacket over a blue shirt. He is sitting in a white chair, leaning forward with his hands clasped. The background is dark with a horizontal light line.

Tzvetan Todorov

“Sorprende ver tantos muros levantados en plena globalización”

Entrevista **Sergi Doria**
Retratos **Pere Virgili**

La trayectoria vital e intelectual de Tzvetan Todorov es una lucha contra las tentaciones del bien que acaban abriendo las puertas a los campos de concentración. Se podría afirmar que su obra ensayística marca una evolución creadora sobre los males de un siglo XX que ya diagnosticó Albert Camus en *L'homme révolté* (1951). Advertía Camus que estábamos viviendo el tiempo de la premeditación y del crimen perfecto y emitía un veredicto provocador, en plena era del estalinismo: “Los campos de esclavos bajo la bandera de la libertad, las matanzas justificadas por el amor al hombre o el gusto de la superhumanidad dejan desamparado, en un sentido, el juicio. El día en que, por una curiosa inversión propia de nuestro tiempo, el crimen se adorna con los despojos de la inocencia, es la inocencia la que es requerida a proporcionar sus justificaciones...”

Todorov era un adolescente cuando el ensayo de Camus vio la luz y le puso en contra de una izquierda que todavía escribía odas al comunismo soviético. Todorov había nacido en Bulgaria en 1939, el año de la Segunda Guerra Mundial, e intentaba afrontar, a golpes de imaginación, la faz siniestra del socialismo real. En 1956, el año de la invasión soviética de Hungría, Todorov decidió cursar Letras en la Universidad de Sofía. Como recuerda en su ensayo *La literatura en peligro*, aquellos cursos adulterados por la ideología oficial “eran tan eruditos como propagandísticos: las obras, del pasado y del presente, se medían según la conformidad con el dogma marxista-leninista”. En el universo orwelliano de invención de la memoria, el estudioso del lenguaje no era todavía un insumiso, pero notaba los primeros síntomas. Frente a los eslóganes oficiales respondía en público con un “asentimiento silencioso sin mucho entusiasmo”; en privado llevaba “una vida intensa de encuentros y lecturas, orientadas sobre todo hacia autores de los cuales no se pudiese sospechar que fueran portavoces de la doctrina comunista, ya fuera porque habían tenido la suerte de vivir antes del advenimiento del marxismo-leninismo o bien porque habían vivido en países donde eran libres de escribir los libros que quisieran”.

Su vida francesa, ligada en la primera etapa con el estructuralismo de Roland Barthes y Gérard Genette, evoluciona hacia un pensamiento total sobre el hombre, la filosofía moral y la política. Un camino que le llevó más allá de los mecanismos internos del lenguaje y de la propia literatura. Camino de perfección moral, con paradas en los *egodocumentos*: memorialismo, testimonios, obras históricas, reflexiones, cartas e incluso textos folclóricos anónimos. Con esa urdimbre tejó *Las morales de la historia*, *El hombre desplazado*, *Los abusos de la memoria* o *Memoria del mal, tentación del bien*, trágico balance del siglo XX. El totalitarismo nazi-comunista, la deportación promovida por quienes decían aspirar al bien

de la humanidad y al paraíso proletario. Inventario de las víctimas del siglo: Vassili Grossman, David Rousset, Romain Gary, Margarete Buber-Neumann, Primo Levi... Hacer memoria del mal para prevenirnos del eterno retorno de la tentación del bien.

En la España que promulga leyes de memoria histórica que dividen a los ciudadanos en buenos y malos de trazo grueso, las palabras de Todorov al recibir en 2008 el premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales resultan pertinentes: “La memoria histórica puede servir para el perdón, también para la revancha y el odio”. Si la relación del pasado en el presente bebe del testigo y el historiador, en estos últimos años ha emergido la figura del *conmemorador* que diseña la “memoria colectiva”; o ese cacareado oxímoron de la “memoria histórica”, tan arbitrario desde la terminología de las ciencias sociales como grato a nuestros gobernantes. Todorov coincide con el estudioso de las identidades Alfred Grosser en que esa memoria colectiva o histórica es desconcertante. La memoria, afirma, “es siempre y sólo individual; la memoria colectiva no es una memoria sino un discurso que se mueve en el espacio público. Este discurso refleja la imagen que una sociedad, o un grupo de la sociedad, quisieran dar de sí mismos”.

Con la llamada “memoria histórica”, peligrosa y tramposa en determinados ámbitos de difusión, se puede llegar a envenenar a varias generaciones: la escuela que recibe la transmisión parcial del pasado, los medios de comunicación con sus reportajes de investigación –aparentemente– histórica, las reuniones de excombatientes, los discursos de responsables –o irresponsables– políticos, el columnismo de trincheras... La verdad corre peligro en esos foros: “En la escuela, el maestro sabe y los alumnos se limitan a aprender; en la televisión, los espectadores son mudos, y también lo son los asistentes al discurso del alcalde; en el parlamento, los diputados de la oposición no sabían que el primer ministro fuera a evocar una página del pasado, precisamente aquel día, no se habían preparado y callan”. Todorov escribió estas líneas en *Memoria del mal, tentación del bien*, ensayo publicado en 2002 por Península. Frente a la “rememoración” que define como “intento de aprehender el pasado en su verdad”, asistimos hoy al apogeo de la “conmemoración” o la “adaptación del pasado a la necesidades del presente”. Frente a la Historia en mayúscula, sujeta a la revisión rigurosa, emerge de la conmemoración la historia piadosa que sacraliza los monumentos en detrimento de la complejidad humana. Esa es la gran verdad de un pensador moral. La victoria del pensamiento libre contra la fantasmagoría del buenismo y el oportunismo político que impone el nomenclátor de los mártires. Además de las *liasons dangereuses* de la memoria, el semiólogo y pensador búlgaro se ha

interesado por la ligazón entre vida y literatura en obras como *Los aventureros del absoluto*, o el díptico *Elogio del individuo* y *Elogio de lo cotidiano* en el marco de la obra completa que edita Galaxia Gutenberg. Miradas lúcidas sobre campos diversos que su autor concibe “en la complementariedad, ligadas por una coherencia interna”.

Con un francés claro y expresión pausada, Todorov formula pensamientos profundos, sin artimañas que oscurezcan su compromiso por la libertad creativa. Sus libros componen una autobiografía intelectual del siglo XX. Como recuerda en *Los aventureros del absoluto*: “Crecí en una sociedad que, al día siguiente de finalizar la Segunda Guerra Mundial, convirtió en obligatorios los ideales colectivos: el régimen comunista nos imponía idolatrar abstracciones como ‘la clase obrera’, el ‘socialismo’, o la ‘unidad fraternal de los pueblos’, al tiempo que ponía como modelo a algunos individuos que, según se suponía, encarnaban esos ideales. Sin embargo, terminada mi infancia, no pude dejar de advertir que los hermosos vocablos no servían para designar los hechos, sino para camuflar su ausencia. También constaté que los individuos que debíamos admirar eran dictadores con las manos manchadas de sangre...”

En 1963 llega a París huyendo de la Bulgaria comunista y tres años después se doctora en la Sorbona con Roland Barthes, ingresa en el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS) y dirige durante diez años con Gérard Genette la revista *Poétique*. ¿Qué aportó el estructuralismo a la recepción literaria?

En aquel momento supuso una visión más refrescante sobre los estudios literarios. En Francia las aproximaciones a la literatura resultaban esterilizantes, asfixiantes. Se pedía a los especialistas que reunieran todos los datos concernientes al escritor estudiado. Vida, obra... una mera acumulación de hechos: biografía, condiciones en que escribió sus novelas, diferentes versiones de éstas, la totalidad de la crítica que abordó sus obras. Era una crítica historicista empeñada en situar la obra de un autor en un contexto determinado, sin preocuparse mucho de lo que pretendía decir a los lectores. De esa forma no podíamos saber por qué seguimos leyendo con placer *Madame Bovary* o *Le rouge et le noir* en el siglo XXI...

Y ese fue su punto de partida metodológico...

Planteaba una crítica a partir de la interpretación del texto y no sólo por su contexto histórico. El estructuralismo nos permitía esclarecer, valga la redundancia, la estructura literaria con más precisión que en el pasado. Renovar las diferentes formas del sentido y las figuras retóricas. Aprender que la narración nos brinda diversas técnicas y constantes en la construcción de la novela clásica, la novela moderna, etcétera. Y todo eso fue posible gracias a los estudios de la “Poética”, expresión que nos remite a su acepción aristotélica y que analiza la obra desde el interior. Estábamos desarrollando lo que Proust ya manifestó en *Contre Saint-Beuve*, o las lecciones de Paul Valéry en el Collège de France. Toda una innovación que revelaba características nunca abordadas antes en la obra literaria.

Tzvetan Todorov (Sofía, Bulgaria, 1939), semiólogo y pensador, se ha interesado por la ligazón entre vida y literatura en *Los aventureros del absoluto* o *La literatura en peligro*. Más allá del estudio del lenguaje, ha abordado las trampas de la memoria histórica en *Los abusos de la memoria* o *Memoria del mal, tentación del bien*.

Pero toda escuela o corriente de pensamiento arrasa la anterior y depara un movimiento pendular que lleva a los excesos. De tanto analizar los mecanismos de la obra autónoma, acabamos olvidándonos del disfrute de los lectores. Varias generaciones de estudiantes de gramática generativa y literatura recuerdan el estructuralismo como una pesadilla y usted entona el *mea culpa*.

Observando los programas de los institutos, me pregunté con el paso de los años si realmente habíamos ganado con el cambio. El profesorado olvidó que esas técnicas estructuralistas debían ayudar a la comprensión de la obra y no ser una mera sucesión de análisis. Los alumnos preparan los exámenes sabiendo las “funciones de Jakobson”, la analepsis y la prolepsis, y qué es una metonimia sin haber leído *Les fleurs du mal* (de Baudelaire). Como explico en mi libro *La literatura en peligro*, esos argumentos hacen que en estos momentos me incline por una concepción de los estudios literarios que siga el modelo de la historia y no el de la física, que tienda al conocimiento de un objeto exterior, la literatura, en lugar de centrarse en los misterios de la propia disciplina... No cabe duda de que los lectores seguirán sabiendo quiénes son Rousseau, Stendhal y Proust mucho después de que hayan olvidado los nombres de los teóricos actuales y sus construcciones conceptuales, por lo que enseñar nuestras propias teorías sobre las obras en lugar de las obras en sí supone dar muestra de cierta falta de humildad.

En *La literatura en peligro* reúne sus observaciones sobre la enseñanza en los liceos franceses. Afirma que desde la





Ilustración la literatura se ha ido distanciando de las personas...

La literatura está profundamente ligada a la comprensión de la condición humana... Los libros que atraen al lector no lo hacen por razones escolares, ni consideraciones retóricas, sino porque ayudan a vivir. Hoy parece que el único objetivo en los institutos es formar profesores de literatura, algo que me parece absurdo. Da la impresión de que los creadores pergeñan sus obras pensando en los críticos, como sucede con el arte conceptual. Y la literatura que lee el público no especializado a menudo no coincide con la que interesa al erudito. Los grupos más influyentes controlan las subvenciones del Estado y modelan la opinión pública desde la crítica literaria y los programas educativos.

Volvamos a 1963: un Todorov veinteañero se integra en los ambientes universitarios franceses. Ha muerto Camus y reina Sartre. ¿Cómo reciben el testimonio de un búlgaro exiliado que critica el supuesto paraíso comunista?

Digamos que cuando llego a París la estrella de Sartre comenzaba a declinar. Y se estrella en su debate público con Lévi-Strauss: en los ambientes intelectuales no cabía duda de que el autor de *Tristes trópicos* le había ganado por

puntos. El marxismo, que marcó el horizonte de las ciencias humanas y sociales y las humanidades desde la Segunda Guerra Mundial, iba a ser sustituido en los años sesenta por el horizonte estructuralista. Las cosas no estaban tan claras en la vida cotidiana: la juventud, las chicas con las que salías, eran de izquierdas y propalaban un discurso fantasioso. Pensaban sinceramente que yo venía del paraíso y ellas habitaban el infierno. No se reconocían en los campos de trabajo estalinistas, ni en la corrupción de los gobiernos comunistas.

En la izquierda europea y en la española en particular sigue habiendo una gran dificultad en situar al mismo nivel de aberración al nazismo y al comunismo...

Existe esa dificultad y es comprensible. Los países de la Europa occidental padecieron el nazismo pero no el comunismo, mientras que en el Este sufrimos ambos totalitarismos. Como conocimos la crueldad del nazismo y el comunismo, no tenemos dudas en que eran fenómenos de idéntica barbarie. En la Europa del Oeste, donde el Partido Comunista no gobernó, se veía a los militantes comunistas como personas generosas, solidarias, una especie de católicos que han perdido la fe y practican la caridad ayudando al

prójimo. Todo depende del punto de vista. Por eso resulta difícil en Europa tener una memoria común.

Hace poco se cumplió el setenta aniversario de la invasión de Polonia: en los colegios se recuerda a los soldados del Reich nazi y no a los soldados soviéticos, que también la invadieron a partir del Pacto Ribbentrop-Molotov.

La enseñanza de la historia debería enriquecer esa memoria colectiva difundiendo las diversas experiencias de los países europeos. Hay que intentar comprender por qué los polacos no tienen la misma visión de la Segunda Guerra Mundial que los franceses, belgas u holandeses. Raramente se asocian la invasión hitleriana y la estalinista. Y el periodo que va de 1939 a 1941 constituye el momento de la verdad en la historia del siglo XX. De la verdad sin maquillajes del totalitarismo como acontecimiento capital y específico. El resto del tiempo es un espejismo. Después de la guerra, la URSS se presentó al mundo aureolada como la vencedora del

Policías de la Alemania Oriental retiran el cuerpo de Peter Fechter, albañil de 18 años, acribillado cuando trataba de huir al Berlín occidental, el 17 de septiembre de 1962. Fechter agonizó en el lugar durante una hora, sin que nadie acudiera a ayudarlo. El joven fue una de las primeras víctimas del muro, a cuyo pie se le dedicó un memorial.



nazismo con 25 millones de soldados muertos. Europa pagó muy cara la deuda y los rusos ocuparon Berlín. A partir de entonces afirmar que los campos de concentración soviéticos habían precedido a los *lager* del nazismo parecía un comentario de mal gusto.

Y desde entonces hasta la caída del muro de Berlín...

Ver caer el Muro tiene una significación histórica profunda: es el primer signo irreversible del hundimiento del comunismo. La dislocación de la URSS, que sobreviene diez años después, traslada ese acontecimiento a escala mundial. El comunismo marca la historia europea y constituye la gran religión secular de los tiempos modernos, la que orienta la marcha de la historia durante ciento cincuenta años. Como las religiones tradicionales, promete a sus fieles la salud; pero, al ser religión secular, anuncia ese advenimiento en la tierra y no en el cielo, en esta vida y no después de la muerte. Responde así a millones de personas varadas en la pobreza y la injusticia, a quienes ya no pueden consolar las promesas de las religiones antiguas. Se presenta de repente como un proselitismo ideológico, capaz de usar la violencia: en cada país, hay que vencer en la lucha de clases; es necesario difundir la buena nueva de un país a otro y propiciar el establecimiento de regímenes comunistas. Poco a poco, la humanidad se “beneficiará” de los frutos de ese mesianismo rojo.

Algunos dirigentes de la izquierda europea y los comunistas españoles siguen sin darse por aludidos y no celebraron con entusiasmo el aniversario del 9 de noviembre de 1989. Aducen que en el orbe democrático, a partir del 11-S, han proliferado los mecanismos de control y las detenciones preventivas...

Sorprenderse o ironizar sobre la caída del Muro me parece una injuria para quienes lo padecieron. Las sociedades democráticas están a años luz de los controles de la Stasi o la Seguridad del Estado en Bulgaria. Ser vigilado por un poderoso sistema totalitario no puede confundirse con derivas del sistema democrático que hay que corregir. Pero poner una situación y otra al mismo nivel es despreciar el sufrimiento de millones y millones de personas.

Tras de la caída del Muro, ¿qué mundo nos queda?

Pasamos del enfrentamiento de las dos grandes potencias en la Guerra Fría a un mundo multipolar. Algunos tuvieron la ilusión de que íbamos a vivir en un universo unitario con los Estados Unidos al timón, pero el final del enfrentamiento Este-Oeste ha dejado el campo libre a otros modelos políticos. Una situación nunca antes conocida, aunque yo considero positivo que los países del mundo entero puedan también escribir la historia.

Y se levantan otros muros...

Los hombres han construido muros desde la antigüedad: Alejandro Magno, la Gran Muralla china, el muro de Adriano en el Imperio Romano. Muros de protección contra posibles invasiones. Con el paso del tiempo las defensas militares se han abandonado al revelarse ineficaces por el progreso tecnológico. En estos momentos todavía se cons-

“Los países de la Europa occidental padecieron el nazismo pero no el comunismo, mientras que en el Este sufrimos ambos totalitarismos. Como conocimos la crueldad del nazismo y del comunismo, no tenemos dudas en que eran fenómenos de idéntica barbarie”.

truyen esos muros entre Marruecos y una parte de Mauritania; pero es más habitual que tales barreras de protección sean de menor dimensión: en torno a un cuartel como la Zona Verde de Bagdad o en torno a un barrio de mala reputación en Padua.

Otra variante de muros son los sistemas de protección de las residencias de lujo, la separación entre las dos Coreas, o entre la India y Pakistán en Cachemira, o la partición de Chipre entre griegos y turcos. El muro de Berlín se adscribe a una rara categoría. Si la mayor parte de muros pretenden impedir que los extranjeros entren, con este se trata de impedir que los habitantes del país puedan salir. No sirve para proteger a la gente. Más bien para enfermarla. La imagen simbólica es la de prisión más que una fortaleza. Cuando yo vivía en la Bulgaria de 1963 ningún habitante podía atravesar la frontera sin autorización: las patrullas de vigilancia disparaban a dar. Era inconcebible telefonar al

extranjero, no podías leer prensa occidental que no fuera comunista, se interferían las radios extranjeras si emitían en búlgaro.

Tenemos también el Muro de Israel y las alambradas contra la inmigración en el estrecho entre España y Marruecos.

Uno queda sorprendido de ver levantar muros en la época de la llamada “globalización”. En realidad, no es ninguna paradoja. Lo que circula hoy con toda libertad son las mercancías y los capitales, la información audiovisual y los mensajes electrónicos. Pero las personas de los países pobres tienen reglamentada la circulación.

Además de los muros físicos podríamos hablar también de “muros” en el lenguaje: en los países comunistas se practicaba el “doblepensar” y la “neolengua” que Orwell describió en 1984.

La caballería polaca parte para esperar al ejército de Hitler en las llanuras de Prusia Oriental. La imagen fue tomada el 28 de agosto de 1939, poco después de la firma del pacto en que Alemania y la Unión Soviética acordaron repartirse el país, y tres días antes de que comenzara la invasión nazi.





© Hulton-Deutsch Collection / Corbis

La vida bajo el comunismo erosiona los espíritus, al usar sistemáticamente las palabras, no para designar las cosas, sino para disimular su contrario. Cuando nuestros dirigentes invocaban la igualdad, podíamos estar seguros de que querían proteger sus privilegios; los elogios a la libertad encubrían la opresión, las proclamas de paz anunciaban actos de agresión, la defensa del bien común podía interpretarse como la apertura de una cuenta personal en un banco suizo...

Y el lenguaje políticamente correcto y los eufemismos con los que los gobiernos democráticos encubren sus errores... ¿no constituyen una peligrosa estrategia de enmascaramiento de la realidad?

La demagogia y la manipulación de la palabra son tan viejas como la política. Platón denunciaba ya a los sofistas que disimulaban sus acciones bajo las palabras. Atacaba la retórica y todo uso del lenguaje que no fuera referencial. Tenemos figuras retóricas como la hipérbole o la litote, que expresa un concepto negando su contrario. La *neolengua* totalitaria es la antífrasis, afirmar exactamente lo contrario de lo que se dice: es el grado peor del engaño en el lenguaje. Desde luego que pueden levantarse obstáculos al pensamiento libre, a base de clichés y estereotipos, pero el muro físico equivale a la prisión y es todavía más grave que el de lenguaje.

La “conversión” a la democracia de los antiguos países comunistas se ha visto afectada por lo que el escritor rumano Norman Manea llama “veneno duradero” del antiguo régimen totalitario que contamina todavía la política en el Este europeo... Václav Havel alude directamente a “democracias mafiosas”.

Precisamente esa transformación de todos los valores enmascarando su contrario de la que hemos hablado quedó confirmada con la caída del comunismo, ya que los dirigentes, o sus descendientes, o los antiguos responsables del KGB se convirtieron en los primeros “capitalistas”, propietarios de empresas privatizadas y maestros de los trapicheos lucrativos. Su conversión a la retórica democrática y a las prácticas del lucro personal ha sido instantánea, lo que demuestra que su metamorfosis ya estaba muy avanzada cuando llegó el momento de cambiar de sistema. Putin es el más claro ejemplo de esta estrategia.

Ha mencionado antes el “mesianismo rojo”. Tras la derrota del comunismo, ¿ha surgido otro mesianismo del libre mercado?

Desde una perspectiva histórica, el mesianismo comunista aparece como una variante y transformación de un mesianismo secular más antiguo, nacido con la Revolución Francesa y que reaparece hoy con otros ropajes. Conocemos

Georgi Dimitrov, secretario general de la Internacional Comunista y luego jefe del gobierno búlgaro, preside con Josif Stalin y Mijaíl Kalinin un desfile obrero en la Plaza Roja moscovita, en julio de 1936. En la página siguiente, la multitud se apretuja en Argel para dar la bienvenida al general De Gaulle, en junio de 1958, durante la guerra de Argelia. En la última página del artículo, Putin se dirige a una recepción en el Kremlin con motivo del Día de la Unidad del Pueblo, en noviembre de 2006.

“Desde luego que pueden levantarse obstáculos al pensamiento libre, a base de clichés y estereotipos, pero el muro físico equivale a la prisión y es todavía más grave que el de lenguaje”.

sus fases anteriores. Es aquel que sigue inmediatamente a la Revolución, se prolonga con las guerras napoleónicas y ambiciona salvar a la humanidad en el Siglo de las Luces. Algunos decenios más tarde se concreta en las conquistas coloniales de Gran Bretaña y Francia, que pretenden llevar a todos la civilización... Tras la caída del muro berlinés, reaparece ante nuestros ojos una nueva modalidad de ese mesianismo anterior. En nombre de la promoción de la democracia y de los derechos del hombre, los países occidentales, guiados esta vez por los Estados Unidos, se alían en guerras contra países estratégica y económicamente importantes, ayer Iraq, hoy Afganistán y puede que mañana sea Irán. Justificándose en las costumbres retrógradas de estos países (la imposición del velo a la mujer, el cierre de las escuelas) o en su orientación política hostil (el “islamofascismo”), las fuerzas occidentales los bombardean, los ocupan y les imponen gobiernos dóciles.

¿Otra deriva totalitaria del bien?

Un ejemplo es la legalización de la tortura. En los Estados totalitarios se torturaba cotidianamente e incluso era parte básica de su supervivencia, pero nunca la legalizaron. Occidente debe erradicar la tentación de practicar la tortura de forma legal.

Muchos dirigentes neoconservadores e ideólogos de *think tanks* ultraliberales provienen de la extrema izquierda...

Los *neocons*, ideólogos de la intervención militar legitimada por la defensa de los derechos humanos, son los descendientes de los viejos comunistas, que han devenido con el tiempo en ardientes antitotalitarios (desde una perspectiva primero trotskista revolucionaria, luego democrática). En Francia, las mismas personas habrían conocido tres etapas: portadores de la religión comunista en 1968, bajo una de sus variantes de extrema izquierda; luego se tornan anticomunistas radicales y más tarde antitotalitarios, a raíz de la difusión de las exhaustivas informaciones sobre la realidad del Gulag (se les bautiza entonces como “nuevos filósofos”); para aparecer, estos últimos años, como los partidarios del “derecho de injerencia” y de la guerra “democrática” en el resto del mundo. Y es que las formas contemporáneas de neoliberalismo comportan ciertos rasgos del comunismo, tal vez precisamente porque lo combatieron...

¿Y qué tienen en común?

Un cierto pensamiento monista, el deseo de reducir la complejidad del mundo social a una sola dimensión y verlo sometido a una única fuerza. También la separación entre la políti-





© Astajov Dmitri / ITAR-TASS / Corbis

ca y la economía. La autonomía de la acción económica fue puesta en cuestión por el poder totalitario, que privilegiaba la política, con el resultado conocido de los almacenes vacíos y la penuria permanente. Ahora es la autonomía política la que se ve debilitada. La globalización permite que los actores de la vida económica escapen fácilmente al control de los gobiernos locales: a la primera traba, la empresa multinacional “deslocaliza” sus factorías a un país más acogedor.

En el interior de cada país, la ideología ultraliberal no deja un lugar preeminente a la acción política. Este cambio es, en un sentido, más fundamental todavía que el que impuso la Revolución Francesa. Esta se contentaba con reemplazar la soberanía del monarca por la del pueblo, y el neoliberalismo sitúa la soberanía de las fuerzas económicas, encarnadas en intereses particulares, por encima de la soberanía política. Es necesario que los gobiernos y los parlamentos vuelvan a orientar las políticas para conseguir el bien común de los ciudadanos.

La clase política, por lo menos en España, no está pasando por sus mejores momentos. Tras la muerte de las utopías y los grandes sistemas de pensamiento, ¿vamos a ser capaces de vivir sin ideologías?

Los seres humanos de la Europa occidental nos muestran cambios espectaculares: de la fe comunista al anticomunismo feroz; en Francia, de Marchais a Le Pen... Pero también la posibilidad de mantener una distancia crítica hacia todo tipo de fe y de sumisión mental. No hay que pensar que la ideología es la sumisión de los otros porque son simples o ignorantes, mientras que uno se cree que no está sometido y que posee un gran sentido común. Los individuos necesitan un sistema de pensamiento, aunque es recomendable mantener cierta distancia hacia ese sistema. El exilio te permite observar críticamente tus propios hábitos y ser capaz de relativizarlos al vivir en una sociedad diferente.

Para acabar podemos recordar a “Los aventureros del absoluto”, tres existencias marcadas por el cosmopolitismo: Wilde, Rilke y María Tsvetáieva. Una tríada biográfica que constituye un homenaje al gran europeo Stefan Zweig.

Zweig era seductor y peligroso. Seductor, porque se dirigía a sus lectores desde una idea global, porque establecía una continuidad entre el escritor, la obra y el destino moral, porque era un auténtico europeo... Peligroso, por su exigencia romántica de sacrificar la vida al arte, una concepción que conduce inevitablemente a la tragedia. **M**



De dónde venimos / A dónde vamos

Juego, sociabilidad e individualismo

© Pérez de Rozas / AFB

Cualquier teoría sobre el juego intenta responder a sus causas y finalidades. El cómo y el por qué jugamos reviste interés para nosotros en función de conocer más de cerca las dimensiones del juego.

Haciendo un hueco al “Juego”

Texto **Jordi Lorente i Servitja** Maestro y pedagogo

En poco menos de 20 años, nuestras formas de relacionarnos en occidente han ido dando tumbos. No han faltado etiquetas para subrayar cuál de estos cambios es o ha sido la clave: era de la información, era de la tecnología, mundo global, sociedad para el consumo, e incluso hemos llegado a llamarlo “sociedad del ocio”.

Pero esa posibilidad del ser humano ocioso y administrador de una parte de su tiempo ¿se ha convertido realmente en el elemento definidor y definitivo de nuestra sociedad? Cuando analizamos este aspecto desde la vertiente cercana al concepto “juego”, acabamos por concluir que el ocio presentado en nuestras opulentas sociedades dista mucho de exprimir y romper en mil pedazos el concepto de *homo faber* para dejar paso al del auténtico *homo ludicus*. La sociedad no ha permitido que el “Juego” en letras mayúsculas rija parte de nuestras vidas. El cómo y el por qué son parte del argumento

de este artículo. La otra gran pregunta a la que intentamos enfrentarnos es si puede estar surgiendo una nueva conciencia en torno al ocio y el juego.

Un análisis etimológico nos permitiría advertir las diferentes realidades que se contemplan bajo este concepto. Es un término con muchas caras y con mucha capacidad metafórica (juego infantil, juego de llaves, seguir el juego, poner en juego, jugársela, ser como un juego), por lo que nos resulta imposible encontrar una definición concreta de “juego”. A pesar de todo, buscando en otros idiomas, se encuentran aspectos interesantes. Observamos, por ejemplo, que en inglés existen dos palabras que traducimos por “juego”, y si nos atrevemos a diferenciarlas, como hacen los ingleses, es posible que veamos algo más. Mauriras-Bousquet (1991)¹ lo argumenta así: “... antes de cualquier afirmación o debate sobre el juego, tenemos que dejar bien claro que ‘juegos’ en

plural (más o menos equivalente a *game* en inglés) y 'juego' en singular (que sería más bien la traducción de *play*) designan dos realidades totalmente diferentes. Los 'juegos' son instituciones sociales, fragmentos del 'juego'. El 'juego', en cambio, es una actitud esencial, una manera concreta de abordar la vida, que se puede aplicar a todo sin corresponderle específicamente nada".

Cualquier teoría sobre el juego intenta responder a sus causas y finalidades. El cómo y el por qué jugamos tiene interés para nosotros en función de conocer más de cerca las dimensiones del juego. Los aspectos que más pueden ayudarnos en el análisis de ese concepto son las aproximaciones psicológica y antropológica².

La psicología se ha centrado básicamente en el juego infantil y lo ha enfocado desde dos vertientes: la vertiente denominada "psicoanalítica" (S. Freud, D.W. Winnicott) y la vertiente evolutiva (J. Piaget, E.H. Erikson, L. Vygotsky, D.B. Elkonin). Las aportaciones más importantes que la psicología ha hecho al juego se sitúan en el terreno más práctico, como sucede en el caso del tratamiento terapéutico que se desprende del juego a partir de las ideas psicoanalíticas de Freud (terapia del juego-exteriorización de posibles situaciones traumáticas a través del juego), y en el de su relación con el desarrollo humano, establecida por J. Piaget (ya sea como incentivador o como producto). Las teorías más piagetianas ofrecen la posibilidad de analizar el desarrollo del individuo a través del juego y nos permiten entender el "juego colectivo de reglas" como el juego más complejo. No obstante, hay que señalar que la aportación de la mayoría de estas teorías también queda limitada a la utilidad del juego.

Desde la antropología, en cambio, se ha llegado a una función y definición del juego más descriptivas. Destacamos la aportación de Jan Huizinga quien, partiendo de que el juego se define en sí mismo porque puede estar presente en todos los aspectos de la vida, acaba extrayendo sus rasgos identitarios. De este modo, el juego se define como una actividad libre que conscientemente se sitúa fuera de la vida ordinaria (como si no fuese serio), que acaba absorbiendo al jugador. Presenta una serie de características que nos ayudarán a calificar algo de más o menos juego a partir de la presencia de estos rasgos: libre / no productivo / no ordinario ni real / con ritmo y medios propios / creativo / creación de un orden propio / regulado / incierto / social / simbólico. Es muy determinante considerar el juego como la fuente de aparición de la cultura: "la cultura tiene algo lúdico, es decir, se desarrolla con las formas y con el alma del juego"³. Otros autores como Caillois han subrayado que el juego, además de engendrar cultura, también es el transmisor del modelo, el carácter y los valores de una sociedad. Por tanto, el juego tendría una funcionalidad como artífice de socialización, enculturación y transmisión de valores.

Antes de continuar nuestro hilo argumental sobre la presencia del juego y el ocio en la sociedad conviene que demos un rodeo. ¿Es correcto que se encasille el juego como actividad infantil o de personas mayores? ¿Estamos hablando de una actividad inocua y sin ningún aspecto remarca-



“No hay que considerar el juego como una actividad exclusiva de la infancia o la senectud. Es una actitud que está o debería estar presente a lo largo de toda la vida”.

ble? ¿Los parques de ocio actuales son un reflejo de lo que nuestra sociedad identifica como juego?

En primer lugar, considerar actualmente el “juego” como una actividad meramente circunscrita a la infancia o a la senectud es de una simplicidad extrema. El juego es una actitud que está o debería estar presente a lo largo de toda nuestra vida. Cuando jugamos quiere decir que somos capaces de crear un mundo propio con unas leyes pactadas y consensuadas; que podemos interactuar con los demás de diferentes maneras; que podemos ensayar nuevas formas de conducta y trabajar el pensamiento estratégico. Somos nosotros mismos quienes podemos regular y aceptar los diferentes lances que nos presentará la actividad. ¿Puede alguien restarle valor y menospreciar una actividad así?

Nos queda por ver por qué derroteros nos lleva la materialización de los términos ocio y juego en la sociedad. Todos estaríamos de acuerdo en considerar que los parques de ocio insertos en los centros o zonas comerciales y los parques temáticos son dos de las plasmaciones más directas. Si el juego refleja y transmite una serie de valores culturales y socializadores, podemos afirmar que, sobre todo a partir de la adolescencia, deja de predominar el concepto de “juego” como elemento de desarrollo y se postula como producto de intercambio económico. Es evidente que, en estos espacios, un juego deja de desempeñar la función socializadora que pueden tener los columpios de un parque o la de ser un instrumento para el aprendizaje para transformarse en una mercancía.

Como sucede en los estadios deportivos, el ocio y el juego se nos presentan como un espectáculo para presenciar y muy pocas veces para practicar. ¿Dónde está, entonces, la concepción de juego de la que nos hablaba Huizinga? Y ¿dónde encontramos, entre otros aspectos que ayudaban a definir el término, rasgos como la creación de un orden propio, la creatividad, la ausencia de beneficio material con adaptaciones posibles a los ritmos y los medios de cada uno? Sin duda estamos destacando un ocio de actitud pasiva.

Con estos comentarios no pretendo oponerme a la construcción de parques de ocio. Lo que me parece un error es la unidireccionalidad, es decir, que la sociedad sólo potencie un determinado tipo de ocio.


Uno de los cambios más sorprendentes y repentinos que he vivido en los últimos años fue la visita familiar que realizamos, durante el verano de 2008, al Playmobil Fun Park de Zindorff (cerca de Nuremberg, Alemania). Con fisonomía e idiosincrasia de parque temático normal y corriente, ambientado en el popular juego de los clics, todas las actividades que se plantean requieren la participación e implicación de los “jugadores”. Es decir, si había una carrera de coches, ésta con-

sistía en pedalear con tu coche; si se trataba del Far West, tú mismo buscabas pepitas de oro. La propaganda lo advertía: “active park”. La realidad era realmente así, los verdaderos protagonistas no eran las máquinas, sino los niños.

En segundo lugar, me gustaría mencionar el vastísimo mundo de los juegos de mesa. Para la mayoría de catalanes y españoles, la expresión “juegos de mesa” queda asociada a un reducidísimo número de juegos que aparecen en todos los centros comerciales. Por eso, más de uno puede quedarse de piedra al saber que sólo en Essen (Alemania) cada año se celebra una feria especializada en juegos de mesa, y que en cada edición se presentan más de 500 juegos nuevos. Y, saber que esta feria recibe la visita de más de 150.000 personas también puede servirnos para hacernos una idea de la magnitud de la tragedia. Tenemos que abrir los ojos a la experiencia lúdica y hacer que la opción de pasar una noche con los amigos, una tarde con los hijos o un final de comida navideña jugando a juegos de mesa sea lo más normal del mundo.

Cito, para acabar, otra actividad que rompe moldes. Me refiero al *parcour* o *parkour*, movimiento éste que primero se circunscribía a las academias militares de mediados del siglo pasado y que ahora se ha abierto a la juventud de zonas urbanas con problemática social. Los participantes juegan con el mobiliario urbano buscando formas de desplazarse y superar obstáculos sin tener que posar los pies en el pavimento. Además, entre ellos no se establece ninguna competición, sino que se rigen por un código de conducta cuyos principales pilares son la colaboración y el esfuerzo personal. ¿Es ésta la respuesta que hemos obtenido por haber apartado durante tanto tiempo el juego de los entornos urbanos?

El espíritu humano puede volver a conquistar lo que es suyo, disfrutar a partir del juego, y hemos de contribuir a ello.

Creemos, por tanto, haber puesto sobre la mesa que hay nuevas formas de ocio complementarias o alternativas al ocio de consumo y que la sociedad tiene que encontrar la manera de recuperar espacio y tiempo en los que ubicar prácticas lúdicas. Nos conviene dar paso a una nueva concepción de las ciudades en las que, además de templos del juego –estadios– o zonas recreativas de ocio –negocios–, los espacios públicos y privados acentúen, potencien y generen JUEGO en mayúscula, juego como práctica engendradora de relaciones humanas y de creación. 

Notas

- 1 M. Mauribas-Bousquet (1991), “Un oasis de dicha”, *El correo de la UNESCO*, junio de 1991, pág. 13.
- 2 P. Lavega (2000), *La naturaleza del juego: bases conceptuales. Dossier fotocopiado, curso de posgrado “Bases i aplicacions en l'escola i el lleure del joc i l'esport popular i tradicional”*, INEFC - Lleida.
- 3 J. Huizinga (1984), *Homo Ludens*, Alianza Ed., Madrid, pág. 34.



Se diría que el juego ha sido siempre parte intrínseca del ser humano. Pero, dejando aparte los deportes, los juegos de azar, los crucigramas y los videojuegos, si nos fijamos únicamente en los juegos de mesa, la situación es que el juego no existe o tiene una existencia “freak” y no mucho más.

El futuro será juego o no será

Texto **Oriol Comas i Coma** Creador de juegos.
Director de la feria “jugarXjugar” de Granollers
Fotos **Albert Armengol**

El juego tiene un pasado glorioso y que forma parte del patrimonio cultural de la humanidad. Solo hay que pensar en el ajedrez, el go, el backgammon, los mancalas, los marros, el parchís, las damas, la oca, la infinidad de juegos de dominó y de cartas. Del siglo pasado, y ya iconos populares en todo el mundo, son el Monopoly, el Scrabble, el Cluedo, el Mastermind, el Rummikub o el Risk.

Si en vez de mirar atrás pensamos hacia adelante, importa más saber (y defender) que el juego tiene un futuro esplendoroso, sin sombras. Esto es lo que nos hacen pensar creaciones indiscutibles como los recientes juegos de tablero y cartas Eleusis, de Robert Abbott; Acquire, de Sid Sackson;

Civilización, de Francis Tresham; El Grande, de Wolfgang Kramer y Richard Ulrich; Dungeons & Dragons, de Gary Gygax; Magic, de Richard Garfield, y especialmente Los Colonos de Catán, de Klaus Teuber (del que se han vendido unos quince millones de ejemplares en quince años).

Esto en cuanto a los juegos de tablero, y, podemos añadir también, con respecto a otras formas de juego: el espectáculo de masas que constituye ahora mismo el deporte profesional o, en un ámbito más doméstico, la importancia que otorgamos al hecho de que niños y niñas practiquen deporte con asiduidad; los casinos y bingos siempre llenos; la locura colectiva que representan los grandes sorteos de lotería; las

“¿Los videojuegos aniquilarán los juegos de mesa? En términos económicos no cabe discusión. Ahora bien, en lo que respecta a la función social, rotundamente no”.

incontables partidas de dominó y de malilla en los bares de todo el país; la popularidad de propuestas como los *enigmàrius* de Màrius Serra en Catalunya Ràdio o los crucigramas de Jordi Fortuny en *La Vanguardia*; los concursos de televisión, tantos y tan variados, que parecen proceder de una fuente inagotable; el prestigio social y el reconocimiento mediático de los grandes maestros de ajedrez desde el fenómeno de Bobby Fischer; y el creciente e imparable imperio de los videojuegos, que ya son el principal negocio en las industrias de ocio. Se diría que el juego forma parte intrínseca del hombre, que siempre ha sido así y que siempre lo será.

Pero... Hay un pero muy grande: dejando aparte todas esas manifestaciones del juego que son los deportes (en los que destaca ante todo el componente físico y, ni que decir tiene, el componente de espectáculo), los juegos de azar (que tienen muy poco de juego y mucho de una extraña mezcla de ilusión y adicción), los crucigramas (que disfrutan de una vida tranquila y cotidiana en diarios y revistas) y los videojuegos (a los que tendremos que volver enseguida), si nos fijamos únicamente en los juegos de mesa, los más elevados socialmente, en definición del historiador y precursor de los estudios sobre el juego, Johan Huizinga, la situación en la España de 2010 es que el juego no existe o que tiene una existencia *freak* y no mucho más.

Se puede afirmar que, en general, nos hemos convencido de que los juegos son un mero entretenimiento al que no hay que dedicar el escaso tiempo libre del que disfrutamos, que no sirven para nada, aparte de tener una incierta capacidad para hacer pasar el rato. Más aún, nos hemos explicado que los juegos son cosa de niños. Esta idea la hemos conformado en casa, pero también en la escuela, en los medios de comunicación, en las instituciones.

Una breve lista de los motivos que se pueden aducir para no jugar contiene argumentos que van desde el cansancio, el aburrimiento y la pereza hasta el autoconvencimiento de que fuera del trabajo no se tiene que pensar o que en el tiempo libre uno no se tiene que complicar la vida leyendo las reglas de un juego. Otro motivo puede (suele) ser que jugar implica competir y que a mucha gente no le gusta competir, más allá de la competición que en tantos aspectos es la vida diaria.

Un motivo quizá inconfesable es el miedo a perder. Nunca se dice abiertamente, pero si uno mira en su interior quizás el pensamiento “¿qué puede ser peor que perder delante de mis hijos?” adquiera una fuerza que no sabríamos justificar. Sólo hay que ir un sábado por la mañana a cualquiera de los centenares de partidos de baloncesto escolar que se juegan en el país para ver que son muchos los padres que gritan a sus hijos, empujándolos no a jugar sino a ganar. Incluso riñen e insultan al árbitro a gritos, como si estuviesen en el campo del

Barça y acabaran de pitarnos un penalti dudoso en contra. Primeros hermanos del miedo a perder son el miedo al ridículo y la vergüenza de mostrarnos ante los demás de una manera que no nos favorecerá o simplemente no queremos mostrar.

Para rebatir todos estos argumentos, lo más fácil es pensar en un juego como si fuese un libro. Si a alguien no le gustan los libros voluminosos, puede leer cuentos o novela breve; si no le van las complicaciones psicológicas, encontrará que las novelas de ladrones y serenos o de ciencia ficción lo hacen feliz; si lo que quiere es revivir sentimientos y encontrar bellas imágenes, seguro que hay algún poeta que podrá satisfacerlo; si lo que desea es simplemente no pensar, pero, al mismo tiempo, enredarse en una aventura, elegirá un *best-seller*. Pero no se puede defender que de un libro que no se ha dejado leer o que de un determinado tipo de libros que no gusten a una persona se pueda deducir que leer, que todo el leer, es aburrido, cansado, que es para universitarios o significa un esfuerzo que no vale la pena. Lo mismo se puede afirmar en el caso del cine. ¿Por qué no en el caso del juego y de jugar?

Es evidente que los motivos para la práctica cotidiana del juego en casa y con los amigos también tienen muchos elementos a favor. Se puede jugar por el reto intelectual que supone, por la mera diversión, por ganar, por compartir y relacionarnos. Jugar es, sobre todo, querer crear un espacio y un tiempo en el que lo que ocurre fuera no cuenta. Un espacio y un tiempo en el que todo vale: la especulación inmobiliaria, convertirse en princesa, hacer de granjero, dirigir las operaciones de la batalla del Ebro. Si la humanidad lo ha hecho durante por lo menos cuatro mil quinientos años, ¿vamos a dejar de hacerlo ahora? Dicho de otra manera, ¿queremos un futuro en el que no se juegue?

Si se tuviera que hablar de un fenómeno radicalmente nuevo en los usos culturales de la población mundial, si tuviese que ser sólo uno, éste fenómeno estaría constituido por los videojuegos. Desde las propuestas primigenias, como el popular y rudimentario juego de tenis de mesa *Pong* (1972) y el no menos popular *Pac-Man* o “comecocos” (1979), los videojuegos han evolucionado hacia un producto de consumo cultural de gran magnitud. Tanto, que muchas superproducciones cinematográficas ya no son más que subproductos para el lanzamiento de videojuegos. Un solo dato permite hacernos una idea de la enormidad de esta industria: en exactamente diez años, de las diferentes versiones del juego *Los Sims* se han vendido más de cuatrocientos millones de ejemplares. Jugar en una videoconsola o en el ordenador es una actividad diaria de centenares de millones de jóvenes (y no tan jóvenes) en todo el mundo.

Así pues, si éste es el panorama actual, quizás la gran amenaza para el juego y la actividad social que constituye el jugar



Los videojuegos nunca harán desaparecer los juegos de sociedad porque no pueden suplir la presencia de otras personas alrededor de la mesa. Sobre estas líneas, juego de fútbol virtual. Abriendo el artículo, uno de los juegos expuesto en la muestra "Societats virtuals. Gamer's edition", un recorrido por las fronteras entre realidad y virtualidad que se pudo ver en el centro Arts Santa Mònica entre enero y abril.

sean los videojuegos. ¿Aniquilarán los juegos de mesa? En términos económicos, no cabe discusión: uno y otro mercado no pueden compararse. Ahora bien, en lo que respecta a la función social, rotundamente no, los videojuegos no harán que desaparezcan los juegos de sociedad. Nunca podrán suplir la presencia de otras personas en torno a una mesa. Una pantalla, por más que pueda haber alguien al otro lado del cable, por más que los juegos sean multijugador, no puede tener las reacciones o las carcajadas de una persona.

Precisamente, la crítica más habitual que se hace a los videojuegos es que han individualizado el ocio, que han convertido un tipo de actividad social por definición en una actividad que se realiza en solitario. Es normal que en muchas comidas familiares un adolescente sólo preste atención a su miniconsola o a los juegos de su teléfono móvil. Como lo es que las habitaciones de los hijos ya tengan, cada una, un televisor y un ordenador, que deben servir tanto para el estudio y la comunicación como para los videojuegos. La otra crítica es que los videojuegos muestran en demasiadas ocasiones unos valores que no parecen ser los adecuados para los niños y niñas que juegan con ellos. Es cierto que hay videojuegos con unos contenidos tan violentos que la propia industria se ha visto obligada a proponer en la carátula una edad mínima para jugar con ellos. No son la mayoría, pero es verdad que algunos de los que tienen más predicamento y más ventas son de este tipo. A los videojuegos les pasa lo que a las películas, que no todas son para todos los públicos. A diferencia del cine, sin embargo, los padres suelen mostrar un desconocimiento absoluto con respecto a los videojuegos.

Ahora, ha sido una videoconsola la que ha devuelto el juego al lugar del que no debería haber salido nunca: el comedor de casa. La Wii se juega en el televisor y requiere mucho

espacio, características que lo han llevado a hacerse con un papel predominante en el ocio familiar, toda vez que sólo se puede practicar en una habitación mayor que un dormitorio. Además, es una actividad intergeneracional, en la que niños, jóvenes, padres y abuelos juegan juntos. Y lo hacen todos a la vez. El juego vuelve a ser un espacio de relación en un tiempo separado de la vida real. Quizá, a través de la Wii, padres e hijos vuelvan a jugar juntos.

Para anticipar ese futuro de juego, tan prometedor como inexcusable, no hay nada mejor que una partida de Dixit, un juego creado por el francés Jean-Louis Roubira y editado por Libellud en 2008. Aunque se trate de un juego demasiado reciente como para poder considerarlo un clásico, es una apuesta segura. Es un juego en el que, como siempre, conviene ganar, pero en el que nadie se preocupa de quién gana. Se compone sólo de unas cartas con dibujos que recuerdan, por lo *naïf*, a Chagall y Magritte. Por turnos, una persona describe una de las cartas que tiene en la mano, sin mostrarla. Esa carta se mezcla con otras cuatro o cinco cartas que ponen los otros jugadores. Se les da la vuelta a las cartas y los jugadores votan cuál es la carta original. El objetivo es que te adivinen la carta, pero no todos los jugadores. Mediante un preciso sistema de puntuación, los jugadores van sumando puntos. Más que los puntos, lo que cuenta es ir descubriendo la creatividad que pueden llegar a desarrollar unas personas en torno a una mesa. Se trata de discutir sobre cómo es mejor describir una carta que muestra a un niño que mira una enorme concha en una playa, una concha de la que salen unas pisadas. ¿"El nacimiento de Venus"? ¿"La mariscada de Gargantúa"? ¿"El recién llegado"? ¿"El fugitivo"? ¿"Lost"?

Jugar sirve para charlar un rato, hace cuatro mil quinientos años, ahora y por siempre. **M**



“De la dura vida real nada sé”

Texto **Lilian Neuman**
Fotos **Christian Maury**

Hay personas que un día se encontraron atrapadas en la adicción y hoy siguen sin poder salir. Y hay otras, rehabilitadas o en fase de rehabilitación, que viven los efectos de un pasado que se resiste a emprender la retirada. Son innumerables las razones por las que, en esta ciudad, alguien puede –y pudo– ser más o menos proclive a la heroína o al alcohol. Este es un recorrido por algunas de sus historias.

Hace muchos años, en la misma plaza Blanquerna, frente a la sala de venopunción Baluard, cayó un bebé de meses desde una ventana de la pensión Forcales. El periódico ABC de 1983 se refiere a la venganza de una mujer despechada en completo estado de ebriedad.

Hoy en la plaza hay dos mesas de ping-pong. Un poco más lejos, uno de los edificios más fotografiados y filmados en los últimos meses, y que tal vez haya suscitado más discusiones políticas y sociales que aquella pensión, protagonista de una Barcelona que, entre todas sus explosiones en los años ochenta, soportaría una de trazado letal: la heroína.

En un balcón vecino a la sala Baluard, el cartel que se repetirá más lejos en el corazón del Raval: “Volem un barri digne”.

Uno de los posibles responsables de la indignidad del barrio me señala una herida en la frente, sobre el puente de la nariz. Como tantos usuarios de la sala Baluard (2.304 en el año 2008), este chaval lleva una gran bolsa a cuestas –otros suelen llevar sus pertenencias en carros de supermercado– y, bajo el pantalón chándal, un pantalón tejano, porque al caer la noche hay que protegerse del frío y de la humedad. En cuanto a la herida, es el recuerdo de una madrugada, cuando dormía bajo una de esas mesas de ping-pong. Lo cuenta con gracia, y todavía algo abochornado: “Estoy durmiendo, y de golpe oigo ¡arriba, arriba! Así que pegué un salto y, ya ves, me di con esa viga de allí debajo de la mesa. ¡Hostia puta!, dije. Y entonces uno de la urbana se enfadó y tuve que decirle, ahí medio dormido y mareado: “No, hostia puta del golpe que me he dado, no lo estoy insultando a usted”.

Quien esto cuenta lleva un valioso papel que extrae de su bolsillo, una suerte de comienzo de final feliz: la dirección de un piso tutelado, donde podrá dormir sin chándal ni pantalón. Él es parte de un mundo (y un programa) llamado Plan de Drogas 2009–2012, que incluye asistencia, reducción de daños, reinserción y mucho más.

Este mundo –que no debe ser, como dicta el plan, objeto de discriminación– no está en otro planeta, ni en otra latitud. En cambio, serpentea desde Drassanes hasta la Rambla, desde Hospital hasta Robadors, desde Sant Pau hasta una calle adyacente a la Generalitat. Tiene sus reglas y sus costumbres, se oculta o se mimetiza (y extiende una mano



“ Uno de los posibles responsables de la indignidad del barrio lleva un valioso papel que extrae de su bolsillo, una suerte de comienzo de final feliz: la dirección de un piso tutelado, en donde podrá dormir sin chándal ni pantalón”.

rápida en un bolso o una tienda, o pide un cigarro o una moneda), reaparece con fuerza en Nou Barris, y nunca debe hacer ruido, ni destacar. Sus cuidadores suelen vestir de blanco y acuden con una larga pinza a recoger colillas en la entrada de Baluard o jeringuillas cuando alguien ha decidido pincharse en una acera o en un escalón. También llevan maletines asépticos, para asistir al descariado que se niega a utilizar los servicios que le ofrece la ciudad. Es un silencioso ecosistema en el que, si el loco del perro de la calle Robadors empieza a gritar, una pareja uniformada al momento está allí. El ecosistema está recorrido por vendedores de latas de cerveza a setenta céntimos, de pastillas a cincuenta céntimos y de cocaína, heroína y cannabis. En el interior de la sala Robadors tiene lugar un taller de reducción de riesgos o de sobredosis. “Sólo les pedimos que no vengán colocados”. Por la ventanilla, se efectúa el intercambio de jeringuillas.

Es un mundo en el que el tiempo y sus obligaciones discurren de manera distinta. Un chico con aire de colegio de pago, de apenas veinte años, lleva una cazadora a cuadros, nueva, de buena calidad. La enseña por delante y por detrás, elogia la cualidad de la tela y el grosor, pero se irá de allí con la cazadora puesta, y se internará por el Call. Y así seguirá hasta que pueda venderla y, de inmediato, correr a comprar para poderse pinchar. Los clientes que al fin no le han comprado nada, junto a la sala SPOTT (donde reciben la dosis de metadona), le miran con la amarga sabiduría de quien ya pasó por aquello, cuando tenía aquella edad, y sabe lo que después vendrá. “Hoy todo este mundo está agilipollado. Antes, salíamos con dos amigos y, al fin, hacíamos seis amigos más. La vida aquí era diferente, las Ramblas eran diferentes, todo era mucho mejor”. Mientras Maribel –guía fundamental para este reportaje– formaba parte de aquella ciudad en donde estaban sus amigos –muchos de ellos, muertos–, también un hombre, mayor que ellos, se internaba en ese tiempo distinto que hoy parece estar a años luz.

Aquella navidad helada

Juan Miguel –“todos me llaman por mi apellido, Perdigón”– un día decidió dejar su barrio, Sant Andreu, y se mudó a la calle Sant Pau. Dejaba así de destacar –o de desentonar– en su barrio trabajador, y pasaba a ser uno más entre todos los que dormían en la calle o, con suerte, en alguna pensión. Cuando habla y recuerda, entrecierra los ojos y, posiblemente, ahí esté el secreto de su recuperación: esa mirada no admite la insinceridad. “Yo me despertaba un domingo por la mañana y salía con billetes en el bolsillo. Y a mediodía me decía: ¡pero, caramba, ya me lo he gastado todo!” Nacido en un pueblo de Salamanca, Perdigón trabajó desde muy joven

en la construcción, y estuvo en distintas ciudades. El más inolvidable de sus recuerdos es el de una madrugada, durmiendo entre cartones. Aquel momento en que asomó la nariz y se encontró un paisaje absolutamente blanco, y helado. Era Navidad, y estaba en Valladolid. Mucho antes, a los trece y catorce años, ya bebía, y andaba solo por Barcelona, buscándose una vida mejor. “Bebía en las típicas paradas con los compañeros del curro; ya me entiendes: esta la pago yo, esta la pago yo... Y a los veintiocho años supe que era adicto”.

La vida de Perdigón, como la de sus compañeros de la Associació Rauxa, tiene horarios de trabajo, de controles médicos y de grupos terapéuticos. “Yo sé que hoy, que tengo sesenta y tres años, es mi última oportunidad para no recaer”. No habla de sí mismo como de otro hombre, durante todas las veces en que bebió sabiendo que llegarían los sudores, las visiones, los delirios y, también, los ingresos psiquiátricos. Tiene una clase de integridad que le impide comportarse como un converso superficial. Sencillamente, admite que su vida hoy es caminar, pasear, continuar vinculado a Rauxa –un centro de evidente eficacia y notable buen ambiente, por su política integral de recuperación y reinserción– y no entrar en un solo bar. Un heroinómano puede huir a ambientes limpios de droga. Pero un alcohólico vive rodeado de carteles de bebidas, rodeado de reclamos de eso que él sabe que no puede ni mirar. Con gran humildad, y un poco de nostalgia, dice: “Si ahora me encontrara con alguno de mis amigos de Sant Pau les diría: Amigos, me alegro mucho de verlos, pero nuestras vidas ahora son diferentes”.

Las fronteras

De Sant Pau a Gràcia (donde está Rauxa) se puede ir andando; sin embargo la distancia suena remota en palabras de Perdigón. También las distancias son eternas, y las fronteras siempre inalcanzables, cuando se quiere abandonar la calle Robadors. Un lunes a las tres de la tarde, María, de cuarenta y tres años, está segura de que todo esto quedará atrás. Ha sido dada de alta en el programa de metadona y está en condiciones de convertirse en monitora, después de haber cumplido un tiempo de formación en el Hospital de Sant Pau. María vive en este barrio, con su madre, y confía en que su nuevo trabajo, del otro lado de la ciudad, le permitirá adquirir ese aire nuevo que, indudablemente, respira Perdigón (que a esta hora puede estar haciendo uno de sus diez largos en la piscina Picornell). Pero, una semana más tarde, María está sentada en un escalón, con algunos de sus viejos amigos, y no hay en su rostro aquella mezcla de esperanza y vivacidad. Parece preocupada, desanimada tal vez. Las cosas no están bien con su madre y, pensándolo mejor, tal vez no sea buena idea tra-

Maribel, abajo, comenzó a vender droga con trece años. Remarca: "Tú y solo tú puedes tomar la decisión", que en su caso fue aguantar el mono para salir de las drogas. Un heroinómano puede huir a ambientes limpios de droga. Pero un alcohólico vive rodeado de carteles de bebidas. En la página anterior, arriba, Juan Miguel, para quien la vida es no entrar en ningún bar y, abajo, Francisco Fernández Navarro, secretario de la Asociación de Adictos a Opiáceos.

bajar con toxicómanos. "Quiero estar con otra gente, otra gente distinta y normal". (A veces, si se está en el mundo de la droga, se ignora que estas cosas también se dicen en el mundo sin adicción. Se quiere huir de un ambiente laboral, de una vida familiar, de una ciudad). María tiene dificultades para irse de allí. Con dos mil euros, su amigo Felipe, cerveza en mano, fantasea con una fiesta por todo lo alto: drogas, chicas... Con esos dos mil euros, María afirma que alquilaría ya mismo un piso, lejos de su madre y de ese hermano que la ha amenazado puño en alto. Felipe –a quien un fotógrafo asaltó impunemente, y al otro día salió en un periódico esnifando disolvente– afirma que su madre, que le llama a mediodía, preocupada, si es que todavía no ha ido a comer, "es lo más grande que hay". Al mismo tiempo, María, cuya madre le ha quitado las llaves de casa, es quien piensa de verdad, y se propone algo de verdad. ¿Cuáles son las fronteras para cada uno? ¿Cuáles son los obstáculos insalvables y los que, en cambio, con mucha fuerza o cariño, o confianza, se podrán sortear?

Que el chaval se quede

Actualmente, en el centro SPOTT (el primer centro ambulatorio en toda España) madres y padres acuden a pedir ayuda, algunos de ellos arruinados después de haber pagado inúti-

les curas de desintoxicación. Lo cierto, como afirma su directora Pilar, y la psicóloga Amparo, es que sólo el 7% de los adolescentes que hoy consumen cannabis y –cada vez más– alcohol (los pacientes de cocaína son bastante más mayores) acabarán siendo adictos. En tanto, y sobre todo, esta institución intenta que "el chaval se quede", que le guste el lugar, los profesionales que lo atienden, los talleres, las alternativas que aquí se dan. SPOTT ha recibido a todos, también a aquel chico que un día asusta a unas turistas con una sonrisa feroz, y al momento sonríe encantador, pidiendo "un eurito". El mismo que una tarde de lluvia torrencial agarra por la nuca a su novia (una muchachita de rostro infantil), advirtiéndole que a él no le puede gritar. El mismo que lleva tatuado en la mano el nombre de la niña que ni él ni ella pueden cuidar, y que está criando otra familia, y el mismo que, como bien saben en SPOTT (y también lo sabe Maribel, cómo no), ha obligado desde siempre a sus novias a hacer la calle para pagarle el vicio a él. Las directoras de SPOTT dejan entrever que, a veces, no es sólo la droga; hay otras cosas que aparecen en los chavales..., algo que crece imparable y no se puede doblegar.

Cae la tarde y Juan, uno de los amigos del grupo de Felipe, me recuerda que yo, de la vida, nada sé. De la dura vida real nadie sabe más que él. (*De mi vida real nada sé*, título de un pre-



“ María tiene dificultades para irse de allí. Con dos mil euros, su amigo Felipe fantasea con montar una fiesta por todo lo alto: drogas, chicas... Con esos dos mil euros, María alquilaría un piso, lejos de su madre y de ese hermano que la ha amenazado puño en alto”.

cioso libro de Ana María Moix). Muchas veces, en este mundo, el de las personas que continúan en la droga, o que se sobreponen a su larga resaca, no se admite que la dureza y la impiedad puedan también aguardar más allá. El plan de drogas vigente puntualiza que ningún paciente debe ser objeto de discriminación. Esto también significa que, como en cualquier mundo normal, éste también puede ser objeto de críticas, de observaciones. ¿O acaso no?

Dentro de las personas usuarias de metadona, y que al mismo tiempo –y esto no es poco habitual– siguen consumiendo heroína de forma esporádica, está Javi. Ha irrumpido, como caballero andante del Raval, en medio del corrillo formado alrededor de los conocimientos de esta periodista sobre la dura vida real. Y les ha callado la boca a todos para mantener, rato después, este aparte de opiniones (algunas podrían rebatirse), de lucidez y sinceridad.

“Un cero a la izquierda”

Javi –que empezó fumando heroína a los quince años– habla con precisión y claridad. De hecho, y como tantas personas drogodependientes de esta ciudad, no pertenece al “ecosistema”, aunque al menos una vez al mes tenga que acercarse a él para comprar. Sus cuarenta años podrían pasar por treinta y pocos, su elegancia y su forma de vestir hacen de él un tío respetable (“de diseño”) al que ya no siguen de cerca cuando entra en una tienda a mirar. Se autodefine como rebelde, y con enormes reservas ante los médicos y terapeutas con los que ha tenido que tratar. Como si las reglas del juego no fuesen con él. “Soy un cero a la izquierda”, así se siente ante quien no comprende que cada persona es un mundo en sí mismo, y se la debe escuchar y entender. Javi es activista de la Asociación de Pacientes Adictos a Opiáceos y, como afirma su director, José Carbonell, defiende que cada paciente tiene “una narrativa”, que se debe descifrar.

“Nunca perdonaré a mi padre. No le perdonaré el maltrato físico y psicológico que infligió a mi madre, y de hecho no puedo ni mirarlo cuando voy allí, y lo veo con sus nietas. Creo que en cada familia hay elementos más sensibles. Sin duda, yo fui uno de ellos (también una de mis hermanas). Recuerdo cuando era pequeño y mi padre nos obligaba a leer las páginas de un libro. Y luego teníamos que recitar esas páginas de memoria. Si no eras capaz de hacerlo, te arreaba un correazo. Nunca le perdonaré y noto que cada día le guardo más rencor, porque hoy es un tío de sesenta y cinco años que no ha cambiado en lo más mínimo”.

El pasado siempre regresa, y amenaza con ser más fuerte que toda posible alternativa vital: aquel tiempo que Maribel

recuerda mejor, allí por las Ramblas, pero en el que también la policía, un día sí y otro no –y como lo recuerda María–, metía en el camión a yonquis por decenas, y como ganado, “yo dormía en la comisaría noche sí noche no”. El tiempo en el talego –“como todos los heroinómanos, yo tuve que delinquir” (María). “Lo único que te motivaba en el talego era irte a un rincón con un cigarro y una taza de café” (Maribel)–, o aquel día en que María se acercó al féretro de su novio y se dijo a sí misma: “yo seré la próxima”. “Y te aseguro que era tanto mi dolor, que ni siquiera tengo memoria del mono”. El pasado es una analítica regular, para comprobar que se mantiene a raya al HIV. O algo que se ha quedado lejos y que sirve, como en el caso de Francisco Fernández Navarro (secretario de la Asociación de Adictos a Opiáceos) para dedicar el presente a dar voz a quienes pasaron lo mismo que él (la cárcel, tocar fondo, el alejamiento de su familia, a la que hoy se vuelve a acercar) y decir, una mañana en el despacho: “Mi novia fue un apoyo fundamental, cuando ya nadie quería saber de mí”. Por allí está ella, reservada y seria, sentada frente a un ordenador. Y también el pasado puede ser una página de memoria de la que nada se podía entender, como afirma hoy Javi, que no hay psicólogo que lo pueda entender: “Tú no adivinas nada de mí, tú no sabes nada de mí, soy yo quien te lo dice todo a ti”.

El pasado también es el día en que Maribel tomó su decisión –“tú y sólo tú puedes tomar la decisión”–, aguantó el mono, y ahora habla así: “Cuenta la historia de mi vida desde que yo tenía trece años cuando empecé a vender”. “Cuenta que mis padres vendían chocolate, y que hoy mi padre, cuando me lo encuentro, lo primero que me dice es “yo no tengo un duro, ¿eh?”. El pasado es ser la incómoda hija mayor, cuya sola presencia recuerda a unos padres aquellos errores imperdonables, los que intentaron corregir con la descendencia posterior. He aquí la respetable y presumida Maribel –no hay día en que no lleve un accesorio bonito, una gorra o un peinado que le sienta bien, poco importa que vaya en silla de ruedas–, que saca el carácter para presentar a la periodista, y su fuerza –vaya fuerza– cuando mira horrorizada a una de sus sobrinas con unos de esos pantalones que se llevan ahora, con medio culo al aire. “¡Pero adónde vas!”

Uno de sus memorables momentos tuvo lugar una tarde, en la calle Robadors: acababa de terminar su lata de coca cola e hizo el gesto de arrojarla hacia atrás. “No, ya la tiro yo en una papelera”. Y Maribel me clavó los ojos como quien mira a un marciano, a un integrante de un ecosistema chalado e irreal, y señalando alrededor, me gritó: “Pero ¿y adónde?”. **M**





Baudrillard y la sociedad simulacro

Texto **Gonçal Mayos Solsona** Profesor de Filosofía.
Universitat de Barcelona
Caricatura **Guillem Cifré**

El filósofo francés Jean Baudrillard sostuvo que el destino y la condición de las sociedades avanzadas actuales es que cualquier hecho tiende a degradarse como tal y a pasar a ser espectáculo u objeto de consumo, al margen de que sea verídico o falso. Informaciones e interpretaciones, emitidas y recibidas en alud, se igualan en calidad de meros simulacros de la realidad.

La sociedad avanzada actual se caracteriza por una doble concentración humana: la concentración física en grandes urbes o enormes zonas metropolitanas y, paralelamente, la conexión telemática en grandes redes comunicativas que potencialmente enlazan todo el planeta en una sola “globalización”. Esta doble intensísima interacción humana en las ciudades modernas y en la “telépolis” o “cosmópolis” global que es Internet es la clave para la condición humana contemporánea y provoca fenómenos significativos.

Por un lado, ahora se constata como nunca el ideal humanista que el antiguo romano Terencio formuló: “Humano soy, y nada de lo humano me es ajeno”, aunque solo sea porque nada de lo humano (o que afecte a otros humanos) nos es verdaderamente ajeno, es decir, no nos afecta o nos deja indiferentes. Desde las nuevas pandemias que vivimos hasta la actual crisis económica global, se constata el riesgo (como destaca el sociólogo Ulrich Beck) de que cualquier cosa –por lejana que parezca– nos afecte y, además, con una gran velocidad y consecuencias imprevisibles. Guste o no, somos más que nunca “una humanidad”, sin compartimientos estancos; somos una “aldea global” (McLuhan) tanto telemática como físicamente.

Sin embargo, por otro lado, la enorme concentración humana en pululantes metrópolis y en una única red no siempre ha facilitado la comprensión intrahumana ni, aún menos, la intelección de lo que podemos denominar la “realidad” ni la vinculación empática con una “verdad” que se desprenda de ella. Paradójicamente, la globalización telemática, económica, tecnológica o turística parece alejarnos violentamente del “mundo”, la “realidad” o la “verdad de las cosas”, más que aproximarnos suavemente a ella. Esta es quizás la gran paradoja de la sociedad avanzada centrada en las tecnologías de la comunicación, de la “sociedad del conocimiento”, de la “condición posmoderna”...

Eso es, en otros términos, lo que fascinaba al filósofo y sociólogo francés Jean Baudrillard –precisamente, ahora se celebran los ochenta años de su nacimiento. Mucho más radical y consecuentemente que la mayor parte de sus coetáneos, Baudrillard destacó la interferencia constante de cualquier traza de “verdad” como la característica clave de las sociedades avanzadas. La acelerada circulación de informaciones y el choque constante de las infinitas interpretaciones (también las manipulaciones conscientes) tienden a igualarlas en forma de “simulacros”. Se desvanece la distinción entre verídico y falso; como en la caverna platónica: solo hay imágenes entre imágenes, opiniones frente a otras opiniones, informaciones diversas, pero no “La Verdad”.

Es más, Baudrillard insiste en que en las sociedades avanzadas actuales cualquier hecho, “realidad” o “verdad” tiende a degradarse, ya sea a “espectáculo”, ya sea a “consumo”, ya sea –indistinguiblemente– a ambas cosas. Por eso, actualmente, tanto la ciudad como Internet caen bajo el signo del consumo y el espectáculo; incluso la cultura se vive necesariamente como hecho “espectacular” y proceso

“consumístico”, con sus modos, sus mitos, sus efímeros panteones, los breves instantes de gloria –Warhol– que tan pronto otorga gratuitamente como olvida catalépticamente.

Según la teoría del simulacro de Baudrillard, este es el destino y la condición de la actual sociedad simulacro. En ella domina una mera apariencia de verdad que, además, esconde que solamente es una apariencia y, así, desvía la atención de la única “realidad” o “verdad” posible, que es, precisamente, el propio simulacro. Baudrillard dice: “El simulacro no es el que oculta la verdad. Es la verdad la que oculta que no hay verdad. El simulacro es verdadero”. El simulacro –cuando se sabe que lo es– no engaña, es lo que es (en su *epifanía*, como se dice en religión). El engaño tiene lugar cuando se quiere hacer pasar un simulacro por verdad; más radicalmente: cuando se dice que hay verdad, y no simulacro.

¿Como llegó Jean Baudrillard a unas ideas tan radicales y nihilistas? Ciertamente, teorizando sobre el hecho de que las sociedades avanzadas parecen cada vez más abocadas a la experiencia del simulacro, a ser sociedades simulacro. Pero también extrayendo las consecuencias más extremas y nihilistas de la rica, subversiva y muy radical generación filosófica a la que perteneció. Todos nacieron hace unos ochenta años en los frívolos pero también umbríos años veinte y principios de los treinta, marcados por el crac de 1929 y en los que se “empollaba el huevo de la serpiente” del nazismo y del gulag estaliniano, que ya apuntaban trágicamente en la Guerra Civil Española.

Era una época bastante similar a la actual: la “camuflada” pero ya relativamente antigua y muy importante crisis social irrumpe espectacularmente en las conciencias a través del profundo crac económico y de acontecimientos planetarios como el atentado de las Torres Gemelas; a partir de aquí, un pánico generalizado parece dispuesto a sacrificarlo todo a cambio de “seguridad”, “recuperación económica”... o un simulacro creíble de ellas.

Maestros de pensamiento de la juventud radical

Estas vivencias marcaron profundamente (a pesar de las muy diversas actitudes) la generación de Jean Baudrillard (1929-2007). Entre los que le son más próximos, mencionaremos a los geniales analistas de la condición contemporánea (un poco más viejos): Jean-François Lyotard (1924-1998), Gilles Deleuze (1925-1995), Michel Foucault (1926-1984) y el norteamericano Andy Warhol (1928-1987), y los un poco más jóvenes: Jacques Derrida (1930-2004), Pierre Bourdieu (1930-2002) y Guy Debord (1931-1994).

Significativamente, todos ellos han muerto hace relativamente poco y sin embargo, además, siguen siendo unos de los analistas más citados sobre la crítica a la sociedad avanzada, la cultura de masas, la condición contemporánea..., y siguen siendo “maestros de pensamiento” de la juventud radical. Aparentemente y a dos años de su muerte, Jean Baudrillard parece más olvidado, a pesar de que, después de

un tiempo bastante largo y oscuro, encarnaba la crítica más radical, iconoclasta y nihilista.

Recordemos que Baudrillard había escogido el papel –tan difícil como agradecido y transitado en el mundo cultural francés– de pasar a ser radical “crítico de los críticos”. Baudrillard tomó nota de los análisis de su generación, ya muy radicales, para sacar de ellos conclusiones aún más radicales. Insistía en levantar una “sospecha” sobre las muchas sospechas de su generación (y que la época ciertamente favorecía) y a partir de estas. Este intento no era nada fácil; si ya costaba mucho asumir las críticas de pensadores como Lyotard, Warhol, Debond o Foucault, las radicalizaciones hiperbólicas de Baudrillard parecían delirantes.

Además, Baudrillard provenía de una familia humilde, se movía en los márgenes del mundo intelectual francés y tenía una formación aparentemente más ecléctica que sólida. Mezclaba estudios literarios, semióticos, estructuralistas, marxistas, de teoría de la comunicación, incluso de patafísica y el teatro del absurdo (Alfred Jerry) o el teatro de la crueldad de Antonin Artaud. Poco a poco, sin embargo, Baudrillard logró encarnar el modelo del *outsider* que se hace un lugar central en el debate intelectual a base de atrevimiento y polémica.

Se consagró a base de jugar a “aventajar” a los grandes nombres de su generación, denunciándolos como compañeros de viaje que se han quedado a medio camino o como críticos inconsecuentes que acaban temblando y claudicando ante la lógica de los propios pensamientos. Como un *alter ego* de Nietzsche, aunque más mundano y menos solitario, Baudrillard sigue una crítica generalizada muy similar, nihilista y radical. Sobre todo, adapta la crítica nietzscheana a la sociedad de consumo y de los *mass media*, que considera una “sociedad simulacro” (tanto porque es donde “advienen el simulacro” como porque ella misma no es más que un inmenso simulacro). Baudrillard afronta un radical “intercambio simbólico” que quiere subvertir el sistema mediante la sistemática “radicalización de todas las hipótesis” e imponiendo a todos los “modelos” o “simulacros” “una reversibilidad minuciosa” (*El intercambio simbólico y la muerte*, 1976).

Enfrentado tanto a los “conservadores” como a los “progresistas”, Jean Baudrillard pasó a ser sociólogo en Nanterre en contra del omnipresente y entonces dominador Bourdieu. Participa en la Internacional Situacionista de Mayo del 68 junto a Debond, pero evoluciona mucho más allá y desarrolla una obra más completa. A pesar de estar muy próximo a él, desafía al marxismo al proclamar que la nueva base del orden social es el consumo y no la producción (*La sociedad del consumo*, 1970, y *Para una crítica de la economía política del signo*, 1972).

En un gesto espectacular que, además, intuye el agotamiento del estructuralismo francés (en el que se le enmarca), identifica y ataca con agudeza al pensador más radical, sistemático y potente del momento: Michel Foucault. Baudrillard se da a conocer masivamente con el libro *Olvidar a Foucault* (1977). Una vez más, intenta superar al crítico (Foucault), denunciando que este ha falseado o cortado abruptamente su crítica, y lo ha hecho por el viejo ídolo de la

“voluntad de verdad”. Baudrillard denuncia a Foucault porque este todavía cree –dice– en “la Verdad” como absoluto, identificándola con las relaciones de poder y con el poder configurador del poder (valga el juego de palabras).

Significativamente, Foucault no lo niega, sino que menosprecia a Baudrillard, acusándole de polemizar sin ningún otro fin que el de buscar la fama, en un juego completamente frívolo. En cierto sentido, Foucault tiene razón; pero Baudrillard considera demostrada su tesis y su superación crítica del crítico más radical que también se ha postrado ante el ídolo “Verdad” (reconstruido de acuerdo a su peculiar ideología). En todo caso, el mundo publicístico consagra el gesto de Baudrillard de desafiar al gran monstruo intelectual francés del momento, que (como Derrida) incluso ya era reconocido en el mundo anglosajón.

Ahora Baudrillard parece bastante libre y seguro para generalizar su análisis a los aspectos más variados y peculiares de la cultura contemporánea y de las sociedades avanzadas; es decir: la actual sociedad simulacro. Entonces, como un nuevo Tocqueville, se enfrenta al gran reto de analizar a la potencia líder (Estados Unidos) y a la gran metrópoli (Nueva York), que culminan las contradicciones y fascinaciones de la sociedad actual. En *América* (1986), Baudrillard teoriza con agudeza sobre el mundo que Andy Warhol (solo un año mayor) supo vivir y plasmar tanto genial como intuitivamente.

Baudrillard encuentra en el mundo norteamericano la manifestación más descamada de la amenaza que se oculta tras las metrópolis actuales, la metrópoli física y la “cosmópolis” telemática: rehuir el simulacro para caer en la “hiperrealidad”. Así pues, afirma que una misma fascinación o dialéctica fatal marca la búsqueda afanosa de la perfección corporal y la eterna juventud, de la moda *cool* y la personal identidad *way*, incluso del “conocimiento” y la “información”..., sin que importe en absoluto si solo se logra un simulacro que no se reconoce como a tal, una ficción o, aún peor, algo degradado a mero consumo y “espectáculo”.

En una deriva hacia análisis cada vez más populares y publicísticos, Baudrillard insiste en que las sociedades avanzadas son el mundo del simulacro por el simulacro. Solo este es interesante y digno de ser teorizado, y el método correcto es reconocerlo así. En la cima de la popularidad de Baudrillard, incluso se considera de manera generalizada que la famosa película *Matrix* (1999) está marcada por su pensamiento. Ciertamente, Baudrillard lo niega: su sociedad del simulacro no es identificable con el engaño universal a que condena la humanidad la máquina “real y verdadera” *Matrix*, y la liberación que se plantea resulta francamente ridícula.

De la realidad al simulacro

Ya perseguido por una interpretación banal de su teoría del simulacro, en 1991 Baudrillard había publicado una de sus intervenciones más polémicas sobre la actualidad: el libro *La guerra de Iraq no ha tenido lugar*. Desarrollando un famoso aforismo de Canetti, profundiza en la inevitable transformación a mero simulacro de todo lo que es mostrado o

“ A raíz del atentado de las Torres Gemelas, Baudrillard pareció admitir, en un giro sorprendente, que por lo menos el mal en estado puro es capaz de romper la sociedad del simulacro con una presencia tan rotunda como Auschwitz”.

revelado a través de los medios de comunicación y las nuevas tecnologías de la información. Glosa la famosa “transmisión en directo” de los bombardeos de Bagdad por la CNN, que, ciertamente, acababa degradada a una especie de juego de ordenador malo (además, en las antiguas pantallas verdes fosforescentes). Se pretendía mostrar el acontecimiento histórico en directo tejiendo unas borrosas trayectorias luminosas en el cielo, algún lejano fuego de hipotéticos impactos de misiles..., pero sin ningún sentido ni “acontecimiento humano” propiamente dichos. La muerte y los muertos, la sangre y el sufrimiento humanos, estaban totalmente elididos; la vida y, sobre todo, la muerte habían sido reducidas a un videojuego, escamoteadas.

Fuertemente criticado por este libro, que pocos leyeron o fueron más allá de sus primeras páginas, Baudrillard no disminuyó su intensidad en los análisis publicísticos de impacto masivo. En parte por su culpa, en parte por el personaje en que se había convertido y –en gran parte– porque los tiempos estaban cambiando drásticamente, las críticas a sus planteamientos se acentuaban. El momento político era angustiante, nuevas formas de nihilismo radical emergían en el horizonte y mucha gente estaba cansada de las derivas posmodernas. Todo eso iba en contra de Baudrillard, que jugaba –como es natural en él– a radicalizarlo todo pese a su teoría del simulacro que parecía –y en algún sentido lo era– la quintaesencia del posmodernismo, el nihilismo, el relativismo y el cinismo contemporáneos.

Significativamente, cuando analizó el atentado del 11 de septiembre (en el que también se sustrajeron los cadáveres y el sufrimiento, y no se permitió la circulación de las fotos, etc.), Baudrillard tuvo que reconocer la realidad y maldad del terrorismo internacional. En un giro que sorprendió a muchos de sus seguidores, considera aquel atentado un “acontecimiento absoluto” (*Réquiem por las Torres Gemelas*, 2002, y *El espíritu del terrorismo*, 2002). Baudrillard parece admitir que por lo menos el mal en estado puro –si bien solo por unos instantes– rompe la “sociedad simulacro” y toda estrategia fatal con una presencia tan rotunda como Auschwitz. Jean Baudrillard recupera por unos instantes a Theodor W. Adorno o Primo Levi.

A pesar de ello, Baudrillard no olvida que las sociedades avanzadas se convierten en “sociedades simulacro”, fatalmente capturadas por unas dinámicas que no pueden evitar porque las constituyen (*Las estrategias fatales*, 1983). Fascinadas por la infinita potencia de la seducción (*De la*

seducción, 1979) que permite “dominar el universo simbólico” de mil maneras, las sociedades avanzadas no pueden escapar a ella “fatalmente” y su verdad o realidad radica tan solo en esta ilusión que las atraviesa y pasa a ser –eso sí– su gran fuerza productiva (*Simulacros y simulaciones*, 1981, y *La ilusión del fin*, 1992).

El conocimiento, en el centro de la producción y del consumo

La actual sociedad del conocimiento tiene en éste –recuerda Baudrillard– el gran sector productivo, pero también de consumo; el centro de toda oferta y toda demanda. Hoy sabemos –apenas dos años después de su muerte– que a la gran máquina central de fabricación de sueños y ficciones (la verdadera Matrix) ejemplificada por Hollywood, que la televisión ha convertido en objeto de consumo universal en cualquier momento del día, le nacen infinitas nuevas fuentes de simulacros: prácticamente cualquier ciudadano lo puede intentar vía You Tube o Twitter.

También muy próximo a Baudrillard se manifiesta el joven artista danés Olafur Eliasson: “Estamos siendo testigos de un cambio en la relación tradicional entre realidad y representación. Ya no evolucionamos del modelo a la realidad, sino del modelo al modelo, al tiempo que reconocemos que, en realidad, ambos modelos son reales. En consecuencia, podemos trabajar de un modo muy productivo con la realidad experimentada como conglomerado de modelos. Más que considerar el modelo y la realidad como modalidades polarizadas, ahora funcionan al mismo nivel. Los modelos [los simulacros] han pasado a ser coproductores de la realidad”.

Una vez fallecido Baudrillard, el impacto de su teoría del simulacro no parece haber muerto con él. Como decía Nietzsche del nihilismo: el más siniestro de todos los huéspedes ha venido para quedarse. Aparentemente, eso no parecía preocupar a Baudrillard, ya que, como decía: si uno es fatalmente seducido por “producirse como ilusión”, ¿qué le importa “morir como realidad”? También hemos apuntado que aparentemente algunos “acontecimientos absolutos” parecían haber roto esta despreocupación e –incluso– abrir la posibilidad de despertar del sueño fatal, de la tan seductora como fatal “estrategia” civilizadora y omnipresente en nuestra sociedad actual que teorizó Baudrillard: la sociedad simulacro.

Ahora bien, si es posible que haya despertar..., ¿por cuánto tiempo? ¿Hasta qué punto? ¿Se puede evitar recaer –además– bajo otras falacias equivalentes o –incluso– aún peores? **M**

Voz invitada



© Matthew Cavanaugh / Pool / EPA / Corbis

Biopolítica, totalitarismo y globalización

Texto **Antonio Campillo** Catedrático de Filosofía de la Universidad de Murcia



Tras el final de la Guerra Fría, el pensamiento político contemporáneo se ha visto transformado por la puesta en circulación de tres conceptos diferentes, o más bien por la puesta en conexión de tres conceptos que eran ya conocidos desde hace tiempo, pero que se habían desarrollado de forma relativamente separada: biopolítica, totalitarismo y globalización.

El término “biopolítica” tiene su origen en los primeros años del siglo XX, en el contexto de las concepciones racistas e imperialistas del Estado-nación soberano, pero su difusión actual se debe a Michel Foucault, que lo utiliza durante la segunda mitad de los años setenta para nombrar una mutación histórica de largo alcance iniciada en el Occidente moderno durante los siglos XVIII y XIX: el paso del “derecho de muerte” al “poder sobre la vida”.

Este “umbral de modernidad biológica”, según Foucault, estuvo vinculado a la acumulación paralela de bienes y de hombres. La biopolítica fue “un elemento indispensable en el desarrollo del capitalismo”, porque hizo posible “un ajuste de los fenómenos de población a los procesos económicos”. Fue la bisagra entre el poder político territorializado de los Estados soberanos y el poder económico desterritorializado del capitalismo mundial. Por eso, el nacimiento de la biopolítica estuvo ligado a la génesis de la “gubernamentalidad liberal”. Foucault se propuso hacer una historia de las diferentes formas de “gubernamentalidad”, y este proyecto ha sido continuado por varios investigadores vinculados a las ciencias sociales. Es el caso de la red anglosajona History of the Present Research Network, creada por Nikolas Rose, y es también el caso de algunos investigadores españoles, como Francisco Vázquez García.

El término “totalitarismo”, como nos ha recordado Simona Forti, surge en los años veinte y treinta del siglo XX para nombrar la novedad histórica y las afinidades estructurales entre diferentes regímenes que estaban instaurándose en esos años (el fascismo italiano, el nazismo alemán y el comunismo soviético). En los años cuarenta, se publican los primeros estudios que analizan las peculiaridades del Estado totalitario y subrayan su radical novedad. En esos mismos años, este nuevo fenómeno político es tomado como piedra de toque por muy diversos autores (Heidegger, Voegelin, Horkheimer, Adorno, Popper, Levinas, etc.), para repensar críticamente el destino de la modernidad y de toda la tradición occidental.

A partir de los años cincuenta, en el nuevo contexto de la Guerra Fría, el término es retomado por Hannah Arendt y por otros muchos autores a ambos lados del telón de acero. En *Los orígenes del totalitarismo*, Arendt sintetizó y desarrolló lo mejor de los análisis precedentes: la tesis de que el Estado totalitario se formó a partir de ideologías muy diferentes, como la ideología nazi de la lucha de razas y la ideología comunista de la lucha de clases, porque lo decisivo no era su contenido teórico, sino su función totalizadora y genocida; la tesis de su radical novedad histórica, que no puede ser eliminada mediante explicaciones causales o mediante milenarias teleologías sobre el destino de Occidente; por último, la tesis de que este nuevo fenómeno exige repensar todas las categorías filosófi-

cas de la tradición occidental, comenzando por el concepto político de soberanía y el concepto histórico de progreso.

La historia del término “globalización” es más difícil de precisar. Por un lado, su difusión ha sido más reciente y más amplia que la de los otros dos términos, hasta el punto de que se ha convertido en el concepto político dominante y en el eje de todos los debates histórico-políticos tras el fin de la Guerra Fría, como han mostrado Held y McGrew en *Globalización / Antiglobalización*. Por otro lado, su historia se remonta a los orígenes del Occidente moderno, y en concreto a la expansión de las potencias euro-atlánticas, que hicieron del capitalismo la primera sociedad mundial, como han señalado, entre otros, McNeill, Wallerstein, Albrow y Sloterdijk.

Esta doble genealogía explica en parte las dos grandes interpretaciones de la globalización: para unos, se trata de un término engañoso con fines ideológicos, pues no nombra una sociedad radicalmente nueva, sino que más bien disfraza lo que es una etapa más del proceso de expansión geográfica, transformación tecno-económica y hegemonía político-cultural del capitalismo moderno, en este caso bajo el poder imperial de Estados Unidos; para otros, en cambio, si el término se ha impuesto de forma tan rápida y generalizada, es porque nombra un nuevo tipo histórico de sociedad, que ha surgido en la segunda mitad del siglo XX, que pone en cuestión la hegemonía del Occidente moderno y que está cambiando todas las estructuras sociales y mentales precedentes, tanto tradicionales como modernas.

Cuestionamiento del Estado-nación soberano

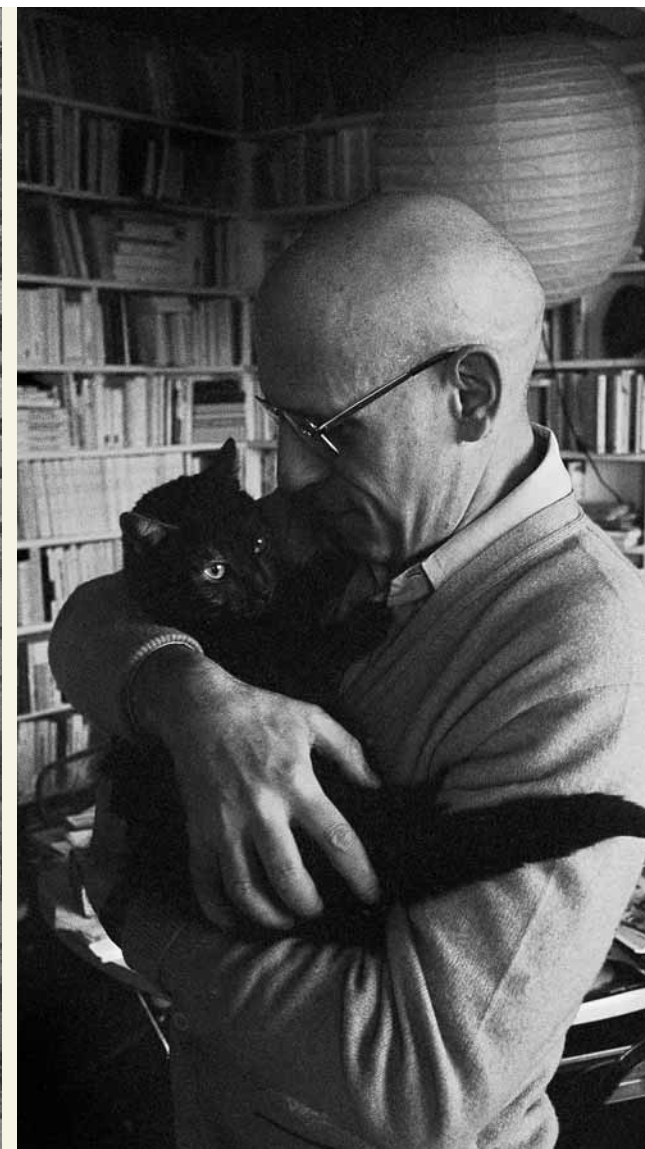
Estos tres conceptos tienen su propia historia y aluden a fenómenos muy diferentes, pero convergen en un punto común: la puesta en cuestión del Estado-nación soberano, como forma canónica de la comunidad política y como fuerza impulsora de la modernización y expansión mundial de Occidente. Tendríamos, pues, un triángulo en cuyo centro se situaría el Estado moderno, sobre todo en su versión posrevolucionaria, liberal y democrática, y en cuyos extremos se situarían esos otros tres fenómenos históricos que por razones diferentes coinciden en problematizarlo: la biopolítica, el totalitarismo y la globalización.

A partir de este triángulo, podríamos situar los debates y las distintas posiciones teóricas del pensamiento político contemporáneo. Por ejemplo, algunos autores han puesto en relación todos estos conceptos mediante una oposición binaria claramente polémica. Es el caso de Ágnes Heller y Ferenc Fehér. En 1994 publicaron un ensayo titulado *Biopolítica*, pero le dieron a este término un uso muy diferente del que Foucault le había dado. La biopolítica no es ya una tecnología





© Raymond Depardon / Magnum Photos / Contacto



© Martine Franck / Magnum Photos / Contacto

Sobre estas líneas, hornos crematorios en el campo nazi de Auschwitz-Birkenau. A la derecha, Michel Foucault, principal difusor del término “biopolítica”, en su domicilio parisense en 1978. Abriendo el artículo, los dirigentes mundiales se preparan para la habitual foto de grupo al inicio de la Cumbre de Mercados Financieros y Economía Mundial que se celebró en noviembre de 2008 en el National Building Museum de Washington.

de gobierno inventada por el Occidente moderno en el contexto de la nueva gubernamentalidad liberal, sino una respuesta “radical” al fracaso de las promesas emancipatorias de la modernidad. Una respuesta que se inicia en la segunda mitad del siglo XX, como una “rebelión del cuerpo” frente a la dominación de “lo espiritual”, y en la que coinciden feministas, ecologistas, pacifistas, minorías raciales e incluso las políticas de salud pública de los Estados de bienestar. Heller y Fehér denuncian el parentesco entre la biopolítica y el totalitarismo, pues ambos coincidirían en impugnar la modernidad ilustrada y liberal. En resumen, postulan una dicotomía que es deudora de la Guerra Fría: reinterpretan la biopolítica foucaultiana en el marco de la oposición entre liberalismo y totalitarismo, y defienden la democracia liberal frente a la “tentación totalitaria” de los nuevos movimientos “biopolíticos”.

Roberto Esposito, en su libro *Bios* (2004) y, sobre todo, en su artículo “Totalitarismo o biopolítica” (2006), propone una dicotomía opuesta. Habla de dos “paradigmas” que son “radicalmente diferentes” y que están “destinados a excluirse recíprocamente”. El paradigma del totalitarismo (en el que incluye a Arendt, Aron, Talmon, Furet, Léfort y Gauchet, y en el que podría agregar a Heller y Fehér) postula una filosofía teleológica de la historia y una contraposición dicotómica entre el totalitarismo y la democracia: el eje de la historia de Occidente es el progreso de la democracia, y aunque éste se haya visto temporalmente interrumpido por el nazismo y el comunismo, ambos han sido derrotados y superados por la democracia. En

cambio, el paradigma de la biopolítica, que Esposito identifica con Nietzsche y Foucault, no impone a la historia una determinada filosofía, sino que se deja guiar por la lógica inmanente a los propios acontecimientos: éstos no siguen una secuencia lineal ni pertenecen a un único campo privilegiado, sino que surgen en el cruce entre procesos heterogéneos, como los fenómenos de la vida y los de la política.

Sin embargo, Esposito pone en juego una nueva dicotomía: por un lado, el caduco marco del Estado moderno, en el que incluye a la democracia y al comunismo; por otro lado, el nuevo marco de la biopolítica, que surge con el liberalismo, sufre una inversión tanatopolítica con el nazismo, y en las últimas décadas se ha convertido en el nuevo horizonte histórico que permite explicar los fenómenos más diversos (biotecnologías, conflictos étnicos, terrorismo islámico, etc.), de modo que cabría subsumir el concepto de globalización en el de biopolítica.

Esta nueva dicotomía deja muchas cosas sin explicar. Si el igualitarismo comunista es heredero de la democracia moderna, ¿por qué siguió una deriva totalitaria, y, sobre todo, por qué minimizarla, asemejándola a la democracia y oponiéndola al nazismo, a pesar de que causó más muertes, duró más tiempo y se extendió a más países que el Tercer Reich? Por otro lado, si el racismo nazi es ajeno a esa misma tradición moderna, ¿cómo explicar su aparición? Y si recurrimos al concepto de “autoinmunización”, como hace Esposito, para explicar la inversión de la biopolítica liberal en la tanatopolítica nazi, esa



© Tolga Bozoglu / EPA / Corbis

Enfrentamientos con la policía en una manifestación contra el Fondo Monetario Internacional durante los encuentros de esta organización y el Banco Mundial en Estambul, octubre de 2009. Para Michael Hardt y Antonio Negri, la lucha de clases se da hoy entre el Imperio, como conglomerado de las élites mundiales, y la Multitud.

misma inversión ¿no revela que el racismo nazi se inscribe también en determinadas líneas de la tradición moderna, como la jerarquía eurocéntrica de las razas, el imperialismo colonial, la teoría de la degeneración racial, la práctica de la eugenesia, etc., como habían señalado Arendt y Foucault? En fin, ¿por qué establecer una contraposición entre Arendt y Foucault, cuando son tantas las afinidades entre ambos, no sólo en su crítica a las tres ideologías políticas modernas (liberal, nacionalista y marxista), sino también en su crítica a las concepciones teleológicas de la historia?

Esposito comete las mismas simplificaciones e inconsecuencias que achaca al paradigma del totalitarismo: asimila democracia y comunismo, por un lado, y nazismo y biopolítica, por el otro; en cuanto al liberalismo, lo sitúa tanto del lado de la democracia como del lado de la biopolítica: “El verdadero corte, la distinción conceptualmente significativa, no es aquella –vertical– entre totalitarismo y democracia liberal, sino aquella otra –horizontal y transversal– entre democracia y comunismo, por un lado –el comunismo como consumación paroxística del igualitarismo democrático– y biopolítica, por el otro, dividida en dos formas antitéticas, pero no carentes de relación entre sí, que son nazismo y liberalismo, biopolítica de Estado y biopolítica individual”. A esta dicotomía teórica le corresponde una sucesión histórica igualmente dicotómica: la época del Estado moderno, a la que pertenecerían la democracia y el comunismo, habría dejado paso, tras el nazismo, a la época de la biopolítica global.

La contraposición lógica y la sucesión histórica entre democracia y biopolítica son tan extremas que Esposito se ve obligado a reconocer la posibilidad de que surja “una democracia biopolítica o una biopolítica democrática”. Pero ¿qué puede significar eso? Nada nos dice al respecto. Su gran error está en ignorar que la democracia liberal y la biopolítica, como

señaló el propio Foucault, no se han sucedido históricamente, sino que surgieron a la par en los siglos XVIII y XIX, y desde entonces no han cesado de transformarse recíprocamente. De hecho, los primeros movimientos sociales del siglo XIX (socialismo, feminismo y anticolonialismo) fueron movimientos de defensa de la vida (en su triple condición económica, sexual y étnica) y al mismo tiempo movimientos por la radicalización de la democracia, frente a las discriminaciones impuestas por la gubernamentalidad liberal; en cuanto a los Estados de bienestar que surgen tras la derrota del nazismo, no sólo son herederos de todos esos movimientos, sino que constituyen la forma más desarrollada de democracia biopolítica o de biopolítica democrática, contra la que se alzó en el último tercio del siglo XX la gran ofensiva de la biopolítica neoliberal, cuya génesis también fue estudiada por Foucault.

Tanto Heller y Féher como Esposito recurren a dicotomías conceptuales, pero los dos primeros defienden la democracia liberal contra las amenazas afines de la biopolítica y del totalitarismo, mientras que el tercero defiende una biopolítica afirmativa y global tras el fin del nazismo y de la democracia liberal. Pues bien, en contraste con esta estrategia de disyunción teórica y discontinuidad histórica, otros autores han defendido la identificación teórica y la continuidad histórica entre soberanía, democracia, biopolítica, totalitarismo y globalización.

El ejemplo más extremo es el de Giorgio Agamben, cuyo *Homo sacer*, publicado en 1995, ha tenido un eco muy amplio. Agamben se sirve también de Arendt y de Foucault para postular un parentesco entre la biopolítica y el totalitarismo, pero lo hace en una dirección contraria a la de Heller y Féher, pues considera que hay una identidad de fondo entre la democracia liberal y el totalitarismo: ambos ejercen el “poder soberano” sobre la “nuda vida”.

Foucault había establecido una clara diferencia entre la soberanía absolutista y la biopolítica liberal, pero al mismo tiempo había reconocido las múltiples combinaciones entre ambas, y en particular había caracterizado el nazismo como un “racismo de Estado” en el que se da la conjunción “patológica” y el refuerzo mutuo entre estas dos tecnologías de poder. Agamben adopta una perspectiva muy diferente. Por un lado, identifica la soberanía y la biopolítica, el poder de matar y el poder de hacer vivir, pues ambos ejercen “el más inmemorial de los *arcana imperii*”: un “poder soberano” sobre la “nuda vida”, es decir, un violento “estado de excepción” que se sitúa dentro y fuera de la ley; por otro lado, se remonta a una figura jurídica del Derecho romano, el *homo sacer* (la persona desprovista de todo derecho, reducida a su condición de vida desnuda, y por ello mismo susceptible de ser matada impunemente por cualquiera), para postular un hilo conductor que recorrería toda la historia de Occidente y que encontraría su consumación última y su verdad originaria en los campos de exterminio nazis.

Más recientemente, otros autores han subrayado el vínculo de la biopolítica no ya con el totalitarismo sino con el capitalismo, y en particular con el neoliberalismo de la era global. Es el caso de Michael Hardt y Antonio Negri, autores de *Imperio* (2000) y *Multitud* (2005). Ambos mantienen una posición neomarxista: desconfían del término totalitarismo, como Esposito, porque lo consideran un mero instrumento ideológico de las democracias occidentales; además, creen que la dominación fundamental, de la que dependen todas las otras, es la lucha de clases. Ahora bien, el capitalismo postfordista, las tecnologías de la comunicación y las nuevas formas de vida han introducido dos cambios en el factor trabajo: el auge del “trabajo inmaterial”, basado en la explotación biopolítica de las cualidades corporales, afectivas y comunicativas, y la expansión de las redes sociales y tecnológicas transnacionales, en un mercado laboral cada vez más desregulado y globalizado. El resultado es que la clase explotada ya no es sólo el proletariado industrial, sino una serie de grupos muy diferentes, pero capaces de actuar conjuntamente como una “multitud” insurgente.

Hardt y Negri se sirven de Foucault y Deleuze (o, más bien, de la interpretación deleuziana de Foucault) para entrelazar infraestructura y superestructura, separadas por Marx, y para postular una secuencia de sofisticación creciente en las tecnologías de dominación del capitalismo (una secuencia expresamente rechazada por Foucault): “soberanía”, “disciplinas” y “biopolítica”. Pero, al mismo tiempo, dicen ir “más allá” de Foucault y Deleuze, porque éstos carecen de una visión global y de una alternativa revolucionaria, para lo cual hay que regresar a Marx. Y, en efecto, repiten el viejo esquema dialéctico del marxismo, ligeramente modificado: por un lado, asimilan biopolítica y globalización, al considerar que ambos fenómenos son aspectos funcionales del gran proceso histórico de acumulación y expansión mundial del capitalismo, y que este proceso ha seguido un movimiento de dominación creciente, hasta el punto de que hoy controla las fibras más íntimas de cada ser y se extiende a todos los confines de la Tierra; por otro lado, el hecho de

haber alcanzado este grado extremo de dominación es lo que provocará el giro dialéctico y dará lugar a la transformación revolucionaria de la sociedad.

Para Hardt y Negri, la lucha de clases se da hoy entre el Imperio (un impreciso conglomerado en el que confluyen las elites económicas, políticas, militares, diplomáticas y humanitarias de las grandes potencias, pero que no tiene su centro en ninguna de ellas) y la Multitud (otro impreciso conglomerado de grupos y movimientos sociales heterogéneos, unidos por su común condición de explotados, provistos de los recursos necesarios para conectarse horizontalmente entre sí, y capaces de subvertir, en un súbito acto revolucionario, el orden imperial vigente, para convertirse en el poder constituyente de una democracia mundial).

Confrontación de la filosofía y la historia

Desde Marx y Nietzsche hasta Arendt y Foucault, una cierta tradición de la filosofía contemporánea ha cuestionado el dualismo entre lo eterno y lo temporal, ha renunciado al viejo sueño de acceder al saber absoluto y ha asumido que su tarea consiste en pensar críticamente la propia época, el contingente horizonte histórico en el que se inscribe la experiencia vivida.

Pero esta nueva tarea exige una nueva relación con los conceptos, porque los conceptos no pueden ser considerados ya como copias sensibles de realidades eternas, sino más bien como términos universales con los que nombramos fenómenos que son siempre singulares y cambiantes. La distancia entre la universalidad de los conceptos y la singularidad de los acontecimientos es el origen de todos los dualismos teológico-políticos. Para no recaer en ellos, es preciso mantener un constante ejercicio de autocritica y una confrontación metódica entre la reflexión filosófica y la investigación histórica. Si hay algo que une a Marx y Nietzsche con Arendt y Foucault, es este movimiento de ida y vuelta entre la filosofía y la historia.

En sus estudios respectivos sobre el totalitarismo y sobre la biopolítica, Arendt y Foucault mantuvieron una doble cautela crítica, hacia la filosofía y hacia la historia, para poder comprender la singularidad irreductible de esos dos fenómenos histórico-políticos. Esta doble cautela crítica es lo que se echa de menos en los autores mencionados anteriormente.

Además, Arendt y Foucault coinciden en la necesidad de repensar lo político más allá del moderno Estado-nación soberano y más allá también de las tres ideologías políticas modernas (liberalismo, nacionalismo y marxismo), sobre todo tras las nuevas experiencias del siglo XX: el totalitarismo, las armas nucleares, el poder de los saberes tecnocientíficos, las carencias de la democracia liberal, etc. Es cierto que siguen dos estrategias muy diferentes: Arendt reivindica la autonomía y la dignidad de lo político, frente a la primacía del economicismo y frente a los vínculos biológicos y territoriales de la sangre y del suelo; Foucault subraya la pluralidad irreductible y la variabilidad imprevisible de las relaciones de poder, que son inmanentes a todas las relaciones sociales, que no pueden ser reducidas a un único frente de conflicto, y que tampoco pueden ser resueltas en un final de la historia. Pero ambos reivindican la libertad de cada ser singular ante cualquier

forma de dominación o estandarización de la vida, y sobre todo cuestionan las formas de dominación y estandarización vinculadas a los saberes expertos. Frente a este gobierno de los que saben, reivindican el pluralismo democrático de las opiniones en conflicto y de los sujetos autopoieticos.

En cuanto a la relación entre biopolítica y totalitarismo, cada uno de estos dos autores la apuntó desde un ángulo diferente. Ambos coinciden en señalar que el ascenso del capitalismo moderno y de la “gubernamentalidad liberal” conlleva la irrupción de la vida en la política. Ambos perciben en esta mutación aspectos positivos: Arendt señala la emancipación política de los obreros y de las mujeres, Foucault señala el paso del violento “derecho de muerte” al pacífico “poder sobre la vida”. Pero también denuncian sus aspectos negativos: Arendt señala la subordinación de la política a la economía y de la libertad a la vida; Foucault señala el poder de los expertos y la multiplicación de tecnologías de control que pretenden gobernar todos los aspectos de la vida.

Para ambos, fueron estos aspectos negativos de la biopolítica liberal los que llegaron a un punto extremo en los regímenes totalitarios del siglo XX. Sin embargo, no aceptan que se pueda identificar la biopolítica con el totalitarismo, ni que una fatal teleología haya conducido de lo uno a lo otro. Por el contrario, cada coyuntura histórico-política es singular y contingente, por lo que debe ser comprendida en su especificidad irreductible.

Finalmente, tanto Arendt como Foucault eran conscientes de que el totalitarismo y la biopolítica tenían una dimensión mundial, porque los poderes tecnocientíficos de destrucción

y reproducción de la vida habían alcanzado ya dimensiones planetarias. Como dice Arendt, las armas nucleares permiten, por primera vez en la historia, la posibilidad de exterminar no solo al adversario, sino a toda la humanidad; en esta nueva situación histórica, la guerra ya no puede seguir siendo “la continuación de la política por otros medios”; por tanto, es preciso repensar la política en términos globales o cosmopolitas, más allá del Estado-nación soberano y del modelo westfaliano de relaciones internacionales. Como dice Foucault, la biopolítica “no significa que la vida haya sido exhaustivamente integrada a técnicas que la dominen o administren; escapa de ellas sin cesar”, y cita dos problemas mundiales: el “hambre”, que ha alcanzado “una escala más importante que nunca”, y los “riesgos biológicos corridos por la especie”, que “son quizá más grandes, en todo caso más graves, que antes del nacimiento de la microbiología”.

A la vista de todas estas afinidades entre Arendt y Foucault, me parece insostenible la contraposición postulada por Esposito. Y a la vista de sus muchas cautelas críticas para atender a la singularidad de cada acontecimiento histórico, me parece que son igualmente insostenibles las asimilaciones propuestas por Heller y Féher (que asocian la biopolítica al totalitarismo y la oponen al liberalismo), por Hardt y Negri (que asimilan capitalismo, democracia, biopolítica y globalización bajo un supuesto imperio mundial) y por Agamben (que asimila el Imperio romano, la soberanía moderna, la democracia, la biopolítica, el totalitarismo y la globalización en un continuo que recorrería teleológicamente toda la historia de Occidente).

Roberto Esposito asimila democracia y comunismo al considerar a este último como una consumación paroxística del igualitarismo democrático. En la imagen, desfile del ejército norcoreano en Pyongyang, durante los actos del sesenta aniversario de la República Popular Democrática de Corea, septiembre de 2008.



En resumen, habría que evitar el uso inflacionario de los conceptos de biopolítica, totalitarismo y globalización, que los convierte en comodines susceptibles de intercambiarse entre sí y de subsumir toda clase de fenómenos histórico-políticos, sin tener en cuenta las diferencias entre ellos e incluso las variaciones espacio-temporales de cada fenómeno.

Esto no significa que debamos renunciar a la reflexión filosófica y a su vocación de comprender el mundo y de orientar la acción ético-política. Al contrario, los fenómenos de la biopolítica, el totalitarismo y la globalización, precisamente por la forma extrema que han adoptado a lo largo del siglo XX, nos exigen revisar críticamente los presupuestos ontológicos y antropológicos que nos ha legado el pensamiento occidental, y repensar a la luz de las actuales transformaciones históricas los límites y las posibilidades de la condición humana.

En mi opinión, habría que repensar las bases ontológicas y antropológicas del doble eje formado por la pareja vida/muerte y la pareja poder/responsabilidad. Habría que comenzar por diferenciar los diversos aspectos implicados en esa forma de ser que llamamos vida, y en particular en esa forma de vida que llamamos humana. La vida humana es constitutivamente social y ninguna criatura podría venir al mundo y subsistir en él sin la interacción con sus semejantes. Pero, en esa interacción (como he expuesto por extenso en *Variaciones de la vida humana* y en *El concepto de lo político en la sociedad global*), hay que distinguir cuatro tipos de relación social que son irreductibles e inseparables entre sí, porque la preservación y perpetuación de la vida humana depende de los cuatro a un tiempo: la reproducción sexual y el cuidado intergeneracional en el seno de unas relaciones de parentesco; la obtención y distribución del sustento material en el seno de unas relaciones económicas; la evitación de los conflictos violentos y la promoción de los acuerdos colectivos, mediante una regulación de las decisiones comunales; y, por último, la configuración simbólica de la experiencia, mediante signos codificados y comunes, para comunicarse unos con otros, para dotarse de una identidad estable y para ordenar la realidad natural y social en un mundo compartido.

La estabilidad y legitimidad de cualquier régimen político, desde las primeras sociedades tribales hasta los modernos Estados-nación, depende de su capacidad para instituir mecanismos técnicos y sociales que garanticen a sus miembros la reproducción sexual, el sustento económico, la convivencia pacífica y la comunicación simbólica. Si falta uno solo de estos cuatro elementos, ninguna sociedad puede mantener su cohesión colectiva y su perduración en el tiempo. El error de una gran parte de las ciencias sociales contemporáneas, y de las filosofías políticas que las han inspirado o que se han inspirado en ellas, es que han privilegiado alguno de estos cuatro tipos de relación social, considerándolo como el factor determinante que hace posible la constitución y preservación de la vida humana.

Dado que estos cuatro aspectos de la vida humana son irreductibles e inseparables entre sí, no es posible seguir manteniendo una teoría política unidimensional, centrada en uno solo de estos cuatro aspectos. El poder se dice de muchas maneras: está el poder coactivo de la fuerza y de las armas, pero también el poder basado en la posesión de los recursos

económicos, y el poder sexual y generacional, y el poder de los códigos simbólicos. Y las relaciones entre estos diferentes tipos de poder son extremadamente complejas y cambiantes. Michael Mann ha defendido también una teoría pluralista de las “fuentes del poder social”, y ha estudiado sus interacciones mutuas desde la aparición de los primeros Estados hasta hoy.

Dada esta diversidad de formas de poder, las formas de resistencia y de responsabilidad han de ser igualmente diversas. La vida humana ha de ser defendida frente a distintas amenazas, que no son asimilables entre sí. Por más que puedan coincidir en una determinada coyuntura histórica, no se pueden confundir las luchas contra la opresión político-militar, contra la explotación socio-económica, contra la dominación sexual y contra la hegemonía cultural. En todo caso, caben alianzas contingentes entre varias de estas luchas, como han señalado Laclau y Mouffe. Por eso, en *Escalas de justicia*, Nancy Fraser distingue tres tipos de lucha (por la representación política, por la redistribución socio-económica y por el reconocimiento de las diferencias sexuales y culturales), y también diferentes escalas territoriales en las que deben dirimirse (local, regional, nacional, continental, global).

En la misma dirección hay que situar el concepto de “seguridad humana”, acuñado por el PNUD en su *Informe sobre el desarrollo humano* de 1994 (que estableció también, por vez primera, el Índice de Desarrollo Humano). Esta propuesta no está centrada ya en la protección del Estado, sino en la protección de cada ser humano singular y de toda la humanidad viviente, dada la actual interdependencia de la sociedad global. Y no se ocupa sólo de la seguridad física, sino de todos los aspectos que garantizan una vida humana digna y que son también interdependientes: salud, educación, sustento económico, sostenibilidad ecológica, paz social, participación política, etc. Por eso, los responsables de garantizarla ya no deben ser sólo los Estados, sino una diversidad de actores globales y locales. Porque, en efecto, la cuestión política crucial de nuestro tiempo es que la democracia (y, con ella, la biopolítica en cuanto defensa y afirmación de la vida) no está necesariamente circunscrita al Estado-nación soberano, ni sometida funcionalmente al capitalismo moderno: tiene una historia milenaria que se remonta a la Grecia antigua e incluso a las primeras sociedades tribales, como nos enseñó Pierre Clastres, y puede tener también un largo porvenir, si somos capaces de avanzar en la dirección de una democracia cosmopolita y ecológica. **M**

Bibliografía citada

- G. Agamben, *Homo sacer*, Valencia, Pre-textos, 1998.
- H. Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 1981.
- A. Campillo, *Variaciones de la vida humana*, Madrid, Akal, 2001, y *El concepto de lo político en la sociedad global*, Barcelona, Herder, 2008.
- R. Esposito, *Bios*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, y “Totalitarismo o biopolítica”, en *Comunidad, inmunidad y biopolítica*, Barcelona, Herder, 2009.
- M. Foucault, *Historia de la sexualidad, I*, México, Siglo XXI, 1977; *Seguridad, territorio, población*, Madrid, Akal, 2008; y *Nacimiento de la biopolítica*, Madrid, Akal, 2009.
- S. Forti, *El totalitarismo*, Barcelona, Herder, 2008.
- N. Fraser, *Escalas de justicia*, Barcelona, Herder, 2008.
- M. Hardt y A. Negri, *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002, y *Multitud*, Buenos Aires, Debate, 2004.
- D. Held y A. McGrew, *Globalización/Antiglobalización*, Barcelona, Paidós, 2003.
- Á. Heller y F. Fehér, *Biopolítica*, Barcelona, Península, 1995.
- M. Mann, *Las fuentes del poder social*, 2 vols. Madrid, Alianza, 1991-1997.





Fútbol: la metáfora perfecta de nuestro tiempo

El fútbol es el espejo que con más propiedad refleja la poliédrica personalidad humana, por lo que ha logrado convertirse en objeto del deseo o de reflexión de poéticos, prosaicos, dadivosos y especuladores. Los estadios de fútbol son los circos modernos, donde se desarrolla una épica de la que son dueños los futbolistas.

¿Un planeta sin fútbol?

Texto **Daniel Vázquez Sallés** Escritor y periodista

Las distintas edades de la historia han tenido el deporte que merecían las retinas sedientas de espectáculo de sus ciudadanos. Los romanos, el tubérculo de nuestro árbol genealógico, convirtieron la muerte en diversión y disfrutaron de la lucha entre hombres, o entre bestias y hombres, construyendo enormes recintos para poner a prueba su nivel de adrenalina. Para ello necesitaron llevar al extremo la capacidad de sufrimiento de gente sin rango que habían sido convertidos en cobayas.

Ahora, cuando los circos romanos han sido catequizados en santuario de mártires y forman parte de los museos urbanos, hemos logrado sofisticar la crueldad hasta someterla a las leyes del hombre moderno –por ejemplo, las guerras televisadas– y crear otros espectáculos, los deportivos, que nos ayudan a soportar nuestra terrible levedad. Sentirnos triunfadores en una sociedad no apta para perdedores es un regalo para la frágil psique humana maltratada por su otro yo menos dócil. Tanto es así que podríamos afirmar que si no existieran espectáculos como el fútbol, tendríamos que inventar otras distracciones tanto o más alienantes.

Si buscamos los orígenes de este deporte, los de un juego más de los muchos juegos de pelota que practicaban nuestros antepasados, debemos remontarnos al antiguo Egipto y a un pasatiempo que era usado como rito de la fertilidad. La historia de este fútbol arcaico continuaría en la Grecia Clásica, disciplina a la que llamaban *esfaira* o *esferomagia* debido a la esfera hecha de vejiga de buey con la que jugaban y cuya popularidad ha quedado inmortalizada merced a alusiones literarias como la que hace Homero en la *Iliada*. De las polis, la *esfaira* saltó a las vías empedradas que atravesaban la Roma imperial y las ciudades nodrizas, calles en las que sus ciudadanos utilizaban en su juego *harpastum* un elemento esférico llamado *pila*. Fueron los tercios romanos, comandados por el emperador Claudio, el dios tiranizado por su esposa Mesalina, los que llevaron el *harpastum* a territorio bárbaro, aunque tuvieron que pasar 1.700 años para que ese deporte ancestral fuera puliendo sus normas hasta convertirse en el fútbol moderno que practicamos hoy en día.

A principios del XIX comenzó a cultivarse el *dribbling game* en las escuelas públicas, juego de regate y habilidad que pronto irradiaría su pasión a las prestigiosas universidades de Oxford y Cambridge, universidad en la que se redactó en 1848 el primer reglamento futbolístico, el Reglamento de Cambridge, paso iniciático para la fundación en 1863 de la Football Association, y el divorcio irreversible del fútbol con el rugby. La misma palabra marcaba la ruptura: *foot ball* (pie pelota).

Con los años, el fútbol se popularizó y surgieron nuevas asociaciones representantes de territorios nacionales como Escocia, Gales, Irlanda, para, a partir de 1880, saltar el estrecho e implantarse en Europa y las demás naciones occidentales con la creación de nuevas asociaciones en Países Bajos, Dinamarca, Nueva Zelanda, Argentina, Italia, Bélgica, Alemania, Uruguay, Suiza y Noruega. Frente a esta pandemia asociativa, Bélgica, España, Dinamarca, Francia, Países Bajos, Suecia y Suiza fundarían la FIFA (Federación Internacional de Fútbol Asociación) el 21 de mayo de 1904 a pesar de las fuertes reticencias inglesas. A los veintiséis años de su fundación, la FIFA organizó el primer mundial, evento clave para hacer del *football* un deporte que reinaría con cetro de rey absolutista en todos los continentes.

Los circos modernos son los estadios de fútbol. Los espectadores entran en los campos con ganas de diversión, aunque ya no hace falta subir o bajar el pulgar como prueba de sus filias o fobias hacia los veintidós hombres que corren por el césped a cambio de un salario. Esos veintidós hombres no van a morir, pero durante los noventa minutos son propiedad de las cuarenta, setenta, cien mil almas que han venido al campo en busca de su dosis de la felicidad. Aunque se sufra y existan para los forofos ciertos riesgos de infarto, el fútbol libera endorfinas y eso es un lujo en tiempos de crisis.

Una encuesta realizada por la FIFA en el año 2006 demostró que 270 millones de personas vivían para y por un deporte de manera profesional o *amateur*. Pero la implantación del fútbol a escala planetaria, la consolidación de un deporte que por su simpleza –futbolistas legendarios aprendieron



© Pere Virgili

Una pareja de novios se fotografía con la copa de la Liga de Campeones, expuesta al público ante el Coliseo de Roma, en mayo de 2009.

los malabarismos futbolísticos con una pelota de trapo o botellas de vidrio- ha conquistado territorios a priori hostiles es un hecho. El fútbol es el espejo que mejor refleja la poliédrica personalidad humana, razón por la que ha logrado convertirse en objeto del deseo o de reflexión de poéticos, prosaicos, dadivosos y especuladores. “Lo más importante de la vida y la moralidad humana lo he aprendido del fútbol”, dijo Albert Camus, recordando su etapa como jugador *piéd noire* en un equipo de su Argel natal.

Los dueños de la épica del fútbol son los futbolistas. “Yo crecí en un barrio privado... privado de luz, agua, teléfono”. Diego Armando Maradona, el dios ateo por excelencia, es el paradigma de jugador superdotado que ha logrado con la práctica de un deporte conseguir todo aquello que soñó como niño de arrabal. Y como Maradona, otros futbolistas han alcanzado el paraíso gracias a sus pies de oro. “Correré como un negro para mañana vivir como un blanco”. Samuel Eto’o no es dios, pero ha logrado el honor de ser el gran arcángel del fútbol africano.

Releyendo la frase de Maradona, podríamos considerar el fútbol una rama de la filosofía callejera, la perfecta simbiosis entre asfalto y chabola, o chabola y lujo mesiánico, equilibrio que despierta pasiones y que tan buenos escritos ha provocado en un sector de la gente de letras. La pasión futbolística ha tenido como adeptos a un sinfín de escritores que han dedicado un pedazo de su imaginación a escribir artículos, ensayos, cuentos, novelas o poemas con el fútbol como protagonista. Aunque Borges lo odiaba por considerarlo estéticamente feo, otros hombres habitantes del mismo olimpo mostraron su amor por el deporte rey como una

vuelta al país de nunca jamás. Alberti escribió una oda al guardameta Platko, y Neruda, García Márquez, Cela, Oé, Grass, Mahfouz, Vargas Llosa, Brossa, Nabokov o Eco son autores que han escrito sobre futbolistas, goles, amores y desamores a una zamarra, buena prueba de que al deporte del balón no solo lo hacen grande los jugadores, sino también la gente que lo convierte en metáfora escrita. *El penal más largo del mundo* es uno de los legados más hermosos de Osvaldo Soriano.

Pero el contenido y el continente del fútbol mutan a la par que la sociedad materialista de la que se alimenta. La popularidad de un deporte que mueve miles de millones de euros es fuente de deseo de escaladores económicos profesionales, ansiosos de encontrar un trampolín que les ayude a alcanzar el cénit de la pirámide social. La popularidad es el veneno y el antídoto del fútbol. La noticia de que cerca de doscientos partidos, entre ellos doce de la Liga Europa y tres de la Liga de Campeones, han sido manipulados por parte de mafias de apostadores del fútbol europeo es un aviso de que el fútbol está contagiado del mal por antonomasia de la sociedad moderna: la corrupción.

Es muy probable que el fútbol languidezca una vez haya logrado llegar a la cumbre. El deporte rey ha pasado de ser un pasatiempo a un espectáculo en cuestión de un siglo y quizás el fútbol como celebración muera de éxito. Dioses y monstruos difícilmente pueden convivir en un mismo espacio. Pero lo que es seguro es que en un futuro siempre habrá una *esfaira*, una *pilota* o un balón moviéndose sin descanso en medio de un remolino de piernas. **M**



La metáfora perfecta de nuestro tiempo

Espectáculo partidista



El juego siempre ha tenido una prolongación natural en el hecho de que algunos comenten lo sucedido con los que lo han visto y con los que no. La prensa, la radio y la televisión han hallado en el fútbol un filón para su subsistencia.

Una indiscutida hegemonía mediática

Texto **Antonio Franco** Periodista. Ha sido redactor de deportes, director adjunto de *El País* y director fundador de *El Periódico de Catalunya*

El 20 de octubre de 1974 se celebró en Kinshasa, capital de Zaire, un combate de boxeo para el título mundial de los grandes pesos entre el campeón, George Foreman, y el aspirante Muhammad Ali, el antiguo Cassius Clay. En el octavo asalto, Ali tumbó a su adversario y recuperó el título perdido años atrás después de negarse a combatir en Vietnam.

Muchos analistas consideran que fue el combate de boxeo más importante de todos los tiempos, pero además hay unanimidad en señalar que supuso el despegue definitivo de la globalización absoluta del espectáculo deportivo. Dos norteamericanos libraron lejos de su país y ante solo 60.000 asistentes el enfrentamiento más esperado de la historia, pero los millones de compatriotas que quisieron verlo y la audiencia de más de un centenar de países pudieron seguirlo en directo por televisión. No había precedentes. Aún no existían registros fiables y el baile de cifras ha impedido fijar la cantidad de público, pero fue superior al del desembarco del hombre en la Luna, hasta entonces el récord de los récords.

El deporte exhibió en Zaire su potencialidad como fuerza mediática. Mobutu, presidente del país, buscaba un golpe de efecto para borrar la mala imagen de la guerra civil que siguió a la independencia del antiguo Congo belga. Estudió organizar unas fiestas como las del milenario del imperio persa, una cumbre mundial sobre la paz o un certamen extraordinario de Miss Universo. Acertó cuando optó por apropiarse del combate entre Foreman y Ali, aunque tuvo que pagar todos los gastos: unos fijos previos de cincuenta millones de dólares a los dos contendientes, la bolsa del vencedor y el coste de llevar hasta allí la compleja infraestructura de la televisión. A ese precio Mobutu hizo realidad el sueño de la negritud: que todo el planeta viese a África como escenario de la pelea entre dos hombres de color disputándose la hegemonía mundial de la fuerza. Ganó Muhammad Ali, pero Mobutu fue vencedor *ex aequo* del combate.

Con la televisión, el fútbol ha asumido el liderazgo del deporte como espectáculo de masas y como fenómeno global. Sus características como juego y su plasticidad lo han

determinado. Si Mobutu no se decantó por comprar la organización de una fase final de los Campeonatos del Mundo de Fútbol, probablemente fue porque Estados Unidos era –y todavía es– geográficamente hablando un agujero negro en el fervor planetario por este deporte. Pero eso mismo, que el fútbol supere en adhesión y espectadores mundiales al baloncesto, el béisbol, el golf y el llamado fútbol norteamericano pese a no cautivar en el país de la cultura del entretenimiento, todavía da más valor a su hegemonía.

Deportistas, espectadores, cronistas

Hay un combinado “deporte / espectadores / cronistas” constatable desde la antigüedad. El deporte es un idioma universal porque puede ser comprendido de forma directa y casi instantánea por cualquiera, y desde el primer día ha tenido practicantes y gente con deseos de verlo. Pero añade algo más: tras el juego siempre ha existido la prolongación natural de que algunos comentasen lo sucedido a los que lo han visto y a otras personas que no lo han presenciado.

Todo eso ha evolucionado a lo largo de la historia conduciendo a la especialización de los deportistas, la existencia de espectadores de pago y al desarrollo de la tarea (y luego negocio) de informar y opinar sobre los lances. También se ha desarrollado el uso colateral del deporte para otros fines, desde el *panem et circenses* romano (distracción a la ciudadanía para que no piense en otras cuestiones más trascendentes) hasta la práctica moderna de ponerlo al servicio de ideas o utilizarlo como soporte de publicidad.

En el fútbol los grandes jugadores –ahora ricos, famosos y dictadores de modas– desempeñan socialmente el rol de los héroes y los grandes guerreros del pasado. Los espectadores, que al principio eran un puñado de amigos o acompañantes, son millones de personas que solo se relacionan con los futbolistas a través de la televisión y los demás medios de comunicación. Respecto a los cronistas, han pasado de explicar los partidos a recrearlos. Trasladando sus incidencias al conjunto de los espectadores de la comunidad global, posibilitan la



© Josep Domínguez / AFB

internacionalización de las recaudaciones y la remuneración millonaria de las figuras. Y hacen su propio negocio, porque el fútbol es un elemento clave para la cuenta de resultados de los *mass media*, y los derechos de retransmisión de los partidos son uno de los grandes negocios mundiales.

Con la ayuda de la prensa el fútbol se ha convertido en el espectáculo industrial de masas con más capacidad de crear adhesión y desencadenar pasiones. Los futbolistas ofrecen espectáculo, ceden a los seguidores una parte de la propiedad de sus triunfos personales y les garantizan descargas de adrenalina. A cambio, exigen que les paguen, que les quieran, que les animen, y que en el estadio presionen para atemorizar al rival.

Para los niños es muy sencillo golpear la pelota con el pie y jugar con ella. Cuando después, ya adultos, pasan a ser simples espectadores, haber jugado facilita establecer una identificación con los grandes ases. Es uno de los secretos del fútbol: las masas viven la ficción de asimilarse sin el menor esfuerzo a unos deportistas de alta cualificación.

Al final de los encuentros siempre hay unas cuantas peripecias y un resultado válido (aunque pueda ser discutible) que permite continuar el entretenimiento a través de la conversación, la crónica o el debate. A partir de esa simplicidad y su atractivo, millones de personas van a los terrenos de juego, y cientos de millones son adictas a las retransmisiones por televisión. Muchísima gente sostiene que es mejor ver el fútbol televisado que en los estadios. Es el mérito de los comentaristas, de que se repitan las jugadas, de insertar

datos estadísticos y de ofrecer instantáneamente declaraciones de protagonistas a pie de terreno.

La prensa, la radio y la televisión han encontrado en el fútbol un filón para su subsistencia. Es sencillo de describir, resulta idóneo para glorificar, cualquiera puede hacer valoraciones técnicas o sociológicas subjetivas... Se han desarrollado técnicas para explicarlo fundiendo en un mismo plano las jugadas y las reacciones de los espectadores, confiriéndole aspecto de drama popular moderno a cada partido. A base de trascendentalizarlo, los *mass media* también lo aproximan a una religión de multitudes. La mundialización del fútbol ha sido una de las avanzadillas de la globalización general y, como en el fondo es un ritual de confrontación que se vive desde una identificación partidista (local, nacional o de grupo) con una de las dos partes, en plena aspiración a una coexistencia pacífica, a los medios les ha resultado sencillo convertirlo en una guerra de mentira.

El tirón de la prensa deportiva

La prensa deportiva básica, de primer nivel, nació en Europa cuando se popularizó el fútbol después de que en Gran Bretaña, donde se estructuró formalmente, se decantase a su favor el pulso que mantenía con el rugby por la hegemonía del favor popular. Hasta aquel momento solo existían prensa y radio generalistas, que prestaban muy poca atención al deporte. A principios del siglo XX las únicas especialidades que recibían cierto tratamiento regular en esos medios eran ciclismo, automovilismo, tenis, atletismo y boxeo.



© Nic Bothma / EPA / Corbis

Partido inaugural del Estadio de Ciudad del Cabo, el 23 de enero pasado. El estadio acoge este verano la Copa Mundial de la FIFA Sudáfrica 2010. En la página anterior, encuentro Barcelona-Uruguay, en abril de 1925. En la portada del artículo, partido España-Alemania en el estadio de Montjuïc, el 23 de febrero de 1936, y Joaquim M. Puyal transmitiendo su partido 1.500 –un Barça-Zaragoza de 2004–, en compañía del realizador técnico Joan Gelabert.

Cuando empezó la especialización de la prensa algunas publicaciones semanales o mensuales se convirtieron en deportivas. En los años veinte el fútbol empezó a ser muy conocido, ganó espacio en las revistas y se produjo el inicio de las muy populares retransmisiones radiofónicas en directo.

Vale la pena recordar que la estructuración del fútbol fue lenta. En 1848 en el Trinity College de Cambridge se fijaron las primeras reglas de juego, pero no hubo un campeonato profesional británico hasta 1885. Fueron los empresarios y empleados de las compañías industriales y comerciales británicas que operaban en el extranjero quienes exportaron poco a poco el juego a todo el mundo. En países como Italia, España, Alemania y Francia cuajó deprisa y no tardó en atraer la atención informativa. La primera gacetilla de fútbol que apareció en España es de 1899 en la revista *Los Deportes*, que trataba fundamentalmente de atletismo, boxeo y ciclismo. Daba cuenta de que el ciudadano suizo Hans Gamper, futuro fundador del Barça, buscaba “compañeros para jugar al *foot-ball* en Barcelona”.

A principios del siglo XX la prensa española de información general empezó a incluir fútbol, pero en 1986 Italia ya albergaba el primer diario estrictamente deportivo del mundo: *La Gazzetta dello Sport*, de Milán. En 1906 le tocó el turno a España con *El Mundo Deportivo*, de Barcelona, y no fue hasta 1919 cuando salió a la calle el primer diario monotemático de fútbol, *Kicker*, en Alemania. Gran Bretaña, madre del fútbol, no fue por ahí, ya que los editores de prensa ganaban mucho dinero con los tabloides dedicados a una

mezcla de sucesos y deportes. Eso cerró el paso a los periódicos monotemáticos de fútbol. Las contraportadas invariablemente deportivas de cabeceras generalistas históricas como *The Sun* y *Daily Mirror* reflejan esa cultura periodística.

La vinculación entre los medios de comunicación y el fútbol alcanzó otro hito con la creación de la FIFA. Y fue precisamente un periodista, Robert Guerin, del diario francés *Matin*, quien fundó en 1904 una federación internacional para dirigir y potenciar este deporte.

El imperio de la televisión

La prensa escrita y la radio fueron los grandes aliados de la expansión del fútbol hasta la llegada de la televisión. Empezó una era de la comunicación cuando la BBC hizo su primera retransmisión televisada de un partido el 16 de septiembre de 1937. Fue una exhibición ocasional, naturalmente en blanco y negro. Los partidos televisados no proliferaron hasta los años cincuenta, entre otras cosas porque el parque doméstico de receptores era limitado y la tecnología de las conexiones necesarias para retransmitir resultaba cara y rudimentaria. En los años cincuenta y sesenta los partidos televisados se veían en toda Europa, preferentemente en bares y pubs. En la segunda mitad de los setenta llegó el color y eso supuso un gran salto cualitativo hacia la supremacía comunicativa absoluta de la televisión sobre el fútbol. La primera gran exhibición global de fútbol en la tele fue la Copa del Mundo de 1990, en Italia. Más de 150 países compraron las imágenes de la RAI para emitir las a sus respectivas audiencias.

“Cuando los cronistas comprendieron que podían convertir a los aficionados en máquinas de impulsar al equipo propio, llegó su edad de oro”.

Se emitían encuentros, pero la incorporación del fútbol al resto de la programación de la pequeña pantalla no fue rápida. Durante varios años la presencia del fútbol en los teledifusivos fue meramente simbólica. Entonces la televisión tenía todavía cierta vocación de nobleza y, al igual que pasaba en la prensa con pretensiones de culta, sus directivas consideraban que los deportes eran una temática menor. La afición tuvo que esperar hasta los años noventa para disponer de unos espacios informativos deportivos regulares con minutaje propio dentro de los boletines generalistas. Entonces también se multiplicaron los debates y montajes de entretenimiento en torno al fútbol en el resto de la programación.

El periodismo futbolístico de la posguerra

En los años treinta el desarrollo profesional de la prensa se tradujo en casi todos los países europeos en la aparición de unos “periodistas del fútbol”, especialización que después en España llegó a conseguir notoriedad. Inmediatamente después de la guerra civil hubo un desembarco masivo de antiguos combatientes franquistas en las redacciones de los periódicos. Pasaron a ocupar las sillas de los profesionales partidarios de la República, a los que se vetó la reincorporación en los medios. Como máxima condescendencia de los vencedores, a los periodistas republicanos se les permitió reconvertirse en correctores gramaticales de las noticias redactadas por los en muchos casos poco letrados soldados que les sustituyeron.

En las salas de redacción los excombatientes con una mínima formación cultural, aptitudes periodísticas e incondicionalidad franquista fueron destinados a la información general y política. En cambio, quienes llegaban sin otro bagaje que los méritos del frente acabaron en muchos casos en las secciones de deportes o en diarios especializados, como *Marca*, de la Prensa del Movimiento.

Como a Francisco Franco le gustaba el fútbol, su régimen efectuó un cuidadoso marcaje de lo que se decía sobre esta materia. A causa de ello, las crónicas y comentarios deportivos que salían de las plumas de los ex combatientes tenían cierta voluntad de imperio y bastante salsa nacionalsindicalista. El apellido referencial del entrismo franquista en esta prensa estuvo en *Marca*, el gran diario nacional o *nazional* –como lo llamaban sus amigos y enemigos– fundado en 1938, y en el que se aposentó la notoria familia falangista Fernández-Cuesta.

La resaca ideológica de la guerra comportó cosas curiosas en los terrenos de juego, como el saludo fascista de los jugadores cuando formaban antes de los encuentros. Y también en las tribunas de prensa, como la dislexia de que en una Cataluña donde la sensibilidad generalizada de espectadores

y seguidores era barcelonista la mayoría de los periodistas deportivos que escribían o radiaban partidos eran fervorosos seguidores del Español y el Real Madrid.

En Cataluña, en los años previos al conflicto y en los que le sucedieron hubo periodistas deportivos bastante populares. En la estela de firmas históricas como Narcís Masferrer (*La Vanguardia*), Daniel Carbó (*La Veu de Catalunya*), Josep Torrens (*El Mundo Deportivo*), o el dibujante Valentí Castany –que había trabajado para *Xut!* (publicación satírica de éxito entre 1922 y 1936) y reapareció tras la contienda con *El Once*–, despuntan otros nombres. Citaré a José Luis Lasplazas; a Albert Maluquer, que promovió el semanario gráfico *Vida Deportiva* (1943), y a José Zubeldía, impulsor de la revista de los lunes *Barcelona Deportiva* (1944). Más tarde la renovación generacional trajo a Julián Mir con la revista *Lean* (para el calentamiento previo de los encuentros) y después, en 1952, fue padre y director del diario casi estrictamente futbolístico *Dicen*, periódico superpopular nacido para hacerle la competencia al veterano *El Mundo Deportivo*, que trataba a fondo los deportes minoritarios hasta que bajo la dirección de Juan José Castillo se adaptó a la demanda de más fútbol.

La rigidez de la censura dejaba poco margen para que los periódicos generalistas tuviesen interés, y como la vigilancia integrista sobre las costumbres y los lenguajes impidió que en España cuajase el periodismo amarillo de sucesos y sexo que tras la Segunda Guerra Mundial se abría paso en el resto de Europa, la única prensa popular que se desarrolló aquí en los años cuarenta, cincuenta e inicios de los sesenta fue la deportiva. Por eso Barcelona tuvo el récord mundial de llegar a albergar simultáneamente hasta cuatro diarios deportivos (*El Mundo Deportivo*, *Dicen*, el más moderno *Sport* y un efímero *ABB*). Esos medios locales, además, competían con otros dos de Madrid (*Marca* y *As*, éste más gráfico y menos ideologizado) que llegaban todos los días a los kioscos catalanes para cantar las excelencias de los equipos de la capital de España.

Esos años hubo un gran auge de la fotografía deportiva. Merecen recuerdo especial Joan Rovira, fundador de la agencia gráfica *Sport*; Ramón Dimas, un profesional de amplio espectro y especialmente dotado para captar el movimiento; y el padre y los hermanos Pérez de Rozas, ocupantes habituales de la hierba situada a derecha e izquierda de las porterías de fútbol y excelentes por la calidad y la cantidad de su trabajo.

Las hemerotecas recuerdan que en esa etapa el fútbol permitió lucirse también a una espléndida generación de dibujantes y humoristas. Los precursores fueron Bofarull, Benigami, Junceda y el ya mencionado Castany; después llegaron Muntañola, Peñarroya, Escobar, Sabatés y Cifré, pluriempleados en la esfera deportiva después de sus tareas



© Albert Armengol

habituales para los tebeos de la factoría Bruguera. Al igual de lo que sucedía con sus historietas sobre la vida cotidiana, estos dibujantes tenían actitudes sociológicamente críticas, más contestatarias que la mayoría de sus colegas periodistas.

En paralelo, después de la guerra, la radio, que por ser gratis y cálida liga bien con los hinchas futbolísticos, hizo famosos a varios locutores que narraban partidos. Una referencia dominante en España era Matías Prats, máximo predicador del “nacional-futbolismo” del que la gente se burlaba porque combinaba grandes mensajes grandilocuentes y retóricos con pequeños datos insulsos sobre los jugadores. Él mitificó “la furia racial” de los futbolistas españoles. Otro nombre propio es *Carrusel Deportivo*, el programa que atendía con más habilidad a la avidez de los hinchas a través de sus conexiones con corresponsales situados en todos los campos de juego. Los domingos por la tarde fueron suyos hasta que se popularizó la televisión. En la memoria particular catalana de esa época quedan los ecos de las voces y la narrativa clásica de Miguel Ángel Valdivieso, José Félix Pons y los hermanos Fernández, maestros de la descripción realista de los aspectos técnicos del juego.

El partidismo: de consentido a impulsado

El periodismo deportivo de esos años era sencillo y esquemático. Buscaba informar con puntualidad y agregaba o no

ideología dominante en función de lo que pensaba cada profesional o las instrucciones que recibía. Pero fomentó la adhesión espectador-club, la devoción hinchas-figura, y sobre todo azuzó el partidismo de los espectadores. A partir del momento en que los cronistas y locutores comprendieron que tenían a su alcance convertir a los aficionados en máquinas de impulsar al equipo propio, presionar al árbitro e intimidar a los contrarios, empezó para ellos una edad de oro. Dejaban aparcada la deontología de la neutralidad en la puerta del estadio porque los aficionados al fútbol no solo consentían el forofismo mediático, sino que lo exigían.

Fue entonces cuando la prensa empezó a utilizar abiertamente diferentes varas de medir ante la violencia de los jugadores de casa y la de los visitantes, al igual que las groserías de la grada se aceptaban o no en función de quienes las protagonizaban. Toda Europa se impregnó de esta “excepcionalidad” diferencial respecto a la objetividad o neutralidad que se exigía al resto del periodismo. Y fue con el fútbol con lo que los cronistas ensayaron las primeras técnicas para expresar que “nosotros avanzamos” cuando lo hacía el equipo favorito de sus lectores u oyentes.

Ahí se dio el salto de periodistas teóricamente desapasionados a auténticos brazos armados informativos de los clubs, un antecedente de lo que después han hecho –con consentimiento social– los periodistas políticos que cubren las cumbres diplomáticas o los informadores económicos

En los años 50 y 60 del siglo pasado los partidos televisados se veían en toda Europa preferentemente en bares y pubs. El gran salto en la difusión del fútbol, no obstante, llegó en los años 70 con la televisión en color. En la imagen, emisión de un partido Arsenal-Porto en el pub irlandés Temple Bar de la calle Ferran.

“La mayoría de los seguidores del Barça y del Real Madrid están plenamente de acuerdo en que la clave de lo que les opone es política”.

En la página siguiente, Matías Prats, máximo predicador del “nacional-futbolismo”, retransmitiendo un partido a finales de la década de los 40, y José María García, un referente del periodismo deportivo madrileño de los años 70 y 80.

que tratan sobre las importaciones y las exportaciones. En estos otros casos el partidismo tiene casi siempre como eje central al nacionalismo. En el fútbol de selecciones nacionales o en las competiciones entre equipos de diferentes países o regiones, también. Pero cuando se enfrentan dos equipos de una misma zona, los periodistas continúan utilizando el partidismo por forofismo, para complacer a seguidores que no aprecian la objetividad, o al servicio de intereses económicos concretos de sus publicaciones o emisoras.

En sintonía con el subconsciente posbélico, en toda Europa, pero de forma particular en España, la prensa futbolística se apropió sin ningún pudor del lenguaje bélico para subrayar el carácter de enfrentamiento que siempre han tenido los partidos. Con eso conectaron con lo más oscuro de los sentimientos de los ciudadanos. De ahí que el uso de las expresiones “atacar”, “defender”, “aplstar”, “resistir”, “disparo a puerta”, “cañonazo”, “escudo defensivo”, “contragolpe”, “ofensiva total”, “línea de contención” o “dominar” son poco inocentes y han quedado asentadas para siempre como las que mejor expresan lo subliminal que encierra este juego.

A finales de los sesenta en las redacciones de los diarios de información general persistía la consideración de que a los periodistas más tontos, ingenuos e inexpertos se les debía hacer trabajar en la sección de deportes, pero las cosas empezaron a evolucionar y no solo por la paulatina mejora del conocimiento técnico del oficio.

Como en España el Ministerio de Información y Turismo mantenía un férreo control sobre los contenidos políticos y sociales de la prensa, en la práctica había más permisividad hacia quienes escribían de fútbol que hacia los que trataban los demás temas. Posiblemente por eso, en esas secciones aparentemente menores de los diarios y en algunas publicaciones deportivas empezaron a aparecer crónicas en las que, además del minuto y resultado de los encuentros, se incorporaban insinuaciones a las instituciones y personalidades del mundo del fútbol y, poco a poco, valoraciones sociológicas o divagaciones más generales. Fue un suave deslizamiento desde la ideologización de los ex combatientes que escribían de deportes y en cierto sentido resultó un anticipo de lo que luego fue el tono combativo de la prensa política española en la transición.

En esa dirección de trabajo aparecieron perfiles profesionales alternativos a los que conocían los lectores. En Madrid la cara opuesta de lo que habían encarnado Manuel Alcántara o Jesús Fragoso del Toro en la etapa franquista más dura era, por ejemplo, el desparpajo de las reflexiones críticas que hacía Julián García Candau (*El País*). Y en esa

estela empezaron a moverse varios redactores jóvenes que después serían destacados periodistas modernos. Alfredo Relaño y Santiago Segurola se hicieron así.

En la capital de España nació, creció y se desarrolló otro referente del periodismo deportivo: José María García, *Butanito*, el rey de la radio de madrugada. García era un populista que primero tuvo la habilidad de utilizar un tono crítico inusual e insultante para redondear el mérito de conseguir mejor información que nadie. Pero luego, cuando ya era el más influyente, se convirtió en un dictador y manipulaba con su micrófono a todo el deporte español. Con maneras de predicador moralista destituyó entrenadores, logró la dimisión de presidentes de clubs y avasalló a muchos dirigentes federativos tachándoles de ineptos o corruptos, pero luego se permitió a sí mismo combinar el ejercicio del periodismo con intereses económicos personales organizando pruebas deportivas o participando en el negocio publicitario que rodea al deporte. Escucharle era el vicio nocturno favorito de millones de aficionados, pero su pérdida de audiencia fue recibida como un alivio colectivo.

El modelo catalán de desmitificar el deporte

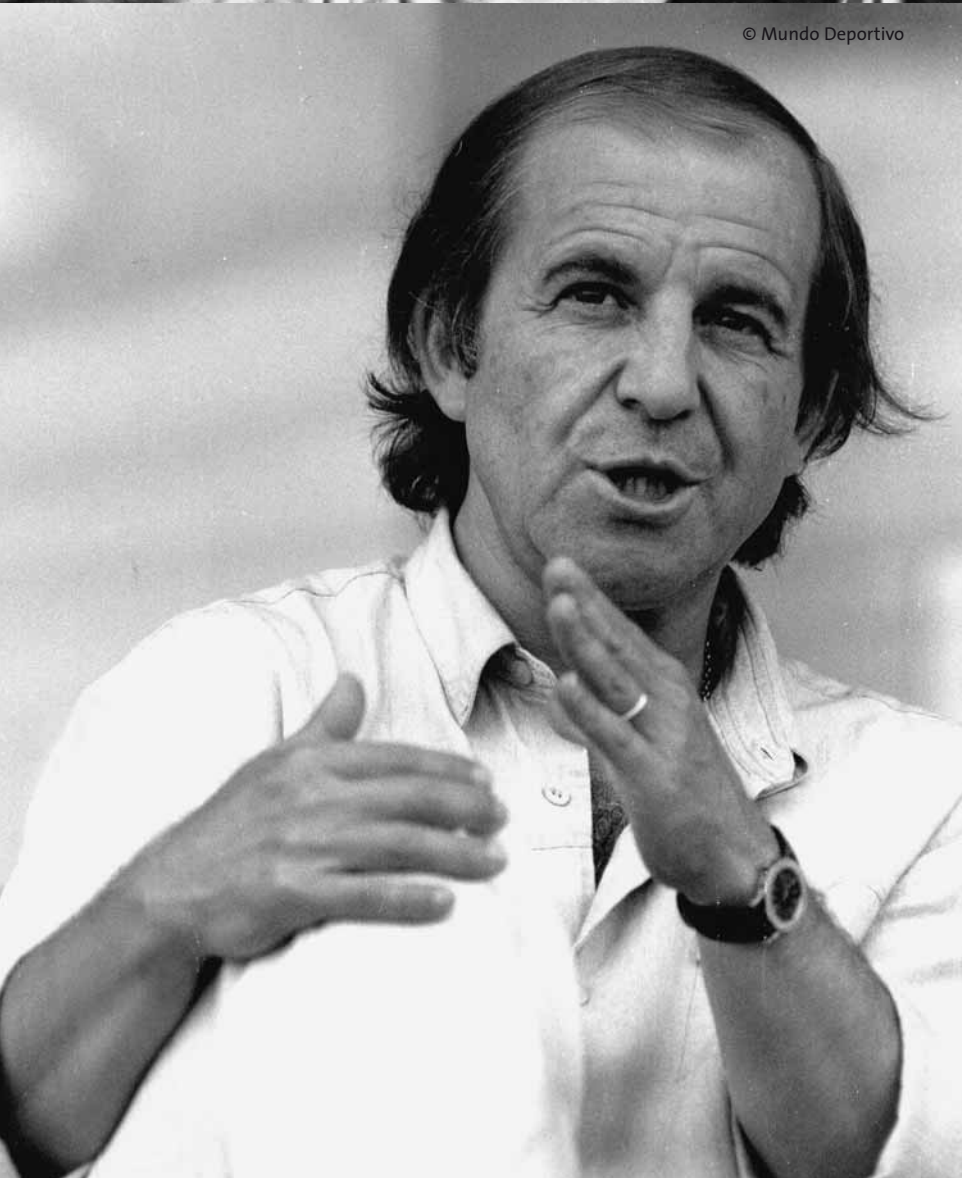
Cataluña vivió una mutación todavía más profunda de la información deportiva y en los setenta los lectores detectaron que se empezaba a tratar el fútbol con nuevas intencionalidades. Una crónica firmada por Martin Girard en *El Noticiero Universal* sobre, por ejemplo, lo que hacían y decían en la Rambla los seguidores del Barça que se reunían ahí después de los partidos no tenía nada que ver con las tópicas declaraciones en las casetas que se leían hasta entonces (Martin Girard era el seudónimo que utilizaba de joven el cineasta Gonzalo Suárez, dedicado entonces a esos menesteres).

Otros ejemplos: las analogías que ponía en circulación Alex J. Botines en *Diario de Barcelona* al comparar los excesos violentos de algunos defensas con las intervenciones de la policía en las protestas sindicales tampoco se habían visto hasta entonces. En el contexto del diario deportivo *Dicen*, intelectualmente plano, Santiago Codina publicaba unas entrevistas sutiles en las que los futbolistas decían que los postes también juegan, pero además hablaban de los problemas que habían vivido en los suburbios donde aprendieron a chutar la pelota. Y cada vez que Morera Falcó describía en su sección “Bajo la piel del estadio” de *El Correo Catalán* lo que pasaba el domingo por la tarde en el Camp Nou, el lector hallaba pinceladas sobre la manera de ser y las convicciones del catalán medio...

En otras latitudes a cosas parecidas las llamaban “nuevo periodismo”. Aquí eran simples esfuerzos modestos pero afi-



© Mundo Deportivo



lados para proporcionarle a la gente coordenadas sinceras sobre su país, y eso abundó poco en las demás páginas de los diarios hasta que empezó la transición. El periodismo de fútbol dejó de ser de Segunda División y a ello contribuyó también la llegada de artículos de escritores y sociólogos que, como Manuel Vázquez Montalbán, en vez de especular sobre si era justo el resultado, reflexionaba sobre si eran justos o no, y por qué, los arbitrajes, las reacciones de la grada y los comportamientos de quienes se sentaban en la tribuna de honor.

En la etapa final del franquismo eso se acentuó con la dinamita que empezó a lanzar *Barrabás*, un semanario deportivo satírico especializado en poner de relieve las contradicciones internas del deporte español y de todo lo que lo rodeaba. Era un trabajo en simetría con lo que hacían otras publicaciones de humor –recuerden *Hermano Lobo*, *El Papus*, *Por Favor* y la superviviente *El Jueves*– con temas más generales. Coleccionando expedientes administrativos, pagando multas, sufriendo cierres temporales por decisión judicial y encajando amenazas ultras, estas revistas dieron un buen empujón a la recuperación de la libertad de expresión en España. *Barrabás* desveló los chanchullos económicos y políticos que se movían en el fútbol sin que los espectadores los vieran. Tres dibujantes de largo recorrido, Ivá, Oscar y Gin, fueron las almas de esta publicación.

Para complicarle aún más las cosas a quienes apostaban por un posfranquismo continuista, en Barcelona, y también en la radio, surgió el revés de la medalla del *Butanito* de Madrid. Un joven llamado Joaquim Maria Puyal empezó a retransmitir en Radio Barcelona partidos de fútbol en lengua catalana desde una óptica cívica. Apoyado en su honestidad profesional y su habilidad comunicadora, Puyal aportó en pocos años a la normalización lingüística de Cataluña mucho más de lo que habían logrado en varias décadas anteriores todos los escritores y poetas del país y todos los periodistas de las secciones de cultura.

Junto a esta corriente de sesgo partidista empezó a difundirse desde Barcelona otro periodismo deportivo, éste de normalidad, sólido, desacomplejado, similar al existente en los países europeos sin urgencias históricas. Ha tenido recorrido y vale la pena citar entre sus protagonistas a Josep Maria Casanovas, Miguel Rico, Enric Bañeres, Santi Nolla, Emilio Pérez de Rozas, Josep Maria Artells, Quim Regás y Ramon Besa. Con ellos la prensa escrita sobre fútbol aprovechó los buenos años –los ochenta y los noventa– del crecimiento de las difusiones y la rentabilidad de los diarios. Después, el retroceso del hábito de la lectura y la mejora técnica de la televisión en su concepto “información-entretenimiento-espectáculo” transfirió hacia este medio audiovisual el centro de gravedad del tratamiento de los deportes.

Las dependencias excesivas

La llegada del siglo XXI cogió al conjunto de los periódicos y revistas inmersos en una crisis de confianza en su futuro por la pérdida sistemática de lectores, y en plena etapa dubitativa sobre su propia función social a la profesión. Hay un retroceso del espíritu profesionalista y una nítida supremacía de los planteamientos periodísticos dedicados únicamente a obtener dinero como sea para garantizar la supervivencia de los medios.



© Mundo Deportivo



© AS

Por ahí llega el auge de las llamadas “promociones” para vender ejemplares: los diarios en vez de invertir en elevar el nivel de los contenidos, regalan o proporcionan por debajo de su precio productos atractivos ajenos al periodismo. Primero fueron libros, discos y guías turísticas y gastronómicas, es decir, objetos con cierto valor cultural. Luego, desde billetes de todo tipo de loterías a baterías de cocina, bisutería o aparatos electrodomésticos. En la prensa deportiva estas prácticas han acabado de sacrificar lo poco que quedaba de independencia respecto a los clubs. Como los complementos preferidos por los seguidores del fútbol son los productos de *merchandising* de sus equipos, los clubs, dueños de las licencias de explotación, habitualmente las facilitan o no a los periódicos en función de su servilismo.

La actual endeblez económica de la prensa y sus excesivas dependencias han provocado una crisis del periodismo de investigación que también alcanza a los deportes. En la mayoría de los casos, ahora únicamente se trabaja en esa dirección para favorecer a los amigos o perjudicar a los enemigos. El Real Madrid ha vivido recientemente una intensa desestabilización por una guerra sin cuartel en torno a su presidencia. Lo que acabó forzando la dimisión del presidente Ramón Calderón fue un reportaje de *Marca* que demostraba que la directiva de Calderón dejó asistir y votar en una asamblea de socios madridistas a bastantes personas sin derecho a hacerlo. Pero las complicidades entre los periódicos y las personas envueltas en este *affaire* hicieron que muchos lectores pensasen que este tipo de irregularidades únicamente afloran cuando conviene. La crisis de credibilidad de los medios, reforzada por el anuncio continuo de fichajes que luego no se producen, o por titulares exagerados en relación a lo que luego explican los textos, le está haciendo mucho daño a esta prensa.

Madrid y Barcelona

La clave de la guerra presidencial en el Real Madrid era el deseo de la prensa de la capital de que regresase a tomar las riendas del club Florentino Pérez, en quien confiaban para salir de la depresión causada por la etapa triunfal del Barça. Conviene subrayar que cuando el Real Madrid no gana caen las ventas de los diarios deportivos de la capital de España. Dicho de otra manera, los golpes de Estado contra los presidentes perdedores tienen el premio de una mejora de los ingresos de los diarios.

Puede aprovecharse la mención de este incidente para intentar explicar las diferencias entre los notorios partidismos de la prensa deportiva de Madrid y el Real, y la catalana con el Barça. Los periodistas barceloneses consideran que por razones históricas y políticas el Barça es propiedad de todos los catalanes, incluidos ellos. En consecuencia, mantienen desde siempre un pulso con los directivos de turno del club para imponerles sus tesis sobre como debe ser el Barça. En la agitada y larga etapa presidencial del constructor vasco José Luis Núñez, a quien la prensa catalana consideraba un advenedizo que nunca tenía que haber sido elegido por los socios para ese cargo, la tensión se tradujo en un resistencialismo resumible en el eslogan “Barça si, Núñez no”. El partidismo de la prensa catalana era total a favor de la marca del equipo y de los jugadores, pero manteniendo distancias con los representantes electos de la institución.



© Pere Puntí / Mundo Deportivo

El presidente de la Generalitat, Jordi Pujol, con Joan Laporta y Florentino Pérez en el Barça-Real Madrid del 7 de diciembre de 2003. La clave política del enfrentamiento entre los dos equipos ha sido un tema tabú para la prensa durante mucho tiempo.

En Madrid, en cambio, capital del reino, el conjunto de la prensa es más experta en apoyar y apoyarse en el poder, de modo que los periodistas deportivos tradicionalmente son pragmáticos y casi siempre se llevan bien y les hacen el juego a los influyentes directivos del Real Madrid. Sumisión hacia ellos y en todo caso críticas de cara a la galería sobre el juego del equipo o la calidad o la personalidad del entrenador y los futbolistas.

Respecto a las relaciones bilaterales entre Madrid y Barcelona, la prensa deportiva de ambos lados ha utilizado tradicionalmente un doble lenguaje para maquillar en la medida de lo posible que la rivalidad de los dos equipos representativos tiene sobre todo una clave política que viene de lejos: la disyuntiva entre la “unidad uniforme española” y la “pluralidad con respeto a las diferencias”. Ese pudor es coherente con las tesis oficialistas de que no hay que mezclar política y deporte, cerrando los ojos a que ambas cosas siempre han ido mezcladas. Es coherente pero inútil. La mayoría de los seguidores del Barça y del Real Madrid comparten plenamente que es la clave política lo que les oprime. El antimadridismo es fundamentalmente anticatalanismo, y el antibarcelonismo es una forma más del anticatalanismo. Pero durante mucho tiempo, cuando la prensa lo ha planteado así, ha sido mal vista.

La naturaleza de ese antagonismo no es ninguna excepción mundial. En Irlanda del Norte los seguidores del Celtic y del Glasgow Rangers viven una dialéctica muy similar a partir de sus respectivos orígenes católico y protestante. Y en los años del Nápoles de Maradona los resentimientos y desprecios que surgían de Roma y Milán contra la hegemonía de este equipo respondían más a la animadversión tradicional que existe en Italia entre el norte trabajador e indus-

trial y el sur rural con fama de perezoso que a dudas sobre la calidad del juego del Nápoles.

En realidad, el fútbol ahora es síntesis y reflejo de muchas cosas complejas. Ya ha quedado subrayado que mantiene vivo el espíritu de confrontación dentro de una sociedad que tiene vocación pacifista; que los equipos han sido convertidos en las banderas predilectas de los nacionalismos ahora que es evidente la irreversibilidad de la globalización; que es una demostración viva de la vinculación entre política y deporte cuando lo políticamente correcto es proclamar que ambas cosas deben ir por separado; que lo que era un simple juego de entretenimiento personal y esfuerzo físico se ha podido transformar en el gran espectáculo universal de las masas...

Ante todo eso, el mundo de la comunicación, que sufre también sus propias complejidades, ha encontrado en este deporte una de las claves de su posible supervivencia. Pero eso está condicionado a que acepte bajar la cabeza y renunciar a la forma como entendía antes algunos de sus principios profesionales, empezando por renunciar a la neutralidad esencial, renunciar a la conveniencia de que los periodistas marquen distancias respecto al objeto de su trabajo, renunciar a la necesidad de mantener nítidas distancias entre la información y la publicidad, o renunciar a desempeñar la actuación profesional sin cruzarla nunca con los intereses económicos propios.

Los *mass media* han potenciado al fútbol hasta niveles infinitos, pero el negocio de la globalización informativa del deporte que vimos nacer con el combate de boxeo entre Foreman y Muhammad Ali al final ha modificado el universo de los *mass media*. A veces hay goles espectaculares, muy llamativos, trascendentes, que tienen la curiosa característica de que han sido marcados en propia puerta. **M**



La metáfora perfecta de nuestro tiempo

Negocio global



Algunos fenómenos marcan la actualidad del mundo del fútbol: la crisis internacional, la implantación de las sociedades anónimas, la reforma de la ley Beckham y los últimos asuntos económicos de los presidentes. El deporte bulle, pero todo sigue igual.

Deporte y poder: cada club es una historia/histeria

Texto **David Castillo** Periodista

Durante años hemos oído hablar de la problemática de los clubes, de los directivos vinculados a toda clase de empresas. Con la crisis todo ha cambiado y los directivos relacionados con el boom de la construcción sufren la resaca del estallido de la burbuja y de la gran crisis internacional. Los clubes, también. En este artículo también nos plantearemos la implantación de las sociedades anónimas deportivas, la reforma de la ley Beckham que afectará los fichajes de las megaestrellas y los últimos asuntos relativos al patrimonio de los clubes y la economía particular de sus presidentes, que han vuelto a las páginas de la prensa. El deporte bulle, pero todo continúa más o menos igual. El nuevo opio del pueblo continúa enfrentando todos los domingos a once jugadores contra once, todos pagan y la masa calla. ¿Quién ve algún problema? ¿Quién cuestiona algo?

El matrimonio entre los clubes y sus propietarios no deja de resultar curioso. El caso más flagrante y popular sería el del presidente italiano Silvio Berlusconi y el A.C. Milan por no hablar del show de empresarios rusos y árabes que han aterrizado en la Premier League inglesa. Serían la punta, lo más visible de un negocio que mueve millones de euros cada año y detrás del cual hay una serie de paradojas que comentaremos centrándonos en los equipos españoles, especialmente los catalanes de primera división. En Cataluña, el dominio del Barcelona aplasta a la mayoría de los equipos, donde sólo sobrevive el Espanyol. La ciudad de Barcelona no es como Londres, Buenos Aires, ni tan siquiera como Madrid. Aquí se impone el pensamiento único y el Barcelona es el rey indiscutible, sin eclipse de ninguna clase. El ascenso a Primera del Sabadell y del Lleida queda lejos. Como también el paso por segunda del Terrassa, Sant Andreu, filial del Barcelona, Figueres y Palamós. Nástic y Girona han accedido a la categoría de plata después de años de esfuerzo y de infructuosas tentativas. El Girona ha llegado después de la disolución del club de baloncesto de la ciudad. ¿No hay ninguna relación?

Escasa igualdad entre los clubes

El caso del Barcelona en Cataluña es extensible al resto del Estado. En la Liga española no existe el deseo de favorecer una

mayor competitividad entre los equipos. Y la rivalidad se mueve, podríamos decir, en el bipartidismo entre Barcelona y Madrid, con competidores no equiparables, como es el caso últimamente del Sevilla, el Villarreal y el Valencia, que no terminan de levantar la cabeza. Si observamos la dinámica de la competitiva liga inglesa, podremos comprobar el reparto equitativo del pastel de la televisión, beneficio indudable para la emoción y la igualdad, como pasa en la NBA norteamericana. En Inglaterra, el Manchester United o el Liverpool reciben más dinero que el Wyndham, pero se favorece la rivalidad con una entrada económica más justa para cada club. Eso no pasa en España, donde las televisiones negocian individualmente y benefician a Madrid y Barça ante el resto, que calla porque necesita el dinero para garantizar su supervivencia. Esta realidad marca la discriminación y evita una igualdad que los aficionados de todos los clubes agradecerían.

La segunda gran diferencia, derivada de la anterior, es que la Premier League inglesa se ha vuelto muy atractiva porque el título se lo pueden disputar cinco o seis equipos. No es extraño encontrar a los dirigentes del United, el Liverpool, el Arsenal, el Chelsea e incluso el City, reforzados gracias a los capitales internacionales. Grandes grupos inversores han comprado muchos equipos ingleses y han dado un giro a la decadencia que habían sufrido en las últimas décadas del siglo XX. Después del dominio de Italia, los ingleses han copado las competiciones continentales, con contadas excepciones. La falta de alternativas de la Liga española, un lastre que habrá que reestudiar, afecta al interés general y hace que la mayoría de la población se decante hacia uno u otro club, mientras tiene el propio de la ciudad o de la región como segunda opción. Bastante triste.

Sociedades anónimas deportivas

Estas no son las únicas diferencias. En la Liga española ocurre un fenómeno que no se produce en ninguna otra parte. En la concepción de los equipos tenemos dos grupos. Los clásicos, con directivos que siguen los modelos tradicionales, y un segundo grupo, el de los convertidos en sociedades anónimas deportivas. Entre los denominados "clásicos" encontramos a



© Mundo Deportivo

Osasuna –cuando se sancionó la ley demostró que no tenía deudas–, Real Madrid, Fútbol Club Barcelona y Athletic de Bilbao. Los cuatro funcionan como antiguamente, es decir, elecciones clásicas, con los socios votando candidaturas de los patricios interesados en presidirlos y con bastante capital para asumir algunos avales, como fue el caso de las juntas directivas de Laporta, las que han tenido más éxito en la historia de la entidad, pese a los problemas internos.

El resto de clubes son sociedades anónimas deportivas, producto de una legislación que se hizo para conseguir que los directivos se responsabilizaran de las cuentas. Entre los cambios de la ley se eliminó la cláusula que obligaba a los directivos a avalar o poner un dinero para el presupuesto que debían gestionar. Estas sociedades anónimas deportivas han hecho el proceso clásico de las sociedades anónimas: juntas generales de accionistas, consejos de administración, división de capital y posibilidad de que los socios puedan comprar acciones. Como ejemplo podríamos poner el caso del Español, que tiene once mil accionistas sin un accionista mayoritario único. El que tiene más no tiene suficiente porcentaje de acciones para mandar sobre el resto.

Hace pocos meses había un grupo en torno a José Manuel Lara Bosch, del Grupo Planeta, pero en el verano del 2009 se deshicieron de las acciones. El club periquito tiene la Associació de Petits i Mitjans Accionistes de l'Espanyol, que agrupa aproximadamente a seiscientos socios, con poco más del cuatro por ciento del capital social. Esta distribución, muy democrática con el capital fragmentado y dividido, sin embargo se ha mostrado en otros clubes singularmente perversa. Podríamos citar los casos más notorios de Sevilla, Villarreal,

Atlético de Madrid, Depor, Betis, Valencia... El funcionamiento es sencillo: un amo, propietario de la mayoría de las acciones, y funcionamiento vertical en la práctica, dictatorial. Este propietario puede llevar el club como le dé la gana y decidir lo que quiera, incluso sentarse en la banqueta, como fue el caso de un extravagante empresario ruso que pasó por nuestro país y cuyo nombre obviaremos. Si uno de estos personajes tiene un 51 % de las acciones ya lo domina todo, pero con paquetes más pequeños también es posible ejercer un control absoluto porque en las juntas de accionistas nunca se presenta el ciento por ciento del capital.

Este fenómeno ha cambiado ostensiblemente la imagen, la filosofía y el talante de muchos clubes de fútbol. El romanticismo de antes ha sido sustituido por el poder de los números. El paternalismo del modelo histórico se ha convertido en la frialdad de las juntas, de los consejos, de las rabietas de los mayores accionistas, sean burgueses con afán de notoriedad, nuevos ricos, o directamente delincuentes que acaban encarcelados. La situación llega al extremo de que los diarios con frecuencia no saben dónde colar determinados tipos de noticias: en deportes, economía o en sociedad cuando se trata de problemas con la justicia, cosa habitual desde los tiempos de escándalos, como los de la familia Gil, que todavía colean, o los de Del Nido. Hay unos señores que compraron acciones para invertir, para especular o por lo que sea, y otros porque quieren tener ese poder vinculado con los clubes, la televisión, las ruedas de prensa, la cosa obsesiva del micro en la feria de las vanidades futboleras. Pensemos que con una inversión mínima de capital –en comparación con otros negocios–, un empresario puede obtener una visibilidad mediática extraor-

“Las televisiones negocian individualmente y benefician a Madrid y Barça ante el resto, que calla porque necesita el dinero. Esto evita una igualdad que todos los aficionados agradecerían”.

dinaria, e incluso controlar el fabuloso patrimonio urbano de un club de fútbol, normalmente en el centro de las ciudades más industrializadas.

El negocio deficitario que se puede apreciar a primera vista es a la larga apetecible para un empresario que pueda colocar entre siete y treinta millones de euros y comprar la mayoría de acciones de una sociedad anónima deportiva. No es difícil ser accionista mayoritario de un club de primera división de la Liga española. Un ejemplo sería el caso de Lopera en el Betis, que se hizo con el control del club. Después de hacer una gran inversión con la reforma del estadio –donde puso su nombre en sustitución del histórico Benito Villamarín–, y de comprar numerosos jugadores de su propio bolsillo, los malos resultados y el descenso provocaron la catástrofe y la insistencia de la afición en que abandonara el club.

La mentalidad de los aficionados es la siempre, pero no se dan cuenta de que Lopera es el propietario y que sólo dejará la presidencia si le da la gana o si cae en el desastre absoluto, como fue el caso de Jesús Gil y Gil. De propietario todopoderoso de clubes de fútbol, alcalde, presidente de un partido y un largo etcétera, Gil acabó en las mazmorras de los juzgados con mil causas abiertas, y en la cárcel, acompañado por muchos de sus antiguos colaboradores y de parte de la oposición, que acabó ensuciándose con la especulación promovida por el alcalde de Marbella y presidente del Atlético. En definitiva, debe asumirse que los clubes se compran por cantidades que siempre están por debajo de su valor patrimonial, sin contar a los jugadores, que también tendrían que considerarse como una parte importante del patrimonio de un club moderno.

La crisis de la construcción

La crisis de la construcción ha afectado decisivamente el ambiente de nuevos ricos de los clubes españoles, y asimismo la problemática de los beneficios fiscales que obtenían los jugadores internacionales por participar en la competición española. Han cambiado también los problemas derivados de las *sponsorizaciones*. Había muchos presidentes vinculados a los negocios de la construcción que han abandonado los clubes porque ya no disponen del dinero ni del poder que tenían. El único que se mantiene firme y ha retornado a la presidencia del Real Madrid es Florentino Pérez, con su nueva revolución galáctica. Florentino ha regresado con la misma política de fichar grandes estrellas procedentes de las competiciones inglesa, italiana y francesa, como Cristiano Ronaldo, Kaká, Benzema, Alonso, Arbeloa y compañía. Un nuevo conjunto de grandes figuras que repercutirá en la compra de

camisetas y otros negocios de los que dependen estas grandes maquinarias económicas que son los grandes clubes. Por ejemplo, el Deportivo de la Coruña tuvo durante años a Faresa, una de las grandes constructoras, como patrocinadora. Si observamos la publicidad de las camisetas actuales, podemos ver que el Getafe lleva Burger King. Nos hace cavilar si se trata de la cadena estatal, la internacional o la de la localidad de este pequeño club que se consolidó en Primera no sin un trabajo y una ambición titánicos.

En general se han perdido ingresos procedentes de las televisiones públicas y de las grandes corporaciones, pero el negocio sigue vivo porque está lleno de paradojas y, principalmente porque todos lo miran. Se dice que Telemadrid debe sólo al Getafe cerca de treinta millones de euros. Dinero público que va hacia manos privadas pero que representa las migajas si lo comparamos con la repercusión que tienen estas sumas en la sociedad. Detrás de un contrato televisivo hay una rentabilidad extraordinaria. El espectáculo es todavía uno de los negocios importantes para las televisiones: por índices de audiencia y anunciantes. Las deudas monumentales de TVC no tienen como causa las retransmisiones del Barça o del Espanyol como suele comentar la opinión pública, incluso, en los medios de comunicación. La retransmisión de un partido es un acontecimiento que no resulta caro, ni por producción ni por derechos, en comparación con la publicidad que genera. El gran circo futbolístico se mueve y las televisiones públicas y privadas obtienen sus beneficios.

La reforma de la ley Beckham

La reforma de la ley Beckham es otro de los puntos controvertidos del fútbol de nuestro país en la actualidad. Es difícilmente justificable que una serie de estrellas multimillonarias tributen por debajo de lo que deberían tributar. Es una discriminación contra toda la población, derivada de una ley que en principio estaba enfocada a motivar y atraer inversores y profesionales imprescindibles para el desarrollo tecnológico, científico, cultural y económico del país. Muy interesante era el artículo publicado en la sección de opinión de *El País* por Joan Herrera, portavoz de ICV en el Congreso de los Diputados. El artículo comenzaba con una exposición de datos absolutamente reveladores de un estado de cosas: “Después de años de insistencia, denuncia e incluso algún sarcasmo y mucha constancia en la actividad parlamentaria, hemos conseguido acabar con lo insólito: que extranjeros con sueldos millonarios, principalmente deportistas de élite, pagasen el mismo IRPF que personas con sueldos de 18.000

Los presidentes del Barça y del Atlético de Madrid, Gaspard y Gil y Gil, con el asesor jurídico del Barça, Josep M. Antràs, siguen el encuentro de los dos equipos en el campeonato de la Copa del Rey, la temporada 1999-2000. En la portada del artículo, entrega del trofeo de la Liga de Campeones al Barça en el Estadio Olímpico de Roma, el 27 de mayo de 2009, y seguidores del Espanyol en el Estadio Lluís Companys durante un partido de Liga contra el València, en mayo de 2009.

euros anuales. El origen de esta normativa fue una reforma legal promovida en el año 2004 por el PP, con el apoyo de CiU, que suponía que los ciudadanos que, viviendo en el extranjero y pasando a tener residencia fiscal en España, tributarán en sus actividades económicas con un tramo único de IRPF del 24%, independientemente de lo elevado que fuera su sueldo, y durante un tiempo máximo de seis años. Nos dijeron que serviría para atraer a científicos, personal altamente cualificado y altos directivos con la inocente pretensión de que arrastrarían con ellos las sedes de importantes empresas transnacionales. Pero a finales del 2009 podemos afirmar con rotundidad que la ley ha fracasado. Y es que el valor añadido se crea con inversión y recursos, y no compitiendo con costes fiscales más bajos. Pero lejos de lo anunciado, la ley Beckham acabó por cumplir otro papel: abaratar la carga fiscal de deportistas de élite y beneficiar injustamente a clubes de fútbol y a determinados futbolistas. Hace unos meses, la empresa Ernst & Young de Auditoría y Asesoramiento Fiscal, Financiero y en Transacciones realizó un estudio comparando la fiscalidad aplicada a los futbolistas profesionales. A pesar de la complejidad de algunos modelos y de muchas exenciones fiscales, que hacen que las tribuciones en cada Estado sean difíciles de comparar, la conclusión que se puede extraer es clara: los futbolistas extranjeros en España son los que pagan menos impuestos. Menos que en Italia, con un tramo máximo del 43%, menos que en el Reino Unido a las puertas de pagar por un 50% y menos que en Alemania o Francia”.

Dentro de los propios equipos se producen unos agravios increíbles. Pero los grandes clubes están interesados en continuar con este estado de cosas porque el negocio está vivo cuando se pueden contratar los grandes astros que focalizan la atención de anunciantes, público y empresas internacionales. Los poderosos defienden esta línea discriminatoria de tributación porque el Madrid sabe que Cristiano Ronaldo no querrá renegociar su contrato perdiendo dinero. Por lo tanto el club no acepta un cambio de tributación que tenga que asumir para poder retener a una de sus estrellas más preciadas. Será un punto caliente en el futuro porque hay mil condicionamientos y tendrán que estudiarse con lupa las contrataciones, el papel de los paraísos fiscales y toda la picaresca vinculada con la legislación que afecta no sólo a los jugadores extracomunitarios sino a toda una muchedumbre de representantes, intermediarios y propietarios de los derechos de jugadores de cualquier parte del mundo. Las ambigüedades han presidido la legislación, pero la situación económica puede servir para ordenar el caos. Un caso curioso es el que se produce en los países nórdicos. Por ejemplo, en Dinamarca, la liga es pobre. Para favorecer la llegada de jugadores procedentes de Suecia, Noruega, Finlandia e Islandia han creado una tributación especial para que su competición no vuelva a ser de aficionados como lo fuera hasta no hace muchos años atrás. Han conseguido atraer jugadores de países más grandes gracias a una legislación fiscal favorable.

En el Estado español se tendrán que buscar fórmulas para que nadie pierda dinero y a la vez para que la situación sea justa o no demasiado injusta. No creo que el remedio sea

fácil. Debemos pensar que alrededor de muchas de las estrellas que circulan por la Liga española hay intereses de toda clase. Más allá del rendimiento deportivo que puedan dar –con frecuencia lejos de las expectativas generadas–, las estrellas son un reclamo publicitario en sí. No obstante, equipos como el Real Madrid han desarrollado a lo largo de los últimos años unos fichajes que tienen una lectura, cuando menos, curiosa. Los casos de Figo, Ronaldo, Beckham, Kaká y Cristiano Ronaldo son sintomáticos de una manera de entender el show empresarial del fútbol. Después de leer toda clase de prensa, entrevistas y estudios se llega a la conclusión de que el dinero invertido poco tiene que ver con las entradas, las cuotas de los socios e incluso las retransmisiones televisivas locales. Hay la publicidad, pero también las connotaciones políticas y el deseo de figurar como centro del mundo gracias al fútbol. Dentro de este paquete habría que colocar al Barcelona, también con grandes connotaciones políticas y de representatividad dentro de la simbología nacional del club y la Cataluña que representa.

Son concepciones que, con un poco de perspectiva, costaría comprender, pero que en definitiva representan también el fútbol actual, lejos ya del franquismo y de la criticada política de pan y fútbol que ejemplificaba y que tanto nos repitieron.

El emblemático presidente del Futbol Club Barcelona durante el último tramo del franquismo (1969-1977) explicaba al diario *Avui*, con motivo de la publicación de su libro de memorias, que “hoy el Barça-Madrid continúa siendo un enfrentamiento Cataluña-España”. El equipo de Montal, con el legendario fichaje de Johan Cruyff, derrotó al Madrid en el Bernabeu y provocó un pequeño seísmo en la mentalidad de la época. Montal afirma que toda la sociedad civil, cultural, empresarial y política se sintió identificada. También reconocía que para esquivar al régimen había que hacer “*la puta y la ramoneta*”. El ejemplo más notorio fue la gran inversión en el fichaje de Cruyff, el mejor jugador mundial de aquellos años y tres veces campeón de Europa con un modesto Ajax de Ámsterdam que se convirtió en uno de los grandes referentes del fútbol moderno, y tres veces consecutivas campeón de Europa. Para conseguir los servicios del delantero holandés, Montal reconoce que la legislación no permitía contratar a una persona mediante divisas: “Se tuvo que hacer trampa y decir no que comprábamos un jugador sino un producto, algodón”.

Un negocio global

Ahora el negocio es más complejo y pasa por una economía global. Cuando se ficha a una gran estrella mediática saben que podrán vender los partidos a televisiones de todo el mundo: China, Japón, Estados Unidos y donde lo pidan. El potencial del club aumenta porque la atracción de las estrellas es muy apetecible. La Liga española ha vuelto a ser más interesante que otra cualquiera porque en un enfrentamiento entre Barcelona y Madrid se pueden encontrar sobre el césped un grupo de figuras más populares que los actores de cine de Hollywood o las estrellas del rock. Es más fácil vender una camiseta del Barça o del Madrid con el nombre de Messi o Cristiano Ronaldo que la de otro jugador titular equi para-



Andrés Iniesta y Pedro León, en el partido Getafe-Barça de Liga, del 12 de setiembre de 2009. A la derecha, los jugadores del Athletic de Bilbao celebran un gol contra el Espanyol el 5 de noviembre de 2005.



© Pep Morata / Mundo Deportivo

© Vicens Giménez

ble en rendimiento. Cada equipo de las características del Madrid, Barça, Milan o Manchester debe tener dos o tres megacracks de ámbito internacional que puedan provocar la venta masiva de camisetas y ser un buen reclamo para los anunciantes, es decir, una estrella mediática para las multinacionales. El fenómeno de la popularidad no se diferencia aparentemente de cuando jugaban Alfredo Di Stefano, Ladislao Kubala, Ferenc Puskas o Johan Cruyff, que en un ámbito más restringido protagonizaba el anuncio de Pinturas Bruguer.

Si se diferencia en las formas y en la capacidad global. El capitalismo se ha sofisticado, y ahora una fábrica de pinturas no tendría bastante presupuesto para contratar a un mito de la dimensión del Cruyff que llegó a Barcelona en el invierno de 1973. Las estrellas de ahora han de tener una repercusión tan grande que cualquier niño de cualquier país y seguidor de cualquier club de cualquiera de las ligas del planeta lo pueda conocer y desear comprarse una camiseta. La marca que fabrica y distribuye la camiseta será, asimismo, una de las beneficiarias de toda esta rueda.

Cuando los mortales nos preguntamos por las cifras de las deudas que acumulan los clubes, la simbiosis con las televisiones, e incluso las conexiones políticas, nada escapa a la implacable lógica del sistema y su perpetuación. Todo entra en una dinámica en que se reingresa automáticamente. Un club puede perder en un año tres, cinco o diez millones de euros –o sesenta en el caso del Madrid–, pero los ingresos del año siguiente lo compensan. Son unos ingresos que hasta ahora no han faltado en el caso de los equipos grandes. No es posible caer en bancarrota porque los ingresos que llegan tapan las deudas y dan intereses a los bancos.

Un caso paradigmático sería el del “Superdepor” de Lendoiro, ahora con graves problemas económicos, pero con

resultados deportivos positivos. La posibilidad de negocio del Depor es marginal si la comparamos con la del Madrid, el Barcelona o el Valencia. El Depor acertó plenamente cuando, con la llegada de Lendoiro hace unos veinte años, fichó estrellas brasileñas de grandes resultados deportivos y económicos como Bebeto, Mauro Silva y Rivaldo, entre otras. El salto cualitativo de un equipo que había pasado dos décadas en los subterráneos de segunda y tercera división resultó fabuloso. Más aún para una ciudad pequeña si la comparamos con la de los grandes equipos. La Coruña tiene doscientas cincuenta mil personas, es equiparable a Sabadell o Terrassa. Toda la gestión e inversión de Lendoiro se dirigió a generar un equipo competitivo, jugar las competiciones europeas, aspirar a títulos y vender caro lo que había comprado barato. Si gastaba el equivalente de diez millones de euros lo compensaba con unos ingresos de dieciocho, y generaba superávit. Con poca suerte se perdían dos, con suerte o mucha suerte se podían ganar ocho o diez, que se reinvertían en el club con el presidente cobrando un sueldo y profesionalizado.

La dinámica se rompió cuando Bebeto y compañía desaparecieron del equipo sin recambios tan carismáticos ni generadores de plusvalía. La fórmula era fichar jugadores que no llegaban a un gran club pero sí a un gran sueldo. Con proyección, el jugador podía ser traspasado a uno grande. A pesar de todo no hay recetas eternas y cuando el éxito se torció todo se transformó. Lendoiro ha cambiado de manera de actuar y ahora lo que busca son jugadores que lleguen gratis, les paga bien y les da la posibilidad de una salida económica si llega un interesado. El equipo que llega al número de cuarenta jugadores en la plantilla profesional ha cambiado de estilo. Es un caso parecido al Sevilla de Del Nido –famoso también por sus problemas con la justicia–. El Sevilla acertó con los



© Bert / Mundo Deportivo

Ladislao Kubala en un partido Barça-Espanyol, en 1958. A la derecha, el presidente del Barça, Agustí Montal, y un Johan Cruyff recién llegado a Barcelona en una imagen del mes de agosto de 1973.

directores deportivos y con un grupo de jugadores, tanto los del plantel como los fichados a precios asequibles. Son los casos de Reyes, de coste cero y vendido por 36 millones en Inglaterra; Sergio Ramos, también de las categorías inferiores y vendido al Madrid por 30 millones, y una lista inacabable con Batista, Kanouté, Dani Alves, Luis Fabiano, que era suplente en el Oporto... El Sevilla se ha convertido en un equipo campeón, habitual de la Champions League, lleno de jugadores que cobran sueldos millonarios y con caja fresca para continuar reinvertiendo.

El caso contrario lo veríamos en el Betis, al cual las equivocaciones deportivas le han pasado factura y ha pagado los errores con la pérdida de la categoría. El 85 por ciento de los clubes españoles mantienen en la actualidad una política parecida: con el freno de mano puesto o reduciendo las marchas. No se pueden arriesgar porque detrás tienen una deuda que los lastra y ralentiza el mercado.

Una ley no escrita

Además hay una especie de ley no escrita que modificó el mercado. ¿Dónde ha ido el dinero del Madrid por el fichaje de Cristiano Ronaldo? Últimamente no se ha fichado ni un solo jugador caro de los equipos españoles. El dinero del Barcelona fue al Inter y el del Madrid a otros equipos europeos, la mayor parte a Manchester, Liverpool y Milán. La evidencia es no querer reforzar el mercado interior, los equipos rivales españoles. Si el Madrid invierte 50 millones en un jugador del Sevilla, el Sevilla se gastará 30 en uno del Valencia. El Valencia intentará conseguir jugadores del Zaragoza o del Espanyol. La dinámica de los últimos años nos indica que el dinero se marcha al exterior, con excepciones como la de

Dani Alves, traspasado del Sevilla al Barcelona por 32 millones de euros hace dos temporadas. La salida de divisas, en los casos de Cristiano Ronaldo, Kaká e Ibrahimovich, provocó protestas incluso de los grupos parlamentarios. Pero eran consideraciones morales, porque no hay ley que impida esta rueda fabulosa de dinero que mueve el fútbol. Las ecuaciones se mueven más o menos así: si el dinero por Ibrahimovich o Kaká hubiese ido al Valencia por Villa, el club valenciano se habría reforzado y no creo que entre dentro de los planes del Madrid ni del Barcelona capitalizar a la competencia directa.

La cadena estatal se ha roto y la mayoría se mueve con jugadores baratos o que acaban contrato, como fue el caso de las salidas de los defensas del plantel del Espanyol, Sergio Sánchez –por tres millones y medio– y Marc Torrejón –por uno y medio– al Sevilla y al Racing, o la llegada gratuita al equipo blanquiazul de Joan Verdú y de los defensas argentinos más económicos, que no han tenido el rendimiento esperado. Los equipos más pequeños de la Liga sí que se alimentan entre ellos. El Getafe ficha a Soldado del Osasuna y paga seis millones y el Osasuna se gasta tres en una promesa del Villarreal. Las grandes fortunas circulan por afuera mientras todo se transforma. Los ochenta millones de déficit que tiene actualmente el Espanyol habrían resultado preocupantes en otros momentos, pero, como expresó recientemente el presidente Daniel Sánchez Llibre, el patrimonio del campo de Cornellà-El Prat y la ciudad deportiva de Sant Adrià tienen un valor infinitamente superior a las deudas. El reto es revalorarlo todo, conseguir buenos resultados y que el nuevo estadio y las instalaciones aporten capital.

Un caso diferente sería el Villarreal, una reciente aparición entre los grandes de la Liga española, y hijo en las competicio-



© Gibert / Mundo Deportivo

nes europeas en los últimos años. La ciudad tiene poco más de cincuenta mil habitantes, aunque detrás está el capital de la familia Roig, propietaria de Mercadona. Ficharon bien, se recapitalizaron y supieron mantener la clasificación siempre en la parte alta de la tabla. Pagan caro, pero venden todavía más caro. Acertar con los recambios de las ventas fue la clave del éxito del Villarreal, como lo ha sido del Sevilla. Dos casos parecidos en la actualidad, a pesar de la diferente importancia histórica de los clubes.

La lotería no siempre toca, pero los gestores y los directores deportivos han marcado la línea. El caso de la apuesta por Guardiola sería lo más edificante en la política de plantel de la actual junta barcelonista, con muchas dimisiones pero con un palmarés irreplicable en la historia del club guste o disguste a los detractores y disidentes.

¿Plantel o mediáticos?

Otro de los debates entre los aficionados es la política de plantel. El Barça de los siete u ocho titulares del plantel (Valdés, Puyol, Piqué, Busquets, Xavi, Iniesta, Messi y Pedro) es un orgullo para la Masía. Si los resultados no acompañasen, todos pedirían soluciones de urgencia. En cualquier caso, el Barcelona ha recuperado la política que le dio grandes resultados en los momentos históricos más destacados, en la época de las cinco copas de los años cincuenta, en la de Cruyff de los setenta como jugador y en los noventa como entrenador. Es decir, construir el eje del equipo a través de la estructura y la manera de concebir el juego desde las categorías inferiores, con extranjeros de solvencia comprobada. Una fórmula aparentemente positiva si las levas se adaptan a la primera plantilla. Y si hay suerte y paciencia.

En definitiva, el fútbol, con toda su carga de pasión y bilis, de testosterona y droga, no sé si es el sustituto de la religión que Marx vio como el opio del pueblo. Lo que resulta innegable es su relación con el poder y el imaginario de un pueblo, máxime en Cataluña, donde toda la simbología del Barça resulta tan marcada. Siempre que sueño con fútbol pienso en el “catenaccio” de Helenio Herrera, en la máxima “este partido lo ganaremos sin bajar del autobús” o en aquello de que con diez jugadores se jugaba más holgado. O cuando un periodista le preguntó por qué no se llevaba convocado a Canito. Helenio Herrera le contestó que no se lo llevaba convocado porque no jugaría. Ante la insistencia del informador sobre la posibilidad del banquillo, el entrenador, “el Mago”, le contestó serio: “¿Cómo quiere que siente en el banquillo a un jugador de esta categoría?”

En la misma época otro mago, José María Maguregui, fue el que inventó el “fútbol galáctico”, mucho antes que el inefable Florentino: Nkono, el portero del Espanyol, chutaba desde el área tan fuerte y alto como podía para adelantar el ataque del equipo. Nada de control y salir jugando, puro azar. Cuando algunos hablamos de fútbol nos agrada recordar las anécdotas, las impagables de Helenio Herrera, las de Cruyff y Reixach o las de Javier Clemente cuando en una rueda de prensa le preguntaron si sentía ansiedad por la situación del club que entrenaba en aquel momento, con problemas clasificatorios. Clemente miró al periodista, sonrió y comenzó a cantar el famoso bolero: “Ansiedad de tenerte en mis brazos...”

Todo lo demás, pura fantasmada. **M**

La metáfora perfecta de nuestro tiempo

La religión y sus pecados



Multitud de autores han descrito los “pecados capitales” de un entramado cada vez más mediático y menos deportivo, unos pecados que han convertido el deporte rey en una religión depauperada y sin rumbo.

Males del fútbol, males del alma

Texto **David Barba** Escritor y profesor de periodismo

Dicen que el fútbol es la religión contemporánea, con un poder laico –O Rei Pelé–, un Dios autocrucificado –Maradona–, un espíritu santo –la FIFA–, profetas agoreros –árbitros, jueces de línea– y, por supuesto, unos hinchas que se comportan como devotos feligreses. También existe una nutrida literatura de análisis (Juan Villoro, Manuel Vázquez Montalbán, Nick Hornby, Christian Bromberger y un largo etcétera) sobre las pasiones de un deporte que ha sustituido la liturgia del *fair play* por el culto a Mammón, el dios bíblico del dinero.

Y es que los *textos sagrados* del fútbol son cada vez más abundantes y parecen transmitir un mismo mensaje de fondo contra la reinante herejía mercantil: “No podéis servir a Dios y a Mammón” (Mateo, 6:24). De una u otra manera, los autores citados se han acercado a los males básicos del mundo del balón con una actitud crítica y, a grandes rasgos, describen los principales *pecados* de un entramado cada vez más mediático, empresarial y menos deportivo. Desde la inocencia antropológica del que bosteza ante el marcador, las líneas que siguen pretenden describir esos *pecados capitales* que hacen del deporte rey una religión depauperada que perdió el rumbo, entendiendo aquí la cita de Mateo como la incompatibilidad entre el *espíritu del juego* –la esencia del fútbol sería el *fair play*– y el oscurecimiento esencial derivado de un espectáculo mediático globalizado, desalmado y mercenario.

En la tradición del estudio de las *pasiones humanas* que abarca desde Evagrio Pónico hasta el Dr. Claudio Naranjo (de quien es profundamente deudor este artículo)¹, se entiende que el concepto de *pecado* (etimológicamente, distancia de error entre la flecha y el blanco), tal como lo acepta la cristiandad, no es sino una distorsión maniquea del sentido original del término *pasión*, que en origen significa sufrir. Sufrir aquel que se sienta en la grada a seguir a su equipo; sufrir también, aunque ni siquiera se aperciba de ello, el que pudiendo seguir la senda del oráculo de Apolo (“conócete a ti mismo”) se entrega a actividades llamadas a oscurecernos o distraernos de esa mirada interior esencial que nos des-

pierta. En este sentido, el fútbol ha devenido, más que nunca, un pasatiempo.

Dice el Dr. Naranjo que los males del mundo no son sino el reflejo ampliado de los males del alma; como es arriba, es abajo². También, me parece, los males del fútbol son un reflejo de las pasiones personales, hasta el punto que, como escribe Juan Villoro en *Dios es redondo*, “en el fútbol se produce una concentración de lacras de la sociedad”. La primera y más extendida no es otra que el *mamoneo*.

“Vanitas vanitatis”: fútbol mercantil y culto a Mammón

En tiempos del rey Pelé, el fútbol era un espectáculo casi artesanal, la telegenia brillaba por su ausencia y las canchas andaban escasas de millonarios en calzón corto. A pesar de sus 1.300 goles, el mismísimo Arantes do Nascimento fracasó en muchos negocios y apenas logró hacer de su nombre una garantía publicitaria, como se da por descontado en ídolos contemporáneos como el glamuroso David Beckham, el más rico según *Forbes*. Pelé llegó al final de su carrera en 1977, justo antes del *boom* del “fútbol-marketing”, los fichajes estelares y los derechos de retransmisión millonarios. Pocos años antes, el agente español Pepe Gordo acabó con su incipiente fortuna a través de una serie de inversiones arriesgadas. En vez de denunciarlo, Pelé lo nombró padrino de su primera boda.³

Víctima del fraude, *O Rei* no perdía ocasión de denunciar los males de la corrupción en Brasil, se permitió el lujo de negarse a anunciar cigarrillos y alcohol, reivindicó a los *meninos da rua* y ofreció su amable rostro a la ONU como embajador de buena voluntad en muchas causas justas. Con ello, se ganó una noble fama. Hoy, después de anunciar Viagra (y de insistir públicamente en que no la necesita), Pelé se ha convertido en el rostro de Nomis, una marca suiza de calzado deportivo; entre sus negocios, existe una cadena de cafeterías de la marca Pelé en Brasil, una posible película biográfica e incluso planes para un videojuego. Todo ello, sometido a las dudas que para el mercado genera el poder de convicción publicitaria del viejo as. “En pocas palabras, ¿querrá un niño de nueve años de España comprar zapatos de fútbol de Pelé o de Lionel Messi?”⁴

“Como modelos sociales, estos héroes del fútbol más bien destacan por sus gustos caros, su escasa formación cultural y su débil compromiso con la justicia social”.

El propio Messi es el jugador mejor pagado por un club. Aunque no luce los calzoncillos Armani de Beckham, el argentino ha logrado disparar las ventas de la línea masculina de la firma de lencería Lody. Un futbolista exitoso debe ser muy consciente de su papel como marca. El diseñador Giorgio Armani asegura que “los futbolistas son los nuevos líderes del estilo. A diferencia de las estrellas del cine o de la música, ellos combinan disciplina mental y física, lo que los convierte en auténticos héroes”. Pero, como modelos sociales, estos héroes del fútbol más bien destacan por sus gustos caros, su escasa formación cultural y su débil compromiso con la justicia social, así se presten a participar en campañas contra la droga o el hambre que parecen diseñadas para cultivar una imagen pública más amable. Son el culmen de la personalidad mercantil. Y también de las relaciones personales mercantilizadas. Máxime, cuando la mayoría de los astros del balón siguen a pies juntillas el modelo de reproducción que los biólogos conocen como “apareamiento concordante”: si usted se apellida March o Koplowitz, tiene bastantes posibilidades de acabar desposado con un Gómez-Acebo o un Valls-Taberner; si se llama David Beckham, no será raro que lleve al altar a una Spice Girl: el mundo de los ricos está organizado de manera que sólo se encuentren con otros ricos.⁵

Conscientes de su “capital corporal”, los futbolistas se han tornado una pieza clave para nuestra cultura de la avidez y la insatisfacción, que produce sujetos deseantes (consumidores) a la vez que promueve la creación de ídolos deseados (consumidos). De paso, la glorificación del futbolista como modelo social significa el ensalzamiento de un mundo intolerante con la fragilidad, pero revestido de un eros filogay tanto en la estética de los jugadores como en la ética homoparental del vestuario; el fútbol es un mundo sexualmente homófobo –como prueban las casi inexistentes *salidas del armario*–, pero a la vez cultiva una estética marica. Toda una pirueta cognitiva donde lo que más importa, en todos los sentidos, es la imagen: *vanitas vanitatis*.

En resumidas cuentas, el fútbol y los futbolistas se han convertido a sí mismos en objeto de consumo. O, más bien, en *experiencia de consumo*. En nuestra sociedad de mercado, “nada proporciona un gran placer –sostiene José Antonio Marina–, y la única solución es encadenar múltiples y veloces placeres”.⁶ El negocio del fútbol lo logra como ninguna otra cosa. Añade el filósofo que la nueva economía se caracteriza no por ofrecer objetos, sino experiencias sometidas al régimen veloz del capricho, pues “el mercado no puede detenerse y necesita el combustible de la insatisfacción para fun-

cionar”, hasta el punto de que la agencia de tendencias Trendwatching ha acuñado el neologismo *transumer* para definir a “aquellos consumidores que no buscan la posesión, sino la experiencia”.⁷ No podría hacerse una descripción más exacta de un hincha de hoy en día y de su refinado mamoneo.

La idiocia del fútbol: gregarismo, anomia y desapego

Por si alguien supone que la experiencia del consumo es, después de todo, una experiencia libre y no gregaria, habrá que recordar que las marcas se han vuelto expertas en la gestación de estrategias para “fidelizar”. Y, para fieles, nada mejor que los hinchas: Manuel Vázquez Montalbán opinaba que los estratagemas de las marcas deportivas “se las ingenian para renovar cada año sus diseños y sus insignias para que los forofos tengan que cambiar de vestuario fetiche cada temporada”; los jugadores “ya no fichan sólo por un club y por lo tanto por una afición, sino también por una marca deportiva”. Tanto es así, que “el día en que a una de estas poderosas multinacionales se le ocurra poner su distintivo en la bragueta de los calzones, ya verán como los jugadores no se protegerán las partes con las manos en el momento de ponerse de barrera ante un tiro directo.”⁸

La globalización ha convertido a los antaño venerados canteranos en sinónimo de clubes pobres. ¿A quién admirar hoy?, ¿a un legionario extranjero en calzones –por usar la terminología empleada por Montalbán– que cambia de club a golpe de talonario? Con una pobreza identitaria cada vez más acusada, ser hincha hoy se ha convertido en una forma gregaria de disolución, una experiencia de oscurecimiento óntico que ni siquiera provee ya de raíces. El fútbol de mi infancia permitía la identidad, pero en el tiempo de los imitadores de los Harlem Globe Trotters,⁹ la identidad a través del fútbol se convierte en un chiste de mal gusto sobre los daños colaterales de la globalización.

Desde la década de los ochenta –y especialmente en los noventa– el fútbol mundial se ha rendido a la Ley Bosman. La homogeneización es abrumadora, tanto en el juego como en la calle: ya es frecuente ver a un bagdadí con la camiseta de Raúl, o a un camerunés con la de Ronaldinho. En la época de la identidad líquida, vale identificarse con cualquier cosa, pertenezca a tu mundo cognitivo o te sea completamente ajena. Así las cosas, los feligreses ya no cuentan en esta iglesia: “La llenan, pero el poder condicionante del dinero pasa por las exclusivas de televisión y la publicidad”. Los empresarios que dirigen los clubes contratan jugadores “para satisfacer el afán consumista de las masas, y los entrenadores diseñan estrategias y piden jugadores que se adecuen al



© Pere Puntí / Mundo Deportivo

Samuel Eto'o y su esposa asisten desde la grada a un encuentro Barça-Getafe, el 17 de abril de 2005. En la portada del artículo, el presidente de Brasil, Lula da Silva, en compañía de Pelé, con motivo de la presentación en Brasilia de un juego de lotería, febrero de 2008.

esquema previo”,¹⁰ mientras los hinchas no varían un ápice la pasión por los colores: un reptil jamás varía el camino aprendido entre dos puntos, así haya una ruta más fácil; un hincha nunca abandona a su equipo, así se haya convertido en una multinacional apátrida.

Para colmo, la anomia galopa detrás del hincha: cuando un espectador es de un equipo, ese *ser* puede llegar a convertirse en la máxima expresión del *ser* que muchas personas van a experimentar en sus vidas. Naturalmente, cada uno es libre de hacer con su tiempo lo que quiera. Pero el tiempo libre fue considerado por la tradición como un tiempo dedicado a la realización personal y a la dicha de entregarse a los otros. Lo contrario consistía en ser un idiota, al menos en el sentido griego: *idiotes* era aquel que no se ocupaba de los asuntos públicos, sino únicamente de sus intereses privados.

El fútbol identitario: falso amor y dependencia

Hablemos ahora de los modos estereotipados de expresión amorosa hacia los colores del club y de la dependencia de este estímulo que cronifica el infantilismo del hincha. De la tradición clásica que divide en tres las formas de amar –eros, ágape y filia–, quizá debiéramos comenzar por descartar el eros: *no hay una erótica del fútbol*, por mucho que algún trasnochado celebre las victorias de su equipo intentando desperter su vida conyugal del *rigor mortis*. La orientación natural hacia el placer que define al amor erótico o instintivo bien podría tener que ver con la práctica nuda del fútbol, jamás con su expectación pasiva en la grada o la tele. En *El fútbol a sol y sombra*, Eduardo Galeano asegura que “el gol es el orgas-

mo del fútbol”. Pero, “como el orgasmo, el gol es cada vez menos frecuente en la vida moderna”. “El gol, aunque sea un golecito, resulta siempre un gooooooooooooooooo en la garganta de los relatores de radio” –¿tendrá algo que ver esta tendencia a la exageración, sospecho, con los desplazamientos masivos de prostitutas en cada mundial?–.

Descartemos también el amor ágape: la dimensión del amor maternal y emocional, basada en la ternura, la compasión y la receptividad, es incompatible con la industria del fútbol. Por supuesto, a veces pueden darse formas sucedáneas de ágape: Nick Hornby describe en el apasionado *Fiebre en las gradas* la relación tierna y edípica que mantiene desde niño con el Arsenal. Su equipo actúa como una gran madre en cuyo regazo superará el divorcio de sus padres, rechazará invitaciones a bodas de sus amigos para acudir a un partido o asimilará su primer fracaso amoroso a la pérdida de un fichaje estelar.

El antropólogo Christian Bromberger ha descrito felizmente el amplio catálogo –a su entender– de emociones y reacciones que genera el desarrollo aleatorio de un partido. Al menos, reconoce que estas convenciones dejan “poco espacio a la explosión errática de los afectos: aplausos para marcar la satisfacción, silbidos para manifestar la desaprobación, abrazos y saltos para demostrar la alegría después del gol, corte de manga para señalar el júbilo que genera un revés del adversario, una ‘ola’ para expresar el entusiasmo colectivo, las manos encima de la cabeza para expresar desilusión (...)”.¹¹

Más allá de sucedáneos pasionales, resta concluir que el fútbol es una forma de amor admirativo o filia, supeditado a



© Pere Virgili

valores como la amistad, las ideologías, el respeto o la devoción espiritual. Este amor en consonancia con los valores paternos a veces experimenta una hiperinflación, característica fundamental del sistema patriarcal en que vivimos, que conduce a una aceptación acrítica de una autoridad tóxica o vengativa, y de un paternalismo castrador a todos los niveles, desde el policía psíquico interior o superego, hasta el *pater familias* represivo, pasando por todas las formas de autoritarismo político.¹² Esta filia inflacionada en el fútbol lo convierte en un espectáculo alérgico a la neutralidad: si no estás con mi equipo, estás contra mí.

El amor a la patria y las actitudes tribales también encuentran su raíz en la hiperinflación de filia. Demasiado a menudo, la política y el deporte confluyen para crear escenarios delirantes donde –a pesar de la citada política mercenaria de los clubes– el fútbol actúa como un sucedáneo de la guerra y de la defensa del honor nacional. En *El mundo en un balón*, una aproximación a la globalización a través del fútbol, Franklin Foer se confiesa seducido por la importante carga ideológica del Barça y su orientación liberal burguesa con tintes progresistas: “Europa tiene demasiados clubes con atroces pasados fascistas latentes en un presente xenófobo”. Ciertamente, “el museo del Barça contiene cuadros de Dalí y Miró”. Además, “de todos los clubes del planeta, el Barça es el único que no exhibe publicidad en su camiseta”.¹³

Quienes sean inmunes a su encanto recordarán que el Barça ha sido uno de los arietes del tsunami especulativo que ha sacudido el urbanismo de Barcelona desde los años de la fiebre olímpica. Los inefables José Luis Núñez y Joan Gaspart ejercieron desde el club una suerte de presidencia

paralela de Cataluña. El primero, acusado de soborno, vendió pisos tirados de precio a inspectores de Hacienda. El segundo descapitalizó el club después de una gestión ruinosa. Joan Laporta, acérrimo nacionalista que llegó al club con la promesa de acabar con las viejas prácticas, al menos no es constructor, pero demostró su nepotismo al catapultar a la directiva a su cuñado, el ultra Alejandro Echevarría, que finalmente tuvo que dimitir cuando se descubrió que era miembro de la Fundación Francisco Franco. Embarcado en la promoción de referendos de independencia que proliferan en Cataluña, Laporta considera que el arresto por corrupción de sus conmlitones Macià Alavedra y Lluís Prenafeta es “humillante” para Cataluña. Al fin y al cabo, les debe el favor, pues llegó a la presidencia del club en “una operación de carácter político-nacionalista, L’Elefant Blau, diseñada desde los despachos de la Generalitat gobernada entonces por CiU”.¹⁴ Últimamente, el presidente del Barça anda postulándose como presidenciable a la Generalitat.

Mientras los directivos de clubes se dedican a hacer carrera a la amorosa sombra de los colores del club, “que nadie se extrañe si Armani o Adidas o Soros o el presidente del Bundesbank forman directamente sus escuadras y crean una superliga prescindiendo ya de una vez de aquella viscosa sentimentalidad que nos hizo amar a nuestro equipo como si fuera una patria”.¹⁵ Montalbán escribió que no quería ni imaginar qué sucedería en el Barça cuando se retirara Guardiola, último bastión del canteranismo. Una de las jugadoras más inteligentes de Laporta ha sido reinventarlo como gurú o psicoterapeuta de jugadores. Ágil propagandista de su afición lectora en un medio hostil, Guardiola permite al

Barcelonistas en la final de la Liga de Campeones entre el Barça y el Manchester United en el Stadio Olímpico de Roma, el 27 de julio de 2009.

En la página siguiente, partido de clasificación para el Mundial de Sudáfrica entre las selecciones uruguay y argentina en el estadio del Centenario de Montevideo, octubre de 2009, y víctimas de la tragedia de Heysel, en Bruselas, ocurrida en mayo de 1985 cuando una masa de “hooligans” del Liverpool se lanzaron sobre los rivales del Juventus.

“El blanqueo de millones, las cajas B y el desfile de corruptos de todo pelaje están a la orden del día en la Liga BBVA (rebautizada inevitablemente con el nombre de un banco). En América Latina, el dinero del fútbol aún es más oscuro”.

Barça reeditar el epatante modelo de reciclaje *intelectual* de viejas glorias que ya cuajó en el Madrid con Jorge Valdano, no se diga que los futbolistas no leen.

Con el *coacher* Guardiola, la reedición cutre de la Guerra Civil baja en calorías a través de la rivalidad Real Madrid-Barça parece decantar la historia, de una vez por todas, a favor del “no pasarán”. El equipo merengue atraviesa horas bajas y no hay dinero florentino que llene el hueco dejado a la muerte del santo patrón del club: el general Francisco Franco, un fanático del equipo que hizo de sus triunfos una cuestión de Estado, y de sus rivales –especialmente del Barça– un objetivo a abatir. Como si no le bastara con sojuzgar y expoliar el país¹⁶, Franco también sentía una extraña pasión por jugar a la quiniela –en la que por lo visto llegó a ganar cerca de tres mil pesetas.

“Hooligans”: represión, autoritarismo y violencia

Platón consideraba que los tiranos eran individuos pulsionales, carcomidos por sus pasiones. Y algo ciertamente pulsional atufa en ciertos dictadorzuelos del mundo del balón como el finado Gil y Gil o como el coleante Berlusconi –pues es Don Silvio un Jesús Gil prosperado–. En ellos hallamos un modelo equiparable de presidente de club, caracterizado por el amor al dinero, crecido a la sombra de una corrupción galopante e inquietantemente bien relacionado con las cloacas del poder.

Un ejemplo extremo de la prosperidad que las actitudes mafiosas logran a veces en el fútbol es el culto al célebre criminal de guerra serbio Zeljko Raznatovic, alias Arkan, glorificado en Serbia, especialmente por los hinchas del Obilic, equipo que bajo su presidencia ganó el título de liga gracias a una política de constantes amenazas, agresiones e intimidación a jugadores rivales. El *hooliganismo* extremo de los Tigres de Arkan, que en los buenos tiempos del gánster no sólo constituyeron un grupo ultra, sino también carne para las filas paramilitares y una bien organizada red de control del mercado negro, es sólo el resultado de una política estatal –la del presidente Slobodan Milosevic– que toleró, incitó y se aprovechó de la violencia en el fútbol.

Tradicionalmente, existía la percepción de que la violencia *hooligan* del día del partido era tolerable como un mal menor que canalizaba las iras contenidas por la olla a presión social. Esta percepción comenzó a cambiar especialmente después de la tragedia del estadio de Heysel, en 1985, donde 39 aficionados murieron y 600 resultaron heridos cuando un número de *hooligans* del Liverpool se abalanzó sobre los hin-



© Iván Franco / EPA / Corbis



© Photo News / Gamma / Eyedea Presse

chas de la Juventus. En aquel momento, estaban en auge los grupos de *hooligans* ingleses que, “al amparo del anonimato que proporcionan las masas de aficionados de los estadios de fútbol, aprovechaban para consumir grandes cantidades de alcohol y promover ideas violentas, exhibir símbolos neonazis y realizar actos de vandalismo (...).”¹⁷

Con el impulso a la globalización de los años siguientes, la politización violenta de muchos *hooligans* se ha hecho más evidente. La simbología laica de los ultras, llena de esvásticas, cruces célticas y fascios, mitifica y resacraliza el pasado bajo un deseo común de autoritarismo extremo y de odio al diferente, en un cóctel de aparente violencia gratuita con raíces en una sociedad represiva con la instintividad y las emociones no *adecuadas*, incapaz de contactar con sus eros, sometida a un autoritarismo normativo que se transmite de padres a hijos; y a la vez, incapaz de evitar la venganza antisistema de los caracteres antisociales. De ser cierta la aseveración de Freud –para vivir en civilización, “es inevitable limitar la vida sexual”–, más nos valdría volver a cazar mamuts, si no los hubiéramos extinguido.

Narcisismo, corrupción y actitud “light”

Aún está fresco el último, espeluznante (y esta vez involuntario) show mediático del “gánster-clown” de la política italiana. Con la cara ensangrentada, el Narciso deshojado se pregunta: “¿por qué me odian tanto?”. No hace muchos días, alardeaba de “cojones” ante la prensa, la izquierda y los jueces, al tiempo que preparaba una megaley de inmunidad que le evite otra vez su biotopo natural: la cárcel. Todavía presidente del Milán, *Il Cavaliere* ha sabido utilizar como nadie el fútbol como trampolín político, especialmente gracias a una agresiva política comercial que incluye la omnipresencia de mujeres de bandera en todo aquello que emprende, la facultad de crear espectáculo permanentemente, la compra y silenciamiento de la prensa hostil y el reparto de comisiones. Cuando se lanzó a la política en 1994, creó un partido político a medida de la hinchada, con un nombre copiado de un lema futbolístico: “Forza Italia”.

En España, las presidencias de clubes también han sido un reducto de millonarios, concretamente de empresarios del ladrillo. Desde la relativa impunidad que ofrece el puesto, muchos se han dedicado a consolidar entramados de connivencias financieras, urbanísticas y especulativas que han sido el motor de la burbuja económica española de la última década. Acabáramos antes citando a los pocos que no están bajo sospecha de corrupción: a los ya citados Núñez, Gaspart y Gil y Gil habría que añadir, por méritos propios, a Florentino Pérez y sus antecesores, Ramón Calderón y Lorenzo Sanz, este último detenido en dos ocasiones por sendos delitos de estafa y contrabando.

El periodista Albert Castillón afirma que el dinero del fútbol “es la eterna investigación pendiente de nuestros jueces estrella”. El blanqueo de millones, las cajas B y el desfile de corruptos de todo pelaje están a la orden del día en la Liga BBVA (rebautizada inevitablemente con el nombre de un banco). “Ningún presidente de ningún equipo de fútbol

español cobra oficialmente sueldo alguno por ocupar su cargo. Tienen otros beneficios”. Lo raro es que ningún equipo español figure entre la lista de los más de doscientos partidos amañados por las apuestas en las ligas europeas, en una red que sólo ha salpicado a unos pocos jugadores españoles. “Aquí se roba en silencio y con permiso de la autoridad. Ya se sabe que cuando Jesús Gil murió sólo tenía 854 euros en sus cuentas”.¹⁸

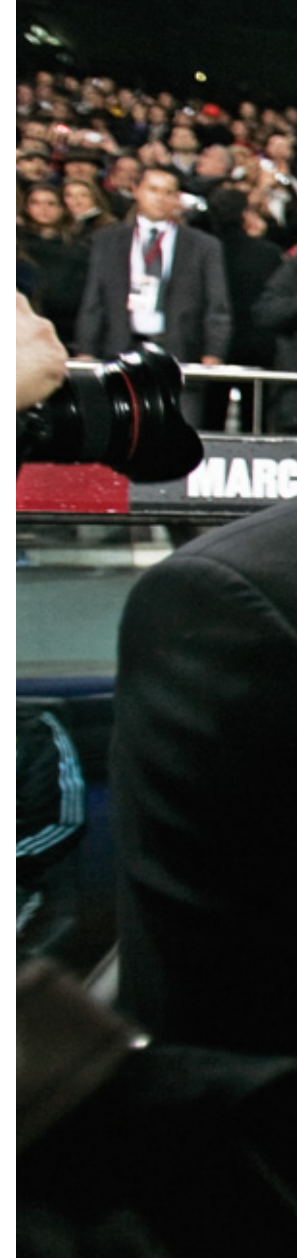
En América Latina, el dinero del fútbol aún es más oscuro. Brasil, uno de los reinos mundiales de la corrupción, llama *cartolas* (chisteras) a la multitud de sinvergüenzas que encuentran refugio en las directivas de los clubes. El propio João Havelange, ex presidente de la FIFA, fue un *cartola* que llegó a lo más alto. Otro caso sonado es el de Eurico Miranda, director del Vasco da Gama, que saqueó las cuentas del club para pagar su candidatura a diputado. “Necesitado de dinero, el Vasco comenzó a abarrotar de aficionados el São Januário en los grandes partidos. En el último encuentro de 2000, la directiva del Vasco dejó entrar a 12.000 espectadores más de lo que permitía el aforo”.¹⁹ Hubo 168 muertos, pero Eurico Miranda se negó a suspender el partido.

En 1994, el nuevo presidente de Brasil, Fernando Henrique Cardoso, nombró a Pelé ministro de Deportes. *O Rei* trató de meter en vereda a Ricardo Teixeira, presidente de la CBF y *cartola* entre *cartolas*, un trepa que hizo carrera al abrigo de su suegro, el todopoderoso Havelange. No es que Pelé hubiera tenido antes una actitud contraria a los poderosos; jamás se opuso a la utilización propagandística que la dictadura brasileña hizo de su imagen, e incluso trabó amistad con Henry Kissinger.²⁰ Sin embargo, su resolución contra la corrupción en el fútbol fue una agradable sorpresa. Poco después también sorprendió, pero negativamente, su cambio de bando: en febrero de 2001, Teixeira y Pelé celebraron una repentina rueda de prensa para anunciar, entre abrazos de reconciliación, su “pacto para salvar el fútbol brasileño”. *O Rei* se quedó desnudo.

Una forma de espiritualidad depauperada

Si, visto lo visto, no hay salvación *para* el fútbol, ¿habrá salvación *en* el fútbol? Dice el antropólogo Bromberger que este deporte “se diferencia de una religión por el hecho de que no aporta ningún mensaje sobre la salvación”. ¡Craso error! En *Fútbol: una religión en busca de un dios*, Montalbán lo define como “una nueva religión laica organizada para beneficio de las multinacionales y las televisiones”, con un claro contenido ritual. Así que el fútbol es una religión salvífica al menos para el accionariado. No obstante, Bromberger nos pide que usemos la palabra ritual con mucha cautela.²¹ Y tiene razón: el fútbol no es un ritual, como no lo es un mitin político o un concierto de Madonna. Como mucho, podríamos decir que el fútbol es un ritual depauperado.

Para rituales vigorosos, ya tenemos a la Iglesia maradoniana: un culto al dios viviente del fútbol que goza de una creciente afluencia de fieles en Argentina. Maradona tiene el dudoso honor de concitar personalmente muchas de las pasiones o *pecados* descritos en este artículo: exitismo, millonaritis, drogodependencia, tendencias autoritarias,






© Pere Virgili

Manuel Pellegrini y Josep Guardiola se saludan en el Camp Nou antes del inicio del partido de Liga entre el Barça y el Real Madrid que tuvo lugar el 29 de noviembre pasado.

amistades peligrosas como Castro o Menem, chulería barata, ausencia absoluta de *fair play* y fraudulencia galopante (recuerden si no “la mano de Dios” del mundial 86). Sin embargo, cae simpático. Y los fieles de la Iglesia maradoniana lo adoran y dicen que vivimos en el año 49 después de Diego. No hace mucho, sus máximos sacerdotes oficiaron los primeros casamientos en un estadio de fútbol. Su Biblia, el libro *Yo soy el Diego de la gente*, se ha convertido en un *best seller* biográfico cuya publicación precedió al estreno del programa de televisión *Maradona Show*. Algunos de los doce mandamientos de la Iglesia maradoniana rezan sugerencias para la salvación del hincha tan concretas como el noveno –“llevar Diego como segundo nombre y ponérselo a tus hijos”– o el undécimo –“a los que no creen, que la chupen”. Ya saben: en este mundo redondo, quien no se salva es porque no cree en las pelotas de Dios.

(“Y si no la quieren creer –reza el duodécimo mandamiento–, ¡que la sigan chupando!”). 

Notas

- 1 El Dr. Naranjo es el creador de la psicología de los eneatis –desarrollo, compleción y adaptación a la psicología contemporánea del antiguo sistema del eneagrama–, una caracterología holística que describe nueve tipos de personalidad humana basados en las pasiones dominantes del ego.
- 2 Cf. en Naranjo, C.: *El eneagrama de la sociedad. Males del mundo, males del alma*. Ediciones La Llave. Vitoria, 2000. Todos los intertítulos de este artículo se basan en la descripción del Dr. Naranjo de nueve enfermedades sociales, asociadas al ego de cada una de las nueve personalidades básicas que describe la psicología de los eneatis. Estos nueve males sociales son, según la clasifi-

cación del Dr. Naranjo: el autoritarismo, el mercantilismo, la inercia del *statu quo*, la represión, la violencia y la explotación, la dependencia, lo asocial y la anomia, la corrupción y la actitud *light*, y el falso amor. Para una profundización en el tema se hace necesaria la lectura del volumen citado.

- 3 Foer, Franklin: *El mundo en un balón. Cómo entender la globalización a través del fútbol*. Debate. Madrid, 2004. Pág. 110.
- 4 Futterman, Matthew: “Pelé hace un nuevo intento por triunfar en los negocios”. *The Wall Street Journal, WSJ Americas*, 22/07/2009. <http://online.wsj.com/article/SB124822185820870413.html>
- 5 Cf. en Conniff, Richard: *Historia natural de los ricos*. Taurus. Madrid, 2002.
- 6 Marina, José Antonio: *Las arquitecturas del deseo. Una investigación sobre los placeres del espíritu*. Anagrama. Barcelona, 2007. Pág. 24.
- 7 *Ibid.* Pág. 25.
- 8 Vázquez Montalbán, Manuel: “Liga de traficantes”, *El País*, 01/09/1998.
- 9 Vázquez Montalbán, M.: “Selección holandesa – Harlem Globe Trotters”, *El País*, 19/09/1998. Citado en <http://www.vespito.net/mvm/madbar.html>
- 10 Vázquez Montalbán, M.: “Fútbol: otra droga de diseño”, *El País*, 28/8/1997. Citado en <http://www.vespito.net/mvm/liga9798.html>
- 11 Bromberger, Christian: “El hinchismo como espectáculo total: una puesta en escena codificada y paródica”, en <http://www.efdeportes.com/efd36/ident.htm>
- 12 Cf. en Naranjo, C.: *Sanar la civilización*. Ediciones La Llave. Vitoria, 2009.
- 13 Foer, F. Pág. 168.
- 14 <http://comunicacion.e-noticias.es/enric-sopena-siente-repugnancia-por-laporta-34901.html>
- 15 Vázquez Montalbán, M.: “Selección holandesa – Harlem Globe Trotters”.
- 16 Cf. Sánchez Soler, Mariano: *Los Franco, S.A.* Oberon. Madrid, 2003.
- 17 Wikipedia: “Tragedia de Heysel”, http://es.wikipedia.org/wiki/Tragedia_de_Heysel
- 18 Castellón, Albert: “Fútbol y circo”, *La Vanguardia*, 30/11/2009.
- 19 Foer, F. Pág. 105-106.
- 20 Foer, F. Pág. 116-117.
- 21 Bromberger, Ch.: “Las multitudes deportivas: analogía entre rituales deportivos y religiosos”. En: <http://www.efdeportes.com/efd29/ritual.htm>



La metáfora perfecta de nuestro tiempo

Pan, fútbol y mercadeo

Antes los clubes realizaban a escondidas las ventas de los artículos que no eran carnets o entradas y sólo obtenían beneficios de sus infraestructuras los días de partido. Ahora no tienen problema en aprovechar a los jugadores estrella como fuente de ingresos.

El futbolista como producto estrella

Texto **Jordi Argenter** Escritor

De vez en cuando me asalta la idea del más que probable derroche, o al menos descontrol de la rentabilidad, de muchas de las inversiones en publicidad televisiva desde la aparición del fenómeno que conocemos con el vocablo inglés *zapping*. La proliferación de alternativas con la Televisión Digital Terrestre (TDT) y los otros canales digitales por satélite o cable hacen que el poseedor del telemando cambie de canales hasta que encuentra el espectáculo que más le satisface. A esta operación la llamamos *zapping* y representa el primer paso que provoca la pérdida del control preciso de la rentabilidad de las inversiones publicitarias. El espectador también la utiliza para saltarse la publicidad y ver qué dan en los demás canales; se calcula que este *zapping* lo realizan a diario, como media, el 30% de las personas que miran la televisión en el Estado español. El segundo paso, complementario del primero, está determinado por la ambigüedad del audímetro, el instrumento más idóneo para contabilizar el tamaño de las audiencias televisivas. No obstante, el audímetro tiene inconvenientes graves, y con frecuencia desconocidos por parte de algunos ejecutivos empresariales. Me refiero en primer lugar a un parque de audímetros de 1.500 unidades, número que parece bastante pobre para una población de cuarenta y siete millones de habitantes. En segundo lugar me refiero al hecho de que estos aparatos han estado midiendo las audiencias por franjas horarias de treinta minutos sin discriminar entre programa y tanda de anuncios publicitarios, y que no detectan si, cuando aparece la publicidad, el televidente quita o reduce el sonido. Tampoco se sabe muy bien qué miembro o miembros de la familia se sientan ante el televisor. Y por último, para no insistir y resultar pesado, los audímetros hasta ahora no registraban los canales digitales. En suma, una minucia, que entre los auténticos profesionales causaba una gran inquietud.

La saturación de publicidad en la televisión

Otra razón que refuerza nuestra idea de este derroche de la inversión publicitaria en el medio televisivo es la saturación de mensajes que se produce. El presidente de la Henkel italiana, Giovanni Montorfano, lo explica mucho mejor de lo que

podríamos hacerlo nosotros mismos. En una entrevista publicada en *Il Mondo* en diciembre de 1988 dice: “Verdaderamente, se está exagerando. En publicidad el uso de la hipérbole, cuando supera un límite determinado, se torna contraproducente. Me refiero a la presión forzada ya sea en el contenido del mensaje, ya sea en la cantidad: cuando la aglomeración supera un cierto límite, el recuerdo del público disminuye prácticamente hasta cero. Y algunos exageran también en la carrera para acaparar los espacios *prime time*, destinados a productos que no tienen necesidad alguna de este tipo de espacio. En el mercado se pueden observar algunos casos evidentes de *overspending*: empresas que parece que no comprenden que para algunos productos, una vez conseguidos determinados niveles, es absolutamente inútil aumentar la notoriedad. Es mucho más eficaz confiar en el *marketing mix*... superando una cierta pereza e inercia en la búsqueda de caminos alternativos”.

Ante esta situación, el hallazgo de los creativos consistió en hacer aparecer el producto dentro del propio programa, obligando al espectador que deseaba contemplar la función a tragarse al mismo tiempo casi inconscientemente la presencia del producto. Y fue la aparición de la televisión privada en Italia la que condujo al más alto nivel de desarrollo la estrategia de integrar el producto, la marca y la promoción de ventas en la propia transmisión televisiva. El resultado fue la videopromoción, una auténtica innovación que une la plusvalía promocional (un concurso y un premio) al espectáculo (presentadores, cantantes, cuerpos de baile, juegos, humoristas, imitaciones, entrevistas, escenografía, plumas, lentejuelas, etc.). Y todo eso deja clavado al televidente a su asiento en beneficio del producto y de la marca, claro está.

Nadie enciende el televisor para ver un anuncio, por impactante y creativo que sea, no obstante muchos lo encienden para disfrutar de un *show*, un concurso o un programa de entretenimiento. Es el caso de “Premiatissima”, por ejemplo, que nace en 1982 en el canal 5 de la mano del gran creativo Paolo Girone y que básicamente consiste en un concurso entre los cantantes italianos más reconocidos, a los cuales los televidentes pueden votar con las papeletas intro-



© Claudio Chaves / Mundo Deportivo

ducidas en los envases del detergente Dixan, y de esta manera participar en el sorteo de millones de premios semanales y del gran premio final. Cabe agregar la presencia de un envase gigante de Dixan en medio del escenario. Lo curioso es que lo que hace comprar al público el tambor de Dixan con la papeleta de votación adentro no es sólo la participación en el concurso y la posibilidad de ganar, sino también la implicación en la elección del mejor cantante.

En Cataluña, TV3 produjo "Filiprim", un programa que se emitía cada noche los días laborables y que contenía algunas videopromociones con su correspondiente concurso y un muy buen espectáculo que dirigía Josep Maria Bachs, el presentador más popular del momento, y que tenía como piedra angular al malogrado humorista Jaume Perich.

El fútbol, un espectáculo de masas

No cabe duda que el *panem et circenses* de los romanos deberíamos traducirlo en la actualidad por *pan* y *fútbol*, al menos en una buena parte del mundo en que este deporte predomina sobre el rugby, el críquet, el baloncesto, el béisbol y demás. No cuantificaremos este hecho porque nos parece absolutamente manifiesto. En este caso también disponemos de uno de los dos componentes de la videopromoción: el espectáculo, que nos puede ayudar a superar todos los problemas que afectan al anuncio televisivo, y a despertar al consumidor de su profundo letargo.

El fútbol ha sido un espectáculo desde hace mucho tiempo. Al principio su público eran los seguidores de los equipos en el mismo campo donde se jugaba. Era un deporte de

barrio. Recuerdo el caso particular del tío de mi madre, Joaquim Riera, una persona absolutamente encantadora que me explicaba como Joan Gamper lo vio disputar un partido de barrio y lo contrató para jugar en el Barcelona, de cuyo club era el presidente y fundador. La ficha consistía en sufragarle los billetes de tranvía para trasladarse al campo. ¡Cómo ha cambiado todo! La transformación decisiva se produce cuando el espectáculo salta a la televisión y se convierte en cultura popular. Y en el momento en que los sistemas de comunicaciones por satélite y por cable se hacen operativos, las retransmisiones televisivas se extienden a un ámbito internacional. El espectáculo se ha convertido en un negocio que mueve cantidades ingentes de dinero.

A los efectos de la comunicación publicitaria, que debe superar la saturación de anuncios y la poca atención de los consumidores, los creativos de la comunicación vieron en el fútbol un espectáculo que, combinado con un patrocinio potente, suponía una gran oportunidad para sacudir al telespectador de la somnolencia de las tandas de mensajes comerciales de la televisión. Cuando hablan de un patrocinio potente quieren decir un abanico de técnicas diversas que van más allá del puro spot y que conservan, en cambio, el decisivo golpe de efecto característico del espectáculo.

El patrocinio de una competición

Una de estas técnicas, la más simple, es el mero patrocinio de los partidos de una competición determinada, como es el caso de la Primera División de la Liga de Fútbol española bajo los auspicios del Banco Bilbao Vizcaya Argentaria. El banco

Ronaldinho en la presentación de una marca de calzado deportivo. Abriendo el artículo, David Beckham en el Camp Nou el 6 de diciembre de 2003, durante el partido del Campeonato de Liga entre el Barcelona y el Real Madrid.

“Se ha roto el equilibrio que debería presidir la relación de la cultura significativa del fútbol con las aspiraciones comerciales y remunerativas de todo el entramado”.

que preside Francisco González ha comprometido 60 millones de euros para tres temporadas de esta liga, a la cual ahora da nombre. El Banco de Santander paga por el patrocinio de la Copa Libertadores de América unos siete millones de euros por año, al menos hasta el 2012, cuando finaliza el contrato vigente. Su presidente, Emilio Botín, en el sorteo de los rivales que se opusieron a los seis equipos argentinos, celebrado en Asunción, explicó: “Cuando me dijeron que teníamos la oportunidad de llegar a 1.500 millones de personas en once países de América no lo dudé en ningún momento”. Es una nueva apuesta por el espectáculo, el espectáculo del fútbol. Seis grandes marcas patrocinan la UEFA Champions League: Heineken, Sony, Unicredit, MasterCard, PlayStation y Ford. No hemos podido averiguar el importe de este patrocinio, pero la UEFA estima las ganancias que le produce la Champions League 2007-2008 en la módica cantidad de 824,5 millones de euros. El espectáculo lo vale.

Grandes intereses están implicados también en los grandes acontecimientos futbolísticos, como la Copa del Mundo. Por regla general un grupo de doce patrocinadores que producen diversos tipos de productos (desde chocolate hasta automóviles) pactan con la FIFA un canon para poder anunciar y relacionar sus artículos con este gran acontecimiento de manera exclusiva.

El patrocinio de clubes y selecciones

Otro camino del marketing del patrocinio, más asequible para algunas marcas, es el patrocinio de toda clase de clubes, tanto de los importantes a escala global o nacional como de los que actúan en un ámbito regional o incluso local. Sería interminable la lista de los patrocinadores de clubes y el volumen de facturación que genera esta técnica de comunicación. En este punto deseamos llamar la atención del caso singular que genera un patrocinio al revés. Nos referimos al caso del patrocinio del F.C. Barcelona por parte de la UNICEF. Cuando una marca comercial patrocina a un club de fútbol paga por el derecho de figurar en la camiseta de los futbolistas de dicho club y por algunos otros derechos que se especifican en el contrato. En este patrocinio del Barça es el club el que paga para poder llevar el nombre del patrocinador en la camiseta. Se considera una aportación solidaria del club en beneficio de todos los niños del mundo protegidos por la UNICEF. Un gran éxito del Barça desde un punto de vista de posicionamiento en el mercado ha sido lograr una filiación local (la ciudad de Barcelona), una identidad nacional (Cataluña) y una potenciación internacional (UNICEF), porque el mercado es

global y debe competir no sólo con los clubes españoles sino con todos los clubes del mundo (Copa de la Liga de Campeones, Mundial de Clubes, etc.). Es la fórmula de moda en el mundo de los negocios y una estrategia de éxito para el futuro: la perfecta combinación de lo local con lo global. Algunas selecciones nacionales aceptan igualmente patrocinadores aunque juegan muchos menos partidos que los clubes. Por ejemplo, Nike patrocina al equipo de la selección nacional de Brasil.

Los grandes fabricantes de mercancía deportiva, desde camisetas hasta zapatos pasando por pantalones cortos, gorras, calcetines, raquetas, muñequeras, cintas, guantes, palos de golf, etc., se disputan el patrocinio de los clubes y de los jugadores individuales. La importancia del testimonio de los deportistas es especialmente significativa en este patrocinio. Es como si el deportista que trae una pieza de su equipamiento de una marca determinada viniera a decir: “Yo (que vosotros ya sabéis que soy uno de los mejores deportistas del mundo) he escogido esta marca porque es la mejor del mercado. Compradla”. Las tres grandes marcas en competición son: Nike (Estados Unidos), Reebok (Estados Unidos) y Adidas (Alemania).

La competitividad entre las empresas de productos deportivos comportó un desplazamiento de poder hacia los jugadores o deportistas que patrocinaban estas marcas. Este poder supone un aumento de sus remuneraciones, ya extraordinariamente altas, y de los derechos de traspaso que a menudo los clubes no consiguen gestionar si no es con un gran endeudamiento. Todos los ingresos que el club puede arañar acaban yéndose enseguida por el fregadero de los grandes traspasos y las remuneraciones mayestáticas. Las consecuencias de la acumulación de una fama tan amplia e intensa de su persona hicieron que algunos futbolistas no hayan digerido esta riqueza tan repentina en dinero y en celebridad y se hayan desmoronado por la pendiente del ocio nocturno e, incluso, de las drogas, y hayan dejado abandonadas sus obligaciones como profesionales. Un hecho lamentable.

La globalización y los nuevos sistemas de comunicación

Hoy en día, parece que la televisión es el malo de la película porque potencia el incremento del negocio del fútbol en un contexto de libre mercado. Aunque se trata de un libre mercado relativo, puesto que las grandes sumas de dinero que se mueven para comprar la exclusiva de una liga nacional obliga a la concentración de los licitadores y hace que sólo dos o tres grupos en cada país tengan capacidad para financiar las

sumas que permiten ganar la subasta. Hasta el punto que la propia Comisión de la Unión Europea tuvo que intervenir alguna vez para salvaguardar su sagrado principio de la libre competencia. A comienzos del 2003, el diagnóstico de la Comisión Europea sobre el hecho de que la Premier League inglesa vendiera los derechos exclusivos de emisión en directo a un solo canal, la BSkyB, fue que se trataba de una forma de fijar el precio y atentar contra la libre competencia.

Esta explosión de las posibilidades de los medios de comunicación de la era digital, el impulso que da al deporte y la fama que otorga a sus primeras figuras permite a los expertos de marketing y comunicadores publicitarios fagocitar a los futbolistas para salvar las deficiencias producidas por la saturación de publicidad en la pequeña pantalla, por el hábito del *zapping* y la falta de rigor de los audímetros. Ahora estos expertos pasan del espectáculo de los partidos al icono del club y del mismo futbolista en un proceso de comercialización del fútbol sin precedentes.

Los derechos de imagen de los jugadores

En 2004, cuando David Beckham aún era jugador del Real Madrid, fue el futbolista mejor pagado del mundo. Ingresó 22 millones de euros (*France Football*), 11 de ellos fueron en concepto de publicidad y *merchandising*. Los derechos de imagen, es decir, la apropiación de la personalidad de alguien con los exponentes de su imagen, voz, nombre y firma, comenzaron a funcionar a conciencia a partir de la temporada 2000-2001. El fútbol es una industria y el jugador es su producto estrella. Los futbolistas excepcionales reciben un trato emblemático y unas remuneraciones envidiables, sólo superadas por los *bonus* autoconcedidos a los directivos de las grandes instituciones financieras. No hablemos de los fichajes que se pagan para traspasar a un jugador de un club a otro, mencionemos simplemente el récord de 94 millones de euros que pagó el año pasado el Real Madrid al Manchester United por el jugador estrella Cristiano Ronaldo.

Naturalmente el señor Florentino Pérez, presidente con reincidencia de los madridistas, adquirió al jugador porque juega bien y puede reforzar poderosamente al equipo, pero también porque con sus derechos de imagen puede producir unas notables ganancias en concepto de *merchandising* y permitir al club acciones comerciales extraordinarias. Hace relativamente poco los clubes no realizaban acciones comerciales dirigidas a sus socios o simpatizantes porque el partido era su producto fundamental y las relaciones con sus partidarios se estimulaban casi exclusivamente con las actuaciones sobre el terreno de juego. El club realizaba las ventas de los artículos que no eran carnets o entradas casi a escondidas y sólo obtenía beneficios de sus infraestructuras los días de partido.

Como hemos dicho antes, la relación que se establecía entre los seguidores y su club, y viceversa, era un vínculo emocional. Esto ha cambiado totalmente. Los clubes comenzaron a reclutar expertos en marketing para su estado mayor en vez de contratar ex jugadores que necesitan

trabajo. Han creado verdaderos departamentos de marketing que refuerzan la imagen de marca del club, recogen información sobre las características de sus aficionados y potencian las estrategias de *merchandising*. La imagen de marca del club es un eslabón de identidad que hermana a los seguidores y entenece el corazón de cada uno de ellos. Una extensa base de simpatizantes es muy interesante para los posibles patrocinadores del club. Además, produce una gran rentabilidad gracias a una mejor explotación de las entradas del estadio (por ejemplo la venta de la localidad libre a los socios y consumidores del Barça), al aprovechamiento de algunas infraestructuras (como el Museu del Barça, el más visitado de Cataluña), la explotación de productos y servicios externos (por ejemplo, la tarjeta de crédito con el nombre del club), etc. Generalmente, los clubes con más éxito de resultados y con mayor atractivo internacional son los que tienen una base de aficionados más numerosa y mayores posibilidades de comercialización.

Los derechos de imagen son un tema jurídico que plantea muchas dudas y conflictos. Por ejemplo: ¿Corresponden al jugador o son patrimonio del club? ¿Hasta dónde llegan estos derechos? ¿Se puede prohibir en su nombre que una cadena de televisión transmita noticias o imágenes no autorizadas por el jugador? ¿Puede un club negar la entrada de las cámaras de televisión al estadio, no ya para grabar el partido entero, sino solo algunos fragmentos con los que acompañar las noticias de la actualidad deportiva? El único criterio válido es que predomina la voluntad de las partes, eso, bien entendido, en el caso de que haya un contrato de por medio.

Llegó un momento en que los grandes clubes, al tomar conciencia de la importancia de los derechos de imagen, crearon su propio departamento para perseguir a los fabricantes piratas de *merchandising*. En Inglaterra el Arsenal fue el primero que registró su marca; muchos otros lo siguieron en todo el mundo. Pero a pesar de todas estas precauciones, las discusiones sobre los derechos de imagen proliferan.

En el año 2000 los derechos de imagen fueron determinantes, por ejemplo, en el conflictivo traspaso de Luis Figo del Barcelona al Real Madrid, por 61 millones de euros. Una cláusula de cesión de los derechos de imagen, *merchandising* y *licensing* del jugador al club comprador hizo que el traspaso se realizara con todos los pronunciamientos favorables. Al año siguiente una circunstancia parecida hizo posible que el club madrileño comprara a Zidane al Juventus por 76 millones de euros, y este contrato se convirtió en el fichaje más caro de la historia. En 2002 el Madrid volvió a comprar con la mente puesta en la rentabilidad por *merchandising* que puede extraer de un jugador. Fue el caso de Ronaldo Luis Nazario da Lima, que fue traspasado del Inter al Madrid por 41 millones de euros.

Todas estas transacciones permiten al club comprador capitalizar el valor comercial de las nuevas adquisiciones, especialmente la venta de camisetas que llevan el nombre de alguno de estos tres jugadores.



© Albert Armengol

Imágenes de deportistas famosos sirven de reclamo publicitario en los ventanales de El Corte Inglés, situado en el antiguo edificio de Can Jorba del Portal de l'Àngel barcelonés.

No debe sorprender entonces que en el 2001 el Real Madrid vendiera más camisetas que cualquier otro club de la zona europea, con una facturación que superaba los 44 millones de euros.

“Merchandising” y “licensing” futbolísticos

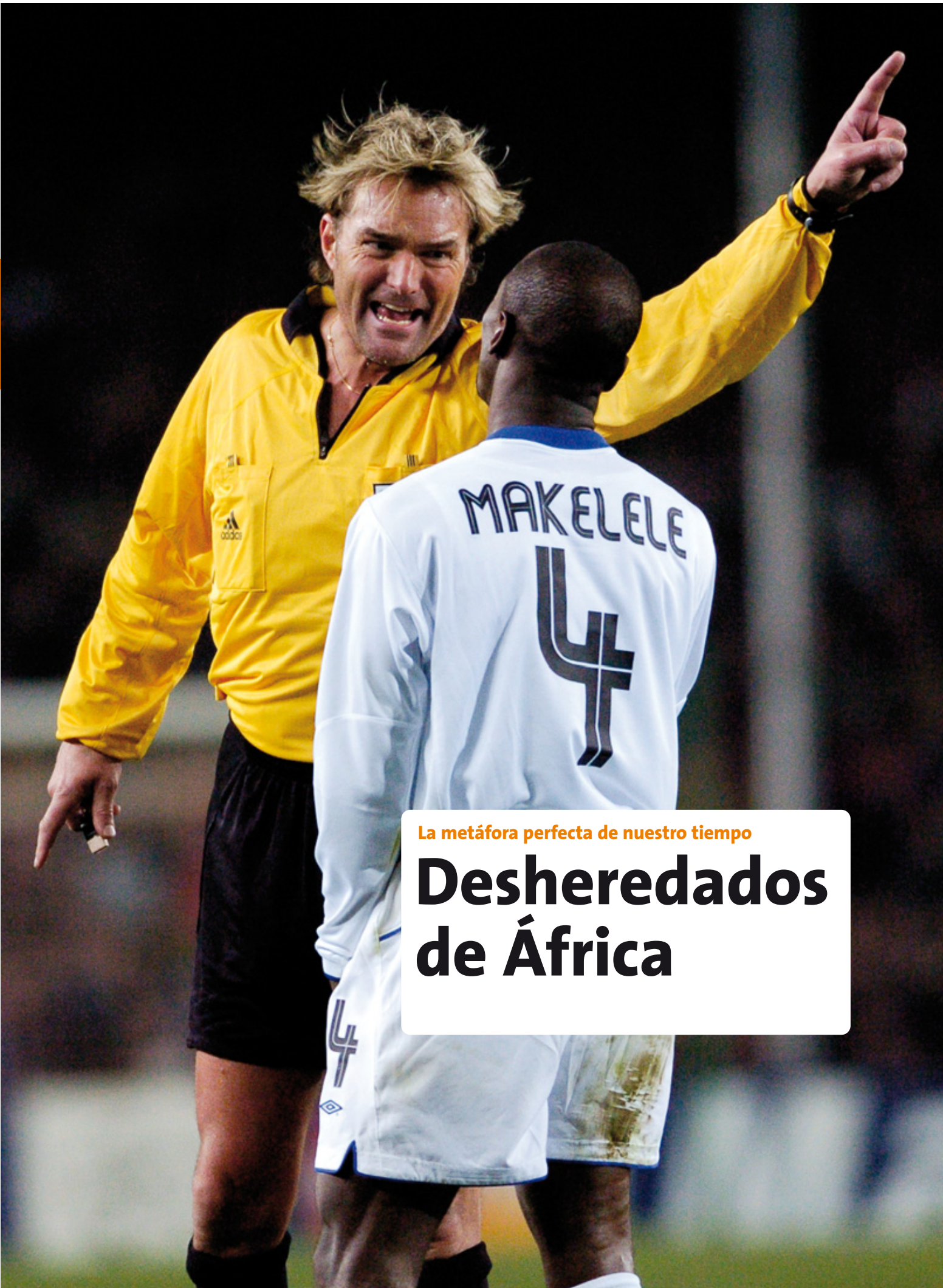
Queremos comenzar este capítulo aclarando un tema de léxico que a quienes ya sumamos unos cuantos años suele sorprendernos. En los manuales de marketing de nuestra juventud, el *merchandising* era el conjunto de técnicas que se utilizaban para conseguir rentabilidad en un punto de venta. Nos hablaban, entre otras cosas, de la tienda, la sección, el lineal, la gestión y rotación de stocks, los márgenes de beneficios y la animación de la tienda. En la actualidad, al menos cuando se habla de algún deporte, especialmente del fútbol, todos entendemos por *merchandising* los derechos de creación, fabricación y venta de alguna pieza del equipamiento del deportista con su nombre o el del club. Ciento dieciséis clubes de las seis principales ligas europeas de fútbol (Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, España y Holanda) ingresan anualmente por este concepto 615 millones de euros. El 65 % de esta cantidad corresponde a la venta de camisetas (*European Football Merchandising Report 2008*).

El Barça es el único de estos clubes europeos al que compran sus productos aficionados de estos seis países. Y el potencial de crecimiento del *merchandising* es enorme.

El *licensing* consiste en ceder temporalmente a terceros el derecho de usar una marca de un club muy reconocido

(Manchester United, Barcelona, Milan, etc.) para un artículo o producto determinado (colonias, vestidos, bebidas, artículos alimentarios, etc.). Las cifras que se mueven en este capítulo también son importantes, pero no tanto como las de *merchandising*.

El fútbol es un juego maravilloso para los entusiastas. Pero no sabemos si este espectáculo podría ser tan maravilloso si no fuese al mismo tiempo un negocio tan insultante. A lo largo de este artículo han aparecido cifras dinerarias bastantes como para poner los pelos de punta. No queremos hacer demagogia hablando del sueldo de un mileurista o de un obrero, pero es evidente que se ha roto el equilibrio que en principio debería presidir la relación de la cultura significativa del fútbol con las aspiraciones comerciales y remunerativas de todo el entramado de clubes, selecciones nacionales, jugadores, agentes, federaciones, fabricantes de productos deportivos, plataformas de comunicación, etc. No sabemos cómo se podría cortar este nudo gordiano que hace que, cuanto más paguen las plataformas televisivas para retransmitir los partidos de fútbol, más piden las megaestrellas, en una auténtica espiral del absurdo, sin que ni siquiera la crisis económica modere sus fichajes ni sus remuneraciones ni sus honorarios por patrocinio, *merchandising* o *licensing*. No querríamos que se perdiese este espectáculo de tanta belleza, pero sinceramente nos avergonzamos por colaborar en este negocio pagando la cuota social del club de nuestros anhelos o siendo una unidad más de las audiencias televisivas que lo lubrican. **M**



La metáfora perfecta de nuestro tiempo

Desheredados de África

Quien se fije en la historia de los futbolistas que han desembarcado en Europa querrá ver héroes. Pero es una historia llena de miseria, en el origen de los jugadores y en la propia biografía de la relación que han mantenido con esa ilusión de ser los más grandes del mundo.

Correr como negros para vivir como blancos

Texto **Juan Cruz** Periodista

Cuando el camerunés Samuel Eto'o celebró corriendo como un loco el gol que le marcó al Real Madrid en mayo de 2003 vestido de jugador del Mallorca estaba, en realidad, enarbolando una frase que es suya y que forma parte de su más que comprensible manera de entender la competición, que para él es la vida:

–Corro como un negro para vivir como un blanco.

Eto'o es un emblema de los desheredados de África, legiones de chicos que creen que la tierra prometida es un campo de césped europeo en el que ellos pueden desembocar gracias a la patera que hoy constituye el mundo del fútbol. Allá los ves, jugando en cenagales, buscando trapos para hacer sus balones, humildes y orgullosos, marcando goles o parándolos, como si la vida fuera una competición que ellos ya han ganado. Son héroes, pero aún son niños. Se creen los ganadores de un universo que aún no conocen, en el que domina la luz sobre las tinieblas. Y desde las tinieblas la buscan.

Pero el fútbol es despiadado, y te atrae o te destruye, seas negro o blanco, en función de los intereses de los equipos, que algunas veces coinciden con los intereses de los aficionados; te aplauden cuando ganas, te insultan cuando pierdes. El fútbol es la vida, y es tremendo contemplar desde la gloria el abismo de la derrota, porque mirar al revés da pavor, no sólo sensación de vacío. Te quieren o no te quieren. Te aceptan o te destruyen; y el fútbol es muy cruel cuando destruye. Toma diamantes en bruto y los convierte, porque acaso la genética del fútbol tiene esos comportamientos, en piedras nada más, o en piedras gloriosas. Pero cuando pasa el tiempo, ni el oro se mantiene. Te arrinconan, buscan en tu historia la razón del desdén, y te hacen suplente o no, no sirves, ya diste lo que tenías que dar, y aunque aún seas un chiquillo ya eres un desperdicio. Es la carrera más rápida del universo, en la que se cumple el dictado de Marx, el humorista: voy de la nada a la más absoluta miseria. No siempre es así, pero los ejemplos abundan en aquel sentido.

Un día contemplaba yo con algunos amigos un Madrid-Barça, en el estadio Santiago Bernabeu. El campo rugía de pasión blanca, y allí, empequeñecido, estaba este aficionado culé, mostrando a ratos su entusiasmo porque entonces juga-

ba Luis Enrique, y era una gloria ver cómo irritaba a los apasionados del Madrid este asturiano que había sido, con gloria, de su plantilla. El insulto de entonces, contra los futbolistas del Barça, se recuerda todavía, porque sonaba bien, y decía una barbaridad. Gritaban como si el insulto formara parte de la genética del fútbol, y aquellos señores, que seguramente el día después irían con corbata y chaqueta a sus oficinas, no se recataban en la esencia del grito, que iba al tiempo contra un montón de gente, contra los parientes de uno y otro de los insultados. Decían:

–¡¡Luis Enrique, tu padre es Amunike!!

Amunike era un futbolista africano muy prometedor; el Barça lo alineó, lo arrinconó, volvió, se lesionó, y vivió ya la humildad de la derrota como un olvidado del fútbol, uno que se sirvió de esa patera hasta que la directiva lo aniquiló en el ostracismo.

En aquel momento, en el Bernabeu, servía para insultar con un pareado.

–¡¡Luis Enrique, tu padre es Amunike!!

Le toqué en el hombro a uno de los que insultaba, y el hombre me miró, ya con más cara de oficinista. Le dije:

–Mire usted, Luis Enrique es pariente mío...

Entonces el hombre sufrió un proceso de reflexión, y eso en un campo de fútbol es como si se produjera un trueno. Hasta que la revelación le llevó por otro lado, y ya dirigió sus insultos hacia Rivaldo o cualquiera de los otros... Y, claro, yo no podía seguir buscándome parentescos...

Amunike había nacido en 1970, en Nigeria. Jugó en su país, en el Sporting de Lisboa, en el Barcelona... Pertenece a una de las mejores generaciones de futbolistas africanos, pero le recordamos por ese insulto y porque anunció un coche especial para tareas agrícolas.

En 2004 fue elegido mejor jugador de África, y se retiró; ganóoros, copas, platas, ligas..., todo lo que tuvo a su alcance fue materia de triunfo, hasta que la derrota le vino a ver, y ya le arrastró en los abismos del fútbol. Un día, cuando se lesionó, el Barça lo arrinconó en su plantilla, lo dispuso entre sus despojos y lo convirtió en parte de la mitología de los deshereda-



© Alex Livesey / Getty Images

dos del fútbol, los que hubieran sido grandiosos pero se convirtieron en chatarra humana. Había visto la luz al salir de África, pero esa luz iba a ser cegadora, una ilusión que duró unos años, como la luz de la que hablaba Lewis Carroll, el autor de *Alicia en el país de las maravillas*: “Me gustaría ver de qué color es la luz de una vela cuando está apagada”.

Amunike la vio, muy pronto.

¿Hubiera ocurrido lo mismo si no hubiera sido africano? ¿Si hubiera sido blanco hubiera pasado lo mismo? Es posible; el racismo funcionó más en los espectadores que en el club, aunque al Real Madrid se le achaque que desvió a uno de sus medios más exitosos, Makelele, porque no combinaba bien con la estética del equipo. Es probable que sea una leyenda urbana, pero en fútbol casi todo lo legendario fue verdad...

El caso de Amunike es, en los tiempos recientes, quizá el más representativo de lo que significa hoy el sueño del fútbol para multitud de chicos africanos, que llegan a la tierra prometida y se hallan pronto ante las consecuencias de lo que el mercado hace aún con sus ansiedades. En el caso de este nigeriano simpático cuyo nombre usaban los aficionados del Real Madrid para tratar de insultar a Luis Enrique, terminó haciendo anuncios para Renault, y ahí repuntó de nuevo su popularidad, pero por otros medios. Amunike ya estaba amortizado hasta para el mundo de las anécdotas.

Eto'o está entre las excepciones, como su hermano del Espanyol, Kameni, o como Keita... Pero le costó; su papel no era el de aquella tarde en el Bernabeu, cuando le marcó al Real Madrid y trató de avergonzar (y lo logró) a la directiva blanca, que le había rechazado. Fue una venganza, un modo de decir: “vine, no me quisieron, aquí estoy de nuevo, avergonzaos”. Es una actitud que Eto'o utilizó contra el Madrid, pero es no sólo eso. Fue su emblema: reaccionó así, con encono, cuando le gri-

taban como si acabara de salir del reino de los monos; e hizo bien, para mi gusto, cuando amagó con irse del campo aquella vez que esos gritos de energúmenos le indignaron a él y nos indignaron a muchos una tarde aciaga y racista de Zaragoza.

En el origen de la euforia y posterior susceptibilidad de Eto'o (un verdadero grano en el vestuario del Barça, e imagino que en cualquier vestuario) está su historia con el Real Madrid y en el Real Madrid. Samuel es un prototipo del jugador que viene de África, en patera o no, desembarca humildemente y lo llevan a aprender, para comprobar si las condiciones que muestra no son sólo imaginaciones de los que lo han comprado. La historia de este tipo de futbolistas no difiere, en general, de la de otros que vienen de otros colores y de otros hemisferios; ahora hablamos con admiración de lo que le sucedió a Messi en la Masía del Barça, pero si se rebobina un poco se puede recordar un instante en que la directiva azulgrana se olvidó de rellenar la ficha del esmirriado futbolista de Rosario, Argentina, que había sido ojeado cuando era un crío que no crecía. La junta del Barça creyó que no crecería nunca, en ningún sentido, y lo repescó tan sólo cuando vio que se ponía negra su relación con él y con su entorno familiar.

Eto'o podía haber tenido un ingreso de lujo, pero le hicieron sufrir hasta que finalmente pudo presumir de lo que es, uno de los futbolistas más completos que ha tenido el fútbol español, una tabla de salvación del Barça. Un atleta que jugó con su mimosería y con sus “egos revueltos”, hasta que Pep Guardiola, con buen criterio, dictaminó que ya estaba bien de hacer girar el equipo en torno de un ego, por muy resolutivo que fuera.

Pero esa es otra historia. Lo cierto es que Eto'o vino de niño, casi, tenía quince años, desde el UCB Douala de Camerún, y fichó en 1996 por el equipo filial del Real Madrid.



© Pere Virgili

Ahí empezó a trompicones, hasta que el Real Madrid B cayó en la desgracia de la Segunda B y él se fue, cedido, al Leganés. Dos años más tarde lo repescó la primera plantilla, que le usó frente al Espanyol; y precisamente al Espanyol se fue después, rebotado una vez más desde la altura de la indiferencia de los que aún no sentían por él otra cosa que curiosidad que él creía era un interés disfrazado de desdén. Desembarcó en Madrid, en uno de los mejores equipos del mundo, que, además, muchas veces fue el mejor, y era cumplir un sueño que a esa edad era casi como tocar el cielo con las manos. El cielo era el césped, al que se acercaba después de jugar en los humildes territorios del difícil Edén de África.

Ir al Madrid para Eto'o, y para cualquiera, era como ir a una catedral, a recibir un bautismo que ya te marca para siempre. Era un destino dorado, al que llegaba como llegaron muchos otros, de América y de Europa, y también de África. En el pasado del fútbol, de África llegaban pocos; uno, Ben Barek, vino de Marruecos, más al norte que Eto'o, y se convirtió en un emblema del Atlético de Madrid. De Brasil llegó Didi, por ejemplo, que se convirtió en un artista melancólico del Madrid de principios de los sesenta, y fueron viniendo negros que fueron clave en alineaciones históricas. Pero el caso de Eto'o puso en primer plano las miserias y las desgracias que esperan a los futbolistas cuando no saben que todo el monte, o el césped, no es orégano.

Su caso pudo haber sido parecido al de Makelele, pero a Makelele el diluvio de la desilusión le vino más tarde, cuando ya era una estrella y el Madrid dispuso que saliera de su firmamento. Era un hombre simpático, que triunfaba en sociedad, y triunfaba en el campo. Era algo así como el Iniesta del Barça, o el Xavi; recorría el campo con una enorme sabiduría, y era un peligro latente para todos los delanteros, y para los defenso-

res. Una seguridad tremenda, un atleta, como Eto'o. Le llamaban Anaconda, y ya ese es un adjetivo que revela sus cualidades como si fuera una radiografía. Había nacido en Kinshasa, Congo, se fue a París cuando era un crío, pero dentro llevaba la energía africana que luego regaló, a buen precio, en equipos importantes. Estuvo en el Olympique, en el Celta, y en el año 2000 cambió de milenio y de camiseta, se fue al Madrid. Fue un futbolista ganador, y nadie entendió que tres años más tarde la directiva blanca lo pusiera en las manos del Chelsea, que le sacó un rendimiento extraordinario.

Africano o no, francés o africano, lo cierto es que Makelele tuvo la misma reacción que Eto'o, con algunas diferencias. De carácter mucho más sosegado (fuera del campo), habitó en él el deseo (acaso natural) de revancha, y contra el Madrid jugó algunos de sus mejores partidos. Eto'o lo celebró, además; queriendo como quiere (acaso más que a ningún equipo) al Real Madrid en el que se hizo a trancas y barrancas, Eto'o utilizó el trampolín del Barça, que le dio tanta estabilidad y tanta fama, para zaherir a sus antiguos dueños. Eto'o nunca se resignó a abandonar la camiseta blanca, ansió volver al Bernabeu vestido de ese color, y su decepción fue inmensa cuando el Mallorca lo puso en el mercado y el Madrid lo desdén por tercera o cuarta vez.

Sus gritos contra el equipo blanco forman ya parte de la leyenda; sobre todo, porque no se dice lo que se sabe en privado: que si hay algún equipo en la tierra por el que él sienta preocupación y también admiración, ese equipo es el Real Madrid. Dicen los que le conocen bien que el primer equipo por cuyos resultados pregunta (y preguntaba también cuando estaba en el Barça) es el Real Madrid, y esa relación amor-odio la alimenta como uno de los símbolos de su pasión mayor, o única, que es la pasión por el fútbol.

En la imagen de la izquierda, niños de un pueblo cercano a Rorke's Drift, en la provincia de Natal en Sudáfrica, juegan un partido de fútbol (julio de 2009). Sobre estas líneas, Samuel Eto'o celebra un gol con Leo Messi en un partido de liga del Barça ante el Atlético de Madrid, en el Camp Nou (abril de 2008). Abriendo el artículo, y también en el campo azulgrana, el árbitro sueco Anders Frisk se dirige al futbolista congolés Claude Makelele en un partido de octavos de final de la Champions League entre Barça y Chelsea (febrero de 2005).



© Pere Virgili

La afición madridista utilizó el nombre del jugador nigeriano Amunike como insulto contra Luis Enrique cuando pasó del Real Madrid al FC Barcelona. En la foto, este jugador recibe el agradecimiento de los aficionados culés, en abril de 2004, el día de su último partido como profesional y que enfrentaba al Barça con el Racing de Santander en el Camp Nou.

Eto'o es un privilegiado, alguien que ha subido la cucaña con éxito. Pero es cierto que el flujo ha sido extraordinario; el fútbol ha servido para convertir África en un vivero de emigrantes humildes o de lujo, todos atraídos por la mecánica a veces diabólica del fútbol. Pero Eto'o debió de venir en mal momento. Entró en la cantera del equipo blanco, fue puesto a prueba, y cuando parecía dispuesto a explotar como el futbolista que luego llegó a ser, el Real Madrid lo cedió al Mallorca. Allí, entre Luis Aragonés y su genio, Eto'o se convirtió en uno de los delanteros más aguerridos y resolutivos de la liga española. Aquella tarde ante el Real Madrid Eto'o ya era quien sería luego, pero el Madrid lo seguía rechazando. Cuando marcó el tercer gol del Mallorca ante el que tendría que haber sido su equipo, paseó su orgullo como un poseo, se quitó la camiseta, recorrió la banda, y se puso a gesticular ante un avergonzado palco madridista.

Fue un gesto de venganza, y no fue el único que el Madrid percibiría de su futbolista fallido. Cuando, ya en el Barça, este equipo ganó la que sería la primera Liga barcelonista de Eto'o, éste gritó aquella famosa jaculatoria por la que en algún momento tuvo que pedir disculpas:

—¡Madrid, cabrón, saluda al campeón!

La falta de sosiego de Eto'o a lo mejor es un grito que compendia todos los que, más humildes que él, hubieran querido dar los que se quedaron en la estacada, en el Real Madrid, en el Barça o en otros equipos más modestos. Amunike es un caso; ha habido otros. Pablo Iván ha escrito sobre el caso Dungani Fusani, que da nombre a una de las metáforas más crueles del tráfico de futbolistas de usar y tirar: “Dungani Fusani, un chico de catorce años nacido en Costa de Marfil, fue quien le puso nombre y apellido al tráfico de chicos africanos en Italia. Detectado en Abiyán por un agente italiano, el chico ingresó en Italia en julio de 1999 sin cumplir ningún trá-

mite de migración y fue depositado en las categorías inferiores del Arezzo, equipo de la serie C-1, que funciona como una filial del Milán. Allí, sin recibir siquiera viático, realizaba una serie de entrenamientos vespertinos como única actividad. No iba al colegio, ni aprendía el idioma. El alojamiento que le proveía su intermediario distaba de ser el ideal, dormía en el sótano de un restaurante de un amigo. Un día de septiembre, harto de esta prisión, Dungani huyó. El chico fue hallado un mes después durmiendo debajo de un puente. Según los agentes policiales que lo encontraron, nunca podrán olvidar la desesperación reflejada en la mirada de Dungani.

Esa es la historia; otros nacieron para la gloria, en medio está la desesperación de la vida. Hay algunos, como Seydou Keita, estrella ahora en el Barça, que entraron con mejor pie que Eto'o, aunque éste haya salido de España en medio de las controversias de la gloria. Keita es un caso especial, porque siendo acaso (con Alves) el fichaje más rentable del Barça de Guardiola, ha dejado al club exento de quebraderos de cabeza ante los caprichos de los grandes futbolistas. Es de Bamako, en Mali, y es un chiquillo; como Eto'o, tiene 29 años ahora, pero empezó ya siendo mucho más maduro que su colega camerunés. En el campo esa expresión ha tomado carta de naturaleza, y Keita es hoy uno de los futbolistas africanos (o de cualquier sitio) que mantiene en los estadios una reputación que infunde respeto.

Kameni, camerunés, a quien Eto'o siempre distinguió con su patrocinio (o con *hermanazgo*; en todo caso, de hermano mayor), es otro ejemplo de rabia y de capacidad de superación, en las dificultades que la liga española le impuso. En los años ochenta ya era uno de los mejores porteros de África y del mundo, y en él se fijó el Espanyol de Barcelona. Vino por muy poco dinero, como si lo hubieran adquirido en la balsa o en la patera, pero fue creciendo en estima hasta convertirse en el

“Los futbolistas africanos son legión; vienen en avión, en barco o en patera, y aquí, en estas costas del mundo prometido, están sus luces de Brindisi”.

baluarte del Espanyol. Al contrario que Eto'o o que Keita, su genio, o su rabia, se han visto en el campo; a Kameni le gritaron como a Eto'o, le insultaron por su color, el insulto fácil de los campos de España, donde el racismo impera aún en algunas zonas como la reliquia de la más deleznable de las actitudes. Pero él no ha respondido como su paisano; en la historia del Espanyol está fijado como una leyenda, y en la historia de las porterías su genio no ha podido ser superado en África, donde se le tiene por el mejor portero de su historia.

Vislumbrar las luces de Brindisi

El fútbol siempre fue una buena patera, o una patera, simplemente. Los que hoy se fijan en la historia de los futbolistas que han desembarcado en Europa desde cualquier sitio querrán ver héroes, pero en la mayor parte de los casos, los que no se conocen, además de heroísmo hay miseria, en el origen de los jugadores, y en la propia biografía de la relación que han mantenido con esa ilusión, que a veces se queda intacta, de ser los más grandes del mundo. En Eto'o, al cabo de años de pensar que era un mimoso, he llegado a ver un símbolo de la rebeldía por el trato que se le reserva a los que aún no han llegado a conocer la gloria y no llegarán nunca. El caso Dungani representa a los que han querido venir y no llegaron nunca, y a aquellos que vinieron y se quedaron a las puertas.

Juan Cueto cuenta que, hace años, cuando los albaneses llegaron en tromba a las puertas de Italia, esperando ser recibidos como inmigrantes, uno de aquellos frustrados viajeros que fue despedido con la puerta en las narices pronunció una frase hermosa que ya es célebre. Cuando ya se iba alejando de las costas que quiso arañar, declaró ante unos micrófonos:

–No importa, ya he visto las luces de Brindisi.

En Camerún, en Mali, en Nigeria, en las tierras de Eto'o, de Keita, de Makelele, hay muchos chicos que hoy se entrenan con pelotas de trapo, como hicimos nosotros en la infancia de los barrancos y los caminos y los patios escolares, soñando con un futuro que viaja en patera y desemboca en el césped luminoso de los estadios que ven por la televisión. De momento, para ellos esas son las luces de Brindisi, la utopía para la que viven no sólo como una ambición vital, sino, la mayor parte de las veces, como un modo de supervivencia.

Cuando el Barça ya prescindió de Amunike, éste halló un súbito refugio en la publicidad de automóviles; su estancia en la tierra estaba relacionada con el fútbol, y la mezquindad de los campos y de las directivas lo derivó hacia algo que no tenía que ver ni con su ambición ni con su genio. A veces se pide de los futbolistas, jóvenes o maduros, resistencia ante la adversidad, como si hubieran venido a la tierra (o al césped) con el rosario en la mano, resignados; y han venido a ganar. Una derrota, es decir, un desdén, se paga luego con el ostra-

cismo o con la rabia; Amunike se fue apagando como futbolista, sólo pudo sacar la cabeza para anunciar la Renault Kangoo. Ahora que lo pienso mejor, aquel Eto'o que no pudo brillar en el Madrid y estuvo peleándose con Ronaldinho para ser alguien en el Barcelona, mimado por unos y detestado por otros, me parece un símbolo del que triunfó a pesar de todo y luego se tomó su venganza.

Su última temporada en el Barcelona fue un ejemplo cabal de esa actitud; como si representara el rencor de otros, lució ese mástil de su orgullo contra Guardiola y contra todos; pero él no quería, en el fondo, que la venganza tuviera nombres propios. Era una especie de Capitán Trueno de la negritud, de los que habían venido en condiciones oscuras y hallaban la luz de Brindisi, pero creían que brillaban más que esa luz misma.

Hace dos años, cuando ya su relación con el Barcelona era conflictiva, alguien que conocía a Eto'o en Mallorca, y sabía de sus idas y venidas, me contó que le preguntó a su hijo, nada más entrar en casa, para un cumpleaños del chico:

–¿Cómo quedó el Madrid?

Es probable que su deseo íntimo fuera el que me dijeron, él quería que ganara el Madrid, es su equipo. Y no me extraña. Sus luces de Brindisi fueron las del Bernabeu. Lo que pasó después de ese deslumbramiento está en la historia de sus desengaños, pero en su corazón seguro que queda lo que vio por vez primera. Y su incomodidad en el Barcelona, esa falta de *feeling* de la que habló Guardiola al final de la última temporada del jugador en el equipo azulgrana, esconde esa íntima militancia de la que nunca pudo despojarse.

Es un símbolo. Y una metáfora que concentró en una frase rabiosa que queda como una pancarta de lo que sienten los que representan el fútbol que viene del calor de África:

–Correré como un negro para vivir como un blanco.

Manuel Vázquez Montalbán decía que “de todas las religiones diseñadas en el siglo XX, la más poderosa es el deporte, y muy especialmente el fútbol, en Europa, América Latina, parte de África y Asia”. Eso lo escribió el maestro en agosto de 2002. En los siete años que han pasado se ha producido un giro que ahora está en la religión universal del fútbol: los futbolistas africanos son legión; vienen en avión, en barco o en patera, pero vienen volando, y aquí, en estas costas del mundo prometido, están sus luces de Brindisi, y los portaestandartes están ahí, Eto'o, Kameni, Keita... El fútbol ya es de todos los colores; quien no quiera verlo no sabe ni de religión ni de fútbol, y esta es una religión que se aprende pronto porque sólo tiene un mandamiento: ganar para sobrevivir. Lo sabe Eto'o, por eso se enfada tanto, y por eso corre: para vengarse, para decir dónde está la bandera que trajo. La bandera de vencer, que todavía es sinónimo de correr como un negro para vivir como un blanco. **M**

Propuestas / respuestas

Antonio Gómez Rufo se pregunta por qué se ha universalizado el fútbol hasta terminar por considerarse como algo más que un simple juego. Decían que sólo era un juego, y el autor argumenta que no es así. Rosa Regàs explica, a partir de vivencias personales, el sentimiento colectivo que despierta el fútbol y constata que la afición por este deporte no cambia con el paso de los años. Por último, Juan Villoro reflexiona sobre la discutida figura de los árbitros, para concluir que en el campo no todos se encuentran en igualdad de condiciones: los futbolistas juegan a ser dioses y los jueces juegan a ser hombres.

Y decían que era sólo un juego

Texto **Antonio Gómez Rufo** Escritor

El fútbol, que nació como juego recreativo, ha alcanzado una dimensión sólo comparable a la música o, en otro orden de cosas, a la guerra. Actividades humanas, en fin, cuyas peripecias son seguidas por los habitantes de los cinco continentes con un instinto muy similar, por diferentes que sean sus pautas culturales, modos de pensar y creencias. Un fenómeno así tiene poca explicación, aunque se hayan dado muchas. Pero de algo no cabe dudar: si Sócrates, Kant, Hegel o Engels vivieran en nuestros días, estudiarían los dos fenómenos de masas más universales: la televisión y el fútbol. Reflexionar sobre ello, por lo tanto, no es oficio de mentecatos ni de ignorantes, como queda bien expresar en esos círculos intelectuales tan pasados de moda, sino una obligación más de cualquier pensador de nuestro tiempo que no viva al margen de la sociedad.

El fútbol es un juego, como un juego es también el ajedrez. Pero su trascendencia es mucho mayor. Y el ejemplo del ajedrez no es casual. Cualquiera que entienda las características del juego del fútbol comprenderá que tiene tanto de táctica como de estrategia, de anticipación como de percepción, de matemáticas como de física. En el ajedrez se ganan las partidas con la captura del rey; en el fútbol, con la posesión de la dama en lance. En ambos casos metafóricamente, claro: ni se derroca reino alguno ni se posee a ninguna dama en el fútbol. Pero algo de ello hay en la memoria inconsciente ancestral del hombre (sobre todo del hombre) para que uno y otro sean juegos de conquista en los que se pone la honra como si de verdad se la jugaran.

Luego volveremos sobre ello. Pero, por ahora, conviene anteponer a cualquier otra afirmación dos realidades difícilmente rebatibles. La primera es que todos los españoles son seguidores del Real Madrid. La segunda es que, cuando se habla de fútbol en nuestro país, es imposible hacerlo con solvencia si no figura el Real Madrid como punto de referencia intelectual. Y antes de que los lobos comiencen a aullar y estas líneas a engrosar el abultado revoltijo de restos echados a la papelera, aclararé las dos afirmaciones anteriores.

Decía que en toda España, además de otros muchos lugares, todo el mundo es del Real Madrid. Da igual que hablemos de andaluces, castellanos, vascos, gallegos, catalanes, murcianos o naturales de Peñagrande de Bracamonte. Todos son (somos) seguidores del Real Madrid. El único matiz, anecdótico, es que unos son madridistas y otros antimadridistas. Al Madrid se le puede venerar, admirar, odiar o aborrecer, pero la única verdad es


que no deja indiferente a nadie (y menos que nadie a los que alzan la voz para asegurar que a ellos sí). Miles de hechos lo corroboran, y lo más significativo es que si un periódico deportivo de Barcelona da noticia de una derrota futbolística del Barça, no se abstendrá nunca de subtitularla con el hecho de que el Madrid ha perdido también (en el caso de ser así), como si ello fuera un bálsamo. ¡Y es que lo es! Sin embargo, pocas veces se acepta que los seguidores del Real Madrid no somos antibarcelonistas, ni antiatléticos, ni anti-ningún equipo. En el mejor de los casos (nada infrecuente) a quien criticamos con razón o sin ella es a nuestro propio equipo, de quien tanto esperamos (por quererlo tanto) que no tenemos ojos para nadie más. Y si los tenemos, como se ha demostrado mil veces, es para aplaudir el buen juego del rival. Muchos equipos contrarios han salido ovacionados del estadio Bernabeu, incluido ese “eterno rival” que es el Barcelona. ¿Es imaginable algo así en el Camp Nou? No, porque el Madrid no tiene enemigos, sólo rivales deportivos.

De todos modos, a nadie debería extrañar cuanto se ha dicho hasta ahora. La realidad es tozuda y sea cual sea la interpretación histórica, los hechos y los títulos nos dicen que el Real Madrid es el mejor club de fútbol del mundo. Con sus épocas buenas y malas, como es natural en la vida de cualquier ser o entidad, pero el balance es irrefutable: el mejor club de fútbol de la historia del fútbol.

La segunda afirmación es tan indiscutible desde el punto de vista argumental como la primera. Si al pensar en París se nos viene a la cabeza la Torre Eiffel; si al pensar en Valencia, las Fallas; si al pensar en Burgos, el queso; si al pensar en Sicilia, la mafia; si al pensar en Manhattan, Woody Allen, y si al pensar en Madrid, las obras, al pensar en fútbol lo primero que se nos viene a la cabeza es el Real Madrid. Cualquier discusión sobre aspectos futbolísticos tiene una referencia intelectual, antes o después: el Madrid. Puede que sea porque los medios de comunicación airean cualquier insignificancia sobre el club como si de verdad tuviera interés o importancia; pero el caso es que es así, de modo que un gol anulado, un penalti, un cambio de entrenador o un campeonato se juzga y valora dependiendo de la implicación que tenga el Madrid en ello o en un caso similar. Y eso a pesar de que la mayoría de los medios entran a formar parte de ese núcleo de seguidores del Real Madrid a quienes podría clasificarse de antimadridistas. Pero las audiencias son las audiencias, el mercado es el mercado y, para soste-

ner niveles de interés, el Madrid es elemento insustituible. Y si lo es, por algo será.

No cabe argumentar que el Real Madrid fue el equipo del régimen franquista, como si el hecho de que el Atlético de Madrid fuera el equipo de la Aviación Española o el Barcelona el equipo de la burguesía catalana más protegida por el franquismo facilitaran los éxitos en todos y cada uno de los países del mundo, al margen de cualquier componente ideológico. Y si se acepta semejante memez, una verdadera aberración para la inteligencia, tendríamos que concluir que el Barcelona del pasado año ganó tres títulos porque el presidente del Gobierno de España es hinchas del equipo azulgrana. Una cosa es que se produzcan favoritismos esporádicos (como no clausurar nunca el Camp Nou a pesar de ser suspendido por el Comité de Competición), o que se pasen por alto algunas acciones (como demostrar a Di Stefano que su equipo era el Madrid, que no le confundieran; como han hecho con el albaceteño Iniesta). Pero nada distinto del juego y de la regularidad (y también del dinero, naturalmente) han hecho la historia de ningún club.

Y una vez aclaradas las dos afirmaciones principales que debían ser consideradas, queda reflexionar por qué se ha universalizado el fútbol hasta terminar por considerarse como algo más que un simple juego. Porque decían que sólo era un juego y no es así. Primero conviene conocer la definición que hizo del fútbol el inolvidable alcalde de Madrid, el profesor don Enrique Tierno Galván, en su bando municipal de fecha 11 de junio de 1982, con motivo de aquel Campeonato Mundial: “Football, expresión anglicana que en nuestro común castellano equivale a que once diestros y aventajados atletas compitan en el esfuerzo de impulsar con los pies y la cabeza una bola elástica, con el afán, a veces desmesurado, de introducirla en el lugar solícitamente guardado por otra cuadrilla de once atletas, y viceversa”. Lo que sabía el profesor y alcalde era, expresado sarcásticamente, que el juego consiste en penetrar la virginidad de una abertura que es celosamente guardada por los defensores de su honra y honor, quienes a su vez pretenden idéntica acción con la abertura opuesta. ¿Simbología sexual? Puede que sí. Y tal vez sea ello lo que ha hecho universal un juego que no es sólo un juego, sino un acto de conquista por la fuerza o de seducción por el arte. Porque el fútbol parece ser industria, pero también es comercio y, en ciertos momentos, arte. Y si además es el honor colectivo lo que se subasta sobre el tapete, la explicación se vuelve comprensible. 



Propuestas / respuestas

Inamovible afición

Texto **Rosa Regàs** Escritora

Yo no entiendo de fútbol, no creo que haya ido en toda mi vida a más de tres o cuatro partidos de primera división, tampoco los he visto por televisión –enteros por lo menos– y me vería incapaz de comentar una jugada o un gol aunque no he tenido más remedio que oír infinitas jugadas e incluso gooooooles en las radios vecinas o propias o en la televisión que nadie quería apagar por más que yo repetía una y otra vez que la cena estaba lista. También me vería incapaz de comentar las extremas rivalidades entre los aficionados de un equipo y los de otro, ni siquiera de unirme al coro de los admiradores del líder en una competición, aunque sinceramente me alegro cuando gana el Barça porque es el club de Barcelona, mi ciudad, pero sobre todo por no ver la expresión de desamparo de la gente de mi entorno.

Porque he de decir que durante toda mi vida, sin exceptuar un solo día, he estado rodeada de amigos, hijos, nietos y personas muy queridas que han hecho del fútbol uno de los más apasionados atractivos de su vida aunque les haya iluminado la ideología de poderosos líderes políticos y religiosos, o hayan dedicado sus horas a conseguir un estatus económico y social superior o hayan vivido volcados en una vocación irrenunciable o tengan el prurito de haber pasado los años plácidamente sustentados en una postura entre cómoda y cínica, sin trabajar, sin protestar, sin compartir.

Pero todos han temblado de zozobra en múltiples ocasiones, por poner un ejemplo, cuando con el marcador cero a cero veían como se acababa un partido que indefectiblemente tenían que ganar para pasar a otras competiciones europeas. Las situaciones que provocan temblor en el fútbol son infinitas. Pero no menos numerosas son las que sumen al estadio entero en un entusiasmo devorador, incluso sin llegar al éxtasis que alcanzan cuando el equipo, en un alarde de juego al parecer sublime, arranca por el camino de la goleada y según todos los indicios no tiene visos de acabar nunca. Entonces es la gloria, la verdadera gloria del placer colectivo, de la absoluta complicidad entre todos los jugadores y todos los individuos del público, incluidos los que lo ven por la televisión o lo escuchan por la radio. Así es como he vivido yo el fútbol, por la afición. Mi hermano pequeño aprendió a leer para conocer los resultados de fútbol que se escribían con tiza en un espejo del bar de la calle donde vivíamos. Y según contaba él mismo, cuando mi padre volvió del exilio y lo llevaba al Camp de les Corts, contemplaba lleno de admiración como nunca levantaba el brazo a los acordes del himno nacional con que se abrían los partidos. Había que oírlo de pie y haciendo el saludo fascista.

En nuestro viaje de novios me sorprendió mi marido diciéndome un día en París que había que volver a casa esa misma noche cuando todavía teníamos que ir a Holanda, porque jugaba el Barça. “¿Pero no lo sabías cuando organizamos el viaje?” le pregunté. “Lo que yo no sabía ni estaba previsto es que el Barça ganaría tres partidos seguidos y mañana domingo jugaría la final de la Liga”.


Durante toda la infancia y la adolescencia de mis hijos hemos vivido la Liga, la Copa, la Recopa y una serie de campeonatos cuyos nombres por más que se repiten año tras año soy incapaz de recordar. Se sentaban en el suelo con la espalda apoyada en el sofá y de allí no se movían hasta que el partido había terminado y habían visto por enésima vez la repetición de la jugada, los comentarios y el gol que les había dado la victoria o el que les había enviado a un puesto inferior. Y cuando no había partido sacaban un inmenso tablero que había sido de mis hermanos y que yo me llevé a mi nueva casa cuando me casé; no sé muy bien si fui yo la que tomé la decisión o fueron mis hermanos quienes me obligaron a hacerlo porque ellos estaban en la mili y tenían miedo de que cuando volvieran alguien de la familia se lo hubiera dado al basurero. Era un tablero, con un campo dibujado en él, que se colocaba en el suelo del recibidor. Los jugadores eran botones que los hijos, arrodillados, hacían resbalar pinzándolos con otro botón más grande y más plano. Conocían al detalle los botones de todas las piezas que se guardaban en los armarios de la casa, se sabían de memoria el contenido de las cajas de botones del costurero con patas que rodaba siempre por la cocina y había que esconder los abrigos de los amigos para que no se quedaran sin botones. Las hijas y sus amigas se divertían espolvoreando desde lo alto el tablero con polvos de talco. “¿Qué pasa? Está nevando, ¿o es que no nieva en los campos de verdad?” Ana, la mayor, había logrado irritarlos con su constante y apasionada defensa del equipo de Las Palmas que, según vociferaba, era el mejor de toda España. “Calla, le gritaban, qué sabrás tú si nunca lo has visto jugar, y aunque lo hubieras visto por televisión, no tienes ni idea de cuáles son los colores del club”, en clara referencia a nuestra televisión que era en aquellos momentos en blanco y negro.

David, uno de mis hijos, pasó las pruebas para jugar con los “benjamines” del Barça y a veces cuando su padre no podía, era yo quien lo acompañaba los domingos por la mañana. No se trataba de un partido sino de un entrenamiento, y yo todavía era menos capaz de entenderlo y disfrutarlo, así que me llevaba

un libro y disimuladamente, sentada en una grada, avanzaba por el camino de la lectura.

Los amigos de aquellos años eran partidarios de al menos dos equipos distintos y por mucho que discutieran entre sí durante el partido en la casa donde nos habíamos reunido a verlo –mientras las mujeres intentábamos pasar el rato como mejor supiéramos–, cuando nos íbamos estaban todos tan contentos como si nadie hubiera perdido. Como nadie tenía coche todavía, caminábamos juntos hacia la casa del que vivía más cerca y en el afán de no despedirse todavía, nos acompañábamos unos a otros una y otra vez durante horas sin que nadie reparara en el paso del tiempo porque estaban absortos y entregados a lo que más les gustaba hacer: comentar el partido hasta la extenuación.

En una de mis primeras actividades profesionales, me fue encargado por un periódico local un artículo sobre la rueda de prensa que dieron una serie de empresarios cuando el Barça les vendió el Camp de les Cortes. Yo en mi inconsciencia acepté creyendo que sin saber nada de fútbol podría dar mi visión de una transacción en la que intervenía ese clamoroso y peculiar patriotismo, tan extendido en la ciudad como en el país como en el mundo entero. Pero no lo logré por más que me empeñé y que quise profundizar en los secretos de un tipo de afición tan peculiar que se extiende no sólo a la competición, sino a los negocios y a las vidas, decisiones y comportamientos de directivos, entrenadores y jugadores. Y con gran pesadumbre tuve que renunciar después de reconocer que para hablar de esta transacción comercial o financiera, si no era capaz de vincularla sólidamente con el fútbol y al complejo mundo en que se mueve y que él mismo mueve, la propia rueda de prensa y por supuesto mi artículo carecerían de interés.

Han pasado los años, ya no tenemos dictadura y podemos hablar de política todo lo que queramos sin peligro alguno. Las calles de las ciudades se han llenado de coches y los amigos ya no se acompañan los unos a los otros hasta altas horas de la noche para seguir comentando la jugada. Los hijos han dejado de ser niños y se han convertido en señores que llevan a sus propios hijos a los campos de fútbol. Pero la afición, la verdadera afición, no ha cambiado; sigue siendo este sentimiento colectivo que indefectiblemente oscila entre la euforia y la pesadumbre, el frenesí y el miedo, la victoria y la derrota. Como debe ser. 



Propuestas / respuestas

Fútbol y justicia

Texto **Juan Villoro** Escritor y periodista

Cada vez que un árbitro se equivoca, los fanáticos se acuerdan de la señora de cabellos grises que tuvo la mala fortuna de parirlo.

Un Día de las Madres coincidí en una cantina de la Ciudad de México con el célebre árbitro Bonifacio Núñez. Ese 10 de mayo había organizado un festín con mariachi y decenas de convidados: “Tengo que compensar lo que le gritan en la cancha”, nos comentó, señalando a la abnegada anciana que remendaba sus calcetas.

Con frecuencia se dice que el buen árbitro no se nota. Nada más falso: el aficionado detecta la forma en que se administran las sentencias. Pero aunque el silbante acierte, no se lleva una ovación. Sólo como villano suscita ruidos. Es posible que el protagonista Pier Luigi Colina, quien dominó durante años la justicia en las hierbas italianas, se haya rapado el cráneo como alienígena para no pasar inadvertido.

La prueba de que la justicia futbolística es falible está en los esfuerzos actorales de los jugadores. Deseosos de afectar la subjetividad del juez, fingen lesiones de supremo estertor.

El fútbol es la forma de la pasión mejor repartida del planeta. En consecuencia, las presiones que sufre un silbante son inmensas. La FIFA le aconseja estar a dos metros de la pelota, pero la realidad le entrega descolgadas de vértigo y rebotes parabólicos. En una fracción de segundo, con la vista nublada por el sudor, debe impartir justicia. Su decisión desatará odios y calumnias. El capriacho más arraigado del fútbol consiste en pedirle objetividad al árbitro y valorarlo con subjetividad.

¿Por qué acepta alguien tan inclemente oficio? La razón es sencilla: nadie es tan aficionado al fútbol como un árbitro. Se trata del hincha más secreto y resistente, el aficionado absoluto que por amor al juego no muestra su amor a una camiseta. Obviamente, preferiría ser delantero y llegar al estadio en un bruñido coche deportivo. Por desgracia, sus facultades dan para seguir jugadas, pero no para inventarlas. Así las cosas, se contenta con ser el testigo más cercano de la gesta. Sabe que el partido sería imposible sin su presencia y soporta comentarios que no son deudores de la razón, sino del sonido y de la furia.

Idéntico a la vida, el fútbol se somete a un principio de incertidumbre. Un silbante nos regala un penalti y otro se acerca a nuestro ídolo con pasos de fusilamiento y extrae del bolsillo la tarjeta del rubor y la ignominia. El responsable de soplar la ley es el atribulado representante del factor humano. El fútbol sería menos divertido y menos ético si no se equivocara.

La reciente eliminación de Irlanda reabrió la polémica sobre la precariedad del arbitraje. De forma injusta, Francia calificó al Mundial. Todo el mundo vio que Henry se acomodaba el balón con la mano para dar un pase que acabaría en gol. Todo el mundo, menos el árbitro. Para colmo, se trató de un error típico. Los silbantes suelen equivocarse en favor de las escuadras poderosas que juegan en su casa. Días después, el Real Madrid enfrentó en el Bernabéu al débil Almería de Hugo Sánchez. El equipo andaluz defendía un heroico 2-2 cuando su portero se lanzó a los pies de un atacante y le sacó el balón. El jugador madridista tropezó y el árbitro decretó penalti. Cristiano Ronaldo cobró la falta y el portero atajó el tiro. El balón fue a dar a Benzema, quien, de manera ilegal, se encontraba dentro del área en el momento del cobro. El francés anotó y las ilusiones de los pobres se desvanecieron ante la doble fechoría de los millonarios. Una ignominia que obliga a pasar la noche en blanco (castigo adicional para los que detestamos ese color en el fútbol).

¿Debe cambiar esto? Los comentaristas de televisión piden que se use el *replay* para revisar jugadas. Se trata de una opinión interesada que daría aún más poder a la televisión. Las desventajas de este método son muchas. Por principio de cuentas, las cámaras no son objetivas: una toma puede mostrar que la jugada ocurre en fuera de juego y otra sugerir que el delantero está en posición correcta. Las máquinas también tienen fantasmas. Por lo demás, revisar la jugada interrumpiría un deporte que corre al parejo de la vida. En casos de mucha confusión, los partidos durarían como una ópera de Wagner.

El balompié es el más democrático de los deportes. Basta que las porterías tengan redes para que un llano se someta a la misma justicia que Maracaná. Si esto se modifica, en las canchas con tribunales electrónicos se practicaría otro deporte.

La sanción más difícil de entender para los legos es el “fuera de juego”. Hace algunos años, las chicas se interesaban menos en el fútbol y los noviazgos solían atravesar un rito de paso: cuando ella entendía el *offside*, la relación se consolidaba.

El “fuera de juego” surgió para evitar derrotas de escándalo, producidas por un cazagoles sin otro mérito que aguardar balones junto al portero. Se trata de una regla magnífica, pero su aplicación es cosa grave. El árbitro auxiliar debe evaluar la posición de quien recibe el pase, no en el momento en que se completa la jugada, sino cuando es mera intención, es decir, cuando surge el

envío. Se trata de algo casi metafísico. Uno de los recursos de los grandes pasadores consiste en no delatar hacia dónde enviarán un pase. Cuando advierten un hueco al que podría llegar un compañero, ahí dirigen la pelota. Ante ese toque de despiste, el asistente debe evaluar en qué posición se encuentran quienes asombrosamente pueden recibirlo.


Pero el asunto no acaba ahí: el primer árbitro puede ignorar la decisión de su auxiliar. La bandera en alto es una sugerencia que aguarda ser avalada por el titular. Todo esto ocurre en un santiamén. Durante décadas, el fútbol ha existido con esta norma inverificable en tiempo real, y los pícaros de alta escuela han aprendido a usarla. Ciertos delanteros caen voluntariamente en fuera de juego, con terca insistencia se hacen los inútiles, hasta que la defensa se acostumbra a su error, cree que se cuidan solos, y en un descuido los deja en libertad y peligrosa posición legal.

Es obvio que los árbitros deben perfeccionar su trabajo y que sus pifias merecen sanciones posteriores. El que se equivoca, no va al Mundial; si ya está ahí, no pita la final. Por su parte, el jugador tramposo es suspendido. Los desaguizados no quedan del todo impunes y reciben el más importante de los veredictos: la memoria de la tribu.

Pero la justicia futbolística no puede ser perfecta por una razón aún más importante: el árbitro no es un enviado de Dios ni del Gobierno. Tiene un papel mucho más significativo: *juega a cumplir la ley*. Como los futbolistas, se sirve de las reglas en busca del más alto rendimiento. A veces acierta y a veces falla. Estamos ante un ejemplo superior de la elección individual. Presionado por su circunstancia, actúa conforme a su conciencia. No quiere fallar, pero puede hacerlo. Bajo nuestra voraz mirada, improvisa una sentencia.

El fútbol surgió para encandilar a una especie competitiva; sus triunfadores se convierten en ídolos. Pero su jurisprudencia depende de alguien que es como nosotros.

Homero, primer cronista deportivo, dejó una épica definición de lo humano. Cuando Héctor se enfrenta a Aquiles sabe que no vencerá al protegido de los dioses. Consciente de su mortalidad, acepta el desafío, el precario regalo de ser hombre.

El fútbol se inventó para que Aquiles anotara los goles y Héctor decidiera si son válidos. No tiene caso modificar tan singular atrevimiento: veintidós futbolistas juegan a ser dioses y tres jueces juegan a ser hombres. 



El adiós

¡Adiós, oh Barcelona, ciudad alegre y cierta
como una chica clara de las muchas que hay!
¡Haces lucir tus árboles surtiendo primavera;
cada monte velándote es ahora un retamal!

¡Adiós, oh tú que das la clara luz que baña
a tus muchas ventanas, y siluetas gloriosas;
adiós, lozana amiga del mar y la montaña
bajo la niebla fina que vela en las auroras!

Oh todo aquel rumor que hay en la Boqueria
pescaderos, floristas, urbanos entrenados,
torres de Santa Àgata y de Santa Maria
por entre los colgajos blancos de los terrados.

Callejones con tiestos de rosas y verbenas,
grandes plazas con niños, tiendas de alto caudal;
oh fresca marinada donde claman sirenas,
magnolias enclaustradas cela la catedral.

Oh bella paz sedosa que ningún horror rasga
justo en el mediodía cuando cae todo el sol.
Oh damas que caminan sutiles, extraviadas,
Oh muchachos que pasan mirando un libro de hoy.

¡Arboledas que escurren el día en gruesas hojas,
de carros en el polvo un cortejo oriental,
y brisas que renuevan todas las horas flojas
y sutil lejanía del confín más cordial!

¡Adiós, oh Barcelona, ciudad alegre y cierta
como una chica clara de las muchas que hay!
Hoy me duele dejarte, en plena primavera,
cuando arropada en gozo tú te haces amar.

¡Me pesa abandonarte, el destino mandado.
Por el oro de fiestas que son mi admiración,
llega al alba a la vera del buque acunado
y déjame una rosa del rico camión!

© JOSEP CARNER (1884-1970)
DEU ODES A BARCELONA. EDITORIAL AYMÀ
TRADUCCIÓN DE DANIEL ALCOBA



OBSERVATORIO



Se busca “Esto es Barcelona”

Texto **Valeria Bergalli** Directora de Editorial Minúscula

Foto **Pere Virgili**

Todo editor desea incidir en la sociedad en que vive. Y la sociedad en que vive condiciona al editor en sus decisiones. Los libros que un editor opta por publicar no son los mismos si, pongamos por caso, la sede de su editorial está en Milán, Buenos Aires o Londres. Permítanme, pues, que les cuente algo de la que dirijo, que está en Barcelona. Una de las colecciones que publicamos se llama “Paisajes narrados”; en ella se presentan obras literarias, tanto de ficción como de ensayo, que ofrecen un punto de vista original sobre un lugar real o imaginario. En su marco han visto la luz –y otros lo harán en el futuro– libros que versan, de una forma u otra, sobre ciudades. París, Berlín, Roma, Nueva York, Venecia, Nápoles, Praga, Trieste son algunas de las urbes “narradas” en dichos textos. El hecho de que Barcelona no esté presente en ninguno de ellos no responde tanto a una decisión editorial como a que no hemos encontrado, de momento, uno que se ajuste a los criterios de la colección.

Es de sobra conocido el debate acerca de la necesidad o no de “la gran novela de Barcelona”, y no es este el lugar para retomarlo. Esa tarea compete, si acaso, a alguien más experto. No obstante, de la controversia mencionada, lo más significativo parece ser la existencia de la discusión misma, que pone sobre el tapete la pregunta acerca del porqué de la dificultad de esa novela y el complicado camino que, a lo largo del novecientos, ha recorrido la construcción literaria de Barcelona.

Las ciudades han sido una presencia constante en la literatura moderna. La narrativa es una parte fundamental de la construcción de una personalidad urbana reconocible por la mayoría de sus habitantes y sus visitantes, y si, por lo general, se suele tener en cuenta solo a la novela y el cuento como las formas literarias que consiguen perfilar esa personalidad, otros géneros, como la poesía y el ensayo, también pueden hacerlo.

Si la fascinación por lo urbano es consustancial a la historia humana desde la aparición de las primeras ciudades, el temor a la ciudad en estado puro también lo es y cobra renovada fuerza tras la Revolución Industrial. No en vano Balzac se refirió a París como a “el más delicioso de los monstruos” y no hubo que esperar mucho para que Zola hablara en términos orgánicos del “vientre” de París. Joseph Roth, que fue un cronista extraordinario además de novelista, se refirió a la

persecución a la que fueron sometidos los “literatos del asfalto”, término usado despectivamente por los nazis, que odiaban la cultura urbana.

De los escritos que se atreven a trazar un balance de la ciudad como ciudad, a preguntarse en qué contribuye lo urbano a crear un estado específico de las potencialidades humanas y a disminuir o engrandecer los riesgos que las pueden atenuar, destaca *Esto es Nueva York*, de E. B. White. En el verano de 1948, durante una ola de calor, E. B. White –uno de los más brillantes articulistas de *The New Yorker* y autor de algunos libros infantiles impercederos como *Stuart Little* o *Las telarañas de Carlota*– se puso a escribir un ensayo breve (un puñado de páginas, siete mil quinientas palabras, para ser exactos) sobre Nueva York tras pasar unos días sudando la gota gorda en el hotel Algonquin. En el texto, que hizo por encargo de la revista *Holiday* y cuyo título original inglés es *Here is New York*, consigue lo imposible: con pasmosa sencillez describe *todo* Manhattan. Y no solo eso, sino que se adentra en el centro mismo de la experiencia urbana, en la medida en que consigue dar cuenta de sus características más sobresalientes, de las invariantes de fondo y de los factores de cambio. Ese es el asunto del vibrante texto de White y el que permite que hoy lo leamos no solo como una muy sugestiva evocación de una época que el autor consideraba esplendorosa, sino también como retrato de una ciudad única.

“Nueva York concederá el don de la soledad y el don de la intimidad a cualquiera que esté interesado en obtener tan extrañas recompensas”. La primera frase del texto no solo es magistral porque desvela, sin resolverlo del todo, uno de los enigmas de la ciudad (después de leerla ya nunca se vuelve a pensar en Nueva York sin recordar este comienzo); es extraordinaria también porque en su engañosa sencillez invita a la emulación. Un efecto que se mantiene a lo largo de todo el libro; tanto, que entran ganas de hacer un experimento osado y aplicar el *método* de White a las ciudades que uno conoce. Que quede claro: no hablamos de imitar a White en el tono, que en su caso es sobre todo elegiaco, ni tampoco, como es obvio, en el estilo, sino de proceder como él y considerar la ciudad *per se*. White cree en la gran ciudad como concepto, y su libro es un alegato en favor de la que considera “capital de todo”.

“En esta ciudad cuyos habitantes ponen énfasis en separar su vida privada de la pública, se combinan los encuentros dictados por el azar con una vida social circunspecta”.

A Barcelona parece venirle impuesta una y otra vez la condición de ciudad subsidiaria, e incluso se la acusa a veces de ser demasiado grande. En la imagen que abre el artículo, la calle de Milans, en el Barri Gòtic.

En la pugna por ser a la vez grande y controlable, en Barcelona se suele apostar por una, llamémosle, “escala intermedia”. Como si Barcelona no pudiera ser por sí misma, como si solo se la debiera juzgar en relación con la supuesta adecuación o inadecuación de su tamaño y de su actividad al papel de capital de Cataluña o de centro de una eurorregión mediterránea.

Londres, París, Berlín o Madrid no se ven tan obligadas a medir sus fuerzas en relación con sus países; al contrario, se da por hecho que de su capital humano y fuerza económica y cultural como grandes metrópolis depende su capacidad para ejercer una influencia indiscutida sobre un área que cada país desea que supere los límites nacionales, para ser lo más global posible. A Barcelona, en cambio, parece venirle impuesta una y otra vez la condición de ciudad subsidiaria –una ciudad en función de otros ámbitos– e incluso se la acusa a veces de ser demasiado grande: ¿demasiado “ciudad”?

No parece que este juicio afecte a quienes se han ido incorporando a ella a lo largo del tiempo. Durante los últimos diez años se ha intensificado la llegada al crisol barcelonés de trabajadores y comerciantes de otros continentes, estudiantes y profesionales, escritores y artistas. Por eso no es extraño comprobar que tras cambiar el sujeto, es decir, tras escribir Barcelona en lugar de Nueva York, la primera frase del texto de White sigue siendo, al menos en parte y salvando las muchas distancias, válida.

Barcelona es quizá, de las ciudades del área del Mediterráneo, la que más brinda a sus residentes los dones que White atribuye a Nueva York. En efecto, una de las particularidades de Barcelona es lo que podríamos llamar “el don de la discreción”. En esta ciudad cuyos habitantes ponen especial énfasis en separar su vida privada de la pública –hay que tener amistades muy íntimas para que a uno lo inviten a comer a una casa barcelonesa en domingo– se combinan los encuentros urbanos dictados por el azar con una vida social circunspecta.

Según White, los raros dones de la soledad y la intimidad y las consecuencias que de ellos se derivan ejercen “un efecto positivo en la capacidad creativa de los neoyorquinos, pues la creación consiste en parte en renunciar a las grandes y pequeñas distracciones.” Los dones en los que se fija White pueden “destruir a una persona o satisfacerla, dependiendo en gran medida de la suerte”. Se trata, pues, de dones no solo raros sino

también peligrosos, de los que no todos están dispuestos a disfrutar. Las “extrañas recompensas”, como las denomina el norteamericano, parecen más bien del interés de personas “que cogieron sus bártulos y acudieron a la ciudad en busca de asilo, del cumplimiento de sus deseos o de cualquier otro Grial de mayor o menor importancia”. La ciudad que las ofrece, por lo tanto, debería ser un lugar adecuado para los venidos de fuera.

De ahí el potencial creativo de Nueva York, que White relaciona con la distinta naturaleza de sus habitantes: en primer lugar están los nativos, que le imprimen “solidez y continuidad”; le siguen los que viven a sus puertas y solo la ven de paso al trabajo, que le otorgan su diario “desasosiego mareal”, y, por último, los que han llegado a ella tras la promesa de una vida mejor, responsables “de la naturaleza inquieta” de la ciudad, porque son los que “le prestan su pasión”.

En el caso de Barcelona, la incorporación a la ciudad –a la ciudadanía– de los recién llegados fue más rápida y exitosa en los años sesenta que en el primer tercio del novecientos, marcado por la extrema dureza del conflicto social. Los setenta y ochenta fueron una época de entusiasmo urbano, en la que el combate de la periferia por la incorporación a la ciudad se reflejó también en su apoyo a las aspiraciones políticas y culturales de Cataluña. Luego vinieron los Juegos Olímpicos y con ellos la apuesta por hacer mundialmente visible a Barcelona. En ese período se pensaba en la llegada de una inmigración que vendría por arriba, por la élite, cuando en realidad la que ha llegado ha sido mucho más numerosa y ha accedido a la ciudad por la base, aunque una base más dinámica y mejor formada que en el pasado.

Es innegable que a Barcelona le gusta presumir de “inquieta”, para usar la expresión de White. ¿Lo es realmente? Para responder a esa pregunta quizá habría que despejar un interrogante previo: ¿hasta qué punto hay en Barcelona predisposición a admitir nuevas incorporaciones y cambios en la composición de sus élites? Pues mientras algunos quieren hacernos creer que las grandes ciudades son, irremediabilmente, posmetrópolis fragmentadas, una mera suma de mundos inconexos, y otros se obstinan en considerarlas solo un vistoso escaparate, lo cierto es que no han dejado de ser lo que siempre han sido: el espacio del azar y la libertad, el punto de encuentro que estimula la creación y propicia el anhelo de una mayor justicia. Y como tales merecen ser una y otra vez inventadas e interpretadas. ¿Alguien se atreve con Barcelona? **M**

OBS ZONA DE OBRAS



Narrar el mal. Una teoría posmetafísica del juicio reflexionante

María Pía Lara

Gedisa
Barcelona, 2009
288 páginas

En términos generales, la reflexión sobre el mal como ocupación filosófica ha venido de la mano de las disputas teológicas, o ha irrumpido en el panorama filosófico al calor de graves acontecimientos naturales o sociales. Para llevar a cabo tal reflexión el punto de partida básico ha sido teológico o metafísico. De esta manera, las supuestas verdades de fe expresadas en los libros sagrados, o los supuestos principios metafísicos de partida, respectivamente, establecían el marco para su desarrollo, ya sea sobre la base de la *hermenéutica* teológica, o sobre la base de los juicios de carácter general *determinantes*. Sin embargo, el libro de María Pía se aparta de tales enfoques y presenta una *teoría posmetafísica* sobre el mal.

Semejante atrevimiento se hace desde la asunción del giro lingüístico-comunicativo de la filosofía contemporánea, en este caso, siguiendo en la estela de la reciente *teoría crítica* de J. Habermas, A. Wellmer, N. Frazer o S. Benhabid. La corriente de la *filosofía práctica* contempo-

ránea que mejor ha soportado entre las diversas tradiciones de la misma el acelerado paso del tiempo histórico y los complejos acontecimientos intelectuales. Por otra parte, la reflexión sobre el mal llevada a cabo por María Pía pretende desarrollar las brillantes aportaciones sobre el tema de Hannah Arendt que considera *inacabadas*. En este sentido, el gozne en el que coinciden la reflexión sobre el mal de raigambre arendtiana que reinterpreta para tal fin el juicio reflexionante de origen kantiano, para aplicarlo a las formas en las que se presenta la *narratividad* sobre el mal, con la dimensión moral y política del debate intelectual sobre dichas historias en el *espacio público*, configura el marco de reflexión postmetafísico sobre el mal.

La autora afirma que en el curso de las narrativas sobre el mal emerge *nuevo significado*. El fundamento del dispositivo de creación de significado arraiga antropológicamente en el carácter social del ser humano y en el medio intersubjetivo del lenguaje, cuyo ámbito comunicativo se constituye en la *praxis* histórica de la interacción.

Al ser la pragmática abierta del lenguaje la fuente que posibilita la *creación de sentido*, la reflexión crítica y pública sobre los elementos expresivo-morales que aparecen en las *articulaciones narrativas* que giran en torno a la temática del mal ofrecen un material *concreto desvelador de una nueva significación*, bien sea a través de las historias de vida narradas en primera persona, bien sea por medio de representaciones literarias, teatrales o cinematográficas, o sean filtradas en las narrativas historiográficas.

Las propiedades de las *figuras retóricas* del lenguaje puestas en juego en las narraciones sobre el mal, expuestas con intención comunicativa para un público capaz de juicio, al ponerse en circulación, asocian la dimensión expresivo-estética de la *imaginación* con la interpelación moral-normativa, deviniendo *juicios reflexionantes*. El ámbito público de construcción de tales juicios reflexionantes aporta la dimensión *crítico-cogni-*

tiva a la narración. Así, los juicios situados históricamente y expuestos narrativamente conectan la imaginación con la *comprensión moral y política*.

Al circular públicamente, los juicios reflexionantes permiten asociar en sus diversos recorridos más dimensiones expresivo-morales a los mismos, adquiriendo y ampliando crítica y comunicativamente la dimensión moral y política. En el curso de esta transformación devienen nuevas categorías del lenguaje con efecto ilocucionario. Cada uno de los términos que sintetiza un juicio reflexionante ha tenido una *gestación discursiva* a través del debate público sobre narraciones de actos que adquieren la categoría *arquetípica de grandes daños morales* que reclaman *reconocimiento público* y generan *aprendizaje moral*.

Las controversias sobre la *memoria histórica* son decisivas para desvelar y codificar, en particular, cada uno de los juicios reflexionantes. Este ha sido el caso de la codificación de términos devenidos arquetipos que sintetizan tales juicios: “genocidio”, “Holocausto”, “etnocidio”, “crimen contra la humanidad”, “antisemitismo”, “xenofobia”, “desaparecido”, “daño moral”, “violación múltiple”, “banalidad del mal”, “totalitarismo”, “limpieza étnica”, “solución final”, etc. El consenso público alcanzado en torno a estos términos *ejemplares* particulares funciona *críticamente* produciendo sentido moral y político universalizable.

Los juicios reflexionantes conectan por medio de la narración al espectador, o al lector, con el sentido concreto de la acción expresivo-estética referida y, por medio de la reflexión crítica intersubjetiva sobre su sentido, con la dimensión moral-normativa que *compromete* y *responsabiliza* a los participantes en la misma. Las historias sobre el mal y los términos ejemplares, críticamente, generan *sentido moral* compartido por los participantes en el curso de la reflexión y producen memoria histórica con *densidad moral y política*. El sentido colectivo del mal lo producimos nosotros al narrar y conver-

“Las controversias sobre la memoria histórica son decisivas. El sentido colectivo del mal lo producimos al narrar y convertir la historia de los daños a la humanidad en objeto de debate público y juicios reflexionantes”.

tir la historia de los daños a la humanidad en objeto de debate público y juicios reflexionantes. La relación reflexiva a través de las narrativas sobre el mal genera *autocomprensión colectiva*.

El sufrimiento humano provocado por el mal sólo adquiere sentido referido a los otros, las víctimas, con respecto a las cuales tenemos vínculos y nos sentimos *solidarios* y *responsables*, despertando en nosotros *sentimientos morales*. El sufrimiento deviene *daño moral*, porque, en último término, remite a la dignidad humana dañada de la que nos sentimos partícipes.

De la mano de Arendt es posible avanzar, según María Pía, en lo que llama *juicio político*. Para entrar por la vía de la transformación que nos permita enfrentarnos con las heridas dejadas por el pasado hay que comprenderlo, no para reconciliarse con él, sino para adentrarse por otra senda. En el curso del proceso de *aprendizaje moral* predisponemos el desarrollo de nuestra interacción para la *auto-transformación*. La comprensión compartida de la narrativa crítica sobre el pasado da paso a la formación del juicio político en el debate plural sobre alternativas, sobre la justicia y sobre las transformaciones sociales. Los juicios políticos verdaderos requieren el proceso de formación del sentido compartido.

En la medida en que los juicios reflexionantes adquieren categoría moral y política, denotando específicamente aquellos actos que ocasionaron muy graves daños individuales y colectivos, requieren, por una parte, la imputación de *responsabilidad moral* a los causantes; y, por otra parte, nuestra comprensión moral compartida a través del debate público insta a la iniciativa política democrática la creación de un marco jurídico e institucional de imputación que ventile la *responsabilidad penal*. De esta manera se puede encauzar el irreversible daño moral hacia el ámbito de la *justicia*, adquiriendo así, también, una dimensión *preventiva*. No podemos impedir que nuevas acciones terribles ocurran. Pero podemos comprender su gestación y

desarrollar la conciencia moral y política con intención práctica comprometida con las víctimas. Y, en consecuencia, podemos desarrollar instrumentos político-democráticos para enfrentarlos.

María Pía interpreta diversas narrativas emblemáticas sobre el mal para ilustrar y comprender su teoría postmetafísica de los juicios reflexionantes de manera abierta y falibilista:

–El trabajo de elaboración de Arendt de dos conceptos. Uno, el “totalitarismo”, para sintetizar la construcción perversa que realizan, respectivamente, el nazismo y el estalinismo de los enemigos internos, desposeyendo a las víctimas de sus atributos, destruyendo su espacio intersubjetivo, primero, como ciudadanos, privándoles de libertad, sustento y voz... y, después, como humanos, privándoles de dignidad y de personalidad, corrompiendo su carácter, hasta despojar a su propio cuerpo de significado, justificando así los procesos puestos en práctica para su total destrucción, que legitiman fácticamente por medio de la masiva propaganda ideológica con el fin de lograr la complicidad del público. Y dos, el de “la banalidad del mal”, como la forma cotidiana, normalizada, superficial, rígida, de la vida del burócrata capaz de perpetrar un mal aparentemente inevitable a una víctima deshumanizada. Semejante prototipo de individuo común, sin atributos ni perfil moral, más payaso que monstruo, no puede dar razones de sus decisiones morales, pero sí cometer los más terribles crímenes.

–La singular narración autobiográfica sobre los campos de concentración que Primo Levi construye, en la que surgen conceptos a partir de la experiencia vivida, al dotar al daño moral sufrido en primera persona de sentido nuevo por el efecto de la creación de asociaciones de significación que interpelan al lector y al público a construir su *propio* juicio moral. La narrativa de Levi describe ángulos, perspectivas, imágenes, experiencias de la vida y los personajes en los campos de concentración en la que el perpetrador

del mal y la víctima aparecen entrelazados en la fractura moral. A la víctima se la despoja a la vez de su carácter, de su memoria, de su capacidad de elección moral, de su humanidad, de manera que el enemigo no sólo está fuera, sino que a través del colapso moral late en su interior, hasta el punto que pierde la capacidad de resistencia que *in extremis* dignifica, desapareciendo los límites entre bien y mal, entre la víctima y el verdugo; todo son “zonas grises”, todos entran en la relación de corrupción, se deslimita la diferencia que humaniza, al final todos son cómplices.

María Pía destaca el uso que hace Arendt de la novela de Conrad *El corazón de las tinieblas*. En ella se narra el *descenso moral* que impregna la figura del protagonista Kurtz y los soldados europeos bóers a medida que se adentran en África en busca de oro y riquezas. Al penetrar cada vez más en el nuevo mundo se desvanecen la cultura y las instituciones europeas a las que estaban vinculados para pasar a un mundo sin anclajes de sentido en el que se desatan las posibilidades del horror, el placer, la risa, los crímenes, etc. De este modo se corrompe su carácter moral y cruzan la frontera entre el bien y el mal siendo capaces de los peores crímenes.

A través de la obra de teatro de Ariel Dorfman llevada al cine, *La muerte y la doncella*, autor y director exploran los diversos matices a través de los que se crea el vínculo perverso entre verdugo y víctima, y el daño moral que esta última arrastra sin poder superarlo. La trama se desarrolla en el Chile posterior a la dictadura pinochetista en la que la autoamnistía que se concedieron los militares había impedido ajustar cuentas con el pasado. El verdugo es un médico, antiguo torturador. La víctima es una mujer torturada por éste. La coincidencia casual de ambos pone en manos de la mujer la posibilidad de hacer confesar al doctor, quien, atemorizado, confiesa el placer que sentía al experimentar el poder sobre las víctimas.

Bernat Riutort Serra

“María Pía interpreta diversas narrativas emblemáticas sobre el mal para ilustrar su teoría, como la elaboración de Arendt sobre los conceptos de totalitarismo y de la banalidad del mal”.



Por una universidad democrática

Francisco Fernández Buey

**Ed. Intervención Cultural – El Viejo Topo
Mataró, 2009
320 páginas**

Francisco Fernández Buey ha publicado un oportuno y necesario libro sobre el estado de la universidad en los últimos cincuenta años, desde los precedentes de la fundación del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona (SDEUB) hasta la aplicación del Plan Bolonia. El libro adopta el título *Por una universidad democrática* para señalar y explicar el papel protagonista del movimiento universitario en la lucha por la democracia en España y en la transformación democrática de la propia universidad heredada del franquismo. Esta lucha por la democracia influye en la revuelta universitaria que se produce en Europa y Estados Unidos en 1968, pero, a la vez, recibirá su impacto.

Mayo del 68 fue la última contestación estudiantil de carácter general contra el capitalismo y el imperialismo, curiosamente cuando las sociedades posteriores a la Segunda Guerra Mundial se habían aclimatado al orden económico y político internacional que les había correspondi-

do en la división del mundo en dos bloques. En pleno auge (final) del *Welfare State*, con amplios sectores de la clase trabajadora plenamente integrados, en confluencia con las políticas colaboradoras de los partidos socialdemócratas y comunistas de las democracias occidentales, la contestación universitaria causó impacto. El punto de contacto de las movilizaciones universitarias del 68 era la negación del sistema capitalista y la guerra del Vietnam como símbolo antiimperialista.

Este ambiente contestatario en la universidad tenía sus derivaciones internas según las circunstancias políticas de cada país. Desde el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos hasta la oposición a la invasión de Praga por las fuerzas militares del Pacto de Varsovia, en agosto de 1968, nos encontramos en una época marcada por la guerra de Vietnam, pero también por la dominación soviética de la Europa oriental, por las dictaduras mantenidas por las democracias y por la persistencia de la guerra fría entre los dos bloques vencedores de la Segunda Guerra Mundial.

Ahora bien, en Barcelona, Mayo del 68 es un paréntesis de no más de dos años, en el que diversos grupos de extrema izquierda (maoístas, marxistas-leninistas, comunistas internacionalistas, trotskistas, etc.) se hacen con el protagonismo en la lucha universitaria relegando al PSUC y a otras fuerzas políticas socialistas que habían sido protagonistas en la fundación del SDEUB. La dictadura franquista era el factor principal en la explicación del origen y evolución del movimiento de estudiantes y profesores por una universidad democrática y por el restablecimiento de la democracia y la autonomía. La universidad fue la institución en la que más pronto se consolidó un movimiento antifranquista, a la vez que fue cantera de cuadros, los cuales pasaban a tener un papel activador de otros movimientos sociales (organizaciones sindicales y movimiento vecinal), así como del mundo de la cultura y de los colegios profesionales. Entre la funda-

ción del SDEUB, en marzo de 1966, y la constitución de la Asamblea de Cataluña, en 1971, existe una línea de continuidad que no se puede comprender sin el PSUC y los universitarios comunistas influyentes en diferentes movimientos sociales e instituciones cívicas y profesionales. Los universitarios y el movimiento universitario tuvieron una importancia clave en las movilizaciones de los años setenta contra la dictadura y en el proceso interno de transformación democrática de la universidad catalana.

En este marco hay que situar el debate sobre el desarrollo económico en los años sesenta y setenta, la expansión de las clases medias, el acceso de los hijos de la clase trabajadora a la universidad y los intentos de reforma tecnocrática de la universidad.

La hegemonía cultural de las izquierdas en la universidad y la politización de la comunidad universitaria, en paralelo al declive de la dictadura y a la fuerza creciente que iba adquiriendo la oposición democrática, marcan un debate sobre la transformación de la universidad en el marco de la sociedad del bienestar que no se detiene en la imprescindible reforma democrática de las instituciones universitarias, sino que entra de lleno en la defensa de una universidad pública y abierta, sin que pueda existir ninguna discriminación por condición social en el acceso a la enseñanza universitaria.

Se defiende la universidad pública contra los intentos de impulsar la creación de universidades privadas al servicio de la “función de mandar”, como medida para asegurar la continuidad del sistema económico y la división social del trabajo; se promueve la autonomía universitaria frente al poder económico y político para proteger la libertad de cátedra en la realización de las funciones básicas de la universidad, como son la investigación científica y la transmisión de conocimientos; se defiende una universidad plenamente integrada en su entorno social, activadora de la cultura y comprometida con la libertad y la democracia; y,

por último, se promueve una universidad catalana, con la plena recuperación de la lengua catalana y su uso en la enseñanza universitaria, una universidad identificada con la historia del movimiento universitario en Cataluña.

Actualmente vivimos la contradicción entre la deseada y proclamada universidad pública, autónoma y democrática de aquellos tiempos, y fundamento de los procesos estatuyentes de las universidades democráticas después de aprobada la Ley de Reforma Universitaria (LRU, 1983), en comparación con una universidad que se ha convertido, en tiempos de democracia, en menos autónoma, menos pública y con menos compromiso político. ¿Qué ha pasado?

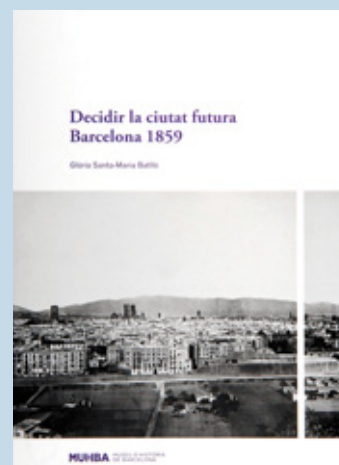
El marco cultural e ideológico hegemónico en las últimas tres décadas ha sido el neoliberalismo, o más exactamente, el neoconservadurismo, que ha exaltado el papel dirigente del mundo empresarial en la economía y en la sociedad; que ha hecho creer en el individualismo económico como la vía de realización personal y de generación de riqueza colectiva; que ha elevado el mercado a la categoría de dios infalible en la fijación del precio justo y en la distribución de los bienes y recursos; que ha dejado ir sin trabas ni controles al capitalismo financiero como el motor de la economía mundial; y que ha sometido la política a la gestión de la economía. Las universidades no son islas impermeables, sino instituciones bien permeables a lo que pasa a su alrededor. El neoliberalismo también ha penetrado en la concepción y funcionamiento de la institución universitaria.

Ha sido un proceso lento, que comenzó con un discurso gerencial partidario de aplicar criterios de gestión empresarial en el gobierno de la universidad, que ha multiplicado y distorsionado la vía abierta por el artículo 11 de la LRU, en virtud del cual el profesorado puede contratar (a través de los departamentos o institutos universitarios) trabajos de carácter científico, técnico o artístico; un artículo que ha resultado ser el origen de la con-

fusión entre investigación científica y trabajos profesionales (bien retribuidos). Una universidad en la que el profesorado ha entrado en una carrera competitiva, obsesionado más por el currículo que por el saber. Lo que, en resumen, ha ido configurando una universitat pública mercantilizada, basada en palabras vacías como la repetida *excelencia*, y muy burocratizada. Este diagnóstico no equivale a disminuir en lo más mínimo el positivo cambio que representó la LRU en la cultura universitaria, en el cambio de las estructuras de gobierno y de organización universitaria, en la racionalización y estabilización del profesorado universitario, en la promoción de la investigación científica, en la propia dedicación y motivación de la comunidad universitaria para mejorar el funcionamiento de la institución. Pero la LRU no tuvo continuidad ni se han resuelto los déficits de la aplicación de la ley, especialmente la insuficiencia de recursos, las becas universitarias y la imprescindible reforma de las enseñanzas.

El proceso de Bolonia se inscribe en este escenario de cultura neoliberal y de confusión sobre el futuro universitario, al que hay que añadir el gran paso atrás que supuso la Ley Orgánica de Universidades (LOU), de diciembre de 2001: una ley orientada al cambio de estructuras de poder universitario (que, por suerte, fracasó) y al empeoramiento del ya malo sistema de oposiciones (que también ha pasado a la historia). El *Informe Universitat 2000*, realizado por un grupo de profesores, encabezado por Josep M. Bricall, habría podido constituirse en el activador de un debate muy necesario para la reforma universitaria. Desde una visión socio-liberal, planteaba una serie de medidas que convenía discutir, algunas de las cuales forman parte del Plan Bolonia. La aplicación del proceso de convergencia universitaria europea ha sido una oportunidad perdida para afrontar la reforma de las enseñanzas desde la revalorización de la docencia, como función básica de la universidad. Ha preocupado más la ade-

cuación de la reforma de grados y másteres a supuestas necesidades del siempre mal denominado mercado, y desde concepciones pedagógicas pretendidamente innovadoras. Esta primera década del siglo XXI ha sido un periodo de profunda desorientación sobre el sentido y las funciones de la universidad, que se ha concretado en unos gobiernos de las universidades superados por la gestión y sin criterio de dirección. Una época caracterizada por una despolitización de la comunidad universitaria y por el corporativismo y absentismo del profesorado. Una universidad desmotivada y apolítica no es la institución que se necesita para responder a estas cuestiones. Bienvenido sea, pues, un libro que necesitamos para volver a un debate muy necesario, para saber de dónde venimos y qué queremos hacer como universitarios. **Miquel Caminal**



**Decidir la ciutat futura.
Barcelona 1859**
Glòria Santa-Maria Batlló

**Edicions del Museu d'Història de
Barcelona
Barcelona, 2009
220 pàgines**

Los hombres y las mujeres que viven en Barcelona, al igual que los millones de turistas que la visitan cada año, pueden

pasear o transitar en coche por el Eixample de la ciudad y disfrutar, casi darse cuenta de ello, de la minuciosa racionalidad con la que conectan plazas, barrios, jardines y paseos; de la amplitud liberadora de las calles, del orden perfectamente milimétrico en el que están dispuestos los bloques de casas, y también de la sensación de sana luminosidad y apertura que transmiten los chaflanes, discretos pero imprescindibles.

Pero tanto los ciudadanos de todos los días como los turistas puntuales muy pocas veces tienen la menor idea sobre el agitado caldo de cultivo –agrias disputas políticas, duros enfrentamientos personales, acalorados debates mediáticos, graves tropiezos económicos, expectativas de toda índole y complicaciones de toda especie y pelaje– en el cual, hace ahora justo ciento cincuenta años, nació y comenzó a concretarse el proyecto de reforma urbanística que acabaría convirtiendo a una Barcelona todavía postmedieval (¡en pleno siglo XIX!) en la base de la moderna urbe que es en el presente.

En el libro *Decidir la ciutat futura. Barcelona 1859*, la historiadora y profesora de filosofía Glòria Santa-Maria Batlló ofrece un compendio completo y laborioso de todas las vicisitudes que suscitó el proyecto de reforma de Barcelona impulsado por el consistorio (1858-1863) del alcalde liberal progresista Josep Santa-Maria i Gelbert, quien aspiraba a crear una nueva ciudad “radicalmente distinta de la antigua”, higiénica y habitable, “abierta al inmenso espacio de un llano sólo limitado por los dos ríos, Besòs y Llobregat y por la serranía de Collserola”.

Tal como bien resume Ramon Grau en la breve presentación que abre el volumen, Glòria Santa-Maria emprende el estudio y la reconstrucción de aquellos hechos desde la óptica del Ayuntamiento: los enfrentamientos y malentendidos que surgieron entre las fuerzas municipales y el poder central de Madrid, las tensas relaciones que se

establecieron entre el consistorio y el ingeniero Ildefons Cerdà, y sobre todo las tentativas y los afanes de los responsables municipales para llevar adelante una reforma de envergadura lo bastante grande como para que no quedara en una simple operación de maquillaje, sino que realmente supusiera una transformación –una mejora radical, integral– de la ciudad.

Si algo queda claro leyendo el muy documentado estudio de Glòria Santa-Maria, incluso para el lector poco familiarizado en temas de urbanismo, es que a pesar de los fracasos y las expectativas frustradas que evidentemente sufrieron (recordemos que a Cerdà se lo percibía como el candidato impuesto por Madrid), los miembros del consistorio barcelonés tuvieron el mérito de comprender que de ellos dependía resolver para siempre los problemas de espacio y de higiene de la ciudad aprobando un proyecto de ensanche ilimitado, y que cualquier otro plan –más modesto, menos ambicioso– no haría más que perpetuar ilimitadamente los obstáculos para crear una Barcelona moderna.

Tal como explica la autora, “el año 1859 es el punto de llegada de un largo camino del municipio de Barcelona en lucha durante décadas para obtener el eixample”. Uno de los puntos más calientes de aquella lucha había girado en torno a las murallas de la ciudad, demolidas definitivamente en 1854, después de años de disputas entre los progresistas (que las querían derribar) y los conservadores (que querían preservarlas). Pero sólo cuando el gobierno de Madrid abolió la condición de plaza militar de la ciudad el proyecto de reforma comenzó a ser viable. Ello fue posible gracias a la llegada de la Unión Liberal de Leopoldo O’Donnell al gobierno central, que durante cinco años (1858-1863) apaciguó, al menos hasta cierto punto, el clima siempre convulso de la política española del siglo XIX, en la cual los gobiernos eran

de tan escasa duración que no se podían plantear, ni mucho menos ejecutar, proyectos de largo alcance.

Como ya he dicho, el estudio de Glòria Santa-Maria tiene el mérito –y la utilidad– de ofrecer una vasta panorámica global, y a la vez muy detallada, de todo aquel proceso. Estos son algunos de los aspectos más relevantes que la autora explica y analiza: a) los objetivos primordiales de la reforma, que vinculaban las ansias modernizadoras con la necesidad de mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos; b) la doble lucha que había de emprender el Ayuntamiento para llevar adelante el proyecto, por un lado, contra los propietarios de los terrenos que habría que expropiar, y por otro, contra los órganos estatales; c) las maniobras que con éxito llevó a término Cerdà, de espaldas al Ayuntamiento, moviéndose por las altas esferas de Madrid para conseguir que su plan fuera el aprobado; d) las tortuosas disputas que hubo entre el Ministerio de Fomento y el de Gobernación; e) el concurso público que organizó el Ayuntamiento para elegir el plan más conveniente, un concurso que creó expectación general y que resultó muy concurrido y polémico pero que acabó sin tener efectos prácticos. La impresión que recibe el lector profano cuando acaba de leer el estudio es que ha aprendido prácticamente todo cuando podía aprender sobre el tema.

Decidir la ciutat futura. Barcelona 1859 es un libro extremadamente riguroso, prolijo en informaciones interesantes y punteado de lúcidas interpretaciones. Además incluye toda clase de documentos y materiales gráficos, casi siempre magníficos. Lo más importante en todo caso es que se trata de un libro que esclarece las enormes complejidades de unos hechos que marcaron para siempre el destino de Barcelona.

Pere Antoni Pons

“El mérito del consistorio fue comprender que debían resolver los problemas de espacio e higiene de la ciudad con un proyecto de ensanche ilimitado, y que cualquier otro plan más modesto solo perpetuaría los obstáculos para crear una Barcelona moderna”.

Cincómonos

De bazar a espacio de arte en libertad

Texto **Gregorio Luri** Fotos **Eva Guillamet**

Los dos *Eixamples* de Barcelona continúan estando separados por un muro difícil de definir, y desde luego no es cuestión de caer en comparaciones odiosas. Pero parece cierto que la estructura del Passeig de Gràcia, la Rambla de Catalunya y la calle Balmes favorece más el tránsito peatonal vertical (eje marmontaña) que el horizontal. En todo caso, para imponer mi antojo personal al del urbanismo, he subido desde la plaza de Catalunya hasta Cincómonos (Consell de Cent, 283) trazando una línea quebrada. Primero Rambla de Catalunya arriba hasta Diputació; después, Enric Granados y Consell de Cent.

Frente a la puerta del seminario recuerdo su magnífica biblioteca, abierta al público, y su antigua clausura, cuando el edificio estaba protegido por unos muros altos, parecidos a los que aún impiden disfrutar visualmente de los jardines de la Universidad de Barcelona. No deja de ser sorprendente que la universidad, vista desde la calle Diputació, ofrezca una imagen más hermética que la del seminario. En el chaflán del seminario que da a Enric Granados y Consell de Cent hay colgada una gran pancarta: “Festa de la Castanyada. Danses i música tradicional. Organitza: Ballets de Catalunya”. Son las seis de la tarde de un día de finales de octubre, y ya anochece.

Entre Enric Granados y Aribau, la calle Consell de Cent tiene una personalidad singular, que ya viene impuesta por sus límites. A un lado, el seminario; al otro, el Hotel Axel, el corazón del

llamado “Gayxample” (“el flirteo desde que sales de la habitación está asegurado”, dice la publicidad del establecimiento; leyéndola me entero de que existe algo así como una “filosofía heterofriendly” de la que el hotel hace gala) y la Cadena Els Tigres (“60 instaladores, instalamos todo lo que vendemos”). Entre estos dos extremos hay espacio para El Gato Negro (que anuncia “cruji-coques Paellador”), el Forn de Pa l’Eixample, La Termerita (que no anuncia nada, porque tiene la persiana metálica bajada), la Fruiteria Alcaley, el Café Outside, el Basar Amigo (“regals, joguines, robes, bosses, ferreteria, papereria, perfumeria, cuir, maletes, 0,60 euros y més”, con la “y” en el original), Le Petit Cabaret (“entrepà + refresc 3,60”), un Total Láser (“Olvida los métodos tradicionales de depilación y descubre la comodidad y los asombrosos resultados del láser de Alejandrita”).

Dando el tono *cool*, hay también varias galerías de arte (Kalós, Art Nou Mil·lenni, La Galeria, Contrast) y para recordar los tiempos de incertidumbre económica que vivimos, no faltan tampoco los locales que se ofrecen con letreros llamativos: “Local disponible”.

En el centro de este mundo, equidistante del seminario y del Axel, se encuentra Cincómonos, que en cierta forma es la síntesis de la calle.

La primera impresión, al detenerme junto a la puerta, es de desconcierto. No sé muy bien qué demonios me encontraré



dentro. Los carteles publicitarios ponen de manifiesto un trasiego cultural considerable. Recuerdo bien que la primera vez que entré aquí, de esto hace ya varios años, me encontré con una extraña mezcla de librería y tienda de regalos que no parecía destinada a la gloria comercial. Ahora todo es distinto, pero Cincómonos parece seguir siendo fiel a su vocación de mixtura. La misma disposición del lugar es ya una advertencia: “Cartesianos, vigilen donde ponen los pies”.

Son varios los espacios que ofrece Cincómonos, pero todos confluyen en la sala del fondo, con capacidad para cincuenta personas y un escenario digno de tal nombre. Hay un bar, una galería de arte, un laboratorio teatral, un café teatro... y hay, sobre todo, poco academicismo. En realidad la mejor manera de definir lo que veo es nombrándolo tal como se nombra a sí mismo: “Cincómonos. Espai d’art”.

Lucía y Jorge son el alma de Cincómonos. Se vinieron de Buenos Aires con cinco maletas y tres niños, Pablo, Christian y Claudia. O, según como se mire, volvieron, porque el abuelo de Jorge era de Poblenou. Estos caminos de ida y vuelta ponen de manifiesto que las patrias pueden ser electivas.

¿Cómo se os ocurrió montar Cincómonos?

Jorge: ¡Porque somos locos!

Recuerdo que cuando vine la primera vez era una especie de bazar.

Lucía: Fue un fracaso. Vendíamos libros y objetos de regalo, con muy poco éxito.

Jorge: Fue un proyecto muy bien intencionado, pero con muy poco rendimiento económico.

Lucía: Esto había sido una antigua fábrica de persianas. Estaba hecho un desastre. Nuestro objetivo era transformarlo en algo que aún estaba por definir. Ahora, mirando hacia atrás, vemos

que este espacio tiene su propia historia, se ha ido haciendo a sí mismo poco a poco.

Jorge: Cincómonos inició su andadura en el año 1998 y desde esa fecha por aquí han pasado todo tipo de artistas: poetas, pintores, dramaturgos, escultores, diseñadores, cantores, esenógrafos, escritores, fotógrafos, magos... Pero el núcleo sobre el que giran todas las actividades es el teatro. Ahora tenemos una programación más estable.

¿Qué os comenta la gente?

Lucía: Se sienten cómodos. El lugar les parece cálido, acogedor.

Jorge: Nos ven más *freaks* que *sudacas*. Pero están de acuerdo en que el nivel artístico es buenísimo y el local se nos llena de gente.

¿Cómo os definiríais?

Jorge: Como un espacio al que se puede venir a hacer cosas. Nosotros abrimos las puertas. Hay mucha gente que pasa y nos adopta, desde Estopa, Buenafuente, Lluís Llach o Zubizarreta. Algunos llegan, se toman una manzanilla y se van. Nosotros queremos acoger tanto al de la manzanilla como al creador. No somos un espacio contracultural, sino cultural.

¿Cuál es vuestro objetivo?

Jorge: Poder seguir abriendo la puerta.

Lucía: Cada día recibimos cuatro o cinco propuestas para hacer cosas. Intentamos aceptarlas si están bien trabajadas. No se trata de darle voz a la ocurrencia, sino a la idea. Nos gustaría seguir así. Nosotros vivimos del entusiasmo de la gente.

Jorge: Somos afortunados con hacer lo que hacemos, es decir, arriesgando.

Lucía: Hay pocos lugares que arriesguen.

Sin duda, si de algo no andan escasos por aquí es de entusiasmo. Me hablan de sus proyectos nuevos: una tertulia cultural, sesiones de *jam-teatro*, siguiendo el modelo de las sesiones de *jam-folklore*, “que funcionan de gloria”. Quieren desarrollar también diferentes propuestas sobre vídeo, cortos, cine, organizar convocatorias artísticas, etc.

Al final hablamos de la cultura, gran error por mi parte. A lo largo de la conversación estuvo presente el escritor uruguayo Federico Nogara, que resultó ser un polemista fenomenal, además de devoto de Onetti. Se mostró visiblemente enfadado porque “la gente está consumiendo la cultura que le enchufan”. Me di cuenta de que a este lugar indefinible conviene venir sin prisas, especialmente si se tiene intención de discutir. Me cuentan, al despedirnos, que quieren crear un espacio en el que el arte, como búsqueda, reflexión y riesgo, y no sólo como producto de consumo, se afirme a sí mismo en libertad. **M**



Cincómonos

Consell de Cent, 283 (entre Enric Granados y Aribau)

08011 Barcelona

Teléfono: 93 451 74 15

E-mail: cincomonos@cincomonos.org

Web: www.cincomonos.org

En tránsito

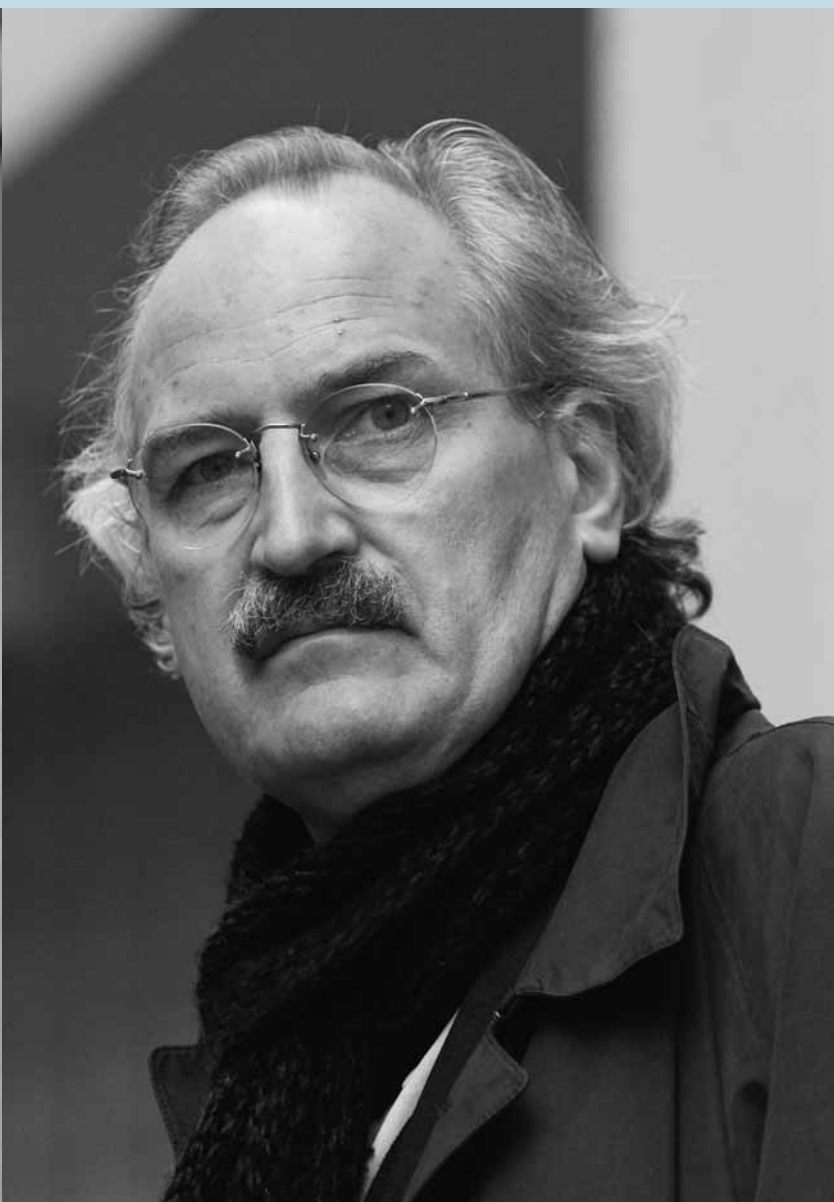
Axel

“Nunca ha habido tantos
intelectuales como ahora”

Honneth

Entrevista **Daniel Gamper**

Fotos **Pere Virgili**

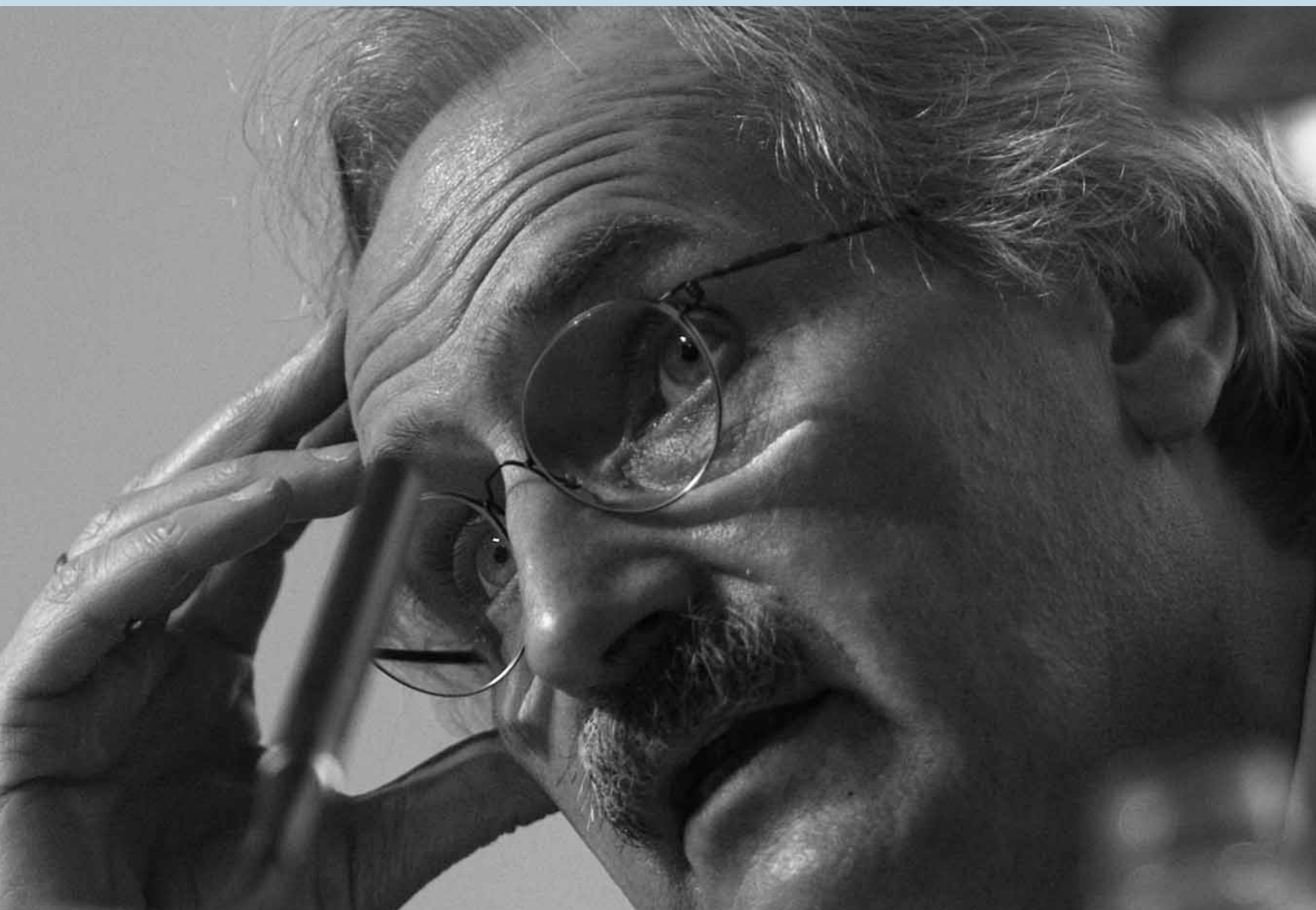


En su visita a Barcelona, invitado por el Centro de Cultura Contemporánea (CCCB) dentro del ciclo “Impureses. Apunts sobre la condició humana”, Axel Honneth impartió una conferencia con el título “Reconocimiento y desprecio. Sobre la fundamentación normativa de una teoría de la sociedad”. En su presentación abundó en la transición operada en la filosofía política de las últimas décadas, una transición que en parte ha sido influida por su propia labor como filósofo.

Según el profesor Honneth, la discusión académica filosófico-política ha modificado su foco de atención. Hace más de tres décadas el énfasis se ponía en la redistribución como forma de reducir la desigualdad social. El problema que suscitaba la indignación moral y que, por tanto, instigaba el debate filosófico, era la distribución desigual de los bienes y de las oportunidades, una distribución considerada injusta dado que no obedecía a la lógica de los méritos. Para reparar esta injusticia se requería una reparación en forma de redistribución. Pero en los años ochenta se operó una modificación que puso en el centro de la reflexión, sustituyendo a la redistribución, el concepto de “reconocimiento”. Este cambio supuso que la solución no se viera exclusivamente en términos de redistribuir los bienes

que estaban repartidos de manera arbitrariamente injusta. Lo que importaba pasaba a ser el reconocimiento de la dignidad dañada de las personas y de los grupos minoritarios. No se trata, en este nuevo paradigma, de redistribuir los bienes y las oportunidades, sino de garantizar que la dignidad de las personas sea respetada.

El pensamiento de Axel Honneth está íntimamente vinculado con la denominada Escuela de Frankfurt, ciudad en cuya universidad ejerce como catedrático. Desde hace años se habla de él como del representante más aventajado de la tercera generación de la Escuela, es decir, como heredero de la tradición moderna iniciada con Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, y proseguida por Jürgen Habermas, maestro y mentor del propio Honneth. Tras su paso por la Freie Universität Berlin, volvió hace unos años a Frankfurt, donde dirige el Instituto de Investigaciones Sociales (*Institut für Sozialforschung*) que ofreció el caldo de cultivo de los filósofos citados y de otros, como los influyentes pensadores de los años sesenta Herbert Marcuse y Erich Fromm. Lo que caracterizó a todos ellos era una percepción de la situación social, que analizaban y sobre la que querían influir, como un estado de negatividad social. El pro-



“Los contextos sociopolíticos han cambiado, pero esto no implica que debamos abandonar una concepción de la lucha por el reconocimiento que incluye algo más que el mero reconocimiento de la especificidad cultural de los colectivos minoritarios que conforman las abigarradas sociedades contemporáneas”.

blema que los unía no era la injusticia social, sino las barreras interpuestas al despliegue de la vida buena. El vocabulario que utilizaron y las expresiones con las que han pasado a la posteridad ilustran el punto de vista metodológico que adoptaron así como la fuerza evocativa con que se propagaron hasta nuestros días. Basta recordar conceptos como “organización irracional” (Horkheimer), “mundo administrado” (Adorno), “sociedad unidimensional” o “tolerancia represiva” (Marcuse) y “colonización del mundo de la vida social” (Habermas). La sociedad descrita en estos términos es deficiente porque no permite la verdadera autorrealización de los individuos, que sólo encuentran obstáculos para devenir en lo que desean ser. El déficit que observan estos autores es de razón social: las vidas están dañadas y no encuentran cura posible debido a la falta de racionalidad, siguiendo en esto el argumento hegeliano que, con el tiempo, los propios autores de la Escuela de Frankfurt modificarían. El énfasis en la emancipación a pesar de las deformaciones de la racionalidad social sigue siendo el hilo conductor de los actuales herederos de la teoría crítica.

Profesor Honneth, en su libro *Patologías de la razón. Historia y actualidad de la Teoría Crítica* (Katz, 2009), escribe usted sobre el papel de los intelectuales en el panorama actual. ¿Qué lo motivó?

Mis reflexiones sobre los intelectuales y el papel que deben desempeñar en los debates políticos están motivadas por el hecho de que en mi país, la República Federal Alemana, cada cuatro años más o menos, se discute sobre si tenemos o no intelectuales. Este debate me pone muy nervioso, justamente porque se repite una vez tras otra.

¿Cuál es el lugar específico de los intelectuales en los medios actuales?

No es verdad que los intelectuales hayan desaparecido. Nunca ha habido tantos como ahora. Los intelectuales se encuentran en puestos de responsabilidad, escriben en los buenos periódicos, yo mismo participo a menudo en los debates de actualidad. Se trata de un fenómeno propio de nuestra época en la que un porcentaje mucho mayor de personas ha accedido a la educación superior, lo cual ha llevado a que los intelectuales accedan a los medios de comunicación de masas, pudiendo ejercer una influencia que no tenían antes. Sin embargo, pienso que el filósofo que habla en público sobre asuntos públicos debe trascender el quehacer de los intelectuales tal y como los he descrito. El filósofo que participa en la deliberación debe aportar las herramientas específicas de su disciplina, lo que le lleva a cuestionar su propia legitimidad, a poner en duda el medio en el que colabora, los problemas a los que supuestamente debe reaccionar, el orden del día político. El filósofo trasciende de este modo las tareas tradicionalmente atribuidas a los intelectuales, ya que se pregunta por los presupuestos ocultos, los conceptos siempre aceptados, los puntos de vista considerados obvios, etcétera.

Su pensamiento está ya conectado de manera ineluctable con el concepto de reconocimiento, en concreto con la lucha por el reconocimiento que no es únicamente el título de uno de sus libros, sino tal vez uno de los conceptos clave alrededor del cual se estructura toda su obra.

Dicho de manera breve: la lucha por el reconocimiento traslada el centro de la reflexión de la eliminación de las desigualdades a la evitación del desprecio. Pero no me detengo ahí, sino que mi intención es pensar ambos movimientos al unísono.

¿Se trata entonces de reconocer las identidades dañadas de las personas? ¿De incentivar una política de la identidad?

No es esa la visión que tengo de la lucha por el reconocimiento. En realidad, lo que me preocupa últimamente es el hecho de que la lucha por el reconocimiento ha sido entendida de manera casi exclusiva como una lucha por el reconocimiento de la identidad cultural. Esto es una simplificación que creo que comportará consecuencias nefastas. Mi punto de vista es más cercano, por así decir, al marxismo. Los fenómenos de reconocimiento que despertaron mi interés fueron sobre todo las luchas obreras del siglo XIX. En estas luchas se aprecia que el honor hurtado es una de las motivaciones centrales de los sindicalistas, de los obreros. Y este fenómeno me interesó especialmente porque cambia el punto de vista habitual, que considera que los enfrentamientos sociales, y más estos que tienen un trasfondo que en apariencia es exclusivamente económico, son luchas de intereses. Por lo que he estudiado puedo concluir que no es así y que las luchas por el reconocimiento no eran reductibles a una redistribución de bienes. Los obreros no querían sólo recibir su parte, sino que deseaban ver restituida su dignidad. Sin embargo, este punto de vista no equivale a decir que la cuestión entonces se pueda explicar en términos de reconocimiento cultural, de aceptación pública de las identidades dañadas. Esta es la tendencia que se aprecia de manera eminente en la filosofía política actual, como lo demuestran los textos de autores tan influyentes como Charles Taylor o Nancy Fraser. El error de esta perspectiva no sólo es histórico, como he querido demostrar tomando como ejemplo las luchas obreras del XIX, sino también conceptual. Basta pensar en que el reconocimiento se inicia en los hogares, en el espacio familiar, y no hay que ser ningún experto para comprender que en ese contexto no se trata de aceptar las especificidades culturales de cada miembro, sino que se trata antes bien de derechos, de actividades que están clamando a gritos que se reconozca su razón de ser.

Quizás el énfasis en la política de la identidad se deba al hecho de que las sociedades son cada vez más complejas y diversas.

Creo que no es así. Es decir, es cierto que los contextos sociopolíticos han cambiado, pero esto no implica que debamos abandonar

una concepción de la lucha por el reconocimiento que incluye algo más que el mero reconocimiento de la especificidad cultural de todos y cada uno de los colectivos minoritarios que conforman las abigarradas sociedades contemporáneas. Pienso, por ejemplo, en las luchas por el reconocimiento que más repercusión tuvieron a mediados del siglo pasado, a saber, el movimiento por los derechos civiles en los Estados Unidos. En mi libro *La lucha por el reconocimiento* me centré en el movimiento de los afroamericanos a favor de la igualdad jurídica, que para mí, antes como ahora, puede ser considerado un caso paradigmático de la lucha por el reconocimiento. Y lo que podemos apreciar en este movimiento es que no se trataba de reconocer una específica cultura africana, sino de acceder a la igualdad de derechos, de extender las garantías jurídicas a todos los ciudadanos, para que luego estos pudieran hacer y deshacer con su cultura como mejor les placiera. Pero el paso previo es el reconocimiento jurídico, que ningún ciudadano sea discriminado por ley.

Dentro del mismo campo semántico que el reconocimiento se halla el concepto de tolerancia, así como el de respeto. Para hacer frente a las eventuales consecuencias desestabilizantes de la diversidad social, se suele recurrir a la tolerancia como clave para asegurar la paz social, la coexistencia pacífica, sin que los ciudadanos tengan que ceder en sus pretensiones morales. ¿Qué utilidad le atribuye al discurso de la tolerancia?

Es cierto que el de tolerancia es un concepto vinculado a la paz social y que en ese contexto es de gran utilidad. Sin embargo, prefiero utilizar el concepto de respeto, el cual va más unido al reconocimiento jurídico de las personas y de los colectivos. Pero, a pesar de que el concepto de respeto tiene mucho prestigio, puede ser que peque por exceso, de igual modo que la tolerancia peca por defecto. A saber, una cosa es el reconocimiento jurídico de los individuos que reclaman la igualdad de derechos con sus conciudadanos y otra cosa es que el resto de ciudadanos los respeten y los valoren positivamente. No dispongo ni creo que exista una perspectiva normativa unívoca sobre esta cuestión, lo único que puedo decir es que toda cultura minoritaria establecida junto a una mayoritaria debe disponer de oportunidades para ser valorada socialmente. No debería ser valorada socialmente, sino disponer de oportunidades para ser valorada. Es decir, una oportunidad de los miembros de la minoría para presentarse a sí mismos, a través de los medios, por ejemplo, para dar a conocer sus prácticas, pero sin que exista seguridad de que sean valorados y apreciados por la mayoría de la sociedad.

Hace un par de años publicó *Reificación. Un estudio en la teoría del conocimiento* (Katz, 2007). ¿Qué actualidad tiene este concepto?

Mi estudio sobre el concepto de reificación no pretende ser original. Al contrario. Se trata de un concepto clásico de la tradición marxista que Lukács situó en el centro de sus reflexiones y que, posteriormente, fue recuperado por la Escuela de Frankfurt, que lo utilizó para describir las condiciones y las prácticas sociales de su época. De modo que con este concepto no sólo me enfrento a una cuestión sociológica relevante, sino que también pongo a prueba la validez actual de la primera generación de la Escuela de Frankfurt y calibro en qué medida sus reflexiones han resistido el paso del tiempo.

¿Se trata de un concepto de connotaciones morales?

Ciertamente, lo más fácil es entenderlo en términos meramente normativos, aplicarle un baremo moral, pero de esta manera no se hace

otra cosa que señalar la cara negativa de lo que entendemos que son nuestras obligaciones morales. Una filósofa como Martha Nussbaum lo utiliza en este sentido, cuando interpreta la reificación como una prohibición de instrumentalización. Reificar a una persona supone el incumplimiento del mandato a respetarla moralmente. Así entendido el concepto no presenta problemas, pero tampoco resulta demasiado operativo. Mi intención era más bien describir en qué medida una disposición reificante en relación con el mundo es una relación fundamentalmente errónea. Me centré en este concepto porque creía que con él podía desentrañar lo específico de las formas capitalistas de mercado, en concreto la desregulación enorme del mercado a finales del siglo XX y la creciente mercantilización de nuestras relaciones sociales. Debo añadir, sin embargo, que el resultado ha sido bastante negativo y que, ahora, una vez escrito el libro, he llegado a la conclusión que tal vez el concepto de reificación no añada tanto a nuestra comprensión del mundo y del capitalismo. El resultado de mi investigación me ha llevado más bien a contemplar la reificación como un caso extremo de interacción social que viene promovida naturalmente por determinadas tendencias del capitalismo pero no por el mercado en cuanto tal.

¿Hay otros conceptos de la tradición marxista que pueden resultar operativos para diagnosticar la situación sociopolítica de las sociedades a principios del nuevo milenio?

Conceptos como el de fetichismo o el de mercantilización han perdido el predominio que tuvieron antaño. Son conceptos que también fueron utilizados por la Escuela de Frankfurt y que apenas son utilizados hoy en día, pues parece imposible fundamentarlos. Creo que con la ayuda del campo semántico asociado a la mercantilización o a la comercialización podríamos analizar más exhaustivamente algunos de los fenómenos actuales. Diría aún más, pienso que son conceptos que están esperando que se los analice en profundidad, pues su fuerza evocativa es enorme, así como su capacidad para aclararnos con respecto a la sociedad en la que vivimos.

Usted estudió con Jürgen Habermas en Frankfurt y es considerado su sucesor o, en cualquier caso, quien retoma el discurso de la Escuela de Frankfurt. ¿Cómo ve su propia posición en relación con el pensamiento de Habermas?


Para empezar debo decirle que no acepto que se me considere sucesor de Habermas, pero no porque rechace su influencia en mi pensamiento, sino porque me parecería un atrevimiento injustificable por mi parte. Creo que el suyo es un caso aparte y no deseo compararme con su enorme capacidad asociativa e intelectual. Igual que Adorno, pero con estilos distintos, Habermas ejerce su actividad filosófica en diversos ámbitos, a saber, en el registro de la academia y en el más periodístico. En realidad, más que considerarme su sucesor, lo considero un modelo. 



Ilustración: Francesc Punsola

El desierto comienza aquí

Texto **Jordi Puntí** Escritor

Las ciudades frías tienen vida subterránea. Hace unos cuantos años viajé a Montreal, en Canadá, en pleno invierno. Me sorprendió la red de túneles y galerías que perforan la ciudad. Kilómetros y más kilómetros de vías cálidas que te permiten ir de un lugar a otro sin ver la luz del día, y, sobre todo, sin sufrir el frío glacial de la superficie. Mientras en el exterior nieva, la gente se mete bajo tierra y pasea, va de compras o al cine. Es una vida, la subterránea, que la mayoría de barceloneses desconocen, aunque siempre hay individuos que sienten la atracción del subsuelo. Recuerdo que en su primer volumen de memorias, *Años de penitencia*, Carlos Barral hacía un retrato de su amigo y poeta Jorge Folch, y explicaba que era un experto en recorrer las alcantarillas de Barcelona. Folch, que murió muy joven, asfixiado dentro de una cisterna, sabía desplazarse bajo tierra y cruzar la ciudad de un barrio a otro.

Aunque no las utilizemos, estaría bien que algún día alguien trazara el mapa de galerías subterráneas de Barcelona. Tendrían que aparecer las redes del alcantarillado, los refugios antiaéreos de la Guerra Civil, la red de metro, incluyendo en ella todas las estaciones fantasma y, por descontado, los restos físicos de la antigua Avinguda de la Llum. Cuando llegué a Barcelona para estudiar, en otoño de 1986, la galería ya languidecía. Hacía tiempo que nadie la había renovado y aquella atmósfera un poco decrepita, entre clandestina y abandonada, me

fascinó. Era la ciudad, la vida urbana y anónima, el espacio más cosmopolita de Barcelona, si se me permite la exageración. Dos años antes, Loquillo y Trogloditas habían publicado una canción que me gustaba mucho y que se titulaba precisamente *Avenida de la Luz*. La letra de Sabino Méndez remarcaba el mito de la ciudad sumergida, el lugar ideal para acabar las borracheras y donde poder estar solo en los momentos tristes. “Avenida de la Luz, el desierto empieza aquí... –decía la canción–, Heartbreak hotel de mi ciudad...”.

Yo sólo pude adentrarme en ella durante cuatro años, porque la cerraron en julio de 1990, succionada por el remolino de obras y el ajetreo inmobiliario de la futura Barcelona olímpica. Ahora sé que la habían inaugurado en 1940, como parte de un proyecto conocido como Ciudad Subterránea, que iría desde la Rambla de Catalunya hasta Urquinaona. ¡Lástima que no lo llegaran a completar! Ahora sé también que el túnel ya existía desde 1929 y formaba parte de la estación de los Ferrocarrils.

Cuando deseo volver a pasearme por la avenida, busco en YouTube el vídeo de la canción de Loquillo y Trogloditas. En las imágenes, el cantante camina por la galería y contempla los escaparates. Entonces camino con él y descendiendo al largo y estrecho corredor como quien se adentra en un túnel secreto. En la claridad positiva de unos fluorescentes, revivo las columnas de color amarillo nicotina, que le daban un

aspecto de cripta sepulcral. Era como si te metieses en la tráquea de un dinosaurio. Se respiraba un aire entre espeso y dulce, como un olor combinado de galleta cocida y hollín, que procedía de una tienda donde elaboraban una especie de barquillo. Aunque habían vivido algunos años de esplendor, las tiendas debían confiar sobre todo en los clientes ocasionales que pasaban a coger el tren. Resistían un fotógrafo, una óptica, una tienda de aparatos electrónicos, una sala de juegos, un quiosco de duplicados de llaves, un bar donde las cañas de cerveza eran muy baratas... Y el cine, claro, que para sortear la crisis acabó como sala X. Los espectadores, siempre hombres, salían con los ojos hinchados de oscuridad e intentando pasar inadvertidos.

A veces, al volver de la universidad, me gustaba entrar en la avenida por la calle Bergara, cruzarla de punta a punta, y salir por el otro extremo a la plaza de Cataluña. Ahora todavía lo hago, si debo coger los Ferrocarrils. La entrada del cine está tapiada, pero con orientación se descubren los paneles donde colgaban los carteles de las películas. Al otro lado de la galería, sólo hay que bajar los peldaños que llevan a la perfumería Shepora, en el Triangle, y ya estás de nuevo en ella. Entonces te quedas quieto, cierras los ojos para que la memoria no se deslumbrase con tantos reclamos, y retomas al viejo corredor. Avenida de la Luz, piensas, el desierto comienza aquí... **M**